LOS NOMBRES

FLORENCE KNAPP



narrativa
salamandra

Florence Knapp

LOS NOMBRES

Traducción del inglés de
Aurora Echevarría

narrativa
salamandra

Para mi marido, Ian,
con amor

Prólogo

Octubre de 1987

La madre de Cora siempre decía que el viento excitaba a los niños, que incluso los más tranquilos parecían alterados después de jugar. Cora siente ahora ese mismo desasosiego. Las ráfagas embisten los abetos que hay detrás de la casa, se cuelan por el pasillo lateral y acaban estallando contra la verja de fuera mientras las preocupaciones también la sacuden y la agitan por dentro. Porque al día siguiente —si amanece, si amaina la tormenta—, Cora irá al registro civil para inscribir el nombre de su hijo. O mejor dicho, y ésta es su verdadera inquietud, para formalizar en quién se convertirá.

Nunca le ha gustado cómo suena el nombre de Gordon. Empieza con un crujido, como la pasta de caramelo cuando se enfría en el cazo, y termina con un ruido sordo, que recuerda a una bolsa de deporte chocando contra el suelo. *Gor*don. Pero lo que más la angustia es verter la bondad de su hijo en ese molde y confiar en que el niño sea lo bastante fuerte para encontrar su propia forma dentro de él. El nombre de Gordon se ha transmitido de generación en generación entre los hombres de la familia de su marido y parece imposible que pueda ser de otra manera. Sin embargo, Cora no puede evitar preguntarse hasta qué punto un nombre condiciona el curso de una vida. Amelia Earhart. Los hermanos Lumière. La

semana pasada, en la mesilla de noche de su marido, vio un libro titulado *Neurología clínica*, de Lord Walter Russell Brain.

—*Brain*, cerebro... ¿No te choca?

—Es pura casualidad —dijo él—. No te imaginas la cantidad de urólogos que se apellidan Cox, como *cocks*, o Ball, pelotas. De hecho, entre los ortopedistas es bastante común el de Legg, como *leg*, pierna.

«¿No ves el riesgo que corremos?», le habría gustado gritarle. «¿No ves que si lo llamamos Gordon nuestro hijo puede acabar siendo como tú?» Pero no lo hizo. Al fin y al cabo, ésa debía ser su intención.

Toca la mejilla cálida de su hijo, como si su piel pudiera transmitirle algún mensaje crucial. Sobre lo que quiere, sobre quién podría llegar a ser. Antes de que pueda descifrarlo se oye un golpe en la parte posterior de la casa. Es un ruido agudo y perturbador. Estrecha al niño con fuerza entre sus brazos. El reflector de seguridad se enciende e ilumina las siluetas ondulantes de los abetos, enormes y amenazadores, que primero retroceden y luego se alargan de nuevo. Oye a Gordon salir de la habitación contigua y bajar a toda velocidad las escaleras. Lo imagina en pijama por la sala de estar a oscuras, caminando hacia la puerta del patio, y después de pie bajo el foco, entornando los ojos sin sus lentes de contacto para comprobar si hay algún desperfecto. Lo imagina empequeñecido ante aquellos árboles inquietantes, ante la inmensidad de la tormenta.

Al cabo de unos minutos, Gordon abre la puerta del cuarto de los niños y entra una corriente de aire frío. Se le habrá pegado a la ropa y seguido escaleras arriba, piensa Cora.

—Sólo ha sido el aspersor —le dice él—. Vuelve a la cama.

—Ahora voy.

Pero no quiere dejar solo al bebé, que sigue durmiendo con la cabeza apoyada en su brazo mientras los ruidos de la tormenta marcan los minutos de la noche que dan paso al día.

Gordon está hablando por teléfono con un colega de la consulta. Cora los oye comentar que no hubo ningún aviso en el parte meteorológico de ayer por la noche y que posiblemente se cancelen citas y haya bajas entre el personal. Ella prepara el desayuno mientras atiende al bebé y ayuda a Maia a sintonizar una emisora de radio local para averiguar qué escuelas permanecerán cerradas a causa de la tormenta. Cuando nombran la de Maia, la niña reacciona con una sonrisita de alegría y un silencioso pulgar hacia arriba que deja caer cuando Gordon entra en la cocina.

—Mis padres vendrán el domingo —anuncia cogiendo una tostada antes de marcharse—. Acuérdate de ir hoy al registro. —Dos afirmaciones seguidas, pronunciadas como si una justificara la otra —. Y no cruces por el parque.

Para evitar a los exhibicionistas, los asesinos y, en un día así, los árboles que todavía podrían caer por la tormenta.

Todas las casas de su calle tienen ampulosas columnas de estuco, ventanas ciegas y jardines con setos cuidadosamente podados. Cuando Cora y sus hijos están fuera, apenas ven rastro de la tormenta a su alrededor. Sin embargo, una vez pasado el callejón, el

paisaje cobra visos de irrealidad, como cuando sales parpadeando de una sala de cine a plena luz del día. Los árboles se inclinan en ángulos extraños. En las verjas se han abierto huecos que invitan a entrar en los jardines traseros. Sobre la acera ha caído un tendedero giratorio. Varias casas más adelante aparece una camisa con las pinzas prendidas aún en los hombros enganchada a un seto de aligustres. La mirada de Maia va de un lado a otro, como si la ciudad se hubiera convertido en uno de esos pasatiempos de buscar las diferencias.

Bordean el parque esquivando las ramas caídas con el cochecito. Se detienen a observar una enorme raíz de roble llena de larvas y terrones de barro. Maia se mete en el hueco que ha quedado debajo.

—Ten cuidado de no ensuciarte el abrigo.

Es lo que hubiera dicho Gordon. Porque ella en realidad la habría animado a respirar el intenso olor almizclado de la tierra y a imaginarse como un cachorro de zorro acurrucado con el morro sobre la cola. Tiene nueve años y pronto se sentirá demasiado mayor para hacer estas cosas.

Maia sale y se sacude el abrigo. En el paso de cebra, junto al globo de color ámbar de una baliza decapitada en la cuneta, esperan a que se detengan los coches.

—¿Por qué yo no me llamo como tú si él se va a llamar como papá? —pregunta la niña mirando al cochecito.

Cora da las gracias a un conductor con un ademán.

—Tú sí que te llamas como yo —le dice mientras cruzan—. Nadie lo sabe, pero Maia significa «madre». Te lo enseñaré en el libro de nombres de bebé cuando lleguemos a casa.

—¿De verdad? —Cora se sorprende de lo contenta que se pone Maia—. Entonces, ¿por qué no buscamos para él un nombre que signifique «padre»?

Cora mira a su hijo. Su carita redonda asoma por encima del enorme mono. Deja de empujar y se inclina hacia el aire perfumado con talco que lo envuelve. Los ojos del bebé brillan de emoción al encontrarse con los de su madre y sus piernas se mueven frenéticas para celebrarlo. Él no tiene nada de Gordon. Cora le dice «Te quiero» con la mirada y vuelve a erguirse.

—La verdad es que busqué nombres que significaran «padre» y el que me gustó fue Julian, que es «padre del cielo».

Para Cora, eso equivalía a estar por encima de un buen número de atribulados padres terrenales, y en su día incluso llegó a pensar que quizá Gordon aceptaría ese nombre. Si significaba «padre», y por tanto seguía siendo un homenaje, a lo mejor a él le parecía igual de válido. Pero una tarde Gordon llegó temprano a casa, vio el libro de nombres boca abajo en el sofá y echó un vistazo a las páginas por las que estaba abierto. «Sólo busca nombres de niña, Cora. Recuerda que si es niño se llamará Gordon», le dijo. Cuando cerró el libro y lo devolvió a la estantería, no había nada más que hablar.

—Julian me gusta —le dice Maia.

—A mí también. ¿Cómo lo llamarías tú, si pudieras escoger?

—Bueno… —Por la forma en que alarga la palabra, Cora se da cuenta de que ya lo ha pensado—. No es un nombre muy normal, pero me gusta Bear, oso.

—¿Bear? —repite Cora sonriendo.

—Sí. Suena muy mono, tierno y mimoso. —Maia abre y cierra los dedos como si estrujara algo delicado en las manos—. Pero también

valiente y fuerte.

Cora mira al bebé y se lo imagina con todas esas cualidades. Le gustaría que fuera así.

Cerca de la ciudad, ya han empezado las tareas de limpieza. Dos hombres con motosierra talan los tilos dañados. Los cortan en trozos fáciles de transportar y dejan tocones en los alcorques de la acera.

Maia saluda tímidamente con la mano a una niña rubia cuyo «hola» se pierde en el estruendo de la maquinaria.

—Es Jasmine, de ballet —le susurra a su madre una vez que han pasado.

—Ah, sí, la que tiene una hermana mayor en el...

—Sadler Swells. Una pregunta —la interrumpe Maia, que después de tomar aire como si estuviera a punto de decir algo prohibido retoma la conversación antes de que Cora pueda corregirla—. ¿Por qué es tan importante cómo se llame? Para papá, quiero decir.

A Cora le gustaría responderle que eso pasa porque a veces los mayores se sienten pequeños por dentro. Porque algunos hombres —como el padre de Gordon— son tan prepotentes que creen que sus hijos, y los hijos de sus hijos, necesitan llevar su nombre para prosperar en esta vida. Y también porque a veces prefieren complacer a las generaciones anteriores en lugar de ayudar a las futuras. A Cora le parece algo tribal, como golpearse el pecho. Pero no le dice nada de todo eso a Maia. Su hija ya se da cuenta de bastantes cosas por sí misma. A la mañana siguiente de una bronca, por ejemplo, aunque Cora la haya soportado en silencio, Maia la busca en el fregadero de la cocina, le rodea la cintura con sus bracitos y, con la mejilla contra su espalda, le dice «Mi mamá bonita». En momentos así Cora percibe su compasión, la tristeza

compartida. Un día incluso notó que tenía la espalda húmeda donde Maia había apoyado la cara.

—Para algunas personas la tradición es importante.

—Pero a veces también lo es tener tu propio nombre. Tal vez hasta a papá le habría gustado.

Cora retira una mano del cochecito para rodear con el brazo el hombro de Maia.

—Qué lista que es mi niña.

Se pregunta de nuevo si hace bien cediendo. En parte o en todo. Si es incluso bueno para el propio Gordon continuar con esta tradición. Tal vez el hecho de aceptar vivir a la sombra de su padre y de su abuelo no hace más que perpetuar la semejanza y hacerla aún más pesada. Tal vez llamar a su hijo de otra manera sería una liberación. Si no al principio, al menos a la larga.

Y ella, ¿acaso no le está enseñando a Maia que mantener la paz es más importante que hacer lo correcto? Cora se pregunta qué pensará su hija de que su madre haya aceptado ponerle a su hermano ese nombre que lo vincula a todas esas generaciones de hombres dominantes. Y se da cuenta de que, si bien el nombre de Maia fue concebido originalmente como un vínculo tácito entre ellas, haber revelado su significado puede convertirlo también en una carga. Tal vez sin querer le ha transmitido el mensaje de que sus vidas están destinadas a seguir el mismo camino, cuando la verdadera esperanza radica en que los hijos sigan el suyo propio.

1987

Bear

Cora observa cómo se desliza por la página la punta del bolígrafo de la encargada del registro mientras las letras aparecen como por arte de magia. Bear Atkin. Bear. Son sólo cuatro letras, B-E-A-R, simples consonantes y vocales, pero llenas de significado. Le invade una oleada de... ¿de qué? De alegría. Se siente inmensamente feliz. Mira a Maia, de pie junto a su silla, y se regocija ante su cara de sorpresa.

La funcionaria le comenta que nunca había inscrito a un Bear en veintidós años de trabajo. Una vez entregado el certificado se inclina por encima del escritorio y mira dentro del cochecito.

—Pero es perfecto para ti, ¿verdad? —Y luego le dice a Maia—: Creo que eres una hermana mayor muy responsable. Cuidarás de tu osito, ¿verdad?

Cora la besa en la frente y se guarda el sobre en el bolso. Maia empuja el cochecito por la oficina. Cuando salen a la calle, la niña parece desconcertada.

—Le has puesto el nombre que te he dicho… Pensaba que no lo harías.

Cora se siente en una nube. Mira su reflejo en el escaparate de una tienda y le sorprende ver que no anda a dos palmos del suelo. Maia camina unos pasos por delante. Habla sola y a cada rato se

inclina sobre el cochecito para hacerle carantoñas a su hermano. Está eufórica. No cabe duda de que su hija está viviendo algo extraordinario: quizá sea la primera vez que se le ha dado voz y ha podido expresarse fuera de la sombra del matrimonio de sus padres.

Ya están casi en lo alto de la colina cuando Cora empieza a cobrar conciencia de sus actos. Si Gordon descubre que el nombre lo ha elegido Maia y… Parpadea angustiada e intenta sacarse esa idea de la cabeza. Él nunca le ha hecho daño a su hija. Pero quizá se deba a que todavía es pequeña y se porta bien y a que ella hace todo lo que está en sus manos para protegerla. Nunca deja que esté presente cuando las cosas se ponen feas; la envía a la bañera o a hacer algún recado.

Bajo las capas de ropa otoñal, Cora ha empezado a transpirar por todos los poros de su piel. La compresa posparto parece un pesado amasijo entre sus piernas. Se nota la frente perlada de sudor frío y la nuca mojada. Siente escalofríos. Es como si todos los fluidos de su cuerpo quisieran liberarse. Salir corriendo.

Pero ¿qué ha hecho? ¿Cómo ha podido ser tan estúpida? Y encima le ha puesto Bear. ¿Cómo va a justificarse sin contarle que el nombre lo ha escogido una niña de nueve años? Gordon creerá que menosprecia la tradición familiar y la aprobación de su padre, que sólo lo ha hecho para humillarlo, y que por eso ni siquiera se ha molestado en traicionarlo con un nombre normal, como Julian.

Se plantea repetirle las palabras de Maia. Le dirá que un niño llamado Bear será tierno y mimoso, pero también valiente y fuerte. Sin embargo, sabe que no le impresionará con esas virtudes; en realidad sólo conseguirá enfurecerlo aún más. ¿Y cómo le dará la noticia? ¿De qué forma podría suavizarla? Esperará a que esté de

buen humor, le preparará su cena favorita... Pero Cora sabe que nada de eso servirá. La benevolencia que ha mostrado con ella durante el embarazo y las primeras semanas de posparto, en que la ha tratado con la misma consideración profesional que a las madres primerizas de su consulta, desaparecerá de golpe. ¿Cómo se le ha podido pasar por la cabeza hacer algo así? No le queda otro remedio que cambiarlo. Tiene que volver al registro y disculparse. Seguro que no es demasiado tarde, ¡si aún no se habrá secado ni la tinta! Seguro que aquella mujer lo comprenderá. Le explicará que estaba ofuscada; que no ha pegado ojo en toda la noche y que hace semanas que no duerme del tirón. No son circunstancias normales.

Pero, al llegar al paso de cebra, Maia se vuelve y la mira con una expresión de radiante felicidad. Cora no la ve así casi nunca. La tensión que habitualmente cincela su rostro ha desaparecido.

—Mami —Y ese diminutivo... Hace años que la llama sólo «mamá»—. Gracias, mami. Es lo más increíble que me ha pasado en la vida.

Cora mira el reloj mientras bordean de nuevo el parque. Faltan cinco horas para que Gordon vuelva del trabajo. Parece una eternidad y al mismo tiempo no es nada. Tendrá que trazar un plan. Acaba de recordar que Maia tiene natación por la tarde, pero se pregunta si estará abierto el polideportivo. Desde que ha nacido el bebé, Mehri se ha encargado de acompañarla a la piscina. Quizá puede pedirle que vaya una semana más, y a lo mejor luego se la lleva a merendar a su casa. Sus hijas no se conocen mucho, pero viven cerca y son de la misma edad. No le parecerá un abuso, ¿verdad? Si Mehri se la queda hasta las siete, tendría media hora entre que Gordon llega de la consulta y Maia vuelve a casa.

Al entrar en casa, Cora deja al bebé dormido en el pasillo, le prepara algo de comer a Maia y luego hace la llamada. La piscina está cerrada, pero Mehri le propone llevársela a merendar con Fern igualmente, así que Cora ni siquiera tiene que pedírselo. Esto le infunde confianza, como si encajar esta pequeña pieza del rompecabezas fuera una señal de que las cosas podrían salir bien. Entra en el cuarto de baño y deja la ropa mojada en el cesto. Se cambia de sujetador y saca una camiseta limpia del cajón mientras le da vueltas a qué hacer con Bear. Se sorprende al darse cuenta de que le ha salido Bear de forma natural, sin pensarlo, como si siempre hubiera tenido que llamarse así. Como si su hijo se hubiera metido en el papel que habían escrito para él y ahora sólo necesitara que ella le diera la noticia a Gordon para salir a escena. Pensar eso la motiva.

Se pregunta cómo proteger al bebé. Si pospone la próxima toma de leche y le da de mamar a las seis, podrá dejarlo profundamente dormido en el moisés y no tendrá que preocuparse por que se despierte.

¿Y luego qué? Saca las cajas de zapatos del armario y las amontona junto a la cómoda. En cuanto ve que hay espacio suficiente, quita el polvo con la mano y coloca dentro el moisés para comprobar si cabe. Sabe que esto es una locura. Él no le haría daño a su hijo. Pero, por culpa de su impetuosidad, Bear se ha convertido en una afrenta personal para Gordon y su familia. Casi puede oírlo: «¿Mi hijo? ¿Bear? ¿Estás mal de la cabeza?» No, hay que protegerlo, piensa mientras coloca las cajas alrededor del moisés.

Desliza un dedo por la rendija que queda entre las puertas cerradas, pero no está segura de cuánto aire puede entrar, así que

las abre y se encierra en el armario con los pies dentro del moisés. Por la rendija de luz vertical, vislumbra un trozo de dormitorio. Se queda allí, en la oscuridad, observando esa parcela de su vida desde un nuevo ángulo. La cama que comparte con Gordon y el edredón de flores, que fue el regalo de boda de sus suegros. Las dos mesitas de noche. Un solo reloj, en la de él. Una lámpara, un bloc de notas y un montón de libros, también en la de él. Cora se da cuenta de que en ese espacio no hay nada suyo, ningún rastro físico que delate su presencia. En esa habitación vacía y silenciosa apenas se intuye su existencia.

Bear ha empezado a revolverse en el cochecito, pero antes de abrir las puertas del armario, Cora oye cómo Maia se le acerca y le susurra que no llore. Imagina a su hija desabrochándole el mono y moviendo cuidadosamente su cálido cuerpecito, y cuando deja de oírlos deduce que lo ha llevado a la sala de estar. Cora se queda un rato más dentro del armario, con la sensación de haber pulsado el botón de pausa de su vida por unos segundos.

A las seis y media, Cora oye la llave de Gordon en la cerradura. Le entran náuseas. Cuando llega al vestíbulo, él la saluda con un beso en la mejilla y le da la americana. Antes de colgarla, Cora acaricia la tela, como si deseara que todo fuese más despacio y así poder disfrutar de las cosas tangibles y de los momentos en que puede pensar en cosas concretas.

Lo sigue hasta la cocina e, incapaz de contener la tensión acumulada a lo largo del día, se oye decir:

—Gordon, he hecho algo.

Él se vuelve y se apoya en la encimera mirándola fijamente. Ella sabe que no le hará preguntas y que tampoco le dará pie a soltarlo. Él se afloja la corbata sin dejar de mirarla. Y cuando por fin habla, Cora se oye como él debe de oírla: patética, débil.

—He ido al registro civil como me pediste y, verás, espero que no te importe, pero le he puesto otro nombre. Ya sabes que nunca me ha gustado Gordon y yo... yo...

Se detiene porque él la está observando sin pestañear. Se siente como si tuviera un ataque de vértigo subida a una escalera y quisiera saltar y acabar de una vez. Hace un gran esfuerzo para no arrodillarse a sus pies y dejar que la patee: casi preferiría someterse de buenas a primeras y no intentar evitar lo ineludible, porque sólo está postergando lo que sabe que va a suceder. Luego piensa en Bear, en el armario del dormitorio, y en Maia, merendando en la cocina de Mehri, y se endereza.

—Lo he llamado Bear.

Él sonríe, frunce el ceño y coge un vaso meneando la cabeza. Cora se da cuenta de que no la cree.

—Es la verdad.

Y le muestra el sobre que ha escondido entre dos libros de cocina.

Él se vuelve con una mano en la jarra de agua y examina el certificado. Lo mira durante tanto rato que a ella empieza a temblarle la mano con que lo sostiene. El crujido del papel llena los segundos. Él levanta la vista y, sin dejar de mirarla, tira la jarra contra las baldosas de la cocina. Ella se nota los calcetines mojados y piensa que debería haberse puesto los zapatos.

Él le agarra un mechón de la coronilla y le estira la cabeza hasta tener su cara a escasos centímetros de la suya. Por un momento ella

se siente confundida, cree que está a punto de besarla, pero él le golpea la cabeza contra la nevera.

Aunque se había prometido no gritar, el golpe la coge por sorpresa y suelta un alarido, pero cierra rápidamente la boca para no despertar a Bear. No debe recordarle a Gordon su existencia.

—Eres mi mujer —sisea— y sólo te he pedido que hagas una cosa. —Vuelve a golpearle la cabeza contra la nevera—. Una. —Golpe—. Maldita. —Golpe—. Cosa. Y no has sido capaz de hacerla.

Cora intuye que él no ha hecho más que empezar y que aún faltan unos cuantos golpes hasta que se le insensibilice la cabeza y deje de sentir el cráneo, la piel y el flujo de sus pensamientos. Así que se olvida de la premisa de no molestar a Bear y hace algo que nunca ha hecho antes: grita pidiendo socorro. Grita sin parar porque sabe que la ventana y la puerta de la despensa están entreabiertas y alguien acabará oyéndola desde el callejón. Cuando él le tapa la boca, ella le muerde con fuerza el velludo dorso de la mano. Gordon retrocede sorprendido. Pero Cora sabe que sólo es un instante de alivio porque él utilizará los pocos palmos que los separan para tomar impulso y abalanzarse sobre ella.

Cora sale corriendo y nota cómo se le sueltan los pulcros puntos de la comadrona. Pero no siente dolor sino una descarga de adrenalina. Él la persigue hasta la sala de estar y vuelve a agarrarla del pelo, pero ella logra zafarse sintiendo una tremenda punzada de calor en el cuero cabelludo.

Él la embiste y la tira al suelo. Cora no ha oído el ruido de cristales ni la puerta de entrada al abrirse, pero se da cuenta de que hay alguien más en la habitación. Es el hombre que vive dos casas más abajo. Se mudó hace sólo unos meses, y a veces se cruzan por las

tardes cuando ella sale a encontrarse con Maia a medio camino del colegio y él vuelve de pasear a su perro en el parque. Ese hombre la sonrió al ver que estaba embarazada y un día le dijo algo sobre que hacía buen tiempo para los patos al ver a una bandada chapoteando a su lado. Ese hombre aparta a Gordon y, por unos segundos, parece que todo va a quedar en eso y que lo que ocurra a continuación será una desescalada. Luego, mientras el perro que lo acompaña le ladra en los tobillos, con la correa enganchada en las patas de la mesa de centro, Gordon grita:

—¿Qué demonios haces en mi casa?

El hombre levanta las manos como diciendo «No quiero problemas, no quiero pelear», pero Gordon lo empuja con tanta fuerza que Cora sólo alcanza a ver cómo cae hacia atrás y rompe el vidrio de las puertas del patio.

Más tarde, y no necesariamente por este orden, un agente de policía —joven, puede que no tenga ni veintidós años— marcará el número de Mehri, escrito junto al teléfono, y le pedirá que Maia pase la noche allí. Luego subirá las escaleras, sacará a Bear del armario y a Cora le maravillará lo bien que mece al bebé, dándole palmaditas en la espalda hasta que el llanto se transforma en unos suspiros estremecidos. Pero ella no le hará preguntas porque su cerebro se habrá quedado sin palabras; el canal entre voz y pensamiento se habrá roto temporalmente. Se tapará con la mano la oreja derecha para silenciar el pitido que oye dentro de la cabeza sin comprender si todo aquello guarda relación con la escena que ha tenido lugar en la cocina hace apenas cuarenta y cinco minutos. Cuando se aleje la ambulancia y las luces azules se escabullan de las paredes de la sala de estar, se dará cuenta de lo sucedido. Verá cómo un policía

entrado en años esposa a Gordon con las manos a la espalda y, aunque no pueda oír lo que dice, adivinará que ese agente es paciente de su marido, y que evidentemente se siente muy incómodo desempeñando ese papel, que lo aleja del hombre que tal vez certificó la defunción de su propia madre, que diagnosticó la depresión de su mujer, que palpó su próstata agrandada y le dijo «No se preocupe, lo he visto antes». Porque Gordon es un médico muy querido por sus pacientes. Es un buen profesional, al margen de lo que su padre, que es cirujano, piense de los médicos de cabecera. Cora asiente y señala el respaldo de la silla mientras el policía joven recoge sus cosas y comprueba que sus llaves están en la parte delantera de su bolso. El agente sale un momento de la habitación cuando oye a un segundo grupo de paramédicos que entra por el pasillo. Todos le sonríen, la tratan con delicadeza y amabilidad, y Cora siente que es precisamente esto lo que puede derrumbarla. Observa los labios de la médica; no puede descifrar sus palabras pero aprecia su calidez y cómo la mira a los ojos, ignorando la expresión ansiosa de su colega más joven. Todas estas personas, muchas de ellas jóvenes, se han visto involucradas en el horror de esta noche, en esta tragedia que ha ido gestándose año tras año, mes tras mes, semana tras semana, día tras día, hora tras hora, hasta llegar a este momento.

Julian

Cora no está segura de por qué lo ha hecho en realidad, pero sabe que se ha sentido bien al pronunciar el nombre. Y ahora, con el bebé en su cochecito —Julian, *padre del cielo*, etéreo, trascendente —, se siente más arraigada de lo que ha estado en años. Como si sujetara los dos hilos de las dos cometas de la vida de sus hijos con los pies bien plantados en el suelo.

Ahora sus pasos transmiten más seguridad, y es consciente de cómo se le extienden y contraen los músculos. Tiene la sensación de que algo ha despertado en su interior. Tuerce para acortar por el parque sin pensarlo, y sólo se da cuenta de lo que está haciendo cuando Maia se detiene con un pie suspendido en el aire, como si su madre le pidiera que se adentrara en otro mundo.

—Pero papá dijo que...

—No pasa nada —responde Cora—. Seguiremos por el sendero principal, casi no hay árboles grandes a los lados y el paisaje es más bonito.

La cara de la niña delata su sorpresa, pero baja el pie y echa a andar dispuesta a explorar tranquilamente el territorio.

Cora nunca ha querido coartar la libertad de movimiento de Maia. Recuerda lo vivo que estaba su cuerpo años atrás, cuando hacía ballet, lo alerta que estaba en sintonía con la música, y cómo era

capaz de intuir cualquier emoción —un atrevimiento, una vacilación — sólo por la forma en que la sujetaba su pareja. Ahora experimenta ese tipo de sensibilidad extrema; es consciente de la energía cinética de todo cuanto la rodea. Nota el traqueteo de las ruedas del cochecito sobre el suelo barrido por el viento del parque. El olor del aire húmedo que penetra en las rocas de arenisca. La reacción de sus pupilas cuando el blanco pabellón de críquet resplandece a la luz de octubre. El rumor de los pasos de Maia, que camina aplastando las ramitas del sendero. «Siente el suelo», le habían gritado todas las profesoras desde que tenía cinco años mientras sus palabras se fundían con las notas de piano y rebotaban en las paredes del salón parroquial, el centro cívico o el estudio de turno. Y ahora, tantos años después, vuelve a sentirlo. Lo siente todo. Reconoce su agarre, su apoyo, y sabe que este suelo —esta tierra— la sostiene, que incluso se eleva imperceptiblemente bajo sus pies, y que si cae la recogerá, porque ha hecho lo que tenía que hacer.

Cora está acostumbrada a sufrir sus estallidos de furia cuando se deja una luz encendida o ha estado demasiado amable con un dependiente. Vive intentando no despertar la ira de Gordon, pero a veces se olvida de lustrar unos zapatos o lavar una camisa a tiempo y el fuego prende a su alrededor. Ella corre de un lado a otro intentando apagar las chispas, pero siempre hay algo que se le escapa o en lo que no ha pensado. Sin embargo, hoy es diferente. Puede elegir cómo confesarlo, en qué condiciones. Y no tiene miedo. Es posible que él se enfurezca, pero esta vez no será en vano. Ella habrá conseguido su propósito: que su hijo tenga su propio nombre.

Cuando se pone a la altura de Maia, se la encuentra tarareando una melodía grave y disonante. Cora aparta una mano del cochecito y le coge la mano enguantada.

—No tienes por qué preocuparte. Puede que se enfade un poco, pero se le pasará.

—Pero dices que lo has hecho por algo que he dicho antes de entrar. Así que es culpa mía.

—No, sólo he dicho que has sido mi inspiración. No es lo mismo. Van Gogh puede inspirarme para pintar un cuadro, pero eso no significa que sea culpa suya que mis girasoles parezcan un bote de Chupa Chups amarillos, ¿no? Tú me has recordado lo importante que es tener nuestro propio nombre, pero la decisión de llamarlo así ha sido mía.

—Un girasol nunca se parecería a un Chupa Chups.

—Bueno, eso lo dices porque nunca has visto los míos. Pero Julian es un nombre que me gusta de hace mucho tiempo, así que la idea ya debía de estar rondándome por la cabeza. Y míralo —añade señalando el cochecito con un gesto de la barbilla—, ¿a que le pega? No podría tener otro nombre. ¿Te lo imaginas llamándose Gordon? ¿A que no?

Maia suelta una risita nerviosa y la mira de reojo, como si no diera crédito a que fuera realmente su madre.

—Ni siquiera tienes que estar ahí cuando se lo diga, pero vamos a pensar qué podemos hacer para que esta noche sea especial.

—¿Qué vas a cocinar? ¿Lasaña? —pregunta Maia.

Y una vez más Cora piensa que ha hecho lo correcto, porque ninguna niña debería estar tan acostumbrada a complacer a su padre como para sugerir el plato que a ella menos le gusta. Cuando

Maia era más pequeña, un mediodía que estaban las dos solas, Cora había cortado un macarrón.

—Mira, es como un pergamino pirata, se queda completamente plano si lo extiendes. Es lo mismo que una lámina de lasaña.

Pero Maia frunció los labios.

—La pasta plana sabe diferente. Es más dura y grasienta.

Entonces Cora cogió un macarrón del plato de Maia y lo mordió.

—Tal vez tengas razón, seguramente no es lo mismo.

La siguiente vez que comieron lasaña, mientras ella ponía la fuente en la mesa y Gordon proclamaba que era su plato favorito, las dos se miraron. Luego Maia desvió la mirada y dijo: «Sí, la salsa está buenísima», dando muestras de una bondad que no pudo menos que conmover a su madre.

Maia siempre parecía sintonizar con las corrientes subterráneas de una habitación. Cora lo veía en su cuerpecito, rígido como si llevara unas varillas cosidas en los hombros de la camiseta. Lo veía en su mirada, que seguía sus conversaciones procurando no hacer ningún gesto que sugiriera una alianza. Lo veía en la rapidez con que iba a buscar el rollo de papel de cocina para limpiar algo que se había derramado antes de que su madre recibiera una bronca. En el plato que sostenía para recoger las migas cuando comía un palito de pan mirando la televisión.

Un día Maia se dejó el almuerzo o la bolsa de deporte en casa y Cora se lo llevó al colegio. La conserje le pidió que se lo subiera ella misma a la clase. Cora recorrió los pasillos vacíos hasta dar con el aula donde estaba su hija, y cuando estaba a punto de abrir la puerta miró por la ventanita y se detuvo. Era otra niña. Maia le dijo algo a la compañera que estaba sentada a su lado y las dos se

echaron a reír. Por un instante Cora no reconoció a su hija, y cuando lo hizo, las dos Maias seguían sin encajar del todo. Esta otra Maia se reía con los ojos, y su sonrisa era más amplia y relajada que la de la Maia que ella conocía.

Su hija alzó la mirada, como si se hubiera dado cuenta de que la observaban, y levantó el pulgar sonriendo cuando Cora acercó al cristal de la ventana el objeto que se había olvidado. Pero esa Maia que ella había visto segundos antes ya había desaparecido. De camino a casa, Cora sintió un tremendo vacío al darse cuenta de que por mucho que se esforzara ella no existía como una persona única e independiente en la mente de su hija —no existía sólo como «mamá»: cariñosa, comprensiva, alentadora—, sino que en realidad Gordon y ella formaban dos mitades indivisibles. Por distintos que fueran sus roles, Cora también era un impedimento, algo de lo que protegerse y por lo que preocuparse. Del mismo modo que Gordon era una presencia a la que obedecer y temer.

En casa, Maia recorta estrellas y lunas de papel de colores y las ensarta con una cinta amarilla.

—Podríamos ponerlas alrededor de los platos —le dice a su madre, que está troceando verduras en la cocina mientras Julian duerme en su cochecito en el pasillo.

Cora sonríe y se siente casi optimista. Espera no estar equivocada y ser capaz de convencer a Gordon para que lo vea como ella.

Se pregunta en voz alta si la piscina estará abierta después de la tormenta.

—Espero que no —responde Maia frunciendo el ceño.

Cora se la imagina poniéndose la ropa aún mojada en el vestuario y saliendo con el pelo húmedo al aire frío de la noche.

—Probablemente tengas razón, seguro que está cerrada.

A última hora de la tarde, Cora sienta a Julian en su sillita y lo coloca en el centro de la mesa de la cocina, donde puede hablar con él mientras va añadiendo capas de pasta y de bechamel en la fuente de la lasaña. De vez en cuando lo mira y piensa: «Julian», y a continuación, «padre del cielo». Y le parecen palabras fuertes, como un talismán.

—¿Te gusta tu nuevo nombre, Jules? —le pregunta Maia.

—Jules —repite Cora escuchando cómo suena la palabra por primera vez—. No había pensado en el diminutivo. Es bonito. Pero ten cuidado de no llamarlo así hasta que se lo haya dicho a papá, ¿vale?

A las seis y media oye la llave de Gordon en la cerradura. Se lo imagina colgando la americana en el vestíbulo. «Siente el suelo», se dice, juntando los tacones en la primera posición de ballet. Percibe la aprobación en su voz cuando lo oye exclamar:

—¡Lasaña! La he olido sólo abrir la puerta. —De camino a la cocina pasa por delante de la mesa de comedor y añade—: Y encima con adornos. Así me gusta, Maia. Por favor, Cora, no es seguro poner la sillita aquí —dice mientras la baja con delicadeza para no despertar al bebé—. ¡Con la de historias terroríficas que te he contado de la consulta! Piensa un poco.

Ella se disculpa y le pide a Maia que ponga la mesa.

La niña entra y coge cuchillos y tenedores del cajón. Con el rabillo del ojo, Cora nota que Maia se ha asustado con el cambio de tono de Gordon, pero antes de que pueda tranquilizarla se le caen los cubiertos al suelo. Julian se sobresalta y, sin llegar a despertarse, hace muecas y gestos temblorosos con las manos. Cora se queda paralizada. «No llores, por favor, no llores. Julian, padre del cielo, con los pies en la tierra», piensa. Pero en unos segundos se ha relajado y vuelve a dormir milagrosamente con expresión serena.

—Manos de mantequilla —le dice Gordon a su hija.

Cora se vuelve hacia los libros de cocina para dar las gracias en silencio. Los lomos del ejemplar de Prue Leith y el de Mary Berry casi parecen vibrar por la presión de la partida de nacimiento que ha deslizado entre ambos. «Por favor, haz que todo salga bien, Mary», suplica para sus adentros. Se imagina una tarta de limón cubierta de picos uniformemente tostados de esponjoso merengue, creyendo que si consigue que la visión sea lo bastante perfecta, todo irá bien. Se pregunta por qué pone tanta confianza en cosas tan fortuitas como el olor a arenisca húmeda o la imagen de una tarta bien hecha, pero ¿acaso tiene algo más?

Cora apoya las manos en los hombros de Maia con la esperanza de reconfortar su angustiado cuerpecito, que nota rígido bajo las palmas.

Quizá debería haber llamado a Mehri para preguntarle si había natación.

—No te preocupes por la mesa. Ya la pongo yo —le dice.

Durante la cena, hablan de la consulta, de un nuevo proyecto que Gordon está poniendo en marcha para reclutar a pacientes con

depresión con el fin de que trabajen como voluntarios entregando recetas a personas confinadas en casa. Luego llega la pregunta.

—¿Has ido al registro?

—Mmm —dice Cora. Tiene la boca llena y levanta una mano para indicar que tiene algo que contar. Termina de masticar y traga—. Iba a decírtelo. Al final he querido hacer algo especial. Un homenaje a ti, en realidad. Verás, cuando estaba buscando nombres, descubrí que Julian... —Y se detiene un momento porque Gordon ha dejado el cuchillo y el tenedor en la mesa—. Bueno, descubrí que Julian significa «padre». Ya sé que Gordon es el nombre de tu familia, pero me atrajo la idea de ponerle un nombre más personal, uno que te honrara sólo a ti. Así que, bueno, espero que no te importe, pero... lo he inscrito con ese nombre.

Se hace un silencio en la habitación.

—¿Lo has llamado Julian? ¿En lugar de Gordon? —le pregunta él, y Cora se da cuenta de que le está costando asimilar lo que acaba de oír.

Ella quiere llenar el espacio con palabras, pero no se le ocurre ninguna, así que asiente. Y vuelve a asentir, como si le hubiera hecho la pregunta dos veces.

—¿Qué co...?

Pero entonces Maia empieza a hablar por encima de él con toda naturalidad, como si lo hiciera siempre, como si fuera normal interrumpir a su padre.

—Por eso he puesto la luna y las estrellas alrededor de tu plato —le explica—. Julian significa «padre del cielo». He trazado la silueta de las lunas con tu pisapapeles y he dibujado las estrellas como tú me has enseñado, con dos triángulos. Luego los he borrado, pero

todavía se ven un poco las líneas por detrás. Dales la vuelta. —Se pone de pie, se detiene a su lado y levanta la hilera de formas—. Mira. —Y recorre con el dedo los débiles trazos de lápiz—. ¿Te gusta el nombre? ¿Lo que significa?

—Julian —repite él.

—«Padre» —vuelve a traducir Maia.

Cora se da cuenta de que su hija ha aprendido a mitigar la tensión, a aplacar los ánimos. Que es la primera vez que se mete en ese papel y lo ha bordado. Si nadie interviene, piensa, este patrón se repetirá indefinidamente, y cada generación correrá el mismo destino.

Y a pesar de lo imposible que parece —los obstáculos insalvables de adónde irán, cómo conseguirá dinero, quién la creerá siquiera o cómo impedirá que él le quite a los niños—, se activa un interruptor. Sabe que debe trazar un plan.

—¿Te gusta? —vuelve a preguntarle Maia.

Gordon sonríe.

—Dime, hermanita mayor, ¿ha sido idea tuya o de tu madre?

—Sobre todo de mi madre —responde la niña, sentándose de nuevo a la mesa—, pero a mí también me gusta.

Sólo se oye el tintineo de los cubiertos. La débil respiración de Julian que duerme en la hamaca a sus pies. Y cuando el silencio de su padre se prolonga demasiado emerge el tarareo entrecortado de Maia. A Cora se le hace un nudo en la garganta. Tiene la sensación de que se le cierra al tragar saliva, como si se ahogara, así que finge que come, sosteniendo los pequeños bocados en el tenedor, mientras Gordon —lenta y pulcramente, con su meticulosidad habitual— mastica lo que se lleva a la boca hasta dejar limpio el

plato sin haber pronunciado una palabra. La habitación es como una cuerda de violín demasiado tensa. Sólo es cuestión de esperar a que se rompa.

—Ve a bañarte —le ordena a Maia.

Cora ve a su hija parpadear, incapaz de mirar a sus padres, la ve dejar el cuchillo y el tenedor encima del plato, apartar la silla y salir de la habitación. Quiere abrazar sus pequeños hombros con varillas.

Gordon se levanta y, aunque no se vuelve, Cora siente su presencia detrás de la silla. Él le presiona ligeramente la nuca con la mano. Esperando. Cuando oye gemir las tuberías del piso de arriba y el agua de la bañera empieza a correr, le empuja la cabeza encima de la lasaña. Ella nota el plato duro contra la nariz, las pestañas cubiertas de bechamel, los mechones pegados a las mejillas.

Le habla con voz clara y serena.

—Es un nombre que se remonta a varias generaciones. ¿De verdad has creído que no me importaría?

Y se ríe, con una risa de puertas afuera, para los amigos. Luego le aparta la cara del plato estirándole el pelo. Ella se lleva las manos a la cara para limpiarse, pero lo deja y las apoya en el regazo. Mantiene la cabeza alta. Parpadea.

—No voy a dejarlo pasar, ¿lo has entendido? —dice él.

Ella asiente con una ligera inclinación de cabeza mientras se repite que ésta será la última vez. Que nunca volverá a quedarse ahí sentada con la cara embadurnada con la cena que ella misma ha preparado. Que no volverá a ver a su hija intentando apaciguar a ese hombre. Que no le pondrá otro nombre a su hijo. Todo ha cambiado de forma irremediable. Se queda sentada con la columna

recta, el cuello tieso y los pies plantados con firmeza en la alfombra. Siente el suelo, que incluso en estos momentos la sostiene.

—Ahora cómete la cena —le ordena Gordon, y le suelta el pelo de golpe.

Ella espera a que él salga a grandes zancadas y suba las escaleras. Y cuando no oye nada más que los ruidos de la casa, el traqueteo de la caldera, el siseo del radiador, coge una servilleta y se limpia la cara con movimientos rápidos y resueltos. Baja la mirada y ve los ojos de Julian, azules y muy abiertos, clavados en ella. Lo ha presenciado todo, pero inexplicablemente no parece tener miedo, sino sólo una fe ciega en su madre. «Julian, padre del cielo», piensa ella, con la certeza de que él será mejor que el que está en el piso de arriba.

Gordon

Al salir del registro civil, cae presa de la desolación. Mira al bebé y siente que se ha roto algo. Hace menos de una hora, mientras caminaba en dirección contraria, su pequeña figura parecía llena de esperanza y posibilidades. Ahora todo se ha empañado. Antes le fascinaba el rubor amelocotonado de sus mejillas y la delicadeza de sus párpados cubiertos de venitas azules, ahora sólo ve una barbilla enrojecida por la baba y unos labios apretados en un juicio severo. Podría haberse negado a seguir las instrucciones de Gordon y haberle dicho a la encargada del registro otro nombre. Julian, por ejemplo. O Bear, incluso. Pero no lo ha hecho. Y aunque está resentida consigo misma y con su marido, parece más fácil enfadarse con el recién nacido del cochecito.

Maia se ha adelantado y camina pegada al muro de la iglesia. Se levanta en *relevé* y extiende la pierna izquierda con los brazos abiertos para mantener el equilibrio, aunque las voluminosas capas de ropa otoñal restan gracilidad a sus movimientos. Para Cora es un alivio no tener que hablar. Al llegar a casa, está helada y cansada. Deja al bebé dormido en el pasillo y se mete en la cama con el abrigo puesto. No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando Maia le grita desde el pie de las escaleras que el bebé se ha despertado. Se queda sentada un minuto más en el borde de la cama, oyéndolo

llorar e intentando reunir la energía necesaria para levantarse. Cuando su hija vuelve a llamarla, se obliga a moverse.

Abajo, tras quitarle con esfuerzo el mono a su hijo, se deja caer en el sofá y empieza a subirse el jersey. Pero se detiene, asqueada, como si nada pudiera ser más ajeno a ella. Frustrado, el bebé golpea la cabeza contra su pecho hasta que se engancha al pezón sin ayuda. Ella vuelve la cara y se queda mirando la pared mientras su hijo mama.

Unos días después, cuando Cora y Gordon se están cepillando los dientes antes de acostarse, ella se inclina para escupir la pasta y dice:

—Quería saber si podías darme dinero para comprar leche de fórmula...

Al ver que él no responde, ella levanta la vista y sus ojos se encuentran en el espejo. Él sigue moviendo el cepillo en cuidadosos círculos, diente por diente. Cora nunca ha conocido a nadie que se cepille con tanto esmero y conserve las encías con arcos tan perfectos. Cora aparta la mirada, no quiere parecer cautiva de esta pausa en el tiempo, y abre el armario del baño por su lado, fingiendo que no se ha limpiado aún la cara. Echa una gota de tónico rosa en un algodón.

Él se enjuaga y escupe, se enjuaga y escupe, y sólo entonces dice:

—¿Por qué?

La pregunta parece sustraer el aire de la habitación.

—No lo sé. Esta vez no lo estoy llevando muy bien —responde ella, intentando parecer despreocupada.

—¿No lo estás llevando bien? —repite él, pronunciando las palabras como si le resultaran incomprensibles.

Tal vez si ella hubiera dicho: «Con Maia fue algo natural, pero esta vez es diferente. ¿Se lo has oído decir a alguna de tus pacientes?», él podría haberla escuchado de esa manera tan atenta que tiene, podría haberlo discutido con ella y luego haber llegado él mismo a la idea de la leche en fórmula. Pero Cora no lo ha dicho.

—¿Así que quieres tirar la toalla? —La mira fijamente en el espejo —. ¿Te has olvidado de la importancia crucial de este momento? ¿De los nutrientes y los anticuerpos? No se trata sólo de esta semana o este mes, sino del resto de su vida. Esto lo protegerá contra las enfermedades cardiovasculares, la diabetes, contra todo. ¿Y encima pretendes darle a nuestro hijo esa porquería de lata? ¿Acaso te pido mucho, aparte de que seas una madre para nuestros hijos? ¿Tan difícil es? —Le quita el algodón de la mano y se lo mete en la boca entreabierta—. Bueno, pues no va a pasar, Cora. Puedes seguir dándole el pecho perfectamente, caramba.

Sale de la habitación y ella se queda ahí de pie muda e inmóvil.

Cora escupe el algodón de la boca e intenta contener las arcadas mientras se quita con el dedo la maraña de fibras de la lengua y el paladar. Se agacha y la tira a la papelera con cuidado de no golpear la pared con la tapa metálica.

Cuando conoció a Gordon, hace más de una década, lo primero que le llamó la atención fue su amabilidad. En una cafetería del Strand,

se le cayó el paquete con el sándwich al guardar el monedero en el bolsillo de su bolso y, como llevaba una bota quirúrgica, casi pierde el equilibrio para recogerlo.

—Espera, deja que lo haga yo —se ofreció él, que lo cogió y le abrió la puerta rechazando sus disculpas con un ademán. Una vez fuera, señaló la bota blanca—: ¿Qué te ha pasado?

—Acaban de quitarme un huesecito del pie. Es menos grave de lo que parece.

—¿Cuál?

—¿El sesamoide?

Le respondió con una pregunta porque poca gente parecía haber oído hablar de él.

—¿De la tibia o del peroné?

—De los dos. ¿Eres cirujano?

—Médico de cabecera. Ambos son poco corrientes —dijo él, y la miró de arriba abajo antes de concluir—: Eres bailarina.

—Quizá sí, y quizá no. Depende de cómo vaya la recuperación.

—Oye, estaba yendo a los jardines Victoria Embankment para tomar un poco el sol. ¿Te apuntas?

Era el primer día de primavera, él era médico y parecía amable y de fiar, además de que aún tenía su sándwich, así que ella, que no tenía nada más que hacer, aceptó.

En el parque, él extendió su chaqueta sobre la hierba recién mojada y los dos se sentaron encima.

—No tienes nada que comer —le dijo ella, cayendo en la cuenta de que él había salido del café con las manos vacías.

—No importa. Vengo de una conferencia en la que había galletas.

Él le dio el sándwich y ella, mientras comía, le habló de lo dura que había sido la espera. Le contó que quizá perdería equilibrio y ya no podría dar saltos después de la extirpación de esos pequeños huesos, y que le preocupaba que el dedo gordo se le deformara rápidamente sin el sesamoideo. Él la había escuchado con actitud de médico, haciéndole preguntas precisas y reflexivas sobre su dolor y su recuperación. Y, después de repasar la lista de secuelas físicas, pasó a averiguar cómo le estaba afectando aquello a nivel personal.

Ella le había explicado que aquello parecía el lento y doloroso final de una historia de amor que la había absorbido por completo durante años. Un amor por el que se había separado de su familia en Irlanda cuando era una adolescente y que ahora la había abandonado.

—No he hecho otra cosa en toda mi vida y sin la danza no sé quién soy. Pero sé que si no acaba por esto, acabará por otra cosa. Quizá dentro de seis meses o un año se rendirá otra parte de mi cuerpo. En fin, es como... —Alzó ambas manos al cielo—. Todo.

Recuerda perfectamente todos los detalles de aquel día. Se quitaron los calcetines y hundieron en la hierba los pies, de una palidez invernal: los de él adornados con una ristra de vello oscuro, las uñas perfectamente cortadas; los de ella callosos y castigados, todavía rojos en algunas zonas, aun después de llevar varios meses sin bailar. «Unos pies afanosos», comentó él amablemente cuando ella se disculpó. Y cuando él se inclinó para quitarle una pelusa de un dedo, a ella le pareció a la vez chocante y normal que la tocara.

Recuerda que se comieron una manzana mordiéndola por lados opuestos hasta que sólo quedaron dos estrechas tiras de piel verde brillante.

Ella le había hablado de su última actuación, basada en un texto de Betjeman; de cómo las palabras del poeta habían resonado en el gran auditorio con un ritmo perfectamente musical. Ella había marcado el ritmo del primer verso de «Canción de amor de un subalterno» con el pie para mostrárselo, con tres filas de tutús que subían y bajaban con las palabras, y él la había sorprendido recitando el siguiente. Ella siempre había pensado que las personas eran de ciencias o de letras, pero allí tenía a alguien que sabía de todo. Cuando al anochecer se levantaron para irse del parque y él la cogió de la cintura, su pie dormido revivió con un hormigueo dentro de la bota, pero sintió también otro inesperado cosquilleo... ¿el del amor? Poco se imaginaba que apenas cinco meses después estaría embarazada.

¿Cuándo habían empezado a cambiar las cosas? ¿Fue aquella noche que cenaron con los padres de Gordon y él le clavó las uñas en el muslo por debajo de la mesa para hacerla callar? Probablemente, aunque ella no le dio importancia en aquel momento. Tampoco se preocupó aquel domingo que le tiró una pera a medio comer desde el otro extremo de la habitación, irritado por algo que ella había dicho. Lo hizo con fuerza, pero su forma irregular la desvió de su trayectoria e hizo que aterrizara a su lado en el sofá. «Si pretendías darme, vas a tener que mejorar la puntería», le soltó ella con furia en la mirada, y se rieron, y él se disculpó. Ella no recuerda que él volviera a disculparse ni que se rieran después de aquello. ¿Habrían sido diferentes las cosas si ella no se hubiera reído? ¿Si le hubiera amenazado con irse?

Cuando Cora sale del cuarto de baño, Gordon está sentado en la cama leyendo un libro grueso de tapa dura. Él levanta la vista del libro y sonríe, y ella sabe que el asunto sobre la leche de fórmula ha quedado zanjado junto con cualquier posibilidad de discusión.

—Trata de un tipo que estuvo ayudando en el Líbano más o menos en las mismas fechas que yo —explica—. Luego fue a las Malvinas y a San Salvador después del terremoto. Me pregunto si estará en Somalia ahora...

En una vida paralela en la que Maia y ella no hubieran aparecido, él también habría ido de voluntario a esos lugares, tomándose periodos sabáticos de su trabajo como médico de cabecera. Ella sabe que él espera su reconocimiento, pero quiere dormirse antes de que el bebé vuelva a despertarse, así que se limita a asentir y a hacer un ruidito para aparentar interés. Desde que volvió del registro civil hace tres días le cuesta interpretar su papel. Su cara parece de cera, con las líneas de expresión inmutables, en reposo, imposibles de reanimar.

En mitad de la noche le despiertan las patadas de Gordon en el tobillo.

—Por el amor de Dios, Cora. Tengo que trabajar por la mañana. ¿Cómo no lo oyes llorar si yo lo oigo?

Ella apaga el monitor y el llanto del bebé pasa a ser un gemido lejano.

—Y no hagas eso con el edredón. ¿No puedes levantarte de la cama sin dejar que entre todo ese aire frío? Ten un poco de consideración.

Ella abre la puerta del cuarto de los niños y el sonido le aporrea los sentidos, como si alguien hubiera subido el volumen de un equipo de música al máximo sin previo aviso. Quiere dar media vuelta, pero coge al bebé de la cuna y se sienta con él en la mecedora. Sus sollozos se van apagando hasta convertirse en pequeños estremecimientos. Se queda mirando la oscuridad negra azulada —se ha olvidado de bajar la persiana a la hora de acostarse — y acude a su mente una imagen de su niñez. No recuerda qué hacía allí ni quién estaba con ella, sólo que se encontraba delante del cobertizo donde el señor Barry ordeñaba, mirando por la rendija de la puerta que se había quedado entreabierta. Allí se alineaban los enormes y huesudos cuartos traseros blancos y negros de las vacas frisonas, con las ventosas metálicas colgándoles de las ubres hinchadas, y sólo se oía el rítmico sonido de la leche siendo extraída. Recuerda lo dóciles y mansas que eran las vacas, y de pronto se pregunta por qué no se sublevaban, por qué no pateaban con las pezuñas al señor Barry cuando se inclinaba hacia sus ubres. ¿Él les pegaba? ¿Por eso se sometían? ¿Era por miedo? Tal vez por lo mismo que está ella allí sentada, en actitud de sumisión bovina, dando de mamar a través de los huecos de un sujetador de noche. Quiere sacar el pezón de la boca del bebé, levantarse y dejarlo caer del regazo. Que Gordon atienda los berridos furiosos. Quiere largarse de la habitación, bajar las escaleras, salir a la calle y alejarse de allí saltando en *grand jetés* por el centro de la calzada, sintiendo el aire frío y la luz de la luna en su cuerpo libre, seguida de un rebaño de vacas corriendo torpemente hacia la libertad. La violencia de estas imágenes la fascina y horroriza a la vez. Pero no es como su marido; ella nunca se dejaría llevar por esos impulsos. El

bebé le acaricia la clavícula mientras succiona. Ella nota que tiene los ojos clavados en ella; la busca, desea que lo mire. Apoya la cabeza en el respaldo y le aprieta suavemente la mano entre el pulgar y el índice. Es todo lo que es capaz de dar.

Al día siguiente viene la comadrona con un formulario, aparentemente destinado a diagnosticar la depresión posparto, para que Cora lo rellene: «Espero las cosas con ilusión: a) tanto como siempre, b) un poco menos de lo que solía, c) definitivamente menos que antes, d) casi nada.» ¿En serio pretenden desentrañar con esa hoja de papel la complejidad de su vida? ¿De la vida de cualquiera? Ni siquiera intenta matizar sus respuestas y marca en todas la opción de felicidad plena.

—Caramba, sí que estamos animadas —le dice la mujer cuando revisa sus respuestas.

Esa misma mañana Gordon había aparecido detrás de Cora y le había apartado el pelo sin lavar para frotarle la nuca con la nariz.

—Ya sabes que si tienes problemas, no hace falta que acudas a una de esas locas. Puedes decírmelo a mí y le pediré a algún colega de la consulta que te recete algo.

Y ella había cerrado los ojos mientras él la besaba en el cuello. No porque disfrutara con ello, sino porque estaba cansada y con los ojos cerrados era más fácil desconectar y abandonar el cuerpo casi por completo.

—Ahora métete en la ducha y ponte presentable. Esta mañana sólo tengo una cita, así que puedo ocuparme de Gordon unos minutos —le había dicho dándole unas palmaditas en el trasero.

Y así está sentada ahora, con el pelo limpio, secado con secador, y la ropa limpia. «Ésa no, Cora, tiene vómito en el hombro.»

La comadrona deja caer una galleta en el té y mientras habla se pasa la lengua por los labios para limpiarse las migas.

—Para ser sincera, debería revisarte los puntos antes de darte el alta, pero hoy hay dos bajas y al ritmo que vamos no sé si podré atender a todos mis bebés. ¿Te importa decírselo a tu marido, que es médico, si te molestan? ¿O prefieres que vuelva a lo largo de la semana?

La comadrona se acaba la galleta y, aunque le dice que no se levante, Cora la acompaña a la puerta y da por concluido su breve capítulo de cuidados a domicilio. Se observa a sí misma mientras lo hace. Últimamente ha pasado mucho tiempo viéndose desde fuera mientras se mueve por la casa cambiando pañales, planchando las camisas de Gordon o cocinando para sus suegros. Casi como si fuera otra persona la que hace estas cosas. Sólo con Maia siente de vez en cuando que vuelve a habitar su cuerpo.

Se sienta a su lado mientras ve la televisión y la niña se acurruca contra ella.

—Mmm, huele a ti —dice antes de volver a prestar atención a la pantalla.

A Cora le parece que no ha acabado la frase, que quería decir: «Huele a ti... pero de alguna manera no eres tú.»

—¿A qué huelo? —le pregunta.

—A mamá, a qué va a ser.

Más tarde Cora se pregunta si se lo ha imaginado. En cualquier caso, eso la ayuda a salir a la superficie. Se queda mirando la pantalla y se dice a sí misma que mañana lo hará mejor. Como hizo con Maia, hará pedorretas en la barriga del bebé, le leerá en voz alta uno de los libros de su marido, arrullándolo con el sonido de su voz

hasta que se duerma, sentirá su mejilla cada vez más caliente y rosada contra la piel a medida que pasa la tarde. Y luego, cuando recoja la ropa limpia, lo llevará de habitación en habitación en su moisés e irá hablándole mientras la dobla y la mete en los cajones. Juntos irán a recoger a Maia después del colegio, luego comprarán galletas de jengibre y se sentarán en un hueco de la piedra arenisca del Pig Rock, y la burbuja, que sólo la ha contenido a ella estas últimas semanas, se agrandará hasta abarcar a sus dos hijos. A partir de entonces, allá donde vayan se moverán como uno solo. La burbuja se estira cuando Maia corre hacia delante y cambia de forma cuando Cora se detiene y se aparta un instante del cochecito, pero siempre vuelve a contraerse para mantenerlos a los tres seguros.

Pero cuando llega la mañana, se da cuenta de que no tiene energía para todo eso. No puede quitarse de encima la monotonía que la invade. Lo mismo le pasa al día siguiente. Y al siguiente. Da de mamar al bebé mientras mira por las puertas del patio los abetos del fondo del jardín, que crean la ilusión de que está lloviendo aunque el cielo está despejado. Luego sube al niño a la habitación y lo deja con cuidado en su cuna, y cuando apenas veinte minutos después oye que se despierta, va rápidamente a la cocina, enciende la radio y finge que no lo ha oído, porque se supone que debe dormir más tiempo. No contaba con que se despertara tan pronto. Llena la lavadora y pone en marcha el lavavajillas. El zumbido de los electrodomésticos ayuda a ahogar su llanto. Al cabo de un rato, está arrodillada en el suelo de la cocina vaciando la bolsa en la que guarda las bolsas de plástico para que quepa mejor en la puerta de la despensa, cuando ve con el rabillo del ojo la mano de Gordon y

siente cómo le agarra la parte superior del brazo. Deja escapar un gritito, sorprendida de encontrarlo a él, o a cualquiera, en casa.

—¡Por el amor de Dios, Cora! —exclama soltándola para apagar la radio—. Menos mal que he vuelto a casa. ¿No lo oyes? ¿Qué estás haciendo? —le pregunta mirando las bolsas esparcidas por el suelo.

Ella lo observa, con una bolsa a medio doblar mientras con la otra hace un gesto tonto, sin saber qué decir. Porque ni siquiera ella sabe lo que está haciendo.

—No mereces tener hijos si los cuidas así —le recrimina él—. Esto es negligencia, Cora. Pura negligencia.

Se da la vuelta y sale de la habitación. Ella se levanta, dejando caer las bolsas de plástico a su alrededor, y sube las escaleras detrás de él.

—Lo siento. —dice llorando, medio histérica—. Lo siento, Gordon.

Él la ignora y sube los últimos peldaños de dos en dos. Está cogiendo a Gordon de la cuna cuando ella entra en el cuarto. El niño tiene la cara enrojecida y cubierta de lágrimas. El gorro y las sábanas de la cuna están llenos de vómito cuajado.

—Dámelo, por favor —le ruega, y se acerca con los brazos tendidos, ansiosa por arreglarlo.

Pero Gordon se vuelve, y cuando ella trata de rodearlo, él la aparta de un codazo y se pone al niño en el hombro.

—No eres buena madre —le dice por encima de los berridos.

—No lo he hecho a propósito. Por favor, dámelo —le suplica ella, y por primera vez desde que lo registró con ese nombre experimenta cierta atracción hacia el recién nacido. La necesidad atávica de consolarlo, de sentir cómo deja de llorar en sus brazos.

Da otro paso hacia él y Gordon sostiene al bebé en alto para mantenerlo fuera de su alcance.

—No hagas eso —le pide ella mientras aumenta la intensidad del llanto—. Seré buena, seré buena.

No sabe de dónde salen estas palabras, sólo que pretenden detenerlo. Un ofrecimiento de sumisión inmediato y absoluto.

Los pies del bebé cuelgan cerca de la frente de Gordon y sus berridos frenéticos llenan el aire. Cora retrocede, se sienta en la mecedora y agarra los brazos de madera para no abalanzarse de nuevo sobre él. Cuando éste ha esperado lo suficiente para estar seguro de que no se moverá de allí, se pone al bebé al hombro sin dejar de mirar a Cora a los ojos. Acaricia la espalda agitada del niño, que se frota impotente la cara en las solapas de la americana de su padre, cubriéndolas con burbujas de baba y lágrimas.

—Si alguna vez vuelvo a casa y lo encuentro otra vez así, te quitaré a los dos y no volverás a verlos. ¿Entendido?

Cora asiente, desesperada, agarrando aún los brazos de la mecedora mientras llora desconsolada. Es como si hubiera estallado una bomba en la habitación y a su alrededor todavía cayeran escombros que flotan en el aire con el eco de lo que acaba de ocurrir.

—Ahora cumple tu parte y da de comer a nuestro hijo —le ordena Gordon, que mueve la cabeza, mirándola, y añade—: Voy a arreglar las cosas abajo.

Un momento después, Cora oye la puerta de la calle abrirse y el ruido metálico de algo pesado al golpear el interior del cubo de basura.

—Por desgracia no —le oye decir a un vecino, alzando la voz—. Ha dejado de funcionar.

Y ella adivina que le ha tirado la radio, una Roberts de madera que su madre le envió hace dos Navidades desde Irlanda. Le duele el pecho mientras una secuencia de imágenes se le agolpa en la cabeza: su madre comprando la radio, envolviéndola en papel de estraza encima de la mesa del comedor, doblando los extremos con sus delicadas manos con manchas de la edad y dejando la caja en el coche para llevarla a correos al terminar la jornada escolar. «Esto lo has provocado tú. Es culpa tuya», se dice.

Durante unos días Cora siente un cambio. Un afán de restaurar la conexión con su hijo. La intención está ahí, al igual que el deseo, pero algo en el niño ha cambiado. Si antes se volvía hacia ella, ahora se aparta.

—Creo que no está tomando leche —le dice a Gordon varias noches después, cuando están sentados en la cama.

Él levanta la vista de su libro y toca la parte blanda de la cabeza del bebé. Al día siguiente, tras pasar la mañana en la consulta, deja sin decir nada seis biberones y una caja de leche de fórmula en la encimera de la cocina.

Pero Cora no encuentra en ello el alivio que esperaba. Los biberones representan su negligencia al subir el volumen de la radio para no oírlo llorar; los berridos cuando Gordon lo sostuvo fuera de su alcance. Se desprecia a sí misma por sus patéticos intentos de ser su madre. Por su desesperación para que no lo oigan llorar antes de que ella pueda llegar hasta él. Porque ya no parece consolarlo el mero hecho de cogerlo en brazos. No ve la manera de reparar el daño.

El bebé tiene seis meses, pero Mehri sigue preguntándole cada semana: «¿Le apetece a Maia venirse a cenar con Fern después de la piscina? No es ninguna molestia», y Cora acepta, agradecida de que parezca comprender por qué no ella les devuelve las invitaciones.

—¿Dónde está ese niño tan guapo? —le pregunta Mehri cuando acompaña a Maia a casa, y hace el gesto de coger al bebé, que parece casi vibrar de la emoción, como un átomo cargado ante la perspectiva de cambiar por un momento de brazos.

Un día se encuentra delante de la panadería a Mehri, y ésta, después de inclinarse sobre el cochecito de Gordon para arrullarlo, le pone una mano en el brazo.

—Hace días que quiero decírtelo. —La mira fijamente a los ojos, como si intentara sondear sus profundidades—. Puedes hablar conmigo si lo necesitas.

Cora le da las gracias y se pregunta qué le habrá contado Maia. Quizá ha llegado el momento de que empiece a recogerla ella misma de natación. Se lleva una mano a la frente y entorna los ojos ante un sol imaginario.

Mientras se aleja, con la espalda recta y lo que espera que parezca compostura, cree notar la mirada de Mehri clavada en ella, aunque cuando pulsa el botón para cruzar el semáforo y se gira ya se ha ido. Se le revuelve el estómago, como si hubiera saltado de un avión sin paracaídas y se precipitara hacia el suelo a toda velocidad. Pero antes de que la sensación la abrume, el semáforo se pone verde y cruza, agradecida de tener el cochecito para sostenerse.

Siete años después

1994

Bear

Bear corre por la calle con los brazos abiertos, la cartera golpeándole el costado y los rizos castaños alisados por el viento. Su boca en forma de O ruge de satisfacción. Cuando alcanza a Maia, deja caer al suelo la cartera, la fiambrera y un robot hecho con papel de aluminio y rollos de papel higiénico y le rodea la cintura con los brazos.

—¡Beeees! —grita—. Has vuelto.

Y ella se ríe e intenta mantenerse erguida.

Fern dice que vivir con Bear debe de ser como tener un perro; no importa de qué humor esté Maia, él sigue pensando que ella es lo mejor del mundo.

Cuando media hora antes Maia ha entrado en el piso y ha dejado en el suelo su bolsa de viaje llena de ropa sucia y los caramelos de fruta que ha comprado con sus últimos francos en la tienda de *duty-free* de Calais, se ha sentido aliviada de estar en casa. Le agota pasar toda la semana en casa ajena, e intentar ocultar que ha disminuido su entusiasmo por comunicarse con Valerié, pues le pone nerviosa verla fumar los Gauloises de su padre después de pintarse de rojo los labios con una barra que robó en la perfumería del final de la calle. Al principio imaginó que podían ser como hermanas, o incluso que Valerié podía ser su primer amor. Imaginó tiernas

conversaciones sentadas en el rompeolas al atardecer, con más vocabulario en francés, más confianza y más ropa a la moda de los que tenía en casa. Pero luego se dio cuenta de que las francesas eran como las inglesas. Aún peor, que en Francia ella era exactamente la misma persona que era en Inglaterra. Pero ahora que está con Bear, esos pensamientos desaparecen. Ella es simplemente Bees, abejas, así de sencillo y agradable.

Maia ha sido Bees desde que él pronunció sus primeras palabras. Cuando era un bebé, él gateaba por toda la casa mientras ella lo perseguía gritando: «¡Vamos a por tu miel, osito! ¡Las abejas te persiguen! ¡Bzzz!» Y él chillaba de placer, hasta que la velocidad superaba la coordinación y se desplomaba sobre sus propios brazos, con la cara contra el suelo, riéndose. Y entonces ella se inclinaba sobre él. «¡Voy a picarte, osito!», le decía, y le besaba las mejillas rosadas hasta casi hincarle los dientes. A Bear le encantaba ese juego.

Una vez, cuando tenía tres o cuatro años, en una rara e incómoda visita de sus abuelos paternos, su abuela había comentado, sin dirigirse a nadie en particular:

—¿No creéis que ya es hora de que llame a su hermana por su nombre? —Y en voz alta, como si Bear fuera duro de oído, añadió—. ¡Sabes que se llama Maia!

Pero Bear se apoyó en su hermana, que estaba sentada con él en el sofá, y respondió:

—Somos animales. Yo soy Bear y ella Bees, un oso y una abeja.

Su abuela resopló de forma ostentosa.

—Bueno, si tienes que llamarla por ese ridículo nombre, al menos usa el singular.

Y Bear respondió, como si constatara un hecho.

—Es que son muchas. Un enjambre.

Maia estaba encantada de verse incluida en aquella absurdidad. Le gustaba ver cómo reaccionaban los adultos al oír el nombre de su hermano. «¿Y cómo te llamas?», le preguntaban, inclinándose sobre el mostrador de una tienda, y el rostro se les suavizaba al oír la respuesta. Despertaba un cariño, un placer instantáneo. Él era como un dulce, que a nadie amarga. Y Maia disfrutaba de esa dulzura que él emanaba.

A veces Fern exclamaba:

—¡Dios mío, qué suerte tienes! Mamá, ¿por qué no hemos tenido uno como él?

Y Mehri se reía.

—En el mundo no hay sitio para tantos osos. ¿No crees que ellos se lo merecían más que nosotros?

—Uf, no seas tan razonable. Ven aquí, Bear. Necesito que me abraces como a Bees. Quiero que me estrujes los huesos.

Otras veces era ella la que lo abrazaba y le recorría con un dedo la marca de nacimiento en forma de corazón que tenía en el antebrazo.

—¡Mira, un corazón de oso! Un corazoncito de oso blando y perfecto.

Para Bear, la vida siempre ha sido así. Pero para Maia está partida en dos. Hay un antes y un después. En el después siempre han estado Mehri y Fern. Es curioso pensar que antes sólo eran compañeras de natación. Ahora son familia, o al menos así lo sienten ambas. El padre de Fern se va meses enteros de gira y, cuando no está, a Maia le parece que su casa es un refugio de afecto, intimidad, risas y recetas. Mehri les tiende una cuchara y prueban el

curry o la salsa que está preparando. ¿Un poco más de comino? ¿Más guindilla?, ¿más limón?, ¿más sal? Entre todas deciden el sabor de la comida y de su vida en común. Se quitan la palabra de la boca, comparten la ropa, y a veces hasta las madres y las hijas —Cora y Fern, Mehri y Maia— parecen intercambiables. Se mueven unas alrededor de las otras sin esfuerzo. Bear da su amor con tanta espontaneidad como lo recibe, pero todas saben que su corazón pertenece a Maia.

El padre de Fern es simpático. Les trae regalos a las dos niñas: kimonos a juego de Japón; cachorros de gumnut con gorritos de fieltro de Australia; tabletas Milka en envoltorios lilas de Suiza. Y siempre hay algo para Bear. Pero la casa de Mehri y Fern cambia cuando está Roland, y Maia deja de poner los pies en el sofá o de coger algo de la nevera sin preguntar.

—No tienes que sentirte rara sólo porque él esté aquí —le dice Fern.

—No me siento rara.

—Sí que lo haces. La mayoría de los padres no son como era el tuyo, ¿sabes?

Maia lo sabe. Pero no es lo mismo saberlo que sentirlo.

A veces, en mitad de clase, mira por la ventana e imagina cómo habría sido su vida si el «antes» hubiera continuado, y cuando el profesor grita «¡Maia!» para captar su atención, ella da un respingo y en ese instante sabe lo que va a ocurrir. Le zumba la sangre en los oídos mientras parpadea furiosa para contener las lágrimas que brotan inopinadamente. Es una respuesta de lucha o huida, le dijo Peggy. Pero ponerle un nombre no ayuda a que desaparezca. En la siguiente sesión, le dijo a Peggy que no creía que se tratara de

ninguna de esas dos cosas, sino que era más bien como si se quedara paralizada. Ella le respondió: «Tienes razón, debería habértelo dicho. Puede haber lucha, huida, congelación... Y la respuesta del cervatillo, que es la cuarta y en la que podrías haberte refugiado cuando vivías con tu padre.»

Maia sabía a qué se refería, pero fue la imagen literal de un cervatillo —con las patas temblorosas, vulnerable— lo que la dejó ahí sentada con un pañuelo de papel deshaciéndose en las manos y pequeñas bolas blancas pegadas a la falda de lana del colegio. Cuando se acabó la sesión, Peggy la abrazó. «La semana que viene tal vez quieras contarme en lo que piensas ahora mismo.» Luego metió la mano en un cajón del escritorio y sacó un pañuelo recién planchado. «Para el camino. A veces los de papel no sirven, ¿verdad?»

Maia se aseguró de lavar y planchar el pañuelo para la siguiente sesión. Se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y, cuando le contó a Peggy lo del cervatillo, no se permitió llorar, pero dejó la mano suspendida sobre el pañuelo. Sólo cuando se levantó para marcharse se obligó a decir: «Ah, casi se me olvida...»

Pero antes de que pudiera sacarlo, Peggy respondió: «¿El pañuelo? Debería haberte dicho que podías quedártelo.» Y por primera vez en toda la semana Maia notó que se le relajaba el cuerpo. Todavía lo lleva encima, aunque sólo ve a Peggy una o dos veces al año, para ponerla al día.

Desde que los niños de su clase han descubierto lo asustadiza que es, se divierten tocándole el hombro o tirándole de la coleta cuando ella menos se lo espera.

—Dejadla en paz —les pide Fern.

Pero ellos no pueden contenerse.

—Son unos idiotas —le dice Mehri—. Sólo intentan provocarte porque les gustas.

Fern pone cara de exasperación.

—Eso es lo que dices siempre que un chico nos molesta.

—¡Porque es verdad! ¡Miraos!

—Uf, te ciega el amor, madre. Somos como dos guisantes feos en una vaina. —Y riéndose juntan las caras e hinchan las mejillas—. De todos modos, a Bees le gustan las chicas —suelta Fern.

Maia se sonroja, pero Mehri actúa como si le hubieran dicho que le gustan más las pasas que las uvas.

—Eso, por desgracia, no impedirá que los chicos piensen que sois guapísimas.

Maia no sabe cómo descubrió que es gay. Tal vez fue al año siguiente de que se marchara su padre. Recuerda que la profesora de natación las dividió en dos grupos, el A y el B. El B debía esperar a un lado mientras que el A se metía en la piscina. Todavía puede ver a Fern zambulléndose y volviendo a salir. Manteniéndose en posición vertical, con la cabeza hacia atrás. Fern le sonrió, con su suave pelo negro flotando en la superficie como un semicírculo. Y Maia sintió un vuelco en el estómago, y se le ensanchó el pecho con una sensación a la vez maravillosa y sorprendente, igual que un globo que se infla. Tuvo que mirar hacia otro lado. Incluso en ese momento había sabido que Fern la quería, pero no de esa manera.

Ahora, Maia y Bear recogen los bártulos que el niño ha tirado a la acera y suben la colina hacia su casa mientras él le hace preguntas sobre Francia sin esperar a escuchar la respuesta para interrumpirla con otra.

—¿Está Mamá Osa en casa? —le pregunta él cuando llegan a la puerta, y Maia le contesta que aún no. Ha dejado una nota en la mesa diciendo que intentará salir del trabajo a las cinco y que irá a por pizzas.

—Ñam, ñam. Espero que también traiga Sprites. ¿Y Mehri?

Maia le recuerda que Roland vuelve de Japón esta noche, por lo que Fern y ella no acudirán.

—¿Qué crees que nos habrá traído esta vez?

Maia responde que no lo sabe y que no deben esperar nada, aunque ella misma ha estado preguntándoselo.

En la cocina prepara batidos, subiendo y bajando el espumador en la jarra hasta que todo el polvo de fresa se ha mezclado bien y empiezan a formarse burbujas.

—Dale más fuerte, Bees, tiene que quedar *espumaso* —la anima Bear poniéndose de puntillas para mirar.

—Es-pu-mo-so —lo corrige ella mientras empieza a servir.

—Es-pu-mo-so —repite Bear observando cómo sube el batido en el vaso.

Una vez que se ha limpiado a lametazos el bigote de fresa, Maia se acuerda de los caramelos con sabor a frutas que ha traído y deja que Bear escoja uno de cada, y él se sienta en la cama a chupetearlos mientras ella deshace la maleta. Ordena su ropa por colores claros y oscuros y saca un céntimo del bolsillo de sus vaqueros antes de lanzarlos al montón de ropa sucia.

—Toma, es una moneda francesa —le dice a Bear, que se la lleva a la nariz e inhala antes de salir corriendo a su habitación para buscar su hucha. La sacude del revés hasta que por la ranura cae una

moneda de dos peniques. A continuación pone las dos monedas juntas y las olfatea.

—Huelen igual. El olor del dinero es curioso. Cuando lo hueles, sabes exactamente qué gusto tendría, ¿verdad?

Maia asiente.

—A sucio.

—Como a porquería de la acera mezclada con los inodoros de pie del colegio.

—¿Te refieres a los urinarios?

—Y también a metálico —añade él tomando aire de nuevo—. ¿Podemos probarlas para asegurarnos?

—¿Quieres lamer una moneda después de afirmar que huele a urinario?

—Sí —responde él riendo.

A Maia su risa le sabe a música celestial. La ha echado de menos.

Cora se adentra en el denso follaje de la forsitia y comprueba si hay algún pájaro anidando en ella antes de elegir unas cuantas ramas cerca del centro para arrancarlas. Oye las conversaciones de los visitantes regresando al aparcamiento al final del día; sus voces se acercan y luego dejan de oírse. Cuando camina por la ciudad o cruza el parque, nunca sabe si la gente se acuerda de ella. Su foto no salió en los periódicos y, además, como dice Mehri: «A ver, cariño, ¿cómo quieres que alguien te reconozca si apenas salías de casa?» Aun así, a Cora le gusta que en este lugar la gente apenas se fije en ella, que no se corte al hablar, como si ella y los demás jardineros de la casa solariega oyeran tan poco como las plantas que cuidan. Esto es

cierto en parte, piensa. Puede pasarse horas enteras cortando las rosas marchitas, o podando los arbustos para darles una forma redondeada, ajena incluso a sus propios pensamientos. Pero luego levanta la vista y se da cuenta de que ha estado dándole vueltas a algo que le ha contado uno de sus hijos o a algo de su nueva vida. O a un recuerdo del pasado.

«Estéril», la había llamado él. Entre el nacimiento de Maia y el de Bear pasaron años. Y era culpa suya. Su incapacidad para concebir. Pero ¿alguna vez se permitió preguntarse si el problema era de él? Sus recuerdos son borrosos. Tal vez su forma de soportar aquello había sido simplemente no pensar, no sentir. Corta las ramas exteriores y se pregunta si él tenía razón. Si la culpa había sido de ella. Sí, a un nivel profundo e inconsciente era una forma de autoprotegerse y de proteger al niño no nacido. A veces, incluso ahora, oye en la cabeza lo que él le diría si pudiera oír lo que piensa. «Vaya chorrada. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Intentas autoconvencerte de que todo fue una argucia de tu parte, cuando la verdad es que eras estéril.» La palabra ha dejado de dolerle. Y con el sol del atardecer en la espalda y las manos sucias de tierra, piensa una vez más en lo diferente que es la vida ahora.

Empieza a recoger las ramas cortadas, impaciente por volver a casa con Maia y Bear; con Mehri y Fern. Luego recuerda que Roland también regresa hoy. Aunque ya ha pasado mucho tiempo, todavía le intimida un poco la perspectiva de tripular sola su barco. No es que deje de ver a Mehri cuando Roland vuelve, pero ella ya no está tan disponible.

Se pasaron los primeros días, después de que se llevaran a Gordon, deambulando de una habitación a otra sin saber qué hacer.

Veían las imágenes de la pantalla de televisión como si aquello no tuviera que ver con ellos, y los días, marcados por un interminable flujo de visitas, se confundían unos con otros. Agentes de policía, asistentes sociales, una mujer de una organización contra el maltrato doméstico, alguien de la Fiscalía. Todos los radios de una rueda gigantesca que se había puesto en movimiento sin que ellos se dieran cuenta. Cora no tenía ni idea de que hubiera tanta gente esperando a dar un paso al frente. Unos la visitaban con regularidad, mientras que otros aparecían sin avisar, enseñándole una tarjeta con una fotografía colgada de un cordón a modo de presentación. Su madre, Sílbhe, se movía por la casa sin hacer ruido, preparaba tazas de té, lavaba la ropa, improvisaba comidas que no dejaban rastro en la cocina. Cada noche acampaba a los pies de la cama donde dormía Cora con los niños. Era una guardiana de pelo gris que se interponía entre ellos y la puerta.

—Está en la cárcel —le recordaba Cora—. Ahora estamos a salvo.

Pero advirtió en su madre una nueva fiereza y supo que no los dejaría dormir solos, al menos al principio.

—Lo siento mucho, no lo sabía; nunca lo vi —le susurró Sílbhe, cubriendo con su mano suave y pecosa la de Cora una noche que ella estaba sentada en la cama dando de mamar a Bear.

—Porque yo no te dejé. Y era demasiado arriesgado pedir ayuda. Nadie podría haberlo sabido.

—Pero yo soy tu madre. Era mi deber saberlo.

Pasaron las semanas y el moretón que Cora tenía en un lado de la cara fue tiñéndose de colores hasta que finalmente se volvió amarillo y desapareció. El pitido en los oídos también disminuyó, dejando

paso al sonido de su propia respiración y al de los huesecitos que se movían y crujían en algún lugar dentro del oído mientras masticaba.

Volvieron a acristalar las puertas del patio, que se habían cubierto con tablas, y la luz inundó de nuevo la habitación. El día anterior a su regreso a Irlanda, Sílbhe fregó el patio con un cepillo de cerdas gruesas y un sinfín de palanganas llenas de agua jabonosa, hasta que un vecino, que debía de haberla visto desde su ventana, apareció con su hidrolimpiadora a presión y la relevó. Cora se había quedado sentada en la habitación de Maia, situada en la parte delantera de la casa, con Bear dormido sobre el hombro, incapaz de presenciar cómo se esforzaban en quitar la mancha de sangre que había dejado Vihaan. Pensó en Lady Macbeth y se preguntó si sus vecinos hicieron lo mismo; la sangre era, de alguna manera, sinónimo de la culpabilidad de una mujer. Incluso ahora, da vueltas a las palabras de una persona anónima que se citaban en un artículo del periódico local: «El doctor Atkin era un hombre amabilísimo; tratándose de él, todo esfuerzo era poco para ayudar a la gente. Si cometió un asesinato, hay que preguntarse qué lo empujó a ello. Es difícil de creer.»

La mañana que llegó un taxi para llevar a Sílbhe al aeropuerto, ella dijo:

—No salgáis a despedirme o me costará mucho marcharme.

De modo que se quedaron sentados en la sala de estar —Cora, Maia y Bear— y oyeron cómo el coche se alejaba, dejándolos en un silencio extraño, un silencio más grande que el espacio que había ocupado su madre. Y aunque Cora no quería que se marchara, necesitaba saber que era capaz de continuar *eso* sola. Fuera lo que fuese «eso».

—Venga, niños. Vamos a preparar bollos —anunció queriendo hacer algo, lo que fuera, para dar ese primer paso—. Tú puedes supervisar —le dijo a Bear dejando la hamaca encima de la mesa de la cocina—. Y tú, mi adorable niña mayor, serás la batidora jefa, la responsable del control de calidad y la catadora oficial.

Mientras pesaban la harina, el azúcar y la mantequilla, que estaba demasiado fría porque la habían sacado directamente de la nevera, la ansiedad de Cora empezó a disiparse. Observó cómo Maia llenaba los pequeños moldes con la masa, que se le derramaba por los lados, y comprendió que eso era lo que tenía que hacer: seguir adelante dando un paso detrás de otro.

Los meses anteriores a la condena de Gordon habían sido una especie de paréntesis. Aunque Cora estaba segura del veredicto, de algún modo era incapaz de pasar página, calmarse y decirse a sí misma —y a Maia y a Bear—: «Así van a ser las cosas a partir de ahora.» Tenía una sensación de desarraigo, como si estuvieran de vacaciones y las normas y los patrones que habían regulado en otro tiempo sus días hubieran quedado temporalmente atrás. Las rutinas que perduraban —el colegio, las comidas, las clases de natación— las vivía con estupor, como obstáculos que salvar. Pero, una vez que entraban en casa y echaban la llave de la puerta, las horas se sucedían de una forma vaga y llena de posibilidades. Podían estar bañándose a las cuatro de la tarde y repasando las tablas de multiplicar en plena noche mientras Bear mamaba. Los sábados, Cora y Maia comían tostadas untadas con sirope dorado y espolvoreadas con Rice Krispies, dejando la funda del edredón y el pelele de Bear lleno de migas.

—Esto es comida sana —le decía Maia a Bear—, ¡cada *krispie* está enriquecido con ácido fólico! —Y Bear pataleaba y la premiaba con sonrisas desdentadas.

Cora descubrió que era fácil ir haciendo las cosas sobre la marcha, y ahora se preguntaba qué había estructurado sus días hasta ese momento. Porque, al irse Gordon, también se habían quitado de encima todas las restricciones que regían sus vidas. Por primera vez en más de una década, Cora volvió a bailar, sólo por puro placer. Al principio, con cautela. A veces, cuando Maia estaba en el colegio, apartaba la mesa y hacía piruetas por la cocina mientras Bear la observaba riéndose desde su hamaca. Al oírlo, notaba como un burbujeo en las entrañas; una parte de ella, que había permanecido reprimida durante mucho tiempo, volvía a la vida.

Y durante toda esa época, Mehri se había presentado en casa con platos preparados. Al principio, Cora sólo percibía las diferencias en la textura del puré de patatas o la cremosidad de la salsa de queso preparados por otra mujer. Pero luego se acostumbró, e incluso se aficionó, y a menudo acababan comiendo todos juntos.

Las niñas eran muy pequeñas entonces, sólo tenían nueve años. Ahora acaban de cumplir dieciséis. Fern es, en apariencia, la más segura de las dos; una respondona, según dice Mehri con orgullo. Y Maia es una chica muy competente. Al principio, Cora intentaba que no la ayudara siempre con Bear, pero la psicóloga le señaló que las personas a menudo hacían instintivamente lo que necesitaban para curarse. «Ya verás si es demasiado para ella.»

Cuando Cora llega a casa con la pizza, está muerta de cansancio. Pero es un cansancio agradable. Saluda a su hija con un abrazo y luego se limpia la tierra de debajo de las uñas. Mientras tanto, Maia saca los vasos, espera a que el grifo esté libre y después la pone al corriente del viaje a Francia, no sin detenerse un momento para recordarle a Bear que divida la pizza en partes iguales.

Cora se seca las manos.

—Espera —dice, y se inclina para arrancar un hilo de mozzarella que cuelga entre la caja y la fuente.

Pero Bear aparta la fuente, riéndose, para ver hasta dónde puede estirarse el trozo de queso antes de romperse. Es durante estos momentos domésticos, con los tres trajinando apiñados en la pequeña cocina del piso, cuando Cora más se asombra. «Lo estamos consiguiendo. Estamos todos aquí y nos va bien.»

Julian

Julian está acuclillado sobre la lata de cuentas buscando una de cristal que sea del mismo color que el vino que bebe su abuela por la noche, cuando Maia y él se han ido a acostar. Las deja caer entre los dedos como una suave lluvia de tesoros diminutos hasta que encuentra la que busca.

—Ya la tengo.

—Estupendo —le dice Eileen desde la mesa.

Eileen le cae bien; la conoce desde que llegaron a Irlanda, hace dos años. Es la vecina que vive más cerca y con la que se queda cuando su abuela tiene que hacer recados. Ambos suelen guardar silencio, no sienten la necesidad de llenar el aire de palabras. El trabajo de él consiste en ensartar cuentas en los aros de alambre que cuelgan como adornos del extremo de cada bolillo y que sirven para tensar el hilo del encaje con su peso.

En la mesa, Eileen trabaja con los bolillos que él ha preparado en visitas anteriores y que repiquetean al lanzarlos suavemente por encima de la gruesa almohadilla verde. A Julian le da la impresión de que los de la mujer son fortuitos, como si se pasara los bolillos entre los dedos sin orden ni concierto, pero por encima de la almohadilla crece una intrincada tira de encaje sujeta por un lecho de alfileres de acero inoxidable. A veces, en el colegio, saca un puñado de

lápices de la caja y los coloca encima de su pupitre, pero cuando los mueve unos contra otros no hacen el mismo ruido. Una vez le preguntó a Eileen cómo lo hacía. «Es el eco de la madera hueca. Me alegro de que lo hayas notado. No todo el mundo se fija en estas cosas», le respondió ella.

Él ensarta las cuentas en un alambre, junta los extremos y lo sostiene contra la luz que entra a raudales en la galería. Sólo le enseña a Eileen las mejores combinaciones, y cuando a ella le gusta una, le pide que haga otra igual, porque los bolillos siempre se utilizan de dos en dos y prefiere que hagan juego. Las cuentas reciben el nombre de «abalorios». Al principio Julian pensó que ella se lo había inventado, pero una noche se quedó hasta más tarde, y cuando llegaron las amigas con las que se reúne para hacer labores de encaje y las oyó pronunciar la palabra, se sintió extrañamente complacido de que ella le hubiera confiado el término apropiado. Se pasan galletas de mantequilla con una brillante capa de gránulos de azúcar encima, diciendo «bienaventuradas las encajeras que tienen hambre y sed, porque ellas serán saciadas»; siempre que comen pasteles o galletas dicen eso, se ríen y le tienden el plato a Julian, añadiendo «y bienaventurados también los ensartadores de cuentas». Él confecciona aros de cuentas para algunas de aquellas mujeres, pero reserva los mejores para Eileen. Antes sólo ensartaba las cuentas y dejaba que ésta cerrara los trozos de alambre, pero últimamente ella le pasa los alicates y el cortaalambres. Como tiene los dedos pequeños, le resulta más fácil pasar dos veces el alambre por el orificio de la última cuenta, tirar de él y cortarlo justo a ras. Julian es un regalo que le ha hecho Dios, dice ella, con sus dedos artríticos.

Cuando Maia y su abuela llegan para recogerlo al salir del psicólogo, siente que se rompe la quietud que reina en la habitación cuando Eileen y él están solos, y al cerrar la caja de abalorios es como si también cerrara una parte de él. Pero a la vez se siente aliviado. Incluso estando muy absorto en su tarea, es consciente de su ausencia. En su mente se suceden imágenes mientras el pequeño coche de su abuela serpentea por la larga carretera que atraviesa los campos. Cielo gris, coche azul, hierba verde, líquenes amarillos, roca oscura. Su abuela y Maia dentro, el débil olor a gasolina y al cuero de los guantes con los que su abuela conduce.

—¿Por qué te pones guantes para conducir? —le preguntó una vez.

—Antiguamente, incluso antes de que yo naciera, los volantes eran de metal o madera —respondió ella sonriendo por el retrovisor —. Había que protegerse las manos del frío. O de las astillas.

Recuerda las manos de su padre sobre el volante, grandes y firmes, con vello en el dorso. Parpadea y la imagen desaparece.

—¿Por qué mamá nunca aprendió a conducir? —le preguntó hace poco.

Vio cómo le subían y bajaban los hombros a su abuela en el asiento delantero, como siempre que tenía que dar una respuesta incómoda relacionada con su madre.

—Bueno, ella estuvo en Londres desde los catorce, así que se perdió esos años en los que yo podría haberle enseñado. Y después, no creo que él quisiera que condujese. —Y luego se corrigió—. No, eso no es cierto. Él no la dejó.

Ella lo miró parpadeando por el retrovisor y cerró los ojos un instante, como hace su gata *Thistle*. «Es la forma que tienen los

gatos de expresar su afecto. Sólo lo hacen con la gente que les gusta de verdad», les explicó cuando llegaron. Ella siempre le dice que lo quiere en voz alta, pero a él le gustan aún más sus parpadeos silenciosos.

«Él no la dejó.» Nunca llaman a su padre por su nombre. Utilizan el pronombre. Julian se da cuenta de que la gente habla de Dios de la misma manera. No la abuela Sílbhe, que ya no es creyente, pero en el colegio, cuando cruzan la calle por la mañana para ir a la iglesia, Julian oye al cura referirse a Él. Y luego que si el Padre esto, o el Padre aquello, un lío de padres que Julian no acaba de entender. Aún no ha recibido el sacramento de la penitencia, pero hablan de ello en el patio y los otros chicos están emocionados ante la que será su primera confesión.

«¡Yo voy a decir que he robado un lápiz!», exclama Reggie. «Tú deberías hablar del dinero que le coges a tu madre del billetero para comprar helados», suelta otro. Tienen los ojos muy abiertos. Todos están de acuerdo en que los pecados no deben ser tan graves como para que les metan en un lío, pero sí lo suficiente para justificar la confesión.

«¿Mamá ha hablado con alguien cuando te ha recogido hoy? —recuerda que le preguntó su padre entonces, cuando estaba en primero y aún vivían en Inglaterra—. ¿Con nadie? No me mentirías para protegerla, ¿verdad? —Su voz sonaba como una uña levantando los extremos de una grapa—. ¿Ha vuelto a usar el teléfono? Si no dices la verdad, acabaré enterándome, Julian.»

Ahora le falta el aire ante la idea de contarle al cura sus pecados. La abuela Sílbhe dice que ellos no harán nada de eso. Que sólo tiene que mantener la cabeza gacha e intentar encajar en el colegio. Aun

así, en su mente infantil se arremolinan palabras que oye en clase, palabras oscuras y siniestras como el cielo bajo que cubre los campos que rodean la casa antes de una tormenta. «Señor mío, me arrepiento de todo corazón por haberte ofendido; lamento todos mis pecados y tengo miedo de tu castigo. Temo no ir al cielo y sufrir las penas del infierno...»

Julian no quiere sufrir las penas del infierno. Pero sobre todo no quiere ser él quien inflija dolor. Cuando juegan al escondite y Maia entra en la habitación para buscarlo, sólo es capaz de quedarse escondido un momento. Verla mirar detrás del sofá o de la puerta la vuelve demasiado vulnerable. Y aunque sabe que en eso consiste el juego, le resulta insoportable. No quiere sorprenderla; verla dar un respingo y asustarse momentáneamente. Así que intenta modular su voz, y pronunciar las palabras ni muy alto ni muy bajo: «Maia, estoy aquí.»

La observa mientras hace los deberes en la mesa de la cocina, con el pelo suelto sobre los libros de texto y una expresión ensimismada en el rostro. Cuando la ve tan absorta —está pero no está—, tiembla por dentro.

—Maia —le susurra cuando la sensación de soledad es demasiado intensa—. Maia.

Y ella suspira y se le levanta el flequillo.

—Estoy concentrada, Jules.

Y aunque un momento más tarde tiende el brazo por encima de las páginas y le da un apretón en la mano, no alza la vista, continúa con el bolígrafo suspendido sobre un gráfico, anotando las partes de una célula vegetal o de un corazón humano.

Ha oído a la abuela Sílbhe hablar con Eileen. Diciendo que él —Julian— estará bien; que apenas recuerda la noche en que murió su madre. Es Maia quien la preocupa. Y él se da cuenta de que ese temblor interno no es algo que los demás puedan ver.

Algunas noches, cuando Julian por fin se ha dormido, Maia se levanta y se reúne en la sala de estar con su abuela, y ésta le sirve un poco de vino, apenas un dedo, para que la acompañe, y hablan en voz baja.

Una noche, Maia se arma de valor.

—Sé que a mamá no le gustaba que bailara, y que a ti probablemente tampoco, pero ¿podría seguir con el ballet? ¿Podríamos encontrar unas clases aquí?

—¿Por qué querrías hacerlo? —le pregunta Sílbhe—. Creía que sólo ibas porque él insistía.

—Y así es, pero...

—Perdona, dilo. Sé que tendrás tus razones.

—Mamá nunca quiso que bailara por el estrés que supone para el cuerpo. Y supongo que porque veía que nunca me gustó tanto como a ella. Pero ahora lo echo de menos. Es una forma de estar conectada con ella.

Maia se interrumpe. Podría decir otras cosas, pero su abuela ya está asintiendo, diciendo que buscarán unas clases e irán a la ciudad una tarde a la semana.

—Pero no te marcharás de casa antes de los dieciocho —le advierte. Y en cuanto pronuncia esas palabras, el rostro se le descompone y, por un momento, parece que va a derrumbarse por

completo. Pero entonces la señala con un dedo—. ¿Oyes la tontería que estoy diciendo? Intentando protegerte con mis remordimientos. Como si no se pudiera ir a clases de baile sin marcharse del país. —Le toma la mano por encima de la mesa auxiliar y se la aprieta a modo de disculpa, aunque no la mira. Ni siquiera cuando añade—: Pero ella era demasiado joven, ahora me doy cuenta. Necesitaba que la cuidaran. Necesitaba unos padres. No sé en qué estábamos pensando cuando la dejamos salir así sin más al mundo.

Maia entiende lo que intenta decirle e imagina a su madre sentada en la silla que ocupa ella ahora. Antes de que Jules y ella nacieran, cuando su existencia ni siquiera se intuía.

Al cabo de un rato, rompe el silencio.

—¿Sabes? Yo nunca querría irme de esta ciudad, y mucho menos de Irlanda —dice, consciente de la verdad que encierran estas palabras.

En clase de ballet, las otras chicas se quedan mirándola y sólo empiezan el calentamiento cuando han evaluado sus *jetés* y el ángulo de su *brisé*. Mientras liberan sus pies doloridos de las zapatillas, todas comparten una sonrisa, una queja. Ella ve a su madre por todas partes. En las otras chicas cuando alargan el cuello, en esa costumbre de su profesora de quedarse inmóvil con los talones juntos en primera posición cuando quiere llamar su atención. Su madre gravitaba hacia esa pose mientras fregaba los platos o la esperaba en la puerta del colegio. Maia, que siempre pensó que lo había dejado del todo, se da cuenta ahora de que el ballet siempre estuvo ahí.

—Tu madre es muy envidiosa —solía decirle él, obligándola a levantar la vista con la intensidad de su mirada, como si al clavarle los ojos pudiera superponer sus pensamientos a los de ella—. No soporta que tengas lo que ella nunca pudo tener. Pero no es culpa tuya que su cuerpo se rindiera; tú no deberías pagar por ello.

Entonces, cuando vivía en Inglaterra, no le gustaba el ballet. Iba a las clases porque él extendía los cheques e insistía en que su madre la llevara cada semana. Pero sabía que nunca alcanzaría el nivel de ésta. No tenía esa pasión, esa necesidad de bailar. Para ella era un deber, algo que hacía para complacer a su padre. Ahora, en Irlanda, el ballet ha tomado otra forma, se ha transformado. Y ella lo anhela. Anhela habitar el mismo espacio intangible que habitó su madre. Lo siente en las pantorrillas y los cuádriceps tensos, en las almohadillas de los pies al presionarlas contra el suelo.

A veces, en mitad de la noche, Julian se mete en su cama y se acurruca contra ella en la oscuridad. Se duerme con los dedos enrollados entre su pelo, echándole su aliento suave en la nuca. Esas noches, Maia se queda despierta todo lo que puede, y sólo cuando nota que se le cierran los ojos sin remedio lleva a Julian a su cama. Lo acuesta, lo tapa bien y vuelve a su bajera impermeable y arrugada. Cada mañana, deshace la cama y mete las sábanas en la lavadora, y cuando llega a casa después del colegio, el viento las ha secado y la abuela Sílbhe ha vuelto a hacerle la cama con ellas. Su vergüenza nunca se menciona, aunque sabe que nadie la juzga. «¿A quién no le ocurriría algo así después de lo que has pasado?», le dijo su abuela la primera vez. Pero Julian tiene nueve años menos y no moja las sábanas. A veces pasa una mano por el colchón esperando un milagro, y luego se siente mal y decepcionada.

No es la jubilación que Sílbhe había planeado. Había imaginado un lento declive hacia la penúltima etapa de la vida. ¿No funcionaba así? Niñez, primera juventud, matrimonio, hijos, mediana edad y jubilación, hasta que finalmente... Pero eso era antes de que llegaran sus nietos. De haberlo sabido, ¿habría aprovechado ese tiempo de otra manera? ¿Habría cosido más colchas, leído más libros o ido a Venecia? Habría vuelto a buscar el amor, piensa en los momentos en que se sincera consigo misma.

Conocía a Cian del colegio. Siempre hubo algo entre ellos. Aún recuerda sus jóvenes y tersos labios a los dieciséis años, ansiosos y tiernos a la vez. Pero luego conoció a Hugh, y Cian conoció a... Ya no recuerda su nombre. Fue hace tanto tiempo, o tal vez estaba demasiado enamorada de Hugh para que le importara. Perdieron el contacto. Pero hace unos años, al encontrar cerrado el puente tras una lluvia torrencial, tomó otra ruta para volver a casa, y cuando ascendía por un terreno escarpado se le paró el coche con una sacudida. Se quedó un rato sentada al volante, dejando que el motor crepitara y resoplara al enfriarse, pero cuando volvió a girar la llave para encender el motor no pasó nada, así que decidió seguir a pie.

Un kilómetro y medio después, cuando empezaba a irse la luz, vio la silueta de una casa emergiendo detrás de una colina. Estaba a oscuras, pero aun así la rodeó con la esperanza de encontrar ayuda. Había un pequeño taller, separado del edificio principal, con una ventana iluminada. Llamó a la puerta y cuando Cian la abrió, sintió alivio y sorpresa. Pero también algo más, como si se cumpliera una expectativa; como si a lo largo de los años transcurridos desde la muerte de Hugh, ella en el fondo hubiera sabido que sus caminos

volverían a cruzarse. Cian había sonreído y, en un gesto a la vez pasivo y confiado, le había abierto los brazos, obligándola a decidir si quería que la estrecharan.

—Siempre supe que algún día aparecerías en mi puerta. ¿Por qué has tardado tanto? —le dijo. Y añadió—: ¿Vamos a la casa? Espera a que apague el soldador. Vamos y tomemos algo.

Lo desenchufó y de la punta del soldador se elevó una espiral de humo negro. Ella se fijó entonces en una pila de cajitas color crema con el apellido de Cian grabado en relieve. Las había visto en el escaparate de la joyería del pueblo, pero nunca las había relacionado con él; Brennan era un apellido muy común en esa zona.

Había salido con él varias veces. Cian sabía escuchar y tenía una conversación interesante; le hablaba de libros, arte y política, y cuando le preguntaba por su vida con Hugh o por la hija que tenía en Inglaterra, lo hacía con afecto y generosidad. Volver a verlo fue como abrir una ostra y encontrar una perla.

Una noche, al acompañarla a casa en coche después de cenar, él recorrió con la mano la distancia entre los asientos y ella se sorprendió inclinándose hacia él. El beso le resultó familiar, y cuando entró en su piso y se quedó de pie con la espalda apoyada en la puerta cerrada, se sintió como una adolescente. Aquella noche, sentada frente al tocador, se llevó una mano a los labios y se volvió hacia la foto de Hugh, que hacía más de veinte años que había fallecido. Su sonrisa siempre la animaba. «Adelante. ¿Qué tienes que perder?» Vieja tonta, quizá sólo estaba viendo lo que quería ver, se dijo. Aun así, se quitó con delicadeza los anillos del dedo y los dejó en el platito de cerámica que Hugh le había regalado una Navidad. Ya estaba.

A los pocos días recibió la llamada. Una llamada que la llevó a hacer la maleta tan frenéticamente que olvidó las cosas más básicas. Tuvo que comprarse ropa interior en el aeropuerto. Cuando volvió con ellos unas semanas más tarde, se sentía abrumada. Por haber perdido a su querida hija. Por tener que cuidar de dos niños que ahora incluso tenían miedo a la oscuridad, que se sobresaltaban cada vez que un tronco crepitaba en el fuego y se le pegaban como imanes cuando se le caía la tapa de una cacerola al suelo. Y lo de estar con Cian Brennan... Bueno, ni siquiera se lo planteó.

Una noche, cuando Maia y Julian por fin dormían, Cian se presentó en su casa. Ella se quedó en la puerta y él fuera, muerto de frío. Sólo ahora, después de tanto tiempo, cae en la cuenta de que él iba en mangas de camisa: debía de haber dejado el abrigo en el coche, convencido de que lo invitaría a pasar. Ella le contó lo sucedido con frases entrecortadas, evitando ser demasiado explícita. Aun así, fue suficiente. Él abrió los brazos, pero ella se quedó en la puerta.

—Cian, sobre...

Sabía que «nosotros» era la palabra adecuada, pero no pudo pronunciarla. Se toqueteó el anillo de boda y él bajó la mirada.

—¿Nosotros? —Luego levantó las palmas en un gesto de rendición y añadió—: Lo entiendo perfectamente. No es momento para pensar en lo nuestro. —Ella asintió, agradecida—. Pero si me necesitas. Para lo que sea. Cuenta conmigo.

Ella volvió a inclinar la cabeza y Cian supo que con eso bastaba. Le tocó el brazo con su mano áspera y saltó la electricidad estática acumulada en su jersey de lana. Luego se dio la vuelta para regresar al coche. Sílbhe se habría quedado en el umbral, entre esos dos

mundos, para verlo marchar, pero estaba entrando aire frío en la casa y no quería arriesgarse a que los niños se despertaran y no la encontraran. No les guarda rencor, ni siquiera ahora, dos años después. Sólo a él, a su padre. Y a Dios.

Necesita tanto vivir plenamente su nueva realidad que desoye el cansancio y desecha cualquier perspectiva de jubilación inminente, de mirar por su propio interés, de seguir su camino. Esos críos sólo la tienen a ella, aunque no estaba preparada para volver a tener niños en casa. Vive a cuarenta y cinco minutos del colegio de secundaria más cercano. Maia podría hacer el último tramo del trayecto en autobús, pero sólo le ahorraría veinte minutos, y Sílbhe no busca atajos. No en lo que se refiere a ellos. Los dos tienen las tardes ocupadas, ella con el ballet, Julian con las clases de arte, y los dos van al psicólogo. Ella también, aunque va a primera hora de la mañana, mientras ellos están en el colegio, para que no vean sus ojos hinchados cuando va a recogerlos. «Heroica y valiente», según la describió la joven locutora de radio que la entrevistó en un programa sobre los homicidios por violencia doméstica, pero ella no se veía así. En realidad se siente como si la hubieran metido en la lavadora y luego tendido junto con las sábanas de Maia. También se siente llena de energía, forzada a vivir una segunda juventud que no ha buscado. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué habría hecho cualquiera en su lugar?

Gordon

Gordon está sentado ante su escritorio y busca en su plumier nuevo un lápiz del color adecuado. El plumier tiene la cara de un mono con los ojos grandes e inquisitivos, como si acabara de contar un chiste. Lo eligió con su padre en una salida de «sólo hombres», porque no se puede contar con su madre para ir de compras. Después fueron a Pizza Express y se sentaron uno frente al otro a una de esas mesas de mármol gris, con los cubiertos pulcramente colocados sobre unas servilletas con un logotipo de una espiral.

Gordon estaba deseando ser divertido y decir el tipo de cosas que su padre quería oír, así que le contó un chiste que recordaba de aquel libro llamado *Toc, Toc*, y cuando eso no funcionó le contó un episodio de *D'Artacán y los tres mosqueperros* en el que a D'Artacán se le rompía la espada.

—No sé cómo se protegerá sin ella —añadió.

A D'Artacán le dolía la barriga desde que había sucedido, y dos episodios después, aún no había conseguido repararla.

Su padre asintió y se inclinó para tener la cabeza a su altura.

—Dime, ¿a qué se dedicó tu madre durante las vacaciones de verano mientras yo trabajaba?

—No lo sé —respondió él, decepcionado por no seguir hablando de la espada. Intentó pensar en qué tipo de cosas hacía su madre.

Pero era difícil; ella simplemente estaba allí—. A cocinar, fregar el suelo, regar las plantas... —Su padre se cruzó de brazos y se reclinó en la silla, y él trató desesperadamente de decir algo que acaparase de nuevo su atención—. Una vez dijo una palabrota —añadió, y tal como esperaba, su padre dejó de parecer aburrido y se acercó de nuevo.

—Continúa.

Era una sensación increíble, una sensación trepidante y vertiginosa, como cuando saltaba un montículo con la bicicleta y le daba un vuelco el estómago. Se devanó los sesos buscando más indiscreciones que despertaran su interés e hicieran que lo escuchara como si se bebiera sus palabras. Se encontró añadiendo cosas de su cosecha, confundiendo lo ocurrido con lo que podría haber ocurrido, o incluso con lo que le habría gustado que ocurriera.

—Y después de acariciar al gato un buen rato, mamá dijo: «No tiene collar. Lo llevaremos a casa. Lo pondremos debajo de tu cama y papá nunca se enterará.»

En ese momento le pareció que había ido demasiado lejos.

—La cuenta, por favor —le pidió su padre al camarero. Y luego se quedó allí sentado mirando al vacío, como si se hubiera bajado una persiana.

—Toc, toc —dijo Gordon.

Y al ver que él no contestaba, interpretó los dos papeles, pero antes del remate se interrumpió.

En la calle, había tenido que correr para seguir las largas zancadas de su padre. Aun así, aquella noche, durante la cena, su padre había sacado a colación algunas de las cosas que él le había contado. No lo del gato, que debía de saber que no era cierto, sino otras. Parecía

regodearse con los detalles, casi como si bromeara con su madre, y él se había sentido justificado. Sobre todo porque ella no dijo que esas cosas eran inventadas; se limitó a mirar parpadeando su plato. Lo que hizo que se preguntara si ella realmente había robado bolsas de Monster Munch mientras Maia y él estaban en el colegio o se había acabado el gel de baño de burbujas que le habían regalado a él por su cumpleaños.

Más tarde, su hermana apareció en la puerta de su habitación.

—¿Tienes que ser tan...?

Gordon no estaba seguro de qué palabra había estado a punto de decir ella, sólo que era un insulto. Y que la razón por la que no la había pronunciado era porque habían oído subir a su padre las escaleras. En la cama, sintió un extraño nudo en el estómago. Algo parecido al hambre, mezclado con una sensación triste y desagradable. Se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada, tratando de bloquear el recuerdo de su madre parpadeando de esa manera extraña. Y de Maia mirándolo furiosa.

La profesora deja un rectángulo de cartulina delante de cada niño, y les indica que irá en la parte delantera de las bandejas donde guardarán sus libretas y cuadernos de ortografía durante el resto del año. Tienen que escribir su nombre y pintar un reborde alrededor. Gordon se queda sentado mirando a sus compañeros unos segundos, y luego se concentra en su propio trozo de cartulina. Con su caligrafía más esmerada, pronunciando mentalmente las letras para asegurarse de que no se equivoca, escribe con rotulador naranja: L-U-K-E. Cuando está satisfecho con el grosor, empieza a trabajar en una cenefa de cohetes, naves espaciales, planetas con anillas y estrellas fugaces. Los rotuladores son tan nuevos y frescos

que pone mucho cuidado en que los colores no se mezclen y ensucien las puntas. Está absorto pensando en la aterciopelada negrura del cielo, en los astronautas con cascos en forma de burbuja, en la comida espacial y en cómo poner dentífrico en cepillos de dientes flotantes, cuando se da cuenta de que el niño del pupitre de al lado se ha inclinado hacia él.

—¡Eh, señorita! —grita—. ¡Ése no es su nombre!

Los demás se levantan de sus sillas y se apiñan alrededor. Gordon tapa la cartulina. Pero a su lado se alza la sombra de la profesora Bellamy, que tira de la esquina de la tarjeta hasta arrancársela de debajo del brazo mientras él ve cómo se emborrona su esmerada obra.

La profesora la mira y la rompe por la mitad. Él nota que le tiembla el labio.

—¡Gordon va a llorar! —oye gritar a alguien, y él aprieta con fuerza los dientes para detener el temblor y siente en la boca el sabor metálico de la sangre.

—Sé exactamente quién eres, Gordon. —La profesora lo mira, ve sus ojos llorosos y, con una mezcla de frustración y compasión, añade—: Por el amor de Dios, ve y siéntate en el pasillo hasta que acabemos.

Él quiere explicárselo, pero se da cuenta de que no sabe qué decir, excepto que siempre ha querido llamarse Luke. Fuera del aula, se sienta contra la pared y se pellizca la marca de nacimiento que tiene en el antebrazo, y observa cómo el contorno del corazón deforme se desdibuja y vuelve a dibujarse una y otra vez.

Más tarde, cuando la profesora lo llama para que entre, él mira la hilera de bandejas donde los demás niños han pegado sus nombres.

Es fácil ver el suyo entre las tarjetas decoradas con colores vivos. La profesora lo ha escrito en gruesas letras negras indelebles: «G-O-R-D-O-N».

Se sorprende intentando contener de nuevo las lágrimas y esta vez lo consigue. Nota cómo la tristeza se le seca y se transforma en ira. Y mientras se dirige a su silla, una chica con una tiesa cola de caballo se echa hacia atrás, y él no choca con ella a propósito pero tampoco hace ningún esfuerzo por esquivarla. Ella grita, agarrándose la coleta torcida, y el nombre de él retumba por toda el aula. Él desearía estar en otro lugar. Desearía ser otra persona. Pero es Gordon, de la clase 2C, empezando un nuevo curso escolar. Será su nombre el que se murmure en la sala de profesores. Maldito Gordon. Maldito Gordon Atkin. Y él percibe eso: la sensación de no gustar.

Esa noche su padre le pregunta durante la cena qué tal ha ido la vuelta al colegio.

—Bien —le contesta llevándose a la boca el tenedor colmado de macarrones.

—No hables con la boca llena —lo corrige él.

Y Gordon lo mira de forma elocuente. Levanta los codos en ángulos extraños mientras maneja los cubiertos. Los baja. Se fija en la bebida de su madre y le pregunta:

—¿Puedo tener yo también una pajita?

—No —le responde Maia.

—Tú no te metas. ¿Por qué mamá puede y yo no? No es una niña.

—He ido al dentista y estoy recuperándome de un tratamiento —explica su madre.

Maia suspira y su padre la mira con dureza. Gordon deja el tenedor y examina la cara de su madre; tiene hinchada la mejilla izquierda, como si se hubiera metido una pelota de ping-pong. Y, sin entender muy bien por qué, sabe que ella no está diciendo la verdad y que los demás participan del secreto. Siempre es así. Los tres saben algo que él no sabe. Y en ese instante ansía hacer otra salida de «sólo hombres» con su padre, lejos de Maia y de su madre, y redefinir las lealtades. Desde esa comida en Pizza Express, se le han ocurrido más cosas que contarle y que le gustarían. Así que las ha memorizado: una especie de lista de la compra de todo lo que su madre hace mal.

Maia está sentada en el sofá, con el plato de galletas que le ha dejado la señora Radley ya medio vacío. Le gusta hacer de canguro de los Radley. Viven a pocas calles de distancia, pero mientras que su casa tiene una entrada flanqueada por columnas falsas y pulcras macetas, a la de ellos se accede por un sendero enlosado que parece haber estado siempre allí, bordeado de plantas frondosas que le hacen cosquillas en los tobillos cuando lo recorre. Dentro reina el desorden de la vida cotidiana. Los Radley dejan las cosas en cualquier parte y no las recogen hasta que la señora Radley anuncia que toca hacer limpieza general. Hay algo acogedor en ese desorden que no tiene nada de sucio. Maia se sumerge en él, y en cuanto los niños se acuestan, saca de la cartera sus libros de texto y los esparce por la mesa de centro, además de dejar uno tirado de cualquier manera en el suelo, en un intento de fusionar sus cosas con las de ellos.

En su casa, los cojines siempre están mullidos y las superficies despejadas, como si esa capa de orden pudiera purificar la realidad de sus vidas. Pero no funciona. Cuanto más pulcro está todo, mayor es la sensación de que se oculta algo.

—¡Caray, Maia! Es como una casa de exposición —comentó una chica de su clase que pasó un día sin avisar para pedirle prestado el tutú para un recital—. ¿Dónde están tus cosas? —le preguntó echando un vistazo a la sala de estar mientras ella subía corriendo a buscar la falda.

—Guardamos todos los trastos en el garaje —respondió esperando que no le pidiera verlos.

Suele oír a los Radley en el sendero de acceso antes de que introduzcan la llave en la cerradura. Siempre están hablando o riéndose de algo, y cuando la señora Radley lo llama «idiota» porque ha dejado caer las llaves, él suelta una carcajada. Mientras ella busca en su bolso el dinero para pagarle, el señor Radley le da conversación, pero no puede apartar los ojos de su mujer, como si fuera un trozo de tarta de chocolate y estuviera esperando educadamente a que ella se vaya para hincarle el diente. Se los imagina como los personajes de dibujos animados del vídeo de educación sexual del colegio, en el que una pareja se persigue por el dormitorio con cara de felicidad y excitación para hacerse cosquillas con unas plumas. Sabe que el sexo no va de plumas, pero los señores Radley tienen pinta de divertirse así. A veces oye los gruñidos de su padre a través de la pared. Se tapa la cabeza con la sábana, pero al mismo tiempo no puede evitar intentar averiguar si su madre está bien. Así que se esfuerza por escuchar por debajo del edredón, pero no oye nada. Eso le hace pensar que probablemente

el sexo es algo que su padre le hace a su madre, y no el acto recíproco del que hablaron el año pasado en la segunda parte de la charla sobre la menstruación que les dieron en el colegio.

A Maia no le interesan los chicos. A veces, cuando habla con su amiga Sadie, se queda fascinada con el color rosado de sus labios e imagina cómo sería inclinarse y besarlos. Pero no hace nada porque no quiere complicarse la vida. Toda su atención se dirige a entrar en la universidad para estudiar Medicina.

Le resulta extraño seguir los pasos de su padre, pero cuando lo ve en su faceta profesional, el miedo que suele inspirarle es reemplazado por algo parecido a la admiración. Le asombra el tono tranquilizador que utiliza con los pacientes; la forma en que sacude el termómetro antes de leer el mercurio, sin mostrar alarma en el rostro por muy alta que sea la fiebre; la serena precisión con que le puso una inyección de adrenalina a Gordon el día que le picó una avispa. Por un momento creyó que iba a morir allí mismo, en la mesa de pícnic, con su disfraz de Batman, pero entonces su padre se puso la capa invisible de médico y lo salvó. Por unos instantes fue un héroe. Ella desea adquirir ese tipo de competencia y control.

La gruesa guía de acceso a las universidades está en la sala común de sexto. No obstante, Cora echa un vistazo a un tablón durante la reunión de padres y se pasa los días siguientes haciéndole sugerencias sobre dónde podría solicitar plaza.

—Pone que tienes que escribir una carta de presentación. ¿Sabes qué es eso?

Maia le recuerda que sólo está en sexto y que no tendrá que hacerlo hasta principios del año siguiente. Es como si a su madre le diera miedo que se olvidara. Maia mira en un mapa dónde están las

universidades que ella le ha sugerido. Exeter, Leeds, Warwick, Edimburgo, incluso hay una en Irlanda, donde vive la abuela Sylvia. Todas están lejísimos.

Maia sabe que su madre apenas habla con la abuela Sylvia. A papá no le gusta que llame por conferencia y nunca la visitan. A veces la abuela le envía un talón por Navidad o para sus cumpleaños, y su padre lo ingresa en una cuenta bancaria, junto con el dinero que gana haciendo canguros.

—Mamá —le preguntó una vez—, ¿por qué pone aquí que la abuela se llama *Sílbhe*?

—Ése es su nombre. Es Sylvia en irlandés.

—¿Y por qué no la llamamos así? —Vio que su madre abría la boca y volvía a cerrarla—. ¿Cómo se pronuncia? Correctamente, quiero decir.

—*Shilva* —respondió su madre, y se le suavizó el rostro. Y en ese momento Maia entendió por qué su padre había querido borrar toda relación con Irlanda.

Durante la cena pronuncia mentalmente el nombre, dejando que se arremoline en sus pensamientos como un acto de desafío. Sílbhe. Disfruta del pequeño parpadeo sobre la *í*, como la llama de una vela que se niega a apagarse. En el colegio empieza a escribir su nombre como Maía, un cambio tan sutil que no lo nota nadie más que ella.

Poco a poco, la abuela Sílbhe se convierte en su única salvadora en potencia. Maia se imagina presentándose en su puerta o llamándola desde una cabina telefónica y preguntándole si puede ser a cobro revertido. Pero al final escribe una carta cuyo sello paga con monedas que recoge del suelo. Sólo le supone ir y volver al colegio con la mirada gacha durante un par de semanas. A la gente no se le

cae dinero en las calles cercanas a su casa, pero en las tiendas pequeñas, en el parque o debajo de la máquina expendedora de billetes de la estación de tren encuentra muchos peniques. Quiere contárselo a su madre para que ella también tenga dinero propio, pero sabe que la mujer de un médico no puede dejarse ver monedas como una mendiga entre los dientes de león que crecen alrededor del contenedor de vidrio. Maia se sorprende al darse cuenta de lo poco que las separa. A su madre le compran ropa y vive en una casa bien caldeada, pero no tiene más dinero ni más libertad que la mujer que deambula por las calles empujando un carrito de la compra lleno de tesoros rescatados de la basura.

Maia recuerda una noche que bajó a por un vaso de agua. Era tarde y la luz de la sala de estar estaba apagada, así que se quedó de pie en la oscuridad sin que ellos la vieran. Su padre estaba arrodillado sobre su madre, sujetándole las muñecas a la espalda, mientras ella comía de un cuenco en el suelo de la cocina. Con su voz grave y tranquila, le decía:

—Quizá ahora te lo pienses dos veces antes de hacernos vivir en una pocilga. No es agradable, ¿verdad, Cora? Espero que esto te ayude a acordarte de limpiar la nevera la próxima vez. Nadie quiere comer comida podrida como ésta.

Maia se volvió sin decir nada. Se llevó lo que había visto escaleras arriba y lo vomitó sobre la alfombra del rellano. Se quedó unos segundos mirando la pared salpicada de trozos de zanahoria que no recordaba haber comido y preguntándose qué hacer, y luego gritó débilmente desde lo alto de las escaleras:

—¡He vomitado!

Sus padres aparecieron enseguida como si nada. Por sus caras nunca adivinarías la escena que Maia acababa de presenciar en la cocina.

A la mañana siguiente, en la biblioteca del colegio, Maia escribió la carta usando varias hojas que había arrancado pulcramente de la parte posterior de su cuaderno de ejercicios.

Sílbhe telefonea un martes por la mañana. Cora está restregando los hierros de los fogones mientras repasa mentalmente la «Danza del Hada de Azúcar». Algunas secuencias las recuerda sin apenas esfuerzo, pero de otras no está tan segura y se pregunta si no estará incorporando sus propias coreografías para llenar los huecos de su memoria.

—¿Estás sola? —La voz del otro lado de la línea le resulta intensamente familiar, aunque casi nunca hablen.

Cora evita poner conferencias que puedan aparecer en la factura del teléfono, pero su falta de comunicación parece haberle dado a su madre un motivo para no llamar muy a menudo. Y, de algún modo, así es más fácil.

—¿Puedes hablar? —Cora mira a su alrededor, como si su madre pudiera saber algo que ella ignora.

—¿Sí? —responde ella, casi como una pregunta.

—He recibido una carta de Maia. Sé lo que está pasando, cariño.

Cora se sienta sin aliento en el brazo del sofá. Luego, como por acto reflejo, se levanta y mira por la ventana de la cocina para asegurarse de que él no está volviendo en un hueco entre paciente y paciente.

—Mamá, no creo... No estoy segura de poder hacer esto ahora mismo.

—¿Es verdad?

Cora no responde y el silencio se extiende a través de los cables telefónicos que las conectan.

—Ojalá lo hubiera sabido.

Cora sigue sin decir nada. Se pregunta cuánto le ha contado Maia. Se pregunta cuánto sabe Sílbhe.

—Sé que no puedes acceder a tu cuenta bancaria, así que voy a enviarle un cheque a Maia. Ella puede sacar el dinero por ti, y quiero que lo uses para comprar billetes para veniros aquí.

Cora se ríe, un rápido e histriónico estallido de incredulidad que se le escapa sin querer.

—Los niños no tienen acceso a sus cuentas, mamá. Él se encarga de todo eso.

—¿Quieres decir que nunca han recibido el dinero que les envío?

—Seguro que está todo bien guardado para cuando sean mayores. Pero no pueden ir a un banco y retirarlo. No tienen una tarjeta ni nada parecido.

La línea enmudece por un instante.

—Pero podría enviarte dinero por correo, ¿no? Él está en el trabajo cuando pasa el cartero por la mañana, ¿no es cierto?

Cora suspira.

—No es tan fácil. Si me fuera de casa perdería la custodia de los niños. Se las ha arreglado para que un colega de la consulta me recete antipsicóticos o algo así, está todo en mi historia clínica.

—¿Eres psicótica?

—Claro que no. Pero si hasta mi propia madre tiene que preguntármelo... Es su póliza de seguro. Se ha encargado de que parezca que estoy loca para que no pueda quedarme con los niños. Así me lo ha dicho.

Su madre guarda silencio.

—Pero nada de esto importa; en realidad no es tan horrible. No sé qué te habrá contado Maia, pero yo estoy bien y los niños están bien cuidados. Tienen ropa limpia, no les falta comida, hacen extraescolares, ballet... —Cora titubea al darse cuenta de que está tergiversando la realidad (Maia no ha elegido esas clases), pero continúa—: Él no les pone una mano encima. Tienen todo lo que necesitan. Hay niños que viven en la pobreza, ¿sabes?

—Pero eso no está bien, Cora.

Ella sigue mirando por la ventana. Cuanto más se alargue la llamada, más posibilidades habrá de que aparezca doblando la esquina. Gordon a veces mete la llave en la cerradura sin hacer ruido para pillarla por sorpresa. Se lo imagina escuchando a escondidas detrás de la puerta de la calle.

—Un momento —dice, y deja el auricular en la mesa para echar un vistazo al pasillo. Cuando vuelve a cogerlo, suena más firme. No debería haberse dejado llevar de ese modo. La conmoción de que su madre lo sepa, descubrir que Maia se lo ha contado, escuchar su lengua materna, todo ello la ha pillado desprevenida—. Mamá, siento que Maia te haya preocupado. No debería haberte dicho nada. Todo va bien.

—Piénsalo, Cora. Por favor.

Cora piensa en ello constantemente. Lo hará cuando Gordon cumpla dieciocho años. Sólo faltan once años, no es nada si lo

compara con todo lo que ha vivido. Pero no se lo dice a su madre.

Cuando Maia llega del colegio, Cora le pone merienda y unos dibujos animados a Gordon, y luego sigue a su hija hasta su habitación. La niña está sentada en la cama, limándose las uñas con un trozo de papel de lija gastado que ha cogido del taller de pretecnología del colegio.

—¿Has escrito a la abuela?

Maia se detiene y levanta la mirada, expectante.

—¿Nos ayudará?

Cora se arrodilla en el suelo delante de ella.

—Sé que las cosas podrían ir mejor, pero ¿entiendes lo que podría pasar si empiezas a involucrar a otras personas de esta manera?

Maia mira el papel de lija que tiene en las manos.

—¿Qué?

—No me dejarían quedarme contigo. Nadie me creería. Papá es médico. Él conseguiría tergiversar las cosas y los tribunales le darían la custodia. Puede que ni siquiera me dejaran verte. —Maia guarda silencio—. Nada de lo que él pueda hacerme sería peor que eso.

Maia piensa en su madre agachada sobre el cuenco en el suelo de la cocina.

—¿Qué? —le pregunta Cora al ver la expresión de su cara.

—Os vi. La noche que vomité. Os vi.

Cora cree que va a desmoronarse, pero endereza la columna vertebral, contrae el torso y alarga la respiración hasta que nota cómo se le eleva el diafragma.

—No hagas eso —le pide Maia.

—¿Qué?

—Eso. Es una técnica de ballet para ayudarte a actuar en un escenario, no para engañar a tu hija.

Cora baja la guardia suavemente.

—¿Hay algo que no se te pase por alto?

Se miran y en sus caras se dibuja la misma sonrisa triste de labios cerrados. Maia se acaricia con un dedo la uña recién limada. Su madre inclina la muñeca para ver qué hora es y Maia mira por la ventana de su habitación estirando la cabeza para ver el final de la calle sin salida.

—Aún no ha vuelto.

—Siempre sería peor, muchísimo peor, perderos a ti y a Gordon. No estar aquí para cuidaros. Tengo elección y esto es lo que escojo.

Maia arquea las cejas.

—Lo sé. No tengo mucha elección, pero es lo que escojo. Lo que escogeré siempre.

—Pero ¿no podríamos contar cómo es él y que queremos estar contigo? Somos sus hijos y seguro que tenemos algo que decir.

Cora niega con la cabeza.

—Él alegaría que soy una madre inepta. No dejarán que os quedéis con alguien que puede haceros daño o que no os cuida como es debido. Y tu hermano... puede que ni tan sólo quiera quedarse conmigo —añade en apenas un susurro, y parpadea intentando ocultar cuánto le duele admitirlo. Maia le aprieta la mano —. Lo siento. Quisiera que las cosas no fueran así. Nunca quise que crecierais teniendo que presenciar escenas como... —Se interrumpe; decirlo en voz alta lo vuelve más real, más atroz—. Espero que no

me odies por ello cuando seas mayor. Espero que no pienses que fui débil o...

—¡Mamá!

La interrumpe la voz de Gordon, que está subiendo las escaleras. Cora se levanta haciendo crujir las juntas del suelo donde estaba arrodillada.

—¡Mamá! —grita él, más alto esta vez, y su impaciencia no deja que Maia oiga la respuesta.

Sílbhe llama todos los días de esa semana, a pesar de que Cora ya no le coge el teléfono. Lo deja sonar, en la casa silenciosa, dispuesta a descolgar el auricular sólo si oye la voz de Gordon en el contestador. Sabe que su madre no la pondrá en peligro con un mensaje y lo agradece. Cora no quiere oír cosas que puedan socavar el cuidadoso andamiaje que ha construido en torno a su vida. Sin nadie que la cuestione, casi puede permitirse creer que es normal. Pero las palabras de su madre amenazan con aflojar los tornillos, dejándola con la sensación de que todo podría venirse abajo. ¿Y dónde estaría entonces? En el mismo lugar, en la misma situación, sin salida.

Cinco días después de haber hablado con su madre, tocan el timbre, y cuando abre la puerta, encuentra a un agente de policía con la gorra bajo el brazo. Este detalle la llena de alivio, pues recuerda algo que le dijo su padre en una ocasión. Que sólo se dejan la gorra puesta cuando acuden a comunicar un fallecimiento.

El agente lleva el pelo rapado. Cora casi puede oír el zumbido de la maquinilla de afeitar que debe de usar todas las mañanas; ve los

ojos que siguen el avance de la cuchilla en el espejo y el lavabo de debajo, cubierto de una fina capa de pelos. Él mueve los pies con nerviosismo mientras la informa del motivo de su visita, y sólo se le relaja el rostro cuando Cora le explica que su madre tiene demencia y es propensa a inventar cosas.

—Uf, menos mal. —Se ríe, pero enseguida se contiene—. Disculpe, no se lo tome mal. No era mi intención ofenderla. Pero habría sido muy incómodo de haber sido cierto. Él es mi médico. Tuvimos que echar a suertes en la comisaria para ver quién venía. Yo soy el nuevo. Creo que siempre sacaré la cerilla más corta hasta que llegue otro.

Ella lo observa mientras se aleja por el camino. Cuando llega al final, vuelve a ponerse la gorra. Ella entonces lo siente. La muerte silenciosa de algo.

Siete años después

2001

Bear

La niña sentada a la mesa del otro lado del pasillo tiene tres o cuatro años. Su llanto rivaliza con el ruido del tren y se cuela por los auriculares de Bear, ahogando a los White Stripes. Espera a que la cría mire hacia él, dispuesto a captar su atención. A los pocos segundos, la pequeña se calla a mitad del berrido y se queda observándolo con la boca entreabierta. Él mueve las cejas, primero una, luego la otra.

—¿Quieres verlo otra vez? —le pregunta Bear quitándose los auriculares.

La niña asiente de un modo casi imperceptible, titubeando pero sin bajar la mirada. La madre también mira, recelosa; no ha visto lo que ha llamado la atención de la niña.

Bear se echa hacia delante desde el otro lado del pasillo.

—Vamos allá. —Sonríe y repite el número de las cejas, y esta vez la niña se ríe y él ve que la madre se relaja y deja de agarrarla con aire protector—. ¿Otra vez?

La niña asiente y algunos pasajeros se vuelven para mirar agradecidos al chico que les ha librado de los berridos.

Bear se sienta en el asiento vacío que hay delante de ellas.

—¿Queréis ver algo más?

—Sí, por favor —responde la madre.

Bear espera a que la chica asienta para abrir la cremallera de su mochila y sacar una hoja de papel.

—Puedes escoger entre un cisne con el cuello muy largo, una mariposa o un oso —le dice alargando los brazos y soltando un pequeño rugido.

La niña se ríe.

—Oso.

—Oso —repite él—. Has elegido bien. Y además es mi nombre: Bear. ¿Cómo te llamas tú? —le pregunta mientras empieza a doblar el papel, alisando los pliegues con el canto de la mano.

—Robyn.

—¡No puede ser! ¡Petirrojo!

Cuando termina hace que un oso camine por la mesa hacia la niña, repartiendo el peso entre sus patas triangulares.

—¿Quieres que te haga un petirrojo para que te haga compañía? —le pregunta, y la niña asiente con una mano en el animal, sin apenas apartar los ojos de Bear—. En realidad parecerá un pájaro normal y corriente, pero si tienes rotuladores en casa puedes pintarle la barriga de rojo.

Cuando el tren termina su trayecto en Brighton, Maia observa desde el torniquete a Bear despidiéndose de una mujer y una niña con las manos llenas de lo que sabe que son animales de papel. Él se vuelve y se le ilumina la cara al verla. Corre por el andén, con los brazos tendidos en el último tramo, y la abraza incluso antes de pasar al otro lado.

—Te he echado de menos, Bees.

Y todo el cuerpo de Maia se llena de calor.

Paran en una tienda de *fish & chips* y caminan por el paseo marítimo mientras se ponen al día de los temas principales —mamá, el colegio, la última salida que hizo Bear con la clase de Geografía, el curso de homeopatía de Maia— hasta que acaban parloteando de todo y nada.

—¿Cómo es? —le pregunta Maia, cuando Bear le dice que está saliendo con una chica.

—Un poco callada, pero al mismo tiempo muy segura de sí misma y simpática. Además de inteligente. Hablamos de un libro en la clase de Literatura y todo el mundo dice las típicas chorradas, y entonces ella toma la palabra y, no sé, todos la escuchamos como si notáramos que está en otra liga. Pero ella no lo hace para ponernos en evidencia. Simplemente es así.

No menciona que se apellidan casi igual, sólo que ella es Atkins con *s*, ni que también se sienta a su lado en Matemáticas, asignatura que no se le da tan bien; quiere guardarse algunos detalles para él.

Una gaviota a la que le falta un dedo de la pata salta hacia ellos, y él rompe una patata frita por la mitad y se la lanza. El pájaro la atrapa con avidez y se aleja volando.

—¿De quién es amiga?

—¿Lily? No es de las populares —responde Bear, que ha entendido lo que le está preguntando en realidad—, pero cae bien a toda la clase.

Una vez Fern comentó que Bear era uno de esos niños que podrían ser populares pero que prefieren relacionarse con un grupo más discreto, y Mehri sonrió dando a entender que estaba de acuerdo. Maia pensó que era cierto, pues Bear se movía sin

problemas entre las fronteras invisibles que definen la vida escolar de la mayoría de los niños. En cambio ella nunca había podido.

—Su pelo me recuerda al caramelo de regaliz... —Y se detiene, cohibido.

—¿Como los que nos da la abuela Sílbhe? Uf, Bear, estás fatal.

Se ríen y él le empuja el hombro con el suyo mientras miran el mar desde uno de los oxidados bancos turquesa.

—¿Y los ojos de qué color son, entonces? —le pregunta ella tomándole el pelo.

En el piso de Maia, toman chocolate caliente sentados con las piernas cruzadas en un sofá cubierto con una tela que él no reconoce. Bear se pregunta si ella y su novia la habrán elegido juntas, o si lo que hay en la sala de estar es una mezcla de las pertenencias de ambas. Decide que más tarde utilizará parte del dinero que ha ganado repartiendo periódicos para comprarle algo en una de las tiendas de los Lanes. Un cojín tal vez.

—Pasó algo extraño en clase —le cuenta—. Ni siquiera recuerdo cómo llegamos a eso, pero debíamos de estar hablando de *Los cuentos de Canterbury*, de cómo los hombres se definen por lo que hacen, mientras que las mujeres... Bueno, siempre que se habla de ellas es en relación con un hombre. Como la comadre de Bath, o incluso la monja, en cierto modo.

—No recuerdo las historias, pero creo que me quedo con la monja.

—Bueno, pues el profesor nos preguntó qué título le pondríamos a nuestra vida si tuviéramos que definirla en función de otra persona. Y me di cuenta...

—Oh —murmura Maia intuyendo adónde quiere ir a parar. Porque hasta que ella se fue de casa, eso siempre había estado rondándole en la cabeza.

—¿Sabes en qué pensé?

—Creo que sí. Después de lo que pasó, siempre pensaba que los dependientes de las tiendas, los profesores, nuestros vecinos... Bueno, me los cruzaba por la calle e imaginaba que ellos estarían pensando: «Ahí va...» —Se interrumpe y vuelve a empezar—: «Ahí va la hija del asesino.»

Se quedan ahí sentados en silencio. Maia mueve los pies hasta juntarlos con los de él y durante un rato se miran las puntas de los pies entre los dos cojines.

—Lo raro es haber tardado catorce años en llegar a esa conclusión. Soy el hijo del asesino.

—Pero en realidad no tendrías que sentirte tan identificado con él cuando apenas lo conoces.

—Supongo que no. La mayor parte del tiempo ni siquiera pienso que tengo padre. ¿Y tú?

—Sí, pero en otra vida. Como si en ésta ya no tuviera.

—¿Crees que él piensa en nosotros? ¿Como si fuéramos suyos?

Maia vuelve a fijar la mirada en sus calcetines: las rayas de los de ella y el negro desteñido de los de él. A menudo se lo pregunta en su fuero interno, pero nunca comparte la respuesta: cree que probablemente él todavía la considera hija suya, pero quizá no ve a Bear como su hijo. Le gustaría gozar del mismo anonimato en la mente de su padre.

—No lo sé —dice por fin.

—Es el año que viene, ¿verdad? Cuando saldrá de la cárcel.

Maia no quiere hablar de ese tema. No quiere que emponzoñe la mente de Bear y estropee los días que van a pasar juntos. Pero sabe que tiene que responder algo. Que si se calla sólo conseguirá incrementar su ansiedad.

—Si acredita buena conducta.

—¿Crees que lo hará?

—Sí —responde Maia con un escalofrío—. A mamá y a mí nos ha sorprendido que no lo hayan dejado salir antes. Era un hombre realmente encantador. Si no fuera por lo que le hizo a Vihaan, nadie habría creído que maltrataba a mamá.

Pronuncian el nombre de Vihaan como si lo conocieran. Pero no es familiaridad; es una cuestión de honor, una forma de reconocer lo que sacrificó por ellos. «Nunca debemos olvidar que si somos libres es gracias a él, que murió por nosotros», dice Cora. Para Maia siempre ha sido su Jesús particular. No van a la iglesia, pero todos los 16 de octubre, incluso ahora, llevan flores a la tumba de Vihaan. A veces al llegar encuentran otros ramos que ya empiezan a marchitarse. Sólo al hacerse mayor ha caído en la cuenta de que son las flores favoritas de su madre (azafranes, narcisos, peonías, dalias, ciclámenes) y que ella debe de ir más a menudo.

—¿Crees que vendrá a buscar a mamá? ¿O a nosotros?

—Claro que no, Bear. Ha pasado mucho tiempo y nunca ha intentado ponerse en contacto.

Esto es lo que se repite cuando da vueltas en la cama por la noche. O cuando regresa a casa al anochecer con el corazón desbocado e imagina que él la acecha, listo para abalanzarse sobre ella y susurrarle amenazas al oído. Pero pronto ya no tendrá la tranquilidad de saber que sólo es su mente hiperactiva.

Bear se siente estúpidamente melodramático, pero lo que ocurrió cuando era un bebé está tan alejado de la vida que ha conocido que a veces le cuesta creerlo. Aunque últimamente se ha sorprendido imaginando situaciones. La cara de su padre mirándolo por la ventana cuando él va a correr las cortinas por la noche, a pesar de que vive en el segundo piso de un edificio victoriano. Un vecino dejando la puerta de la calle abierta y su padre escondiéndose en el hueco de la escalera comunitaria. El cable del teléfono cortado... A veces lo descuelga sólo para comprobar si hay línea. Sabe que cuando se sepa la fecha de su salida de la cárcel los avisarán, pero aun así...

De un tiempo a esta parte se ha descubierto lamentando que su madre no haya conocido a alguien. Un hombre corpulento con un lado feroz que sólo aparece cuando su nueva familia se ve amenazada. Alguien como Aaron, que cada dos por tres va a arreglar las viejas cañerías del piso, que siempre le cobra de menos a su madre y antes de irse se sienta con él a jugar una partida de Mario Kart. Aunque no ha notado ninguna chispa entre ellos, aparte de que podría estar casado; sin embargo Bear está seguro de que en caso de necesidad Aaron daría la talla.

No es que piense que él no daría la talla también, el problema es que nunca lo han puesto a prueba. En el colegio siempre que ve que acosan a un compañero interviene, y no sabe por qué pero el acosador siempre se retira sin oponer resistencia. Una vez se preguntó si era por tener el padre que tenía: quizá se alejan porque piensan que lleva en sus genes esa pulsión imprevisible. Sea lo que sea, no está seguro de que su presencia causaría ese mismo efecto en un hombre capaz de asesinar.

También le preocupa en quién se convertirá él si aparece su padre. Su ausencia ha marcado las vidas de todos los miembros de su familia. ¿Y si su presencia hace que cambie la percepción que Bear tiene de sí mismo con la misma facilidad que se deshace la bola de helado de un cucurucho?

—¿Crees que habrá cambiado mucho? —le pregunta Bear.

Maia se encoge de hombros.

—Gran parte de lo que era se lo debía al respeto y la admiración que inspiraba. No sé qué quedará de eso ahora que no es médico y no vive en una casa grande y perfecta. Es como si le hubieran arrebatado todo lo que constituía su identidad.

—Un día fui en bicicleta a ver la casa —confiesa él—. No podía imaginarnos a todos viviendo allí.

A Maia le resulta extraño pensar en Bear cruzando la ciudad en bicicleta para detenerse delante de aquella casa (se mudaron a un piso cercano al de Mehri y Fern justo después del juicio, antes de que él cumpliera un año). Ella creía que su hermano había logrado mantenerse relativamente al margen, pero ahora se lo imagina en la acera, de puntillas para sostener la bicicleta de montaña, mirando hacia las ventanas y rellenando las lagunas de lo que pasó con imágenes que quizá sean peores que la verdad. Maia se pregunta quién vive allí ahora y si esas personas notan algo. Si perciben la violencia de lo que ocurrió en esa casa. No sólo lo de Vihaan sino todo lo anterior.

—Sí, el piso siempre ha sido más nuestro que aquella casa. No deberías ir a verla.

—No pretendo desenterrar nada. Yo sólo... —Se interrumpe.

—Lo sé. —Maia le aprieta el pie.

Cora tiene una cita. Se sienta frente al pequeño espejo del tocador de su habitación y desenrosca un pintalabios nuevo de color rosa oscuro. Se lo pone con cuidado y se mira. En el mostrador del departamento de perfumería, rodeada de otras mujeres, eso le ha parecido normal, casi divertido, pero ahora le resulta extraño resaltar una parte de sí misma de esta manera. Como una flecha de neón: «Aquí es donde debes mirar.» Se da cuenta de que sus labios han llegado a parecerle tan poco sensuales como un codo o una rodilla, y le asusta pensar que eso podría dar a entender que habían despertado de nuevo y se habían convertido en algo más.

—No tienes por qué besarlo —le había dicho Mehri—. Es sólo una salida. Vais, charláis, cenáis juntos. No tiene que haber nada más a menos que tú quieras.

Se llama Felix. Tiene una sonrisa franca y el pelo rizado. Los mechones que le caen sobre los ojos rebotan como la espiral de un muelle cada vez que se los aparta. Ha cumplido ya cuarenta y ocho, sólo un año más que ella, y eso a Cora le recuerda que aún es joven, porque él no parece nada mayor. Lleva una camisa de algodón suave con el cuello desabrochado, y ella se fija en el pequeño triángulo de piel que deja al descubierto, tersa y de una palidez cremosa. Se la imagina caliente. Luego se fija en el movimiento de la nuez al tragar. En su barba incipiente, en su barbilla.

Es veterinario, y le habla de los animales y sus amos como si fueran personajes de su libro favorito.

—Es extraño. Sólo trato con la gente desde este prisma tan singular, pero es increíble hasta qué punto acabo con la sensación de que los conozco. Los veo lidiar con el estrés y el dolor; veo cómo

se las arreglan cuando sus mascotas se vuelven incontinentes y empiezan a dejar regalos en el sofá. —Se le arrugan los ojos por las comisuras—. La mayoría de las veces no sé ni a qué se dedican, pero los oigo hablar con su gato cuando lo sacan del transportín y hay... cierta vulnerabilidad en el hecho de que me dejan presenciarlo.

Ella se lo imagina allí, con su sonrisa tranquilizadora. El miedo de los animales. El ligero olor a desinfectante.

Él coge la botella de vino que han pedido y vuelve a llenarle la copa mientras le hace preguntas interesantes. Es fácil hablar con él. Le gusta. Es el tipo de persona que podría atraerla. Y es simpático con ella. Amable. Y ése es el problema. Está acostumbrada a que la gente sea amable con ella —sus hijos, Mehri y Fern, Roland, los jardineros que trabajan con ella—, pero esas interacciones no tienen las mismas consecuencias. Felix sigue hablando mientras ella se sorprende analizando cada gesto y cada frase como los de un posible compañero, alguien a quien podría dejar entrar en su vida. Se da cuenta de que todo lo que inclina la balanza a favor de él altera alguna otra medida interna. Se siente como si hubiera entrado en la sala de espejos de una feria: lo que tiene delante puede no ser lo que parece.

Cuando más tarde habla con Mehri por teléfono, intenta explicárselo.

—No hay manera. Si el tipo es amable, tengo la sensación de que sólo intenta seducirme. Cuando me hacía preguntas, ¿sabes lo que pensaba?

—Que estaba intentando descubrir tus puntos débiles.

—Exacto. Y que se los guardaba para echármelos en cara más tarde. No quiero un hombre que sea desagradable, pero ¿cómo puedo confiar en uno amable?

—Porque la mayoría de los hombres no son como Gordon.

—Conozco la teoría, pero en la práctica eso no cambia lo que siento. Sé que no me habríais presentado a cualquiera, pero...

—Escucha, Roland conoce a la ex, y ella y Felix todavía son amigos. Eso no lo ves en el historial de un maltratador, ¿verdad?

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No lo sabía. Roland no me lo ha dicho hasta que me ha visto aquí sentada esperando tu llamada.

—¿Estabas preocupada por mí?

Mehri suspira.

—No. Puede que un poco. Pero sólo como lo estuve la primera vez que Fern salió con un chico.

—Lo recuerdo. Te quedaste dormida en el sofá después de beberte una botella de vino y no supiste si había llegado sana y salva hasta el día siguiente.

—Ella todavía estaba viva. —Mehri se ríe—. No le había pasado nada. Era un buen chico. Se llamaba Jake o Joseph. Algo que empezaba por J. Mira, Cora, a mí me encanta tenerte para mí sola, pero no está bien. Mereces que alguien te quiera, y que ese alguien sea bueno.

—Tú me quieres.

—Sí, pero yo no voy a quitarte la ropa y acariciarte. Tú también necesitas eso.

—No estoy segura de que lo necesite.

—Claro que no estás segura. Has ignorado esa faceta para centrarte en los niños. Pero Bear ya tiene catorce años y ha ido a ver a Bees. Y el año que viene podría pasar todo el verano en Brighton con ella. Nunca se sabe.

—Hablas como si no tuviera vida propia. Esto es demasiado para una noche —replica Cora—. He salido con un hombre y ahora tú...

—Lo siento, tienes razón.

Y las dos se ríen y desvían la conversación hacia la señora Wilbur, la vecina de Mehri.

Al día siguiente es domingo. Cora quiere disfrutar de su día libre y de la tranquilidad del piso antes de que Bear llegue a casa, pero sabe que no logrará desconectar hasta que se haya sincerado con Felix.

Así que a las siete y media de la mañana se sienta en la cama y le escribe un mensaje de texto que espera que sea cordial, pero que también deje claro que lo de la noche anterior fue algo puntual. El móvil pita un par de horas más tarde.

Hola, Cora:
Gracias por aclararme las cosas. De todas formas, lo pasé muy bien anoche.
Te deseo lo mejor.
Felix

Y en su comedida cortesía él vuelve a mostrarse como alguien en apariencia educado y amable, alguien en quien ella no puede confiar. Cora mira su reloj. Faltan unas horas para que llegue Bear. Podría estudiar el catálogo de semillas que se ha traído del trabajo, poner algo de Chaikovski y hacer estiramientos. Son cosas con las que normalmente disfrutaría. Pero hoy está impaciente por servir la

comida y poner la lavadora con la ropa de Bear del fin de semana. Quiere volver a ser simplemente «mamá».

Julian

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que Sílbhe visitó el taller de Cian. Rodea la casa, que sigue tal como la recuerda, y de pronto se siente cohibida, consciente de los años que han transcurrido y de que ha envejecido visiblemente desde la pérdida de Cora. Sin embargo, en muchos sentidos se siente más joven; esta segunda maternidad la ha devuelto a una etapa diferente de la vida.

Cian abre la puerta. No se le ha ocurrido pensar que él también estará más viejo. Y al sonreír, cálido y efusivo, Sílbhe ve cómo se le marcan más profundamente las arrugas alrededor de la boca.

—Siento haber dejado pasar tanto tiempo —le dice ella.

—Bah, no digas bobadas. Has estado ocupada. Es normal. Pasa, pasa. —Y luego, un poco nervioso, añade—: ¿O quieres ir a la casa? ¿Dónde prefieres que estemos?

—Aquí se está genial.

Él prepara té y se sientan a su mesa de trabajo; ella todavía con el impermeable y deslumbrada por la lámpara de tungsteno del escritorio. Él la apaga y deja sólo las luces del techo.

—Lo siento, es demasiado intensa. Pero nuestra vista ya no es lo que era. —Sonríe tímidamente—. ¿Qué te trae por aquí? ¿O es un asunto social? —dice, y ladea la cabeza y le sonríe, dejándole la puerta abierta, haciéndole saber que sería bienvenida.

Ella se siente culpable de que no sea ése el motivo.

—Un asunto social. No estoy segura de que puedas ayudarme.

—Claro que sí. Continúa.

—Se trata de mi nieto, Julian.

—¿Está bien?

—Sí, sí, es un buen chico. Es como tú, le gusta hacer cosas con las manos. Arte, carpintería, metales. Este tipo de cosas. —Él espera a que ella diga algo más—. Pero es... No lo sé, no es como los otros chicos. Se desenvuelve bien. No le hacen mucho *bullying*. Pero es diferente. —Guarda silencio unos momentos, porque le parece excesivo explicarle de qué forma le ha marcado el pasado, o que tiene la impresión de que ve la vida en una escala de grises, en lugar de con todos sus colores. Que hay en él algo plano. En lugar de ello, añade—: Quizá sea por haber pasado tanto tiempo con su abuela, pero se lleva mejor con los adultos.

—Es comprensible.

—He intentado matricularlo en un curso de adultos. Quiere hacer orfebrería. Pero tiene catorce años y me dicen que el seguro no lo cubre.

—¿Y quieres que lo tenga aquí de aprendiz?

—No se me habría ocurrido, pero cuando vi que tú eras el profesor del curso, pensé...

Cian percibe su incomodidad por haber ido a pedirle algo después de tanto tiempo. No debió de ser fácil para ella asimilar un cambio de vida tan radical por la llegada de dos niños con los que apenas había tenido contacto.

Él asiente. Es todo lo que necesita para saber que lo hará. Y como no quiere que se vea obligada a darle las gracias ni que se sienta en

deuda, cambia de tema.

—¿Y Maia? Se llama así, ¿verdad? ¿Qué edad tiene ahora? Calculo que veintiuno.

—Veintitrés —responde Sílbhe—. Antes me preocupaba que se fuera, que volviera a Inglaterra, pero ya no. Es muy hogareña, y no le interesan mucho los chicos ni la vida social. Ayuda a los alumnos más pequeños en su antigua academia de ballet una vez a la semana. Aunque sólo le da dinero para gastos. Su verdadero trabajo está en Doyle's, en el pueblo.

—¿El bar de sándwiches?

—Sí. Es una chica inteligente que sacaba todo sobresalientes en el colegio. Podría haber aspirado a más. Pero una cosa así te cambia la perspectiva. Ahora sólo quiero que sean felices. O que estén contentos, al menos.

—¿Tú lo estás?

—¿Estoy qué?

—¿Contenta?

—¿Yo? —Ella se ríe, sorprendida por la franqueza de su pregunta —. No sé si me he parado a pensarlo. —Guardan silencio mientras cae agua por el canalón—. Siento que tengo un propósito y supongo que eso me llena. Saber quién soy y qué me toca hacer en este mundo. ¿Y tú?

—Bueno, no estoy mal —responde recorriendo el taller con la mirada.

Y es verdad, al menos cuando trabaja. Esas horas en que se queda absorto dando forma al metal. Pero también se siente solo. Siente que el tiempo pasa y que él se está perdiendo algo. Piensa que tal vez lo sienten los dos, pero ella no pregunta nada más.

—¿Lo traigo aquí entonces?

—Una tarde, o el fin de semana. Lo que te vaya mejor.

—¿Los martes? —pregunta ella.

Él asiente.

—Lo esperaré con ilusión.

—En cuanto al precio...

Él levanta la mano.

—Será divertido. No hace falta que me pagues.

Ella sabía que él diría eso y ya está pensando en cómo compensarlo. Vino, whisky, un vale para un libro. Antes conocía sus gustos y confía en que no hayan cambiado.

Su abuela lo deja delante del taller y Julian cruza solo la grava. En cuanto ve el taller a través de la ventana, le invade una oleada de entusiasmo. Se le ocurren mil ideas que superan su destreza actual.

En las clases de la escuela de adultos, Cian siempre propone un proyecto concreto. Le sirve para introducirles los conceptos básicos y para que los alumnos vean resultados rápidamente. Pero al cabo de un par de semanas se da cuenta de lo frustrante que resulta ese método para Julian y cambia de estrategia.

—Está bien, dibuja lo que quieras hacer. Luego haz una lista de los detalles y ya irás aprendiendo sobre la marcha.

En el colegio, Julian se pasa toda la semana llenando los márgenes de su cuaderno de ejercicios con bocetos. Le cuesta acotar las opciones. Está deseando probarlo todo. Al final se decide por dos hojas de castaño sueltas. La grande, plateada, y la pequeña, dorada. Empieza dibujando las venas y las vénulas al detalle, como

si fuera una ilustración de su libro de Biología. Pero luego, al imaginarse la pieza sobre la piel, la simplifica: conserva sólo el largo y fino contorno de la hoja y la vena central. Sabe que así se acerca más a la joya que tiene en mente. Tumbado en la cama, se da cuenta de que no quiere que los metales preciosos estén tan pulidos como los de los broches y los collares que llevan las amigas de su abuela. Los quiere mates y con cierta textura, como la superficie de un papel de acuarela. Enciende la luz de la mesilla de noche y añade eso a sus notas y bocetos, y cuando se acuesta de nuevo, todo su cuerpo parece estremecerse, como si estuviera demasiado vivo, demasiado cargado y vibrante para dormir. El viejo temblor interno toma una nueva forma; en lugar de preocupación y soledad, ahora a veces también es entusiasmo.

Le describe la pieza a Cian, que estudia los bocetos y le dice:

—Eso de mezclar metales es muy moderno. Me gusta.

Julian tiene una visión clara de lo que quiere, y Cian recuerda haber tenido esa certeza cuando empezó. Percibe un atisbo de esa antigua ilusión cuando se acerca al estante a buscar los materiales.

Durante las semanas siguientes, Julian y Cian calientan y enfrían, doblan y tornean, funden y martillean, sueldan y lijan. El profesor de Literatura de Julian lee en clase un poema de Sylvia Plath, «Canción matutina», y él no se saca de la cabeza el primer verso, como si se le hubiera pegado el estribillo de una canción pop. Su corazón late como un grueso reloj de oro cuando se imagina en el taller, con las herramientas, creando algo de la nada, mientras Cian le sugiere que cambie el ángulo, o que utilice una lima de filo fino, y apreciando la diferencia; o viendo cómo una tarea que parecía compleja de

repente se vuelve manejable. Sólo de pensarlo se marea. Esto es amor, piensa. La orfebrería lo ha desencadenado.

Las sesiones con Cian empiezan a alargarse. Va a la casa principal y llama a su abuela para preguntarle si puede quedarse más rato.

—Pero vuelve a tiempo para la cena —responde ella.

—De acuerdo. Cian se ha ofrecido a llevarme a casa. No tendrás que salir.

—¿Le has dado las gracias?

—¿Le digo que se quede a cenar? —le pregunta él a modo de respuesta.

—Oh, sí, claro —contesta, avergonzada porque no se le ha ocurrido a ella, y revisa mentalmente en el cajón de las verduras de la nevera replanteándose lo que había pensado cocinar cuando sólo iban a ser ellos tres.

Así fue aquella primera vez. Y gracias a esa invitación informal que los llevaría a unir sus vidas, pasaron a ser uno más en la mesa los martes y luego algún que otro sábado. Más adelante fue la comida de los domingos y la cena de Navidad, ¿por qué no? Había de sobra para compartir, y él habría estado solo en casa.

Para Cian, Sílbhe y sus nietos son como un trago de whisky que lo hiciera arder por dentro con el intenso placer del contacto humano. El placer de alguien a quien han invitado a entrar en una casa para resguardarse del frío. Sílbhe, por su parte, siente remordimientos por no haberlo invitado antes, por haber perdido tanto tiempo, pues ve lo beneficiosa que es para sus nietos la presencia de Cian, el hecho de poder confiar en otro adulto. Al principio Maia se mostró recelosa, pero le ha tomado cariño. Y los dos empiezan a pedirle

cosas —que los lleve a la ciudad, que los ayude a poner la cadena de la bicicleta—; sienten que pueden hacerlo y que él dirá que sí.

Una tarde Cian recoge a Maia del trabajo en medio de una intensa nevada. Hacía años que no veía todo tan blanco.

—No tenía claro si los autobuses seguirían funcionando —le dice mientras abre la portezuela del pasajero desde dentro—, y ya estaba en la ciudad.

No hace falta que ella sepa que él ha cerrado el taller antes de hora al oír el pronóstico del tiempo por la radio y ha puesto las viejas cadenas para venir expresamente.

La calefacción hace circular aire caliente dentro del coche y los copos de nieve danzan por encima del parabrisas antes de aplastarse contra el cristal. Maia siente calor en lo más profundo de su ser.

—Genial. Gracias.

Más tarde, mientras el coche sube resoplando la colina y él se echa hacia delante en el asiento y pega la cara al cristal para concentrarse en los tramos de carretera que vislumbra entre las idas y venidas de los limpiaparabrisas, ella le habla de su trabajo. De los clientes habituales que piden el mismo sándwich todos los días.

—La señora McCarthy de la ferretería. ¿La conoces?

—De oídas.

—Esta mañana, al ir a pagar, ha dicho: «Mira, aquí tengo una de las tuyas», y me ha dado una moneda inglesa.

—¿Ah, sí?

Él tiene los ojos clavados en la carretera, pero ella sabe que la está escuchando, que tal vez ha intuido que tiene algo más que decir.

—De vez en cuando nos cae alguna. A Rita no le importa dárnoslas cuando el tipo de cambio nos favorece, aunque puede que deje de hacerlo cuando nos pasemos al euro.

Cian baja un poco la calefacción, que deja de hacer tanto ruido, y el flujo de aire que hay entre ellos se vuelve menos intenso.

—La volveré a subir si empieza a empañarse. —Y añade—: ¿Tienes sentimientos encontrados?

Ella no responde, sólo siente un picor inesperado en los ojos. Él la mira. Sílbhe le ha dicho que los clientes habituales la llaman «la inglesa», y él se pregunta si sigue añorando su casa.

—Sí. Aunque es una tontería.

Él le toca el brazo.

—Pequeñas cosas como éstas crean una conexión, ¿no?

—Todavía la echo de menos.

Se le quiebra la voz al pronunciar las palabras. Luego se seca la cara con la áspera lana de su abrigo.

—Sólo coincidí con tu madre en el pueblo una o dos veces, cuando todavía era una niña. Pero me encantaría que me hablases de ella y la recordaras. Aunque si no lo haces, no pasa nada, ella siempre está en tu corazón, por supuesto.

Maia sonríe ante la tierna torpeza de Cian y agradece que le brinde la oportunidad de recordar cosas buenas en voz alta.

—Era guapísima. Y aunque no volvió a bailar después de que naciéramos nosotros, tenía un don. Se le notaba.

Cian sólo asiente y ella continúa.

—Y le encantaban los libros. Él no le dejaba tener ninguno, pero le gustaba leerme los míos. Lo hacía todas las noches, antes de que él volviera a casa. *Ana de las Tejas Verdes*. *Mujercitas*. *Matar a un*

ruiseñor. Siguió leyéndome, leyéndonos, hasta el final. Todo lo que yo sacaba de la biblioteca del colegio. Nunca me juzgó ni me dijo: «Éste no» o «No deberías leer ése». Aún recuerdo la sensación envolvente de su voz, de las palabras, de estar inmersas en la historia. Suena estúpido, pero era como una alfombra mágica.

—¿En la que alejarse de todo por un rato?

—Sí, como si realmente nos hubiera transportado a algún lugar con ella. Quiero decir lejos de esa casa, de él. —Se queda mirando los copos que salpican la ventana, el suave reflejo de Cian en el cristal—. Era una buena madre. Quería lo mejor para nosotros. Por eso se quedó. —Vuelve a secarse la cara—. Odio que todo esto... Iba a contarte sólo lo bueno, pero todo está relacionado con él. Nunca la conocí sin él. Aparte de esas semanas en el centro de acogida.

—¿Cómo era ella allí?

—Casi no me acuerdo. Había tantas familias, tantas mujeres y niños, todos hacinados. Con algunas teníamos algo en común. Además de *eso*, quiero decir. Pero con otras evitábamos tener trato. No era precisamente el tipo de personas que habríamos elegido para compartir una cocina. Y no estaban en su mejor momento. Lo habían pasado muy mal. Allí mi madre tenía a alguien con quien hablar, una asistenta social o algo así, pero con nosotros era sólo mamá. Debía de estar asustada.

—Seguro —responde Cian, y cambia de marcha para reducir la velocidad al ver un coche que se acerca en sentido contrario.

—Antes de eso yo nunca había tenido miedo realmente. Por mi integridad física, quiero decir. Pero lo tuve cuando fuimos allí. A veces venían los hombres. No sé cómo averiguaban dónde estaban

sus mujeres, pero venían y aporreaban la puerta gritando. Él nunca lo hizo, pero tenía miedo de que apareciese en cualquier momento. O que me interceptara al salir de la escuela y me llevara con él.

—¿Sólo estuvisteis allí esa vez?

—Sí. Pero entonces ella recibió una carta. Del tribunal o algo así. Y supo que él probablemente obtendría la custodia. Así que volvimos a casa y, en cierta forma, fue un alivio.

Cian asiente.

—Es comprensible.

Maia fija la mirada en el parabrisas. En la nieve y el paisaje blanco y sin límites que se extiende más allá.

—Yo tenía catorce años cuando pasó; los mismos que Julian ahora.

—No tienes por qué contarme nada, pero si te ayuda, adelante.

—¿Sabes algo? —le pregunta ella.

—No mucho. La noticia no llegó a Irlanda, e internet no era como ahora. Tu abuela me comentó algo, pero no quise entrometerme, ya sabes. Aunque de vez en cuando la oigo hablar por la radio, cuando la entrevistan. Lo creas o no, todas las mañanas pongo *Woman's Hour* en el taller.

Suelta una risita y Maia también se ríe.

—Debería haberlo adivinado.

Él sonríe.

—Creo que muchos hombres lo escuchan.

—¿Qué dice?

—Dice que el momento más peligroso es justo antes de que una mujer se vaya de casa, o justo después. Es entonces cuando su... su vida corre más peligro —responde, sin saber cómo manejar el

asunto, intentando buscar las palabras adecuadas—. Dice que las mujeres se quedan por eso, porque abandonar a un hombre así es aún más peligroso.

—Él siempre fue horrible con ella. Pero no como... No sabía de lo que era capaz hasta esa noche. Nosotros estábamos en la habitación de al lado. Él puso algo delante de la puerta, así que no pude entrar. No pude llegar a ella. No pude ayudarla. Le tapé los oídos a Julian con las manos. Por eso no pude taparme los míos. Así que lo oí.

Cian niega con la cabeza.

—Los ruidos. Todavía los oigo. Se repiten en mi mente como una cinta que suena una y otra vez. No sé cómo se enteró de que nos íbamos de casa otra vez.

—¿Era médico?

—Sí —contesta ella, que sabe lo que eso implica. Que él podría haberse enterado de mil maneras. Que su consulta, o sus colegas, podría estar vinculada con el centro de acogida o con el personal que atendía a las mujeres. Le ha dado muchas vueltas. Por su profesión, tenía aún menos credibilidad su madre. Por quién era—. Cabrón. —Y se le atasca la palabra en la garganta.

Cian nunca ha oído a Maia decir palabrotas y, sin querer, arquea las cejas. Espera que ella no lo haya visto.

—Los insultos se quedan cortos. Puedes decir lo que quieras de él. Lo entenderé. O al menos lo intentaré.

Unas semanas más tarde, cuando Cian se ha marchado, Maia está recogiendo los platos de la cena y encuentra en su sitio de la mesa una de las cajitas color crema. La abre y, al levantar la tela de raso,

ve una fina lámina de plata con el anverso de una libra impreso. Se deja caer en la silla y observa el hermoso objeto que tiene en la palma de la mano. Es la cola en el comedor del colegio; es la señora Radley pagándole el dinero del canguro; un dinero suyo, aunque por poco tiempo. Es Inglaterra, que significa mamá y hogar. Y ahora es Cian ocupándose de ella, inclinándose sobre su mesa de trabajo para hacer algo para ella. Mira el intrincado dibujo de una rosa, un puerro, un cardo y un trébol impreso en la cara. Nunca se había fijado en la moneda de ese modo. Le reconforta verla grabada en el delicado objeto que Cian ha creado para ella.

—¿Sabías que estaba haciéndola? —le pregunta más tarde a Julian, sentada en la cama de él.

Y se la tiende, con la cadena cayendo entre los dedos.

Él no la coge, pero dice:

—Sí, y le ha quedado preciosa. Basta con presionarla en la arcilla de plata, así se evita que parezca un medallón.

Se calla que no la querría para él. Que no puede entender que ella la quiera. Él odia Inglaterra.

—Me emociona que lo haya hecho expresamente para mí.

Maia resigue la curva y el relieve de las marcas de la moneda con el pulgar.

Se quedan los dos ahí sentados, cada uno ensimismado en sus pensamientos, hasta que ella rompe el silencio.

—¿Crees que hay algo entre la abuela y él?

Julian se encoge de hombros.

—No lo sé. Supongo que nada. Él simplemente está aquí, ¿no?

—Creo que son felices juntos.

Él dobla el alambre de un clip de papel y lo flexiona todo lo posible sin que se rompa.

—Supongo que sí. Pero ¿no son demasiado viejos?

—¿Para qué? ¿Para ser felices? ¿Para enamorarse? —Maia le clava un codo en las costillas—. La abuela sólo tiene sesenta y siete años. Debería tener una vida al margen de nosotros, ¿no crees?

Él la aparta de un manotazo. Nunca han tenido esa facilidad para juguetear que Maia imagina común entre hermanos. Son serios en su trato, y ese momento de fingida espontaneidad, de hacerse pasar por otra persona, la hace sentirse ridícula.

Bosteza cohibida y se levanta para irse, y Julian se da cuenta de que la ha herido.

—Lo siento.

—No pasa nada —responde Maia, sin volverse—. Buenas noches.

—Te quiero —le dice él cuando ella ya está en la puerta.

—Sí, yo también —le contesta, pero Julian casi puede oír la tristeza en sus pasos mientras se aleja por el pasillo.

Se le queda grabado lo que ha dicho Maia sobre Cian y Sílbhe. Mientras trabaja en el taller de Cian, los pensamientos van y vienen como olas en el foso de un castillo de arena. Las horas transcurren como minutos. Se pregunta qué aspecto tendrían cuando eran jóvenes, antes de que su abuela se casara. Se pregunta qué cambiaría si Cian se convirtiera en una figura más central en sus vidas. Y se da cuenta de que ya es parte esencial de su día a día y le parece muy bien.

Un par de semanas después, sin haberlo planeado, le pregunta de sopetón:

—¿Vas a casarte con mi abuela? —Se arrepiente de lo posesivo que suena ese «mi» y añade—: Con Sílbhe, quiero decir.

No le hace falta mirar para saber de qué color están las mejillas de Cian.

—¿He hecho algo que te haya molestado? ¿Me he sobrepasado?

Julian niega con la cabeza.

—Sólo quiero que sepas que me parecería bien... si lo hicieras. Y a Maia también.

—Muchas gracias. Me alegra oírlo. —Y unos instantes después—: Pero creo que tu abuela tiene algo que decir al respecto.

—Sí, tendrías que preguntárselo a ella —responde Julian, y no puede evitar sonreír mientras sujeta una tira de metal con unos alicates.

Gordon

Maia sale de la habitación detrás del médico adjunto. Lo llaman por el busca y él lo mira con el ceño fruncido, luego comprueba su reloj y se aleja a grandes zancadas por el pasillo.

—Señor Davies, ¿podemos hablar? —le pregunta ella, que intenta alcanzarlo.

—Tendrá que esperar. Llego tarde a una operación y tengo exactamente tres minutos para comer antes de entrar.

La mira como si se preguntara quién es y qué hace allí.

—Pero es sobre su última paciente. No creo que pueda esperar.

Él suspira mientras ella lo sigue por el pasillo hasta la cantina.

Maia lleva apenas cuatro semanas en Obstetricia y Ginecología, pero ya sabe que el señor Davies tiene fama de hacer llorar a los residentes a su cargo.

—Cuando le ha preguntado a la paciente si había ocurrido algo que pudiera haber provocado el desprendimiento, me he fijado en que su pareja le ha apretado la mano.

—¿Está arrebatándome los pocos minutos que tengo de paz para decirme que la paciente tiene una pareja que la apoya, señorita...?

—Doctora Atkin —lo corrige ella—. Soy interna. Pero no, creo que con ese gesto lo que intentaba él era hacerla callar. La mujer tiene sangre seca en las fosas nasales, los ojos llorosos, las pupilas

dilatadas... Y ha protestado cuando usted ha considerado la posibilidad de que siga ingresada.

El señor Davies se detiene y se vuelve hacia ella.

—¿En qué está pensando? —le pregunta mientras consulta de nuevo su busca.

—Entre las causas del desprendimiento prematuro de placenta está el abuso de sustancias.

—Lo sé perfectamente.

—Creo que éste podría ser uno de esos casos.

—Está bien. No tengo tiempo para esto. Si cree que eso es lo que pasa, ocúpese de que el laboratorio le analice la orina y posponga el alta.

—¿Y si se confirman mis sospechas?

—Llame a la enfermera jefe y ella hará la llamada pertinente.

Maia asiente, y mientras se alejan por el pasillo en direcciones opuestas él grita:

—¡Bien visto, doctora Atkin!

Y ella se siente como si hubiera recibido un elogio del mismísimo Dios en persona.

En la azotea del hospital no hay más que un banco de madera, una silla de plástico y una maceta llena de colillas empapadas, y los bloques de pisos que la rodean ocultan las vistas de Londres, pero Maia va allí siempre que tiene un descanso. Una hilera de taquillas obstruye la puerta, por lo que ella y otros médicos han empezado a salir por la ventana de la sala del personal, aunque así no tienen forma de saber si hay alguien hasta que están fuera, y entonces es

demasiado tarde para dar media vuelta. Hoy se encuentra con Kate, otra interna.

—¿Te molesto?

—No, aunque me iré en un minuto.

—Puedo volver a entrar —insiste Maia—. No quisiera molestar.

—No, no. —Kate sonríe, y luego le hace un gesto para que se acerque—. Hablo en serio, he de volver dentro de nada, pero hasta entonces estoy encantada de tener compañía.

Le tiende un paquete de Marlboro Lights, que Maia rechaza.

Kate no parece fumadora; tiene más bien el rostro de un retrato prerrafaelita: los labios rosados, las mejillas sonrosadas, la melena castaña y ondulada.

—Acabo de ayudar a traer al mundo a una niña que se llama Portobella, como los champiñones. —Sonríe mientras exhala una nube de humo, y Maia se sienta a su lado—. La primera bebé del hospital, y es posible que del mundo, con ese nombre.

—Seguro que será una niña divertida.

—Qué va, será más aburrida que una seta.

—Muy graciosa.

—Un chiste malo, pero que vaya acostumbrándose.

Maia cae en la cuenta de que, en las pocas frases que han intercambiado, ha dado una imagen diferente de sí misma. Ella casi nunca hace bromas, pero la presencia de Kate le inspira para mostrarse lo más alegre posible.

—Me llamo Kate, por cierto.

—Yo Maia. Creo que coincidimos en nuestras últimas prácticas en el Saint Thomas, aunque nuestros caminos en realidad nunca se cruzaron.

—¿Estás segura? Creo que me acordaría de ti —responde Kate arqueando una ceja.

A Maia le coge por sorpresa el coqueteo. A veces le cuesta leer las señales de otras mujeres, pero percibe en este diálogo una extraña certeza. Sonríe.

—Creo que mi mejor frase fue «Sube tú, que yo esperaré el siguiente».

—¿En los ascensores?

—Sí.

—Pues gracias con retraso. —Kate se levanta, se recoge el pelo en un moño y sonríe—. ¿Te apetece ir a tomar algo esta noche? Termino a las siete.

—Es que yo no saldré hasta las ocho.

—Bueno, te esperaría.

—Qué alegría —responde Maia, y luego se muere de vergüenza por si Kate ha pensado que pretendía hacer una rima mala.

Kate se vuelve y sonríe, y ella se fija en cómo arruga la nariz al hacerlo.

Se recuesta en el banco al sol y se pregunta por qué ha actuado como una tonta en esos pocos minutos que ha pasado con esta mujer, y si seguirá gustándole cuando descubra que no es la chica bromista que ha fingido ser.

También se pregunta si, en caso de sugerirle ir a otro sitio que no sea el pub de la esquina, Kate adivinará enseguida el motivo y decidirá que no quiere tener nada con alguien que aún no ha salido del armario. A veces piensa que habría sido más fácil si no hubiera seguido los pasos de su padre en la carrera de Medicina. Si hubiera elegido vivir en un mundo completamente diferente.

En el reproductor de CD suena la *Suite n.º 3 para violonchelo* de Bach. Cuando llega al final, Gordon retira una mano del volante y señala la guantera.

—Antes de que se me olvide, ahí dentro hay algo para ti.

Cora apoya los dedos en el pestillo y espera a que él le indique que lo abra. Dentro hay un CD con un Post-it que tapa la carátula. «Para Cora, con cariño», escrito con la pulcra letra de su marido. Lo arranca. Son las suites *Peer Gynt* de Grieg. Se lleva la caja al pecho y suspira.

Gordon sonríe.

—Ponlo. Es el cuarto tema —dice.

«En la gruta del rey de la montaña.» Es un regalo desinteresado; él detesta la afectada teatralidad de esa pieza. Al principio de su relación se refirió a ella como la disneyficación de la música clásica. Música orquestal en versión comida basura. «¡Por Dios, Cora! Hasta su compositor la odiaba. ¡Se suponía que tenía que ser una sátira!»

Para Cora, sin embargo, es como la «Danza del Hada de Azúcar» pero con carácter y un poco más de brío. Se recuesta en el asiento para escuchar y cierra los ojos, y ve el acogedor espacio del auditorio y siente el blanco ardiente de los focos del escenario. Nota un hormigueo en las extremidades al imaginar el movimiento. Gordon vuelve a levantar la mano del volante y la apoya en la suya.

Cuando termina la pieza, apaga el equipo de música y recorren en silencio los últimos kilómetros por la campiña de los Cotswolds. Él sólo le suelta la mano para cambiar de marcha. Ella parpadea con los ojos cerrados para contener las lágrimas que han aparecido de repente, pues a la tristeza que sobreviene tras la última nota se le suma el no saber cuándo volverá a oírla. Y el deseo de que esta

escena sea lo que parece: sólo un hombre y una mujer, un matrimonio corriente, haciendo cosas corrientes y tan sencillas que se dan casi por sentadas.

En el hotel, dejan el equipaje y Gordon le coge de la mano mientras se acercan a las otras parejas que ya están tomando algo junto al vestíbulo.

Las esposas rodean a Cora; la abrazan y protestan cariñosamente por no verla más a menudo. Ella sabe que ellas quedan sin los maridos en los meses que siguen hasta la próxima reunión anual. Y que con los años han asumido que, por la razón que sea —su relativa juventud, su introversión, el ballet (que todo el mundo parece seguir dando por hecho que forma parte de su vida)—, ella no irá. No parecen echárselo en cara. Al contrario, la tratan como a una mariposa rara, conformándose con esos momentos en los que se encuentra entre ellas y parece, aunque sólo sea brevemente, deslumbrar. Gordon le comentó una vez que la vida media de una mariposa es de veintinueve días. Ella suma esos momentos en los que existe para el mundo y se pregunta si su esperanza de vida será mayor. ¿Y qué sería mejor, que esos días se redujeran a una intensa explosión de color, o que le arrancaran de vez en cuando el alfiler del tórax y sus alas polvorientas volvieran a la vida, concediéndole un poco más de tiempo antes de encerrarla de nuevo?

Alguien ha pedido el té de la tarde, y Cora cierra los ojos mientras da un mordisco a un bollo cubierto de una gruesa capa de nata y mermelada de fresa. Cuando los abre, Gordon la mira desde donde está sentado con los demás maridos y levanta su copa hacia ella. Cora se siente confusa, como si hubiera llegado antes de lo esperado

al último peldaño de la escalera, pero sonríe, y por un momento, antes de que reanuden sus conversaciones, están los dos solos.

Las mujeres hablan de un libro que todas han leído, y Dorie, que lo ha acabado durante el trayecto, se ofrece a pasárselo a Cora. Pasan a otro tema, pero ella se pregunta si aquí las reglas cambiarán y podrá sentarse al lado de Gordon en la cama a leer antes de dormir. Tal vez podría terminar el libro antes de irse a casa. Vuelve a mirarlo y ve que está absorto en la conversación. Se ríe; parece feliz, relajado.

Por la tarde emprenden el camino hacia la Torre de Broadway, primero por tranquilos senderos rurales y luego campo a través. Gordon se rezaga y camina con las mujeres, y Cora se da cuenta de que a ellas les halaga que él busque su compañía y se interese por sus vidas. Eso no hace más que aumentar la buena opinión que ya tienen de él. Unos años antes, sentadas alrededor de una mesa al final de la tarde, habían declarado en susurros que él era el marido ideal: atento, competente, impecablemente vestido, atlético, un buen padre. Alguien que tiene la virtud de hacer sentir especial a la persona con la que habla. El tipo de rostro en el que uno instintivamente confía. Ojos amables, sonrisa franca, apuesto pero no de un modo amenazante. Cora las había escuchado, parpadeando. Porque, sí, todo eso es cierto.

—La verdad es que todas estamos enamoradas de tu marido, Cora —le había dicho Dorie.

Otra se rió.

—Y seguramente todos nuestros maridos estén enamorados de ti.

Pero Cora sabe que eso es sólo un cumplido; ella es invisible, no cuenta.

En el campo que hay más arriba se ven una serie de caballones que discurren paralelos y se suceden cada dos o tres metros

—¿Cómo creéis que han surgido? —pregunta Dorie sin dirigirse a nadie en particular, y Gordon les explica que la tierra se dividió en franjas para que las trabajaran diferentes familias, y que los lomos y surcos se formaron por el uso repetido de arados que no eran reversibles.

Cora se queda atrás, imaginando una parcela del siglo XVII llena de gente. Se fija en cómo se refleja el sol sobre la hierba ondulante, con el brillo de una melena que ha sido cepillada cien veces antes de dormir. Pero entonces Gordon grita y echa a correr hacia ella, y por un momento Cora no sabe qué va a hacer cuando la alcance. Se queda inmóvil, esperando el impacto. Pero no se produce. En cambio, él la coge en volandas —«¡Vamos, tortuga!»—, y le da vueltas y chilla mientras corre al encuentro de los demás, y ella le rodea el cuello con los brazos y ríe de alivio, viendo cómo una masa confusa de ranúnculos y campos ondulantes pasa por delante de sus ojos.

Ve la escena desde arriba, desde delante. Con los ojos de los demás. A través del clic de un obturador. Una visión perfecta.

Suben a la Torre de Broadway. En el interior del viejo capricho arquitectónico, las habitaciones son pequeñas, y Cora sigue de cerca a Gordon o a una de las mujeres para no exponerse a quedarse sola con uno de los otros hombres. Contempla las vistas de las colinas y del pueblo de Broadway, situado al fondo. Cuánto le gustaría quedarse allí arriba para siempre.

Cuando regresan al hotel, tienen las extremidades calientes y las mejillas sonrosadas, y se dejan caer en los sillones para recuperarse,

antes de volver a sus habitaciones a cambiarse para la cena.

Cora se maquilla frente al espejo del cuarto de baño y Gordon se afeita a su lado, y durante un rato hablan con el reflejo del otro.

—Ya he visto cómo has disfrutado de ese bollo —dice él, y ella sonríe, recordando el momento en que él la ha mirado, pero luego la mira de arriba abajo con el vestido que ha elegido para ella y añade —: No estaría de más que te controlaras en la cena.

Ella coge un pañuelo de la caja de cristal que hay sobre el lavabo y le da la espalda para darse unos toquecitos, intentando que no se le corra el rímel.

—Vamos, Cora. No es un comentario tan raro, teniendo en cuenta tu historia familiar.

Una segunda cuchillada. El fatal ataque al corazón que sufrió su padre cuando ella tenía diecisiete años, y el sentimiento de culpabilidad que él sabe que nunca ha dejado de perseguirla.

Tras su muerte, se quedó sólo unos días en Inglaterra, pues no quería renunciar al papel que tanto le había costado conseguir en un nuevo ballet. Una decisión de la que no tardaría en arrepentirse. Por la noche, se quedaba despierta en la cama e intentaba imaginar a su padre inclinado sobre el huerto, enterrando semillas en la tierra con un dedo. Evocaba su figura, pero la imagen se desvanecía al no poder reconocer la ropa que llevaba. Regresó para su funeral, y una noche abrió un armario y preguntó: «¿No hay Ovaltine?» Su madre se disculpó: «No, lo siento. Hace años que papá dejó de beber eso.» Y Cora se dio cuenta de que la rutina nocturna de su padre había

cambiado y ella no había estado allí para notarlo. El recuerdo que conservaba de él había caducado mucho antes de su muerte.

Gordon se coloca detrás de ella y le rodea la cintura con los brazos. Por un momento Cora piensa que lo de antes quizá sólo ha sido una falta de tacto, pero entonces él le pone una palma encima del abdomen y la otra debajo, en una postura que reconoce al instante. Es la forma en que las mujeres embarazadas ponen intuitivamente las manos sobre sus vientres hinchados. Él le da una palmadita en el espacio intermedio.

—*Bonne Maman* —le dice besándole el cuello. Y le sonríe en el espejo, enarcando una ceja, encantado de que hasta la marca de mermelada parezca conchabarse con él.

Llaman a la puerta. Él aparta las manos, le da una palmada en el trasero y cierra la puerta del cuarto baño.

Es Dorie con el libro que ha mencionado antes. Gordon le da las gracias, charlan amablemente y le dice que Cora está en la ducha, mientras ella, de perfil frente al espejo, examina cómo le cae el vestido sobre el estómago.

En el restaurante, piden suficientes platos para compartir y, mientras esperan a que llegue la comida, Alice les habla del curso de Eneagrama al que ha asistido y que clasifica a las personas en nueve tipos de personalidad. Cora se muestra interesada, pero los hombres se pronuncian de inmediato, impacientes por descartarlo antes de saber nada de ello.

—¡Las personas no pueden reducirse a nueve tipos!

—¿Es más científico que los signos del zodíaco?

—¿Qué esperan que hagamos con esa información?

Entonces Gordon comenta que ha estado leyendo sobre una teoría similar que divide a los humanos en dieciséis tipos de personalidad.

—Unos cuantos más, pero los dos modelos parecen tener sus raíces en la obra de Jung. Para ser sincero, al principio me mostré escéptico, pero varios hicimos el test de Myers-Briggs en la consulta y fue sorprendentemente preciso a la hora de identificar nuestra forma de trabajar. —Da vueltas al tallo de su copa de vino entre el pulgar y el índice—. Sirve para entender a un colega con el que discrepas, te ayuda a ver el conflicto como algo menos personal.

La conversación se desvía hacia la creación de perfiles de reclutamiento y Jeremy cuenta una larga historia sobre un cazatalentos. Cora ha vuelto a abstraerse, deseando que la conversación se encauce de nuevo hacia los tipos de personalidad.

Cuando llega la comida, se sirven y se pasan las fuentes de un extremo a otro de la mesa. Ella tiene cuidado de servirse sólo un poco de cada en su plato, pues las palabras de Gordon siguen resonándole en los oídos, pero entonces él dice:

—Vamos, Cora, comes como un pajarito.

Ella levanta la vista, confusa, mientras él le llena el plato de forma exagerada.

—Y deja que te ponga también un poco de *dhal* —dice hundiendo la cuchara en las lentejas al curry.

—Basta —dice ella frustrada, poniéndole la mano en la muñeca.

Es un ligero roce. Las puntas de sus dedos casi no le han tocado la piel, pero Gordon reacciona como si Cora hubiera usado la fuerza: el brazo le sale disparado hacia una copa de vino y uno de los otros hombres se abalanza hacia delante para evitar que caiga.

Gordon la mira fijamente, con una expresión que refleja la perplejidad de Cora. Y, por un momento, se hace el silencio alrededor de la mesa; sus amigos se quedan inmóviles, todos los ojos están puestos en Cora. Ella se sonroja y baja la mirada, a la vez avergonzada y furiosa. No tiene sentido intentar justificarse. Sólo conseguiría empeorar su imagen.

Es Gordon quien rompe el silencio, fingiendo acudir en su auxilio.

—Bueno, ¿a quién no le sorprende a veces su propia fuerza? Ha sido sin querer, ¿verdad, cariño?

Consenso, risas tensas. Después, todos recuerdan un educado interés por su plato y se concentran en la tarea de pinchar la comida con el tenedor. Por último, el alivio de poder ensalzar los sabores, lo que allana el camino para que alguien saque un tema de conversación, algo forzado e irrelevante a lo que los demás puedan agarrarse y dar vueltas hasta que encuentren la manera de volver al ritmo natural de la velada. Pero mentalmente ya están en sus habitaciones de hotel, con los pendientes en la pequeña repisa del cuarto de baño, el reloj en la mesilla de noche. «Qué raro ha sido», se dicen, y de algún modo están más dispuestos a volverse los unos hacia los otros en las almidonadas sábanas de algodón y la comodidad de sus propias relaciones imperfectas.

Cuando sus padres se van, Maia suele instalarse en la casa. Pero Gordon tiene casi quince años, edad suficiente para cuidar de sí mismo durante unos días. Ha hecho los deberes, se ha comido un plato precocinado directamente del recipiente del microondas, se ha zampado una bolsa de patatas fritas de tamaño familiar y más tarde

irá a «una reunión». No está seguro de en qué consistirá exactamente, si habrá poca gente o si será una auténtica fiesta con alcohol y chicas, pero sabe que Lily irá. Ella es la razón por la que lo han invitado. Se sienta a su lado en la clase de Matemáticas y él deja que le copie las respuestas. «Gracias, Atkin», le dice, y pronuncia su apellido con extrema parsimonia y determinación, como si sacudiera una manta y la dejara caer sobre él. «At-kin», dice, y suena a música celestial. No está acostumbrado a que lo traten como si fuera una persona amable a quien merezca la pena conocer, y le gusta. Quiere corresponderle y pronunciar de la misma manera su apellido —Atkins—, pero con la *s* no es lo mismo. Y, de todos modos, le gusta más su nombre, Lily.

El jueves alguien los llamó con un susurro burlón desde la fila de atrás y ambos se volvieron.

—Tú no, estúpido —le soltó Alfie a Gordon.

—No seas malo —dijo Lily, y se quedó mirándolo para saber qué quería.

—Este fin de semana organizaré una pequeña reunión en casa. ¿Quieres venir?

—Tal vez.

La oyó responder Gordon.

—¿Eso es un sí?

—¿Él también está invitado?

Gordon oyó a Alfie suspirar y a uno de sus amigos reírse con disimulo.

—Supongo. Si él quiere.

—¿Quieres? —le preguntó Lily volviéndose de nuevo hacia su pupitre.

—Oh. Yo... Vale, sí.

Aún faltan dos horas para que se reúna con ella. Gordon deambula por las habitaciones. Es raro que su madre no esté en casa, no encontrarla en alguna habitación absorta en sus tareas. No entiende por qué eso le resulta tan opresivo, pero de alguna manera lo es, y celebra su ausencia dibujando en la alfombra un arco iris gigante con el pie. Al cabo de un rato va a la cocina, abre la puerta de la despensa y mira en el estante superior, donde su padre guarda las bebidas alcohólicas, que sólo saca en las raras ocasiones en las que tienen invitados a cenar. Echa un vistazo a las etiquetas sin saber por cuál decantarse, hasta que lee en una su nombre. Gordon's Gin. Rodea el vidrio verde oscuro de la botella con la mano y la saca del estante con un extraño placer, una sensación de conexión.

—Ven con papá —dice mientras desenrosca el tapón, y se siente estúpido y aliviado de que no haya nadie cerca para oírlo.

Se lo acerca a la nariz. Huele como los abetos del fondo del jardín. Se lo lleva a los labios y bebe.

Tiene un sabor desagradablemente medicinal y, de no llevar su nombre, lo devolvería a la repisa y probaría otra cosa. Pero como se llama como él, le da otro sorbo; sacude la cabeza, afloja los carrillos y expulsa el aire por la boca para quitarse el sabor. Unos tragos más y empieza a entrarle mejor, tiene la cabeza agradablemente espesa, y se nota menos ansioso ante la noche que se avecina. Sostiene la botella verde contra la luz. Aún queda bastante, así que la deja en la mesa del vestíbulo, junto a la puerta principal, y decide llevársela para bebérsela con Lily por el camino.

Se reúne con ella en la esquina de su calle a las ocho en punto. Se la ve diferente sin el uniforme. Mayor, pero también más guapa. Lleva una falda de flores, unas Doc Martens y el pelo negro recogido en dos trenzas. Deberían parecer infantiles, piensa, pero a ella le quedan monísimas.

—Bonito peinado.

—Gracias.

—Mira. —Se abre el abrigo para enseñarle la botella escondida en un bolsillo interior, que saca para que ella pueda leer la etiqueta—. Mi bebida particular.

Ella se ríe y él no sabe si de él o con él. Pero cuando le pregunta si quiere un poco, ella asiente y se acerca a él. Ella baja la cabeza e inclina con cuidado la botella debajo del abrigo. Suelta una risita y él nota que el pelo le huele a manzanas. Inhala su aroma y le parece que podría perder la cabeza. Sobre todo cuando empiezan a andar y ella le coge la mano.

Cuando llegan a la casa de Alfie, un chico de su clase de Historia les abre la puerta.

—¡Eooo! —anuncia a voz en grito—. ¡Han llegado Lily y el mamón!

Se oye una ovación desde algún lugar del interior mientras recorren el pasillo.

—Sólo está celoso —le dice Lily, y le aprieta la mano.

Aun así, Gordon se lleva el bolsillo interior a la boca y da otro trago. No sabe dónde está el tapón, pero no importa, siempre que no dé volteretas.

En el salón no hay suficiente espacio para todos, así que él se sienta en el brazo del sofá y Lily se apoya en su pierna. Y de alguna manera es como si se abriera una puerta. Los otros chicos hablan y

de vez en cuando lo miran, e intuye que pretenden incluirlo en la conversación.

—¿Qué dices, Gord? —le pregunta uno de ellos más tarde—. Tres cigarrillos a cambio de ayuda con el trabajo de Historia.

Gordon tarda un momento en entender a qué se refiere, y, a pesar de que no fuma, se oye decir:

—De acuerdo, me parece justo.

Más tarde, Lily y él salen al jardín. Es difícil saber dónde acaba en cuanto se separan de las luces de la casa. Hay unos arbustos enormes desperdigados como grandes rocas por el césped. Gordon tropieza en la oscuridad y Lily le pregunta si se encuentra bien. Se siente aturdido y mareado por el alcohol y por estar tan cerca de ella. Cuando llegan a un árbol alejado de la casa, la atrae hacia sí, le rodea el cuello con los brazos y la besa.

Sus labios son más suaves y blandos de lo que él esperaba, y le gusta cuando ella se aventura a deslizarle la lengua dentro de la boca. Él hace lo mismo y tarda un rato en pillarle el truco, pero a Lily eso no parece importarle. Se quedan de pie, explorándose con la lengua, y de vez en cuando uno de los dos modifica el ángulo de la cabeza y todo cambia de golpe, como si, aunque sólo sea un beso largo, hubieran llegado a una nueva dimensión. A veces sus dientes chocan entre sí y él nota que ella sonríe, y eso le hace sonreír también. A veces sus labios apenas se rozan y otras veces parece que estén pegados con melaza, casi como si intentaran devorarse uno al otro. Se besan suavemente y luego con mayor intensidad. Y cuando él la apoya contra el árbol y aprieta su erección contra ella, no puede evitar gemir dentro de su boca. Continúan besándose y él se frota, y las voces de la casa parecen lejanas, mientras que la de

su cabeza suena fuerte y eufórica: «¡Lo estás haciendo! ¡Lo estás haciendo de verdad!»

Le pone una mano en el muslo, por debajo de la falda de flores, y al principio ella no se lo impide. Continúa besándolo. Él mueve la mano, acercándola a su ropa interior, y ella se retuerce un poco y murmura algo dentro de la boca. Él no está seguro de qué le dice, pero sólo piensa en las ganas que tiene de meterle los dedos, de saber qué se siente. Con un movimiento fluido, más rápido y sencillo de lo que había previsto, le desplaza las bragas hacia un lado y sus dedos se abren paso hasta su carnosa tibieza. Ella intenta apartarlo e interrumpir el beso, pero él sólo quiere continuar un momento más, de modo que aprieta los labios contra los de ella con más fuerza, empujándole la cabeza contra el tronco, y ahoga sus palabras al taparle la boca con la suya. Nunca se había dado cuenta de lo fuerte que es. Incluso cuando ella intenta escabullirse, él es capaz de retenerla. Quiere que se quede quieta. Le gustaría que ella siguiera besándolo, como hacía unos segundos antes. Pero ahora ella está forcejeando, intentando detenerlo, y al final su cerebro obnubilado por el alcohol se da cuenta de que debe soltarla. Se le quedan los dedos enganchados en el elástico de las bragas cuando ella se zafa.

—Pero ¿qué...?

—Lo siento. Pensaba que... No te enfades.

Se quedan mirándose en la oscuridad. Puede que ella esté llorando, pero él no está seguro. Alarga la mano para consolarla y, sólo por un instante, piensa que todo irá bien. Que volverán a entrar juntos, cogidos de la mano. Pero en lugar de eso ella le suelta:

—No vuelvas a acercarte a mí, Gordon Atkin.

Y se aleja corriendo por el césped.

Sus palabras ya no suenan como una manta que lo envuelve y a Gordon le invade la ira. Se queda ahí plantado, sin saber qué hacer. Luego se lleva la mano a la cara con disimulo, como si se quitara un pelo, y se huele los dedos. Inhala. Siempre ha querido saber a qué huelen las chicas ahí abajo. Y por fin lo sabe: a algo rico y almizclado. Al menos ella no puede quitarle eso.

Dentro no hay ni rastro de Lily, pero los chicos lo incluyen de forma natural en la conversación y él se queda ahí de pie, asintiendo y riendo.

—¿Dónde se ha metido? —pregunta uno de ellos al cabo de un rato.

—¿Quién?

—Lily.

—No lo sé —responde Gordon.

—¿No estabais juntos hace nada?

—Bah. La verdad es que es un poco guarra.

—Yo no le haría ascos.

—Pues deberías —replica Gordon—, apesta por ahí abajo.

Todos gritan al unísono, doblándose de la risa.

Él ve en sus caras una mezcla de sorpresa y placer, y uno de ellos le hace una llave de cabeza y le alborota el pelo con el puño.

—Eres un buen tío, Gord.

Y así es como se convierte en uno de ellos.

Siete años después

2008

Bear

En el breve intervalo entre la entrega de la tesis y la graduación, Bear regresa a casa para pintar las habitaciones del segundo piso donde ha crecido. Una visita espontánea después de que Cora mencionara que iba a tomarse una semana libre para hacer reformas.

—Vendré a ayudarte —se había ofrecido.

—¡Vaya! Me encantaría —respondió ella, y él notó en la voz que sonreía.

Las ventanas están abiertas y el fresco del exterior se mezcla con el olor a pintura húmeda, dándole un aire nuevo a la habitación. Con los ojos puestos en el ir y venir de sus rodillos, la conversación es tan relajada como los silencios. Aun así, Cora a veces tiene que ahuyentar los pensamientos de un horizonte de agua salada que se eleva. «Recuérdalo.» Es cierto, él ha estado en la universidad todo este tiempo, pero todavía cuenta con la escasa ayuda económica de su madre, además de que vuelve en vacaciones y va a visitar a Maia a Brighton. Su hogar siempre ha sido un ancla para él en estos años de transición hacia la edad adulta. Pero su carrera no tardará en llevarlo lejos. Primero a una excavación en Khirbet Safra, en Jordania, y después, ¿quién sabe?

Cora quiere esas cosas para su hijo. Una parte de ella desearía atraerlo de nuevo hacía sí, ver su pequeña mano regordeta en la suya. En la de Maia. Sospecha que, para ser una buena madre, debe guardar su faceta maternal en una caja y cerrar con cuidado la tapa. No había caído en que era eso lo que se le pediría, no lo vio venir, pero lo hará de buena gana. «¿Darías la vida por tu hijo?», le pregunta el mundo en silencio. Sí, ya lo ha hecho. Sin embargo, entonces no sabía que habría un segundo ajuste, y que éste supondría deponer las armas de la maternidad: la cautela, la previsión, la vigilancia, los recordatorios, los cuidados y las muestras de cariño. Y es que se ha activado un interruptor, y su amor, si lo deja ver, en lugar de mantener a su hijo a salvo, podría implosionar. Podría abrumarlo. Lo que debe hacer es procurar disminuir su presencia en la mente de Bear, dejar espacio para que otras personas ocupen el primer plano. ¿Qué quedará entonces de ella?, se pregunta, e inmediatamente se reprende.

Intenta imaginar cómo debe de sentirse Lily. Pero no se lo pregunta a Bear, quizá se siente culpable y ella no quiere meterse donde no la llaman.

—¿Alguna vez tienes miedo? —le pregunta él.

A Cora le sorprende la pregunta y sigue pintando, agradecida de que en ese momento ambos estén concentrados en su respectivo tramo de pared.

—¿Te refieres a él?

—Sí —responde Bear.

—Creo que no. Ya no. Lo busco por Google de vez en cuando, sólo para intentar averiguar dónde está.

—Yo también. Pero no he encontrado nada.

A Cora se le encoge el corazón al pensar en su hijo buscando a Gordon en internet; le gustaría creer que la vida de Bear no se ha visto afectada por él.

—Porque no conoces la dirección de sus padres. Pero él consta en el censo electoral de Londres. Desde hace unos años. ¿Justicia divina? —añade, y luego se arrepiente.

—¿Qué quieres decir?

Bear sabe algo por Maia, pero quiere oír las palabras de boca de su madre.

—Pues que no debe de estar pasándolo muy bien. Creo que tenías cuatro o cinco años cuando por fin dejamos de verlos, pero si hubieras conocido a su padre, bueno... eso explica un poco cómo era él.

—¿En qué sentido?

Cora titubea, pero luego se dice que probablemente sea sano revelarle estos detalles; no puede pretender que Bear viva siempre en la ignorancia absoluta. Y menos ahora que es adulto.

—Su padre era un cirujano extraordinario. Un neurocirujano. Ahora está jubilado, pero fue innovador en su trabajo. Y Gordon estaba destinado a seguir sus pasos. Pero en unas prácticas de cirugía observaron que sufría de temblor esencial.

Bear deja de pintar y se vuelve hacia ella.

—¿Qué?

—Un temblor incontrolable. En las manos. No es raro entre los cirujanos y por lo general se trata con medicación. Con betabloqueantes o algo así. Sin embargo, a él no le hicieron efecto y tuvo que dedicarse a la medicina general. Nunca lo superó.

—¿Cuál era el problema? Seguía siendo médico.

—En el ámbito médico hay una jerarquía, y para un neurocirujano, o al menos uno como el padre de Gordon, un médico de cabecera es casi como un secretario de admisión hospitalaria con pretensiones. Pueden derivar a pacientes, pedir pruebas o recetar, pero no es lo mismo que tener el cerebro de un ser humano bajo el bisturí y devolverle la capacidad para hablar, por ejemplo. Su padre realmente se creía Dios. Y veía a su hijo como a un fracasado. Cuando venían a casa de visita, exclamaba: «Ah, mira, el doctor Gordon», lo que era una indirecta, pues un cirujano en Inglaterra recibe el tratamiento de «señor». Y le tendía la mano, pero acto seguido la retiraba y decía: «Perdona, se me olvidaba que no estás para apretones.»

—¿A qué venía eso?

—Era una alusión al temblor incontrolable.

—¿En serio? ¿Y no podía hacer nada él si tan buen cirujano era?

El rodillo gotea pintura en los calcetines de Bear, pero él no se da cuenta y Cora prefiere no decirle nada.

—Eso era lo raro. Cuando nos conocimos dijo que era un temblor esencial, algo neurológico, y así lo confirmaron los médicos. Pero a mí me pareció que era más bien psicológico, porque fuera del quirófano no lo tenía. Una vez lo vi enhebrar una aguja y tenía el pulso firme.

Bear hace una mueca de dolor. Bees le contó en una ocasión que su padre, después de hacerle daño a su madre, la curaba en casa en lugar de llevarla al hospital. Pero no se ve con fuerzas de mencionarlo, ni siquiera de forma velada. Ya es bastante insólito que su madre haya hablado con tanta libertad.

—¿Has pensado cómo habría sido él con un padre diferente? —le pregunta.

—Sí. Cuesta imaginarlo, pero en algunos aspectos de su vida creo que realmente intentó hacer el bien. Sus pacientes lo apreciaban mucho. Y llevaba la consulta con mucha visión de futuro.

—Saber que era así por culpa de su padre y no por un problema genético es tranquilizador.

Cora ve en su cara un atisbo de incertidumbre.

—Tú nunca podrías ser como él, Bear.

—Lo sé —responde recobrándose—. Pero no puedes evitar preguntártelo. Cuando estoy en una cola y me impaciento con la persona que está detrás de la caja, porque parece que nunca encuentra el código de barras, empiezo a pensar: «¿Es esto lo que hay de él en mí?»

Cora se ríe.

—Todo el mundo se impacienta en las colas. De verdad, Bear, no podrías ser más diferente.

Vuelven a concentrarse en la pintura. La luz se va poco a poco y el color de las paredes se oscurece a medida que se va secando.

—¿Puedo preguntarte algo? —Bear intenta mantener un tono despreocupado, como si no hubiera estado llevando la conversación hacia allí desde el principio—. ¿Qué pasó? Me refiero a aquel día. ¿Qué fue lo que le hizo perder la cabeza?

Se lo ha preguntado a Maia varias veces y ella siempre le ha respondido que no tiene ni idea. Pero su hermana debe de saberlo, o se pondría a hacer hipótesis con él.

A Cora se le tensan los hombros, y se queda momentáneamente paralizada, preguntándose cómo salir del paso. Se concentra en la

pared y se siente aliviada de no tener que mirarlo cuando por fin habla.

—Podría haber sido cualquier cosa, siempre pasaba algo que lo hacía saltar. Cosas sin importancia, como que dejara el televisor encendido o que la cena no estuviera lista a la hora.

Titubea, sin saber si éste es el enfoque adecuado, aunque Maia y ella siempre han estado de acuerdo en que ésta es una carga que Bear nunca debería llevar. Y no es algo que quiera contarle dejándose llevar por un impulso.

—Entonces, ¿no fue nada concreto? —insiste él.

A Cora se le eriza el vello del cuello bajo su mirada. «Él lo sabe —piensa ella—. Lo sabe y aun así no se lo voy a decir.»

—Que yo recuerde, no.

Bear guarda silencio. No quiere presionarla; nunca ha parecido que la herida fuera a reabrirse. Pero hace unos meses fue a pedir un préstamo y se quedó paralizado cuando vio la fecha de expedición de su partida de nacimiento: el 16 de octubre. Miró la tinta negra del bolígrafo del registro y se percató de la importancia de esa fecha. Coincidía con la muerte de Vihaan. La misma fecha en la que habían visitado su tumba cada año desde que él tenía memoria. Había guardado la partida en el cajón de su escritorio, pero siguió dándole vueltas en la cabeza a aquella coincidencia. Unas semanas más tarde, mientras volvía del campus en bicicleta, se había detenido en un semáforo en rojo y, al apoyar el pie en la calzada, había atado cabos. Sí, su nombre lo había elegido Maia, pero ¿por qué un hombre como su padre habría aceptado romper con la tradición y llamar a su hijo Bear?

Durante tres maravillosas semanas de ese verano siguen horarios extraños: Bear y sus compañeros de piso se despiertan a las dos de la madrugada y se acuestan a última hora de la tarde para seguir los Juegos Olímpicos de Pekín. Es un trabajo a tiempo completo y apenas salen de casa ni preparan comidas mínimamente aceptables. Bear no se acuerda de quién compró el paquete de palillos de bambú para hacer brochetas, pero sabe que, cuando recuerde esta época, quedará definida en parte por la comida que ensartaron en ellos en la mesa baja delante del televisor. Pequeñas porciones de pizza cortadas con tijeras romas e intercaladas con cebollas encurtidas; lonchas de salami dobladas entre aceitunas; un huevo cocido embutido entre hojas de espinaca. «¿Por qué sabe todo mucho mejor en un palito?», se preguntan sin despegar los ojos de la pantalla.

Después de presentar la tesis y terminar su periodo como voluntaria en el Fringe, Lily coge el tren desde Edimburgo para pasar el resto del verano con Bear, y las hojas se desprenden del calendario como si las hubiera sacudido una ráfaga de viento: veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta... La última noche, con el contrato de alquiler ya vencido y las pertenencias de él apiladas en cajas junto a la pared para que Bees las recoja al día siguiente en un coche de alquiler, se acuestan. La ventana está entreabierta y todavía oyen pasar a grupos de estudiantes en una confusión de frases medio inteligibles y voces demasiado altas a causa de la cerveza. Es el tipo de noche en que, incluso a las dos de la madrugada, el aire cálido les envuelve los hombros desnudos. El tipo de noche en el que la sensación de final y

de posibilidades es tan embriagadora como el jazmín que crece bajo el alféizar de la ventana.

—¿Estás despierta? —le pregunta Bear.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. —Y ambos notan cómo el otro sonríe en la oscuridad—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Con qué?

—Ya sabes.

—Nunca pensé que llegaríamos tan lejos, pero lo hemos hecho. ¿Realmente necesitamos un plan? —le pregunta Lily.

—Me parece injusto no hacer planes. Al menos para ti.

—¿Porque soy yo quien se queda? ¿O porque quieres romper de forma limpia?

—Lo primero.

—Pues ve y ponte a cavar. Estaré bien.

Él sonríe de nuevo y le aprieta la mano por debajo de las sábanas. Le gusta la forma en que ella le toma el pelo, hablando de su concienzudo trabajo arqueológico como si se tratara de un perro hurgando en la arena de la playa.

—Pero siempre será así. Puede que haya unas semanas entre las excavaciones en las que vuelva, pero la mayor parte del tiempo...

—Crees...

—Quiero decir que podría hacer algo relacionado con la gestión de los recursos culturales de aquí, y parar la obra si encontramos algo de interés arqueológico, con algún promotor ansioso vigilándome de cerca. Pero eso no es lo que quiero.

—¿Puedo hablar?

—Perdona.

—Yo aún no sé lo que voy a hacer. Puede que vuelva a casa, o me vaya a Edimburgo si me sale ese trabajo en el Fringe. Pero también estoy considerando buscar algo en el extranjero.

—¿En serio?

—Sí.

Ella no le dice que, aunque le atraen esas posibilidades, en parte la mueve el deseo de demostrarle que tiene una vida propia, y que no pretende cortarle las alas. No es la razón adecuada para perseguir algo, pero el resultado es que su vida se abre y se hace más grande al intentar convertirse en esa mujer independiente que ella sabe que él amará. Que ama. Que ha amado desde que tenían catorce años y los sentaron uno al lado del otro en Matemáticas. Atkin y Atkins. «Somos como nuestra propia compañía farmacéutica», había dicho él.

Cuando se separaron para ir a universidades diferentes, no se prometieron nada, pero la primera noche de las vacaciones de Navidad se encontraron en el pub y volvieron a estar juntos. Nunca se preguntaron qué hacía el otro durante el curso. Si había alguien más. Pero para Lily, al menos, no había habido nadie. Sólo un único beso experimental con una chica de su curso. Los labios de Celeste la habían sorprendido por ser mucho más suaves que los de Bear; pensaba mucho en ellos. Pero no pensaba en Celeste. A veces un chico la acompañaba a casa después de un ensayo, o la invitaba a una copa en el bar subvencionado, y le sostenía la mirada un poco más de la cuenta. Como respuesta, ella apartaba la suya.

Y Bear. Bear salió brevemente con una estudiante de Historia que cobraba por bailar en un podio muy por encima de los clientes, guiándolos en una danza drogada mientras el sudor les corría por el

torso y bebían agua en vasos de plástico que luego aplastaban con los pies. Le había gustado su cuerpo esbelto, que estuviera tan dispuesta a dejarse mirar.

Pero cuando se quedaba a dormir, ella le decía: «Pásame el mando, cariño», y le tendía la mano, a pesar de que estaba tanto a su alcance como al de él. Y mientras él se inclinaba para dárselo, era consciente de que eso no era algo que Lily haría. Y que él no quería esta otra encarnación de chica. El patrón se repitió varias veces, un fondo de pantalla de aquellos años. Estuvo la estudiante de Química que reía demasiado alto y cuyo pelo olía a acetato de isoamilo en lugar de a manzanas. Y la chica de la excavación de Silchester, en Reading, a la que se le iluminaban los ojos cuando hablaba de la oscura y concentrada capa de tierra del yacimiento, salpicada de tesoros arqueológicos, pero cuyo cuerpo parecía una pieza de rompecabezas mal encajada cuando lo apretaba contra el de Bear por la noche. «Espera», le había dicho él, moviéndose con delicadeza para colocarse encima de ella, confuso cuando eso también le pareció poco natural.

En el verano entre su segundo y tercer año, fue a recoger a Lily a la estación cuando ella llegó de Edimburgo, y el contacto de su mano en la suya, la forma en que lo besó y, más tarde, la perfección con que su cuerpo se acopló al de él, el tipo de conversación sobre todo y nada que mantenían cuando estaban juntos... todo le pareció perfecto e inevitable. No se lo mencionó a ella, pues no quería arrancarle ningún compromiso urgente, pero dejó de volverse hacia otras chicas esperando que fueran ella.

—¿Así que te parece bien dejar las cosas como están? —le pregunta él ahora.

—Sí. ¿Y a ti?

—Sí.

Y cada uno siente al otro sonreír en la oscuridad.

Al volver del aeropuerto, Cora, Maia, Sílbhe, Mehri, Fern y Lily se apiñan frente a la puerta para contemplar el bodegón que es la habitación de Bear. Parece que ya se ha acumulado polvo sobre sus pertenencias. Se apoyan en las jambas y unas contra otras, observando en silencio. Es un contraste entre la niñez y la edad adulta que nunca se ha actualizado del todo para reflejar la última versión de él a los veintiún años.

—¡Míranos! —exclama Mehri por fin—. Todas suspirando por este chico. Dios mío, ha sido algo increíble, ¿verdad?

Y todas saben exactamente a qué se refiere.

Comen pizza y ven *Cuando Harry encontró a Sally*, que no es tan buena como recordaban, y mientras la comentan se preguntan a qué hora aterrizará Bear en Jordania.

A medianoche, Lily regresa andando a casa de sus padres, y un gato pelirrojo maúlla para llamar su atención y corre entre los jardines, y siempre reaparece en el camino de acceso que tiene delante.

—Buenas noches, gatito —dice, y le da una última caricia antes de entrar.

Sube las escaleras y se sienta en el borde de la cama de su niñez. Siente un profundo vacío. Y a la luz azulada de su habitación iluminada por la luna, la posibilidad de que Bear no sea nunca realmente suyo se presenta en toda su crudeza. No es el único

hombre en el mundo, se dice. Alguien más querrá compartir con ella un piso, un gato, un coche, una casa, unos hijos, un perro, una vida. Pero entonces, incluso un poco de Bear le parece mejor que nada.

Al día siguiente le ofrecen un puesto remunerado para planificar el Fringe de Edimburgo del año siguiente. Lo rechaza. Ella también necesita irse. No sólo de su ciudad natal, sino también de su ciudad universitaria. Es demasiado doloroso quedarse atrás. Así que solicita un puesto como ayudante de profesora de Literatura Romántica en Roma y mucho antes de lo que esperaba ya está allí.

Bear y ella se mantienen en contacto mediante mensajes de texto y correos electrónicos que escriben a horas intempestivas debido al desfase horario. Lily no le habla de su vecino, Davide, que reinicia la antigua caja de fusibles de su sala de estar cuando se va la luz y la aprieta contra la pared y le sube las manos por los muslos por debajo de la falda susurrando su nombre en italiano, *Giglio*. No se siente culpable ni cree que eso signifique el fin de su relación con Bear; es lo único que puede hacer para aferrarse a algo de amor propio, para aceptar que Bear quizá nunca esté dispuesto a sentar la cabeza con ella. Cuando Bear le escribe, ella intenta no fijarse en los nombres de las chicas que aparecen cada vez con más frecuencia. Si hubiera una amenaza, se dice, no la mencionaría. Así que se concentra en lo que le cuenta e intenta hacerse una idea de cómo es su día a día, de lo que estará haciendo en un momento dado. Sabe que para desayunar compra sandías porque son baratas y abundantes. Que se levanta a las cuatro de la madrugada para trabajar en la obra porque por la tarde hace demasiado calor. Que cada noche lo cubren todo con lonas enormes, pero que aun así se cuelan animales que trasladan la tierra de esta década a zonas

excavadas que tienen diez mil años de antigüedad. Bear y ella les ponen apodos a esas criaturas y bromean sobre la batalla imposible de ganar, y ella le habla del argot que está aprendiendo en italiano y de lo incómodo que es ser extranjero. «Es tan humillante ser inglesa», escribe. Él también se siente así. Los fines de semana, lejos de la excavación, se pasea por Madaba, empapándose de los sonidos y los olores, y del árabe, que flota por las calles de la ciudad con sus vocales atascándose suavemente en el fondo de la garganta.

Tras unos días sin comunicarse —en los que Lily interrumpe su trabajo para actualizar su correo electrónico cada pocas horas, y luego cada pocos minutos—, Bear reaparece y le explica que ha tenido disentería amebiana. Le envía por correo electrónico una foto con el siguiente texto: «Por fin de vuelta al trabajo.» Ella la estudia. Tiene una paleta en la mano y un aspecto casi pícaro. La cara le cae parcialmente bajo la sombra del sombrero, pero por lo que ella puede ver, está demacrado, y la camiseta parece colgarle de los hombros como de una percha. Dejémoslo todo, piensa. Volvamos a Inglaterra y tengamos una vida normal y segura. Pero a ella le va bien en el trabajo y sabe que nunca será capaz de sugerirle que abandone sus sueños.

Maia y Charlotte llevan poco tiempo juntas. Unos cuatro o cinco meses, y todavía están en esa fase embriagadora en la que acomodan planes para pasar más tiempo juntas y en la que las cosas cotidianas parecen emocionantes por el solo hecho de estar en compañía de la otra.

—Ven mañana —le pide Charlotte un viernes por la tarde, entrelazando sus largos dedos con los de ella—. Estamos restaurando el depósito de agua antiguo más bonito del mundo y acaban de empezar a colocar las vigas de acero para esta enorme ampliación de cristal curvado de dos plantas.

Maia sabe que ella no se lo pediría si pudiera parecer poco profesional, pero aun así se lleva el nudillo de Charlotte a los labios y le pregunta:

—¿No quedará raro?

—¿Raro? No, el cliente está toda la semana en Ámsterdam, así que agradece que esté dispuesta a hacerle otra visita de fin de semana. Y ésta es de última hora porque sus albañiles se han equivocado. —Cambia de postura en el sofá—. Pero lo más importante es que tendremos todo el trayecto en coche. Tres horas de ida y vuelta. Nunca hemos estado juntas en un coche.

A Maia le gusta la idea de viajar con Charlotte. Compartir ese espacio liminal entre A y B. Las pequeñas calles que rodean sus pisos en Brighton están demasiado abarrotadas para que alguna de las dos quiera tener coche, pero el estudio de arquitectura de Charlotte tiene unos cuantos a disposición de los socios para que puedan visitar las obras.

—¿Llevaremos algo para picar? —le pregunta Maia.

—¿En el coche?

A veces, como ahora, Maia se sorprende diciendo cosas sólo para ver cómo a Charlotte le tiembla el pelo negro y lacio a la altura de la mandíbula antes de recuperar su lugar, junto con su compostura.

—Sí. Ya me estoy imaginando lo ricas que estarían las habas de soja tostadas. Todos esos pequeños granos de sal colándose por los

pliegues de cuero de la palanca de cambios.

—Por el amor de Dios.

Charlotte se ríe. Y se inclina hasta que sus labios se encuentran y apoya el cuerpo en el de ella hasta que el gato abandona su posición entre ambas.

A la mañana siguiente, cuando están a punto de llegar al final de la calle y ya se divisa el paseo marítimo, Maia se arrepiente de no haber metido un libro en el bolso y le pide a Charlotte que la espere mientras vuelve corriendo a buscar uno. Más tarde se pregunta si, de haberse acordado de buenas a primeras de cogerlo, o de haber decidido no regresar, se habría ahorrado cruzarse con él.

En una multitud, en una ciudad, ella siempre está buscándolo. Reconoce su nuca, su perfil o sus andares en el cuerpo de cada hombre de mediana edad en el que podría haberse convertido en las décadas que han transcurrido desde la última vez que lo vio. Se le acelera el pulso, como si la vida —el mundo— estuviera siempre a punto de lanzarle una granada. Pero hoy no lo estaba buscando. Maia se ha perdido en el arrullo de la conversación, en la sensación de cuando los coches reducen la velocidad hasta detenerse y Charlotte desliza el brazo por el asiento del copiloto como si fuera un segundo cinturón de seguridad. Este pequeño gesto es tan instintivo como el acto de frenar.

Se quedan paradas. Cinco minutos, luego diez, hasta que el camión que circula por el carril de al lado se pone por fin en marcha con gran estruendo.

—Odio esta sensación de ir hacia atrás —comenta Charlotte.

—Recuerdo haber leído algo al respecto. Se trata de una ilusión óptica que tiene que ver con que el cerebro utiliza lo que nos rodea como puntos de referencia espacial. Así que ahora estamos paradas en nuestro carril, pero por un momento nuestro cerebro...

Maia se vuelve para mirar el coche que tiene al lado. «¿Es él? No puede ser», piensa, aunque sigue hablando.

Está demasiado acostumbrada a darse cuenta de que se ha equivocado. Pero, como si notara que lo observan, él se gira y, por un momento, se miran sin comprender. Como si pudiera haber un fallo en los cristales que los separan.

Ella quiere apartar la mirada. Agacharse. Y al mismo tiempo no perderlo de vista.

—Pon los seguros —le pide a Charlotte.

—¿Qué?

—¡Los seguros! ¡Ponlos! —le grita frenética mientras trata de comprobar el que tiene al lado.

Él ha vuelto todo su cuerpo hacia ella. La está mirando y se retuerce en el asiento como si estuviera a punto de bajarse del coche. Maia se sobresalta al oír el chasquido del seguro y la voz de Charlotte.

—Ya estaban puestos. ¿Por qué tenemos que...? —Pero se interrumpe y añade—: Oh, parece que avanzan.

Al ponerse en movimiento, el coche del padre de Maia parece ir hacia atrás. Su cara —su expresión— ya está cambiando al darse cuenta de que lo están dejando atrás. Y un segundo después, su coche y él han desaparecido de la vista.

A medida que los coches de su carril ganan velocidad, Maia pisa a fondo un pedal imaginario, deseando ir más rápido.

—Por el amor de Dios, ¿no puedes...?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me estrelle con el coche de delante? —Charlotte suena más desconcertada que otra cosa, como si estuviera hablando con un niño—. Toma. —Y se inclina para abrir la guantera—. Sé que me estabas tomando el pelo, pero para que veas lo mucho que te quiero.

Maia aparta el paquete de habas de soja tostadas y se vuelve para mirar los demás coches. Y cuando no ve el plateado... Al menos eso cree, que era plateado. Pero ¿lo era? Su memoria se llena de posibilidades. Tal vez era azul, incluso negro... Podría ser de cualquier color. De todos los colores: la carretera está llena de peligros y cada coche es ahora una amenaza. Se hunde en el asiento y se aprieta contra el respaldo como si intentara comprimir todo su ser dentro del cuero, esperando el impacto, esperando a que él las alcance. Ahora avanzan más rápido, el coche parece ajustar la velocidad a su ritmo cardiaco. Cincuenta kilómetros por hora. Sesenta. La sangre le martillea en el pecho y le entran ganas de vomitar de pánico sobre el salpicadero.

Charlotte le pone una mano en la rodilla.

—¿Estás bien?

Y Maia se la aparta de forma refleja. Como si el chasis se hubiera vuelto transparente de golpe. Porque si él se pusiera a su altura y avanzara en paralelo, lo vería. Lo sabría. Y se sentiría asqueado.

Durante la visita a la obra se queda sentada en el coche como una adolescente enfurruñada, con el libro cerrado, y revive una y otra vez esos segundos. Rememora la cara de su padre, y le preocupa

distorsionar la imagen con cada repetición. Tenía nueve años la última vez que lo vio. Ahora está más canoso, más viejo, con las facciones más surcadas de arrugas. Pero ¿delatan ira, vergüenza, arrepentimiento...? Imposible saberlo. ¿Y seguro que la ha reconocido, o ella ha cambiado tanto que ya no puede reconocerla a simple vista? Aunque seguramente él siempre reconocería a su propia hija.

La expresión de su padre es distinta cada vez que la imagina. A veces es benigna, otras severa, incluso inicua. Una palabra que se parece mucho a inocua, piensa, aunque es justo lo contrario. Pero mucho más importante que la expresión es saber adónde iba. Y quién podría estar esperándolo en ese lugar.

Charlotte vuelve a aparecer con su cliente. No será hasta más tarde, durante el trayecto de vuelta a casa —cuando ya se ha echado a perder el día—, cuando Maia se lo cuente todo.

Julian

Todas las mañanas, mientras recorre el pasillo hacia su taller en la antigua fábrica de chocolate, Julian va mirando por las ventanitas interiores e impregnándose de la atmósfera de cada espacio. Algunos están tan desordenados y repletos de herramientas que el artista que trabaja dentro parece empequeñecido, como si su obra amenazara con engullirlo. En otros hay más orden y se aprecia el volumen de trabajo: una mesa de corte, máquinas industriales, rollos de tela, patrones colgados de ganchos gigantes.

La vieja fábrica resuena con el ruido de golpes y taladros y el zumbido de la maquinaria, pero Julian percibe un silencio en medio del estruendo, y al cabo de unas semanas se da cuenta de que se debe a la relativa ausencia de voces. Como él, la mayoría de sus compañeros están absortos en sus pensamientos, concentrados en el trabajo que tienen entre manos. Existen unas normas de convivencia tácitas: la música está restringida a los auriculares; sólo se ofrecen tazas de té si se ha dejado la puerta abierta; no se observan unos a otros mientras trabajan. Julian tiene la puerta cerrada, pero se imagina a sí mismo como parte de una colmena.

Buscarse un espacio allí no fue idea suya, sino de Sílbhe y de Cian.

—¿Quieres ir a ver los garajes que han reformado en el pueblo? —le había preguntado su abuela poniéndole delante un periódico.

Él negó con la cabeza y apartó el periódico sin molestarse en mirarlo.

—Estoy bien en casa de Cian, gracias.

Pero unas semanas más tarde, mientras iban en coche a la ciudad para entregar en mano sus pedidos a algunas joyerías, Cian le comentó:

—¿Sabes, Jules? No me ofenderé si quieres ampliar horizontes e irte con gente de tu edad. Seguiremos viéndonos en casa por las tardes. —Julian no dijo nada, y él añadió—: Sólo es una idea.

Aunque Sílbhe ya había puesto los cimientos, las palabras de Cian lo pillaron por sorpresa, y sintió que se desinflaba, como alguien que saca el aire con cuidado de una bolsa de agua caliente.

—Quizá lo haga —respondió.

Sabía que llevaba una vida más solitaria desde que había dejado el colegio hacía tres años, pero no tenía la sensación de estar perdiéndose nada. Su amistad con Connor y Liam nunca había girado en torno a intereses comunes. Lo que los había unido era más bien lo que no hacían. Ellos no rompían los tirantes de los sujetadores de las chicas ni arrojaban objetos a la espalda de la profesora cuando ésta se daba la vuelta para escribir algo en la pizarra, y cuando, durante su último año, se les eximió de la obligación de participar en los juegos gaélicos, los tres abandonaron. En el caso de Connor y Liam, fue porque no les gustaba el frío y el barro, ni los gritos con los que los entrenadores los hacían callar incluso cuando una mole del doble de su tamaño los lanzaba por los aires. Para Julian fue más complicado. Era bastante robusto y, cuando iba tras un balón, sentía el cuerpo ágil y espabilado, pero se veía incapaz de detener a un oponente, y disminuía la velocidad o se

desviaba justo en el momento en que debería haberse abalanzado sobre otro chico.

—Pero ¿qué te pasa? —le gritaba el profesor de Educación Física desde la banda—: ¡Espabila y deja de preocuparte por si te hacen daño!

Cuando Connor y Liam desahogaban su indignación en el vestuario, Julian les seguía la corriente. Porque parecía menos vergonzoso que admitir la verdad: que tenía miedo de hacer daño a alguien. Cuando dejaron el colegio definitivamente, mantuvieron el contacto por Facebook, pero Julian predijo que era probable que no volvieran a verse y, al cabo de un tiempo, borró su perfil. Tiene cuentas para uso comercial en algunas redes sociales, pero no les dedica mucho tiempo. Gracias a los contactos de Cian y al boca a boca, no le falta trabajo. Cian le dice que debería apuntar más alto y buscar distribuidores en Londres. Pero la idea de enviar sus piezas al otro lado del mar de Irlanda le da escalofríos. No ha vuelto a Inglaterra desde que tenía cinco años. Es la tierra de su padre; la tierra que no supo salvaguardar a su madre ni a Maia ni a él.

—Tu abuela Sílbhe está preocupada. Quiere asegurarse de que si nos vamos los viejos, tendréis gente cerca, ya sabes.

Los dos sonrieron; decir que su abuela vivirá eternamente es una broma recurrente entre ellos. A los setenta y cuatro años, está más en forma que nunca. Todas las mañanas se despierta a las cinco y media y deja el calor de la cama que comparte con Cian para ponerse unas mallas —holgadas en su cuerpo de pajarito— y correr unos diez kilómetros por los campos de los alrededores. Antes de que nadie en la casa se haya levantado, ya está de vuelta y prepara el desayuno.

Un día, mientras Julian hacía cuentas en la mesa de la cocina, alguien en una entrevista de la radio comparó el acto de correr con el deseo de escapar de algo.

—¿Lo has oído? —soltó ella burlona—. Yo corro hacia mi vida, hacia vosotros tres, no huyo de ella.

Julian sonrió, sin saber muy bien qué decir.

—Cuando empiezas, te dicen que te concentres en un punto a lo lejos, como un poste de telégrafo o una verja, y corras hacia él, y cuando llegas, has de marcarte un nuevo objetivo y correr hacia él. Yo solía imaginarme tu próximo cumpleaños, o que uno de vosotros traía a casa a alguien, y corría hacia allí.

—¡Por favor, dime que no sigues esperando que eso pase!

Julian casi ha perdido la esperanza de que una chica pueda interesarse por él.

Sílbhe también se rió.

—El día menos pensado. Pero, como te decía, los días tranquilos son más de lo mismo. Otros, en cambio, miro a mi alrededor y siento como una euforia. Este magnífico cielo, estos árboles y esta hierba. Y si esto no es lo más maravilloso, no sé qué puede serlo. También pienso en tu madre. En cómo era de pequeña. Y en todo lo que pasó después —dijo, y dio la vuelta al pan bajo la parrilla.

Los recuerdos que Julian tiene de su madre son borrosos. Por alguna razón se acuerda más de él, como si el miedo hubiera grabado más profundamente esa presencia. Los recuerdos de su madre le parecen poco fiables, como si los hubiera construido a partir de cosas que Maia le ha contado. Pero cuando suena «Lucy in the Sky with Diamonds» por la radio, está seguro de recordar a su madre cambiando el nombre por alguna variación del suyo. Juley,

por ejemplo. Tiene una imagen de ella atrapando motas de polvo delante de las puertas de un patio y arrodillándose detrás de él para que pida un deseo. En otra ocasión, está sentado sobre sus rodillas en una manta de pícnic, y casi puede tocar el cálido algodón de su blusa. Recuerda una cocina, con el suelo de linóleo azul y las puertas de los armarios color crema, y a ella protegiéndolo detrás de su falda, el tacto suave del tejido, y los gritos, antes de que Maia lo cogiera de la mano y se lo llevara. No sabe si fue ése el día que ocurrió.

Sabe que su madre era guapa. La prueba está en los marcos de fotos que hay por toda la casa, pero de algún modo eso sólo parece hacerla más misteriosa, como una actriz de Hollywood que hubiera muerto trágicamente joven. Intenta imaginar arrugas en su piel suave, mechones grises en su pelo, pensando que si pudiera hacerse una idea de la persona que habría conocido ahora, eso la haría más real. Pero no es así. Piensa que probablemente sea más difícil para Maia, que sabe lo que ha perdido.

En los talleres hay una chica. Lo primero que le llamó la atención fue su obra. Unos mosaicos enormes que cuelgan de la pared y que le hacen pensar en las colchas de retazos que hacían las amigas de su abuela, pero estas piezas en lugar de tela son maltrechas varas de medir y esas reglas de madera que recuerda del colegio. La geometría de las formas y cómo encajan entre sí, los milímetros y centímetros descontextualizados que marcan la superficie, hacen que le entren ganas de pararse y mirar con mayor detenimiento. Pero cada vez que pasa por delante, repara en una pequeña figura rubia inclinada sobre la mesa de trabajo, y sólo se permite detenerse

brevemente de camino a su propio taller. Al cabo de unas semanas, ella levanta la vista al oír sus pasos.

—¡Hola!

—¿Estás bien? —responde él.

Sus palabras son inoportunas y se escabullen hacia los oscuros recovecos del pasillo mientras sigue andando.

Esta frase le resonará en la cabeza luego, cuando pula una arista o martillee un disco de plata para darle la perfecta forma cóncava de un bloque abovedado. Las palabras no se ahogarán en el ruido de sus herramientas, sino que se amplificarán y se repetirán una y otra vez hasta que dejen de tener sentido y se vuelvan aún más ridículas que cuando le salieron de la boca. Empieza a temer estas breves interacciones diarias.

Pero un día que va cargado con los nuevos suministros que acaba de recoger de la recepción, ella aparece en su puerta.

—¿Julian?

Él deja los paquetes en la mesa de trabajo. Le sorprende que sepa cómo se llama. Ella parece darse cuenta.

—He reconocido tus cajas —dice, y señala con la cabeza la estantería donde están apiladas, cada una con su nombre en relieve —. Tengo una pieza...

Él le mira el cuello y luego la mano. Ella se ríe.

—No la llevo encima. No quiero ir en plan admiradora, eso sería como hacerle escuchar a Ronan Keating su propia música. No es que me gusten los Boyzone... —Él no dice nada, así que ella añade—: Pero me la pongo mucho. O lo hacía hasta que llegaste tú. Es un collar, un aro de oro con una barra de plata cruzada.

Él la recuerda.

—Ah, sí. *Balance*. Ése es su nombre técnico —contesta, y se siente pretencioso por haberlo mencionado, como si se tomara su trabajo demasiado en serio—. Pero no puedes saberlo a menos que la compraras a través de la página web.

Él está divagando y los dos lo saben.

—La compré en Pears.

Ésa fue una de las primeras joyerías de Dublín que tuvo sus piezas en stock. Él asiente y decide no decir nada más, porque seguramente sólo conseguiría parecer aún más inepto de lo que ya se siente.

—Así que eres Julian el joyero. —Y él ve aparecer un hoyuelo en su rostro mientras ella lo dice, y de pronto se sorprende concentrado en su suave mejilla, esperando a que reaparezca—. Iremos al pub más tarde. Me... nos preguntábamos si te apetecería apuntarte.

—Ah, ya. —Él repasa mentalmente las razones por las que no puede. Tendrá que avisar a Sílbhe de que llegará tarde a cenar. Y esta noche dan el siguiente episodio de la serie que está viendo. Le suenan poco convincentes incluso a él, así que se oye a sí mismo responder—: Me encantaría.

Ella sonríe y el hoyuelo vuelve a aparecer.

—Te llamaré a la puerta. ¿Te va bien a las cinco? —Y mientras se va, añade—: Por cierto, me llamo Orla.

En el pub son cuatro personas, lo que permite que sólo haya una conversación. Menos mal, piensa, aunque enseguida se da cuenta de que no gira en torno a los asuntos sobre los que tenía que fingir entusiasmo con Connor y Liam: deporte, coches, coches deportivos. Por una vez los temas de conversación le resultan familiares, como si a un reflejo de sus propios pensamientos le hubieran salido alas y se

hubiese ido revoloteando hacia el mundo. Frap les habla del problema que tiene con su globo terráqueo, que puede girar en cualquier dirección sobre un eje doble, por lo que incluso pueden observarse los polos norte y sur. Le está costando más de lo que pensaba equilibrar la esfera de yeso para que siempre vuelva a descansar en posición vertical, y discuten sobre su peso y lo que podría estar descompensándola. Luego la conversación avanza y Orla les habla de una mezquita de una película ambientada en Marruecos, cuyo suelo de baldosas ha dado a su obra una nueva dimensión. Busca en su teléfono una captura de pantalla y discuten sobre cómo se las arreglará para reproducir el centro, donde convergen los extremos de una estrella de dieciséis puntas. En la mezquita han juntado las piezas con lechada, lo que da lugar a imperfecciones, y Orla quiere que sus maderas encajen perfectamente entre sí, lo que significa que cada una debe tener un ángulo interno de 22,5 grados. Las personas que trabajan con las manos se entienden. Aunque provengan de disciplinas diferentes, todos son capaces de prever los posibles problemas y aplicar los conocimientos de su propio campo al de los demás.

Hace unas semanas Julian descubrió a un artista de papel en 3D afincado en Ann Arbor (Michigan). Algo en la geometría de su obra le recordó la de Orla y ahora se la enseña. Ella pellizca la pantalla para ampliar la imagen.

—Caramba. Es increíble.

Y examinan lo que hace el hombre y discuten sobre si corta las formas con láser.

Julian se da cuenta de que cada vez que Orla se anima o quiere decir algo, le toca el brazo o la rodilla con la mano. Parece algo

inconsciente y se pregunta si se lo hace a todo el mundo. Frap y Seamus, sentados al otro lado de la mesa, no están tan a tiro, así que es difícil saberlo con certeza.

Más tarde, después de ver el episodio que le ha grabado Cian por iniciativa propia, sube al desván para preguntárselo a Maia.

—¿Crees que debería saberlo porque soy mujer? —Ella se ríe, pero con una risa un poco forzada—. Tal vez si hubiera tocado a más hombres del brazo, ahora no sería una solterona de treinta años que sigue viviendo con su abuela.

Se quedan un rato sentados en silencio y Maia parece a punto de llorar. Julian no está seguro de por qué ha supuesto que ella lo sabría. Pero su respuesta lo inquieta. Hasta este momento nunca se había planteado si está contenta con su vida.

Está a punto de decir algo, pero cuando abre la boca, Maia lo interrumpe.

—¿Cómo es esta chica? ¿Aparte de tocona?

Él quiere decirle que es atrevida. Que parece darse cuenta de que él está atrapado en su propia torpeza y no se lo toma como un desaire. Parece curiosamente fascinada con él, como si fuera una de sus obras de arte que hay que descifrar. Y aunque por un lado se siente incómodo con la atención, por el otro la anhela. Pero no se lo dice a Maia. En lugar de ello, responde evasivo:

—Bueno, es agradable, ya sabes.

Julian empieza a dejar la puerta de su taller más tiempo abierta y descubre que le gustan las interrupciones, dejar las herramientas para ir a la cantina a tomar un té. Está abierta al público, pero siempre hay alguien de los talleres, y la combinación de personas que encuentra allí cambia cada vez. Y se da cuenta de que se siente cómodo con cualquiera de ellas. Es sorprendente, pero también muy... normal. Si Orla está allí, se siente atraído por ella e intenta repartir su atención, obligándose a mirar a Frap o a Gráinne. La observa en momentos fugaces, esperando que aparezca su hoyuelo. Ahora sabe que toca a todo el mundo, y no sólo a él y no sólo a los hombres. Se siente aliviado. Y decepcionado.

A principios de agosto, llueve torrencialmente desde el amanecer y el agua azota las ventanas de la antigua fábrica de chocolate. Hacia la hora de comer, Julian oye cómo la gente cierra temprano sus talleres y se va. Seamus asoma la cabeza antes de irse.

—No te quedes mucho rato —le advierte—. Están empezando a desbordarse las alcantarillas. La esquina de Lower Geraldine con Mill ya está inundada.

Julian no está preocupado. Ya ha llovido mucho este verano; están acostumbrados a que el agua de escorrentía se acumule donde se juntan las dos carreteras al pie de una colina. Se sumerge en su trabajo: una nueva pieza que parece una pequeña antena parabólica martilleada en oro, con un diamante descentrado en un engaste de plata que lleva puliendo toda la mañana. A medida que avanza la tarde, es vagamente consciente de que apenas se oye el ruido de los coches que pasan por la calle, sólo el repiqueteo de la lluvia contra

las ventanas. Aparte de eso, el silencio es casi antinatural. Sigue trabajando, y sólo se detiene cuando se nota la espalda entumecida. Entonces, se asoma a la ventana y ve que la calle de abajo es un río, y cuando estira el cuello hacia la derecha para mirar Dooley Street, un coche sin conductor parece flotar en el cruce. Tiene el teléfono silenciado y, cuando lo saca del bolsillo, encuentra varios mensajes de Sílbhe avisándolo de que el río que pasa cerca de su casa se ha desbordado y la carretera estará intransitable hasta que baje el nivel del agua.

Se dice que estará bien allí mientras tenga algo que comer. Al bajar a la cantina encuentra el edificio vacío. Las luces están apagadas. Nunca la había visto sin clientes.

En el mostrador hay pasteles bajo campanas de cristal. Deja unas monedas al lado y se sirve un trozo de bizcocho de zanahoria en un plato, luego lo lleva a una mesa y se deja caer en el viejo banco de iglesia que hay detrás. Con el primer bocado se da cuenta del hambre que tiene, y está cabizbajo, zampándose el bizcocho que se desmenuza, cuando oye algo. Levanta la vista y ve a Orla. Tiene los vaqueros empapados a partir de los muslos, de un azul oscuro, y sus Converse chirrían sobre el suelo de cemento.

—¡Dios mío, la que está cayendo ahí fuera!

Julian sonríe.

—No me digas.

—Se me ha estropeado el coche cuando un imbécil ha pasado rugiendo por mi lado en un todoterreno y ha provocado un maremoto. Así que he vuelto.

Él deja el tenedor en la mesa.

—¿Te ayudo a quitarlo de la carretera?

—No. Sólo espero que siga ahí mañana.

—¿Cómo has entrado sin inundarlo todo?

—Por la puerta del fondo. Está sobre cinco escalones. Aunque el agua ya ha llegado al cuarto.

Ella se sienta en un banco de la mesa de al lado y empieza a desabrocharse las zapatillas. Julian se da cuenta de que probablemente también está pensando en quitarse los vaqueros.

—Me taparé los ojos —le dice riendo.

—Tienes una hermana. Sólo son piernas.

Pero las de Maia son blandas y tienen hoyuelos en algunas partes, mientras que las de Orla son firmes y tersas. Las mira con disimulo entre bocado y bocado de tarta de zanahoria. Ya no tiene hambre, pero sigue comiendo para distraerse de la desnudez.

—¿Te traigo un delantal? —le pregunta señalando la cocina.

Ella se lo piensa.

—¿Como una de esas batas de hospital que te hacen parecer una recatada por delante pero por detrás...? ¡No, gracias!

Julian se ríe.

De nuevo en el piso de arriba, pone los vaqueros y los calcetines de Orla sobre el radiador de su taller y sacude la áspera manta gris que guarda enrollada detrás de su escritorio para amortiguar el ruido de los martillazos. Cuando se la ofrece, ella está sentada con la espalda apoyada en el viejo radiador victoriano, con esas piernas, esas piernas perfectas, y las rodillas dobladas delante de ella.

Él se queda de pie junto a su mesa de trabajo.

—¿Me haces algo? —le pregunta ella—. ¿Puedes crear algo en unas pocas horas?

—¿Qué quieres que haga?

—Eso es cosa tuya. Sólo dime lo que haces en cada fase, así sabré cómo lo has hecho.

Él se acerca a los estantes poco profundos donde guarda los metales y luego se vuelve para estudiar el tono de su piel, aunque ya lo sabe.

—Utilizaré sobre todo plata —le dice sacando una pequeña hoja— porque es lo que mejor va con el color de tu tez.

—¿Cómo lo definirías?

—Frío —responde él, y le pide que se mire las venas de la cara interna de los brazos—. Las personas de piel más cálida tienen las venas tirando a verdes, pero las tuyas son de un azul violáceo.

Ella se examina el interior de las muñecas y asiente, pero no lo mira. Él tiene la sensación de que acaba de rozarle la piel con un dedo, aunque está en el otro extremo de la habitación. Se pregunta si ella también lo ha notado.

Habla mientras trabaja. Le explica cada fase, tal como ella le ha pedido.

—La parte de la llama que más calienta es la punta azul —le dice ajustándola—, pero sólo queremos calentar el metal un poco, así que estoy usando una llama más densa y amarilla.

—Una llama cola de zorro —sugiere ella, y él asiente.

Intenta adoptar un tono normal, como el de un día cualquiera, pero no puede evitar tener la sensación de que sus explicaciones son una extraña forma de seducción, como si hubiera cierta intimidad en el hecho de compartir sus conocimientos con ella. Orla está atenta, de vez en cuando hace preguntas, pero sobre todo escucha, y en un momento dado ella, la manta y las piernas de

debajo dejan el radiador y se sientan a su lado en la silla giratoria que se trajo de casa de Cian cuando se mudó.

—El recocido vuelve más maleable el metal —continúa él, bajando la voz ahora que ella está más cerca, inclinada sobre su trabajo—. ¿Ves el arco iris que se forma?

Él enfría el metal caliente en agua fría, lo sumerge en la solución decapante para sacarle brillo y a continuación lima los bordes para alisarlos. Sus movimientos son repetitivos, tranquilizadores, predecibles. Ablandar, doblar, tallar, martillear, limar, frotar y enfriar para que se endurezca de nuevo. Y vuelta a empezar.

Para cuando ha pulido la pieza hasta dejarla reluciente, ha alisado los bordes y ha colocado los engarces en la parte posterior para sujetar la cadena en su sitio, ya ha oscurecido. Le entrega el collar acabado, pero ella, en lugar de cogerlo, se aparta el pelo. Él se coloca detrás y le baja la cadena por delante de la cara hasta el cuello. Ve el fino vello que continúa por debajo del nacimiento del pelo, el hueso que le sobresale de la nuca al bajar la cabeza. Intenta abrocharle el collar sin tocarle la piel, pero tiene los dedos como salchichas y casi se le escurre un lado de la cadena. Oye el ruido de su propia respiración mientras se concentra en enganchar la argolla en el brazo abierto del cierre.

—¡Ya está! —exclama cuando por fin lo consigue, y las palabras le brotan de los labios como un suspiro de alivio.

Ella hace girar poco a poco la silla hasta que se queda frente a él, con un pie apoyado en el suelo de madera y una pierna sin cubrir. Busca a tientas la parte delantera del collar, desliza los dedos por la curva martilleada y la deja caer con suavidad exactamente donde él quería que descansara.

—Gracias. Es precioso —le dice, y aparece el hoyuelo.

No está seguro de qué rumbo debería tomar la velada ahora que ella ya se ha quitado los pantalones y él le ha hecho esta joya. Pero, en cualquier caso, percibe cierta expectativa. Por parte de ella. De él mismo. De la situación.

Se disculpa y se dirige por el pasillo hasta los aseos. Apoya una mano a cada lado del lavabo y se mira en el espejo. Sabe que no le falta atractivo. Pero, de algún modo, no tiene la confianza que debería acompañar su rostro. Es como si no le perteneciera a él, y está seguro de que otro hombre lo llevaría mejor, manteniendo el mentón firme en lugar de flácido, sosteniendo la mirada en lugar de bajarla. Se lava las manos, más por hacer algo que porque lo necesite. Siente el calor del agua en la piel, la espuma del jabón entre las palmas. Es más fácil concentrarse en estas cosas que en la chica que lo espera medio vestida en su taller.

Cuando por fin cierra el grifo y vuelve a mirarse, tiene las ideas más claras. Le gusta trabajar aquí. Le gusta la nueva tranquilidad que siente en esta comunidad de artistas. Le gusta Orla. Pero si no quiere perderla debe poner fin a lo que sea que ha habido entre ellos. Hay cosas sobre sí mismo —sobre su familia— que le cuesta demasiado compartir.

Cuando vuelve a entrar en el taller, ella está de espaldas a él. La manta ha quedado abandonada en la silla giratoria y ella está de pie junto a la ventana. Él levanta la mirada y ve su reflejo mirándolo en los cristales negros.

Julian se acerca al radiador que hay a su izquierda y coge los vaqueros. Están crujientes y tiesos, y los sacude con delicadeza antes de tendérselos.

—Parece que ya están lo bastante secos para que te los pongas.

Ve su cara de sorpresa y se le encoge el corazón al darse cuenta de que la ha herido. Los dos desvían la mirada, pero no sin que antes ella se sonroje repentinamente, como si alguien la hubiera abofeteado. Él percibe su vergüenza cuando ella desliza los pies en las perneras acartonadas de sus vaqueros. Cuando se sube con brusquedad la bragueta. Cuando sale rápidamente de la habitación, descalza. En el ruido de la sierra que le llega del otro lado del pasillo, cortando madera, y en el largo bostezo de la noche. Y lo lamenta. Lo lamenta mientras se queda ahí sentado, sin mover más que las puntas de los dedos para empujar las virutas de plata y oro desechadas por el escritorio. Pero está seguro de que eso es lo mejor.

Cuando amanece, Sílbhe se asoma a la ventana. Los campos que hay al otro lado del jardín parecen exuberantes, pero sabe por el charco poco profundo que cubre las losas que estarán enfangados y que si sale a correr, acabará torciéndose un tobillo o algo peor. Deja caer la cortina y vuelve a meterse en la cama. Cian estira un brazo.

—Me encanta que te quedes en casa conmigo —le dice, y ella se deja llevar por el calor de su cuerpo, sabiendo que Julian no está en la habitación de al lado para oírlos y que Maia está en el desván que reformaron el año pasado.

No es que quiera que se vayan, pero agradece estos momentos fugaces en los que Cian y ella se encuentran solos. Han pasado seis años, pero siguen enamorados como el primer día.

Más tarde, Cian se pone las zapatillas y va a la cocina, y vuelve con una tetera y un plato lleno de tostadas con miel. Sílbhe se recuesta en su pecho mientras comen y se ríen del decadente placer de cubrir el edredón de migas y del lujo de haber encontrado un hogar el uno en el otro.

Arriba, en el desván, Maia está sentada en la cama con el portátil sobre las rodillas. Tiene siete años menos que su madre cuando murió. Y sólo recientemente, a raíz de un comentario de Jules, le ha entrado el apremio de llenar su vida de las cosas que su madre no pudo hacer. No se refiere a viajar por el mundo o hacer puenting desde un avión, sino a las pequeñas cosas cotidianas que su madre nunca llegó a experimentar. Es asidua en el Doyle's, pero últimamente tiene la sensación de que la vida se le escapa. Ha visto a niñas de doce o trece años convertirse en madres, empujando un cochecito por la puerta acompañadas de sus propias madres, y luego en abuelas. Y mientras que las vidas de ellas han cambiado y evolucionado, intercambiando roles entre generaciones, la suya se ha mantenido igual.

A principios de primavera, Maia empezó a bajarse del autobús unas paradas antes. Desde el asfalto gris, esperó a que el vehículo se alejara hasta convertirse en un punto en el paisaje para echar a andar. Estaba deseando poner un pie delante del otro y disfrutar del tiempo para pensar que eso le proporcionaba. Se sorprendió fijándose en la danza de cortejo de un mirlo, en las brillantes flores amarillas que cubrían los empinados terraplenes junto al puente o en el aluvión de flores diminutas que salían en los campos a ambos

lados de la carretera; cosas que su abuela siempre le había señalado, pero que ella nunca había visto realmente. Y de pronto le acudieron a la mente sus nombres: prímula, violeta de perro, estrella de Belén. Se agachó, y el peso de la bolsa hizo que se tambaleara mientras estudiaba sus pétalos blancos verdosos entre la hierba frondosa.

Aquella noche, mientras buscaba bastoncillos de algodón en un armario, vio el frasquito de Rescue Remedy que había llevado una vez en la chaqueta del colegio. Desenroscó la tapa e inhaló el intenso olor del alcohol conservante. Su abuela se lo había dado poco después de llegar de Inglaterra. «Sólo cuatro gotas cuando estés un poco nerviosa y te calmarás», le había dicho. Y cada vez que estaba lejos de Sílbhe, el ligero ardor de aquellas gotas debajo de la lengua de algún modo le había ofrecido el consuelo de una medalla de san Cristóbal. En el cuarto de baño, dio la vuelta al frasco para leer la breve lista de ingredientes: jarilla, clemátide, impaciencia, ciruela roja, estrella de Belén... Estrella de Belén. El nombre le produjo la extraña sensación que se tiene cuando algo en lo que rara vez se piensa aparece y enseguida vuelve a aparecer. Como si el universo nos tirara de la manga, diciéndonos que eso es importante.

Aquella tarde hizo búsquedas en internet, siguiendo los enlaces como si fueran migas de pan en un bosque. De las flores de Bach a la homeopatía; de titulares que denunciaban el placebo a artículos que explicaban la teoría; de los médicos locales a los cursos de formación de cuatro años...

Al día siguiente, cuando el conductor del autobús la dejó junto a la carretera, caminó hasta un césped salpicado de estrellas de Belén.

Se inclinó y rozó los pétalos con las palmas, esperando una señal. Del universo. De su madre. Pero no hubo nada, sólo su propia ridiculez. Se levantó y contempló el paisaje. Inmenso en su amplitud, pequeño en su familiaridad. No ansiaba tener una gran vida... pero se preguntaba si, dentro de los límites de lo que le parecía seguro —su abuela, ese césped, Irlanda—, podría abrir la puerta a algo nuevo.

Ahora, en el desván, revisa su correo electrónico y ve sucederse en cascada los mensajes sin leer. La mayoría son correos comerciales de compañías a las que nunca se ha suscrito y algunas notificaciones de Facebook, pero entre ellos está el que ha estado esperando. El que le dijeron que podía esperar a partir del décimo día. Coloca el cursor encima y lo abre.

> Apreciada Maia,
>
> Nos complace confirmarle que hemos aceptado su solicitud tardía para unirse al grupo de este año en la Escuela Irlandesa de Homeopatía, donde empezará su primer año de estudio para convertirse en una homeópata cualificada...

Cuando ha leído el correo electrónico y hojeado las páginas adjuntas, deposita a un lado el portátil, se levanta de la cama y se asoma a la ventana del desván. Mira el paisaje y deja que sus ojos se posen en la línea ondulante que funde el gris azulado con el verde, y a pesar de lo inundados que están los campos que la rodean, por primera vez se siente preparada para ir a alguna parte.

Gordon

Gordon sabe que su padre y su abuelo buscaban satisfacción en los cartílagos y los huesos del cuerpo humano, pero ha visto lo que ocurre si no puedes superar, o al menos emular, al cabeza de la familia, así que deja la Medicina para Maia y da un paso a un lado para adentrarse tranquilamente en la respetabilidad de los números. Los introduce en todos los aspectos de su vida y agradece la lógica y el orden que tienen. Encuentra consuelo en darle vueltas a un cubo de Rubik, en la cuadrícula de un sudoku que se obliga a resolver en menos de dos minutos y medio cronometrados, en el baile de letras y dígitos de las fórmulas algebraicas, en las secuencias de 1 y 0 del lenguaje binario en el que se basa la tecnología, en el cifrado de seguridad AES de 256 bits, en códigos informáticos exactos como:

```
var c = new System.Security.Cryptography.SHA256Managed();
byte[] hash = c.ComputeHash(Encoding.UTF8.GetBytes(s));
```

Cuando está en casa durante las vacaciones, deja líneas de código indescifrables abiertas en el ordenador esperando que su padre las vea. Textos blancos, amarillos y azules sobre fondo negro, en un tipo de letra seria y monoespaciada. Éstas son las herramientas de su

oficio: sus escalpelos, sus fórceps, sus retractores. A veces se desplaza hacia delante y hacia atrás, dejando que los números de línea se desenfoquen mientras su código limpio y perfeccionado pasa a toda velocidad. El hecho de que él entienda lo que para otros es impenetrable, que haya escrito cada línea entre corchetes y puntos y coma, lo embellece. Y el cerebro del ordenador lo demuestra al ejecutar sus órdenes y da el resultado previsto: «Sí, esto tiene sentido. Eres Dios.»

Pero cuando le cuenta a su abuelo que su licenciatura le ha permitido acceder a un puesto en uno de los grandes bancos de programación de algoritmos capaces de tomar decisiones comerciales en un abrir y cerrar de ojos, es como si al anciano de pronto le hubiera llegado un olor desagradable a las fosas nasales. Gordon siente un destello de irritación, y repentinamente nota que la camisa le aprieta demasiado por la espalda. Hace una señal al camarero y pide un whisky doble muy caro. Prefiere la ginebra, pero ésta no tiene suficiente prestigio entre los hombres de su familia. Cuando llega, Gordon agita el vaso y se lo bebe de un trago. Su abuelo arruga la servilleta y la tira sobre la mesa. «Contigo siempre será como echar perlas a los cerdos. Ya podemos irnos», dice pidiendo la cuenta.

El padre de Gordon no dice nada, pero arquea las cejas de un modo casi imperceptible, probablemente aliviado de por una vez no estar en la línea de fuego. Mientras los tres esperan la cuenta en un silencio sepulcral, a Gordon le acude a la memoria la imagen de un juguete de la infancia. Mientras que a Maia le habían regalado un trío de muñecas rusas tradicionales, cada una con la misma bonita sonrisa, a él le había tocado una serie de monstruos con la cara

pintada a mano, cada una más inquietante que la anterior. A veces los volvía hacia la pared antes de meterse en la cama por la noche. Y ahora, después de muchos años, le desconcierta percibir una sensación similar en esa mesa, algo oscuro y desagradable que conecta a las tres generaciones.

Sus jornadas empiezan temprano, cuando se abren los mercados de acciones. Observa a los demás hombres en busca de señales de cómo comportarse y enseguida se da cuenta de que no hay ningún código. Todo vale. Puede ser la versión más desagradable de sí mismo, y el siguiente individuo dirá o hará algo peor. Es una fraternidad. Y aunque ha empezado abajo en la jerarquía, se siente atraído por los brazos carnosos de los chicos de la ciudad que fichan en cuanto cierran la bolsa y se dirigen a los bares para emborracharse con champán. Para él los días son una larga fiesta de trabajo y alcohol, y eso le encanta. Es como plantar la cara entre los pechos de una chica voluptuosa y dejar que sus mullidas y cálidas carnes lo envuelvan. No se había imaginado de esta forma la banca, pero de algún modo es así. Excesiva, desenfrenada, babilónica.

El martes es el día que se blanquean las tazas de café con zumo de limón, se aspiran las cortinas, se barren las escaleras de la entrada principal, se limpian los armarios de la cocina y se pasa un bastoncillo de algodón por debajo de cada puerta para recoger las migas que hayan podido caer allí. Es el día que se cambian las sábanas, se quita el polvo de las hojas de las plantas de interior y se cocina lasaña. Es el día para mirar el calendario vacío que cuelga de la pared de la cocina y evocar todos los martes idénticos que han

pasado y todos los que vendrán. Como uno de esos espejos que revelan lo mismo una y otra vez, pero más pequeño, cada vez más pequeño. Porque Cora se encoge cada semana que pasa, cada semana que se interpone entre ella y la vida que una vez tuvo como madre, bailarina, colegiala, hija, con el corazón latiéndole en el pecho mientras aprendía a montar en bicicleta o experimentaba el placer de hincar el diente en una torta de avena recién salida del horno antes de que el sirope se endureciera.

Cora siempre había pensado que cuando los hijos se marcharan de casa, ella también lo haría. Todavía parecía haber cierto riesgo cuando Gordon necesitaba una base a la que volver entre curso y curso universitario. Tal vez no lo habría vuelto a ver si ella se hubiera ido a un pueblo a kilómetros de distancia del que él nunca hubiera oído hablar. Pero ahora se ha ido definitivamente, y su habitación es un santuario de una época que no está segura de poder describir como feliz o digna de recordar. Pero ¿quién es ella para decir qué es una niñez feliz? Todas las familias tienen sus altibajos.

A sus cincuenta y cuatro años, Cora tiene la sensación de que el mundo entero se mueve sin ella. Se le ha dado una vida, pero por alguna razón no ha sabido aprovecharla. Desde los veintitrés años no ha trabajado fuera de casa. No tiene amigos en los que confiar, y apenas tiene relación con su propia madre. Su hija casi nunca pide que se ponga al teléfono cuando llama y, si lo hace, es para acabar la conversación con una frase hecha. «Tengo que irme.» «Me voy corriendo.» «No puedo entretenerme.» «¡Dios mío, qué tarde se ha hecho!» Sabe que la conversación ha terminado incluso antes de que Maia pronuncie siquiera esas palabras. Y Cora no intenta prolongarla ni sonsacarle información. Sólo le dice que la quiere, que

se cuide, que no se olvide de divertirse. Porque se alegra de que se haya ido y tenga su propia vida en Londres. No tiene derecho a sentirse abandonada. Lo que le pase a ella no es responsabilidad de Maia. Pero de algún modo el resultado de todo eso es que su marido es la única constante en su vida, la única persona que le hace sentir que existe.

Ya ni siquiera tiene el televisor para hacerle compañía: el mando a distancia va y viene con su marido en el maletín. El teléfono fijo del pasillo hace tiempo que ha sido reemplazado por el móvil de él, aunque a veces Cora descuelga el auricular y se queda escuchando. Desconectado, ni siquiera ofrece el eco de la posibilidad. Sólo es un objeto de plástico pegado a su oreja. Un día, lava un bote de yogur y se lo pone al oído, y se deja llevar por la sensación de otro mundo que oye dentro de él. Recuerda cuando hacía un agujero en el fondo del bote y lo conectaba a otro con un cordel. Y Maia se sentaba en la cocina y ella en la sala de estar, y dejaban que las vibraciones viajaran entre ellas.

Algunos días se tumba de espaldas en los rectángulos torcidos que el sol proyecta sobre la alfombra de la sala de estar a través de las puertas del patio, sólo para disfrutar del momento en que la luz cambia o empieza a oscurecer. La planta de interior que más le gusta es la calatea que Maia le envió para el Día de la Madre. No sólo porque es de ella, sino porque sus grandes hojas se cierran en una columna vertical por la noche y se abren poco a poco como una palmera durante el día. Le encantan el ruido que hacen sus hojas al desplegarse y rozar la pared.

Pero hay días como hoy en los que estas cosas la enfurecen, pues no son suficientes y sólo sirven para agudizar su soledad. En esos

momentos quiere agarrar las hojas con el puño y arrancarlas de los tallos, y arrojar la planta al otro extremo de la habitación, y manchar de tierra el suelo impoluto y esparcirla con los pies descalzos por la alfombra.

En lugar de eso, Cora sale al pórtico con un recipiente lleno de agua caliente y jabón, pone algo en la puerta para que no se cierre y sumerge un paño para limpiar la pintura blanca de las columnas falsas. El agua se enfría rápidamente y se nota las manos tiesas y heladas cada vez que enjuaga el paño para quitar la suciedad.

—Lo siento, llego un poco tarde esta mañana —le dice el cartero sobresaltándola.

Cuando ella se da la vuelta, él está tendiéndole la correspondencia, con la cartera colgada en bandolera como un colegial adulto. Ella se queda mirando las cartas, y él se las acerca unos centímetros, como para darle a entender que no tiene todo el día. Ella las coge sin decir nada, sorprendida de que no vea nada ilícito en ello. Porque de un tiempo a esta parte el correo se deposita directamente en el buzón instalado en la pared exterior, justo encima de la jardinera, del que sólo Gordon tiene llave.

—Gracias —responde por fin.

El cartero se aleja por el camino de entrada y ella se queda mirándolo mientras recorre las casas vecinas.

Una vez dentro, se sienta en el sofá con las cartas en el regazo. Sabe que Gordon estará reunido con un representante de una empresa farmacéutica hasta el mediodía. A veces le da esos detalles, y luego aparece a la misma hora que ha dicho que estaría ocupado y la sorprende. Pero esta mañana le ha sonado el móvil y ella ha llegado a oír la voz del hombre al otro lado de la línea mientras

acordaban retrasar el encuentro media hora. Y ahora está ahí sentada, con el peso de las cartas. Es poco probable que haya algo en ellas que le interese, pero quiere lo que representan: la posibilidad de una conexión con el mundo exterior. Baja la mirada y examina cada una. Estudia el matasellos, la letra pequeña de la dirección del remitente en el reverso. Lloyds Bank, BX1 1LT. ¿Qué significa BX? ¿Buxton, Brixton? No recordaba que los distritos londinenses tuvieran códigos postales únicos. A continuación, un sobre de tamaño A4. Palpa el grosor y recorre los bordes de lo que hay dentro, e infiere que es una revista médica.

El tercer sobre lleva impreso en elegante letra negra su nombre, «Sra. Cora Atkin». Qué curioso que todavía le escriban personas o empresas, tomándola por una mujer que recibirá su propia correspondencia, la abrirá, revisará el contenido y actuará en consecuencia. Se levanta y sale al jardín para echar las dos primeras cartas al buzón cerrado. Luego vuelve con la tercera, que casi le salta en el regazo. Le parece que si la mira el tiempo suficiente, el texto se hará visible a través del blanco del sobre. Al ver que no es así, va a la cocina, pone el hervidor al fuego y sostiene el sobre sobre el pitorro humeante, sintiendo el calor punzante en los dedos. El pegamento no se despega tan fácilmente como ella esperaba, y se ayuda con la penetrante hoja de un cuchillo para la mantequilla. Por fin lo abre. Echa un vistazo al reloj: las 11.35 h. En la consulta aún no han terminado las visitas matinales, así que está segura de que Gordon no volverá a casa antes de su reunión. Saca el papel doblado.

Apreciada señora Atkin:

En relación con la herencia de la Sra. Sílbhe Murphy, sírvase confirmar la recepción de los fondos correspondientes a la venta de los bienes de la difunta y de cualquier remanente una vez liquidados los honorarios y las deudas pendientes.

Atentamente,

David Causley, abogado

Cora lee las palabras. Una, dos, tres veces. Luego una cuarta. Y una quinta. Incapaz de comprender lo que está viendo. Su madre. Una herencia. Difunta. Le resuenan los oídos sin necesidad de botes de yogur ni trozos de cuerda, ni el roce de las hojas de la planta contra el yeso de la pared. Siente el pulso de su propia sangre, de su propio ser. Y está llena de furia.

Sale al pasillo, coge un abrigo del perchero y se lo pone mientras se mete la carta en el bolsillo. No tiene llaves, pero cierra la puerta tras ella, sin importarle lo que piense Gordon o cómo volverá a entrar más tarde si cambia de opinión.

Han pasado más de dos décadas desde que sus hijas iban juntas a clases de natación, pero no tiene a nadie más a quien recurrir. Ella es la única persona que le ha puesto una mano en el brazo y le ha dicho que ellos estarán ahí si los necesita. Charles Street. No recuerda el número de la casa, sólo una puerta azul con una vidriera que representaba un faro. Tiene la sensación de haber llegado volando, aunque pasan veinte minutos hasta que tuerce para meterse en la calle. Examina las fachadas para ver cuál coincide con su recuerdo. Y ahí está el faro. La puerta ahora está pintada de un

amarillo claro. Llama y le abre una mujer de unos treinta años, la edad de Maia.

—¿Fern? —dice Cora.

La mujer niega con la cabeza y detrás de ella se oye la voz de un niño pequeño gritar:

—¡Mamá, no llego!

Ella empieza a cerrar la puerta.

—Espere. Mehri y Fern vivían aquí. ¿Sabe adónde se han mudado?

—Mehri —repite la mujer, con un gesto de reconocimiento—. Sí. Pero no me acuerdo, sólo que pensaban quedarse por la zona.

—¿No podría tener escrita en alguna parte su nueva dirección?

El niño vuelve a gritar.

—Lo siento, llevamos aquí cinco años. No me acuerdo ni de en qué día vivo, y menos aún de la dirección de alguien de hace tanto tiempo.

Cora observa a la mujer detenidamente. Tiene esa expresión de agotamiento que parece embargar a algunas madres, como si sus hijos siguieran extrayéndoles vitaminas y minerales mucho después de que ellas hayan terminado de amamantarlos, dejándoles un cutis de arroz con leche y unas mejillas a las que les irían bien unas gotas diarias de aceite de rosa mosqueta.

—Siento haberla molestado.

Lo dice con sinceridad, pero mientras se aleja le entran ganas de llorar, porque no tiene ni idea de qué hacer a continuación.

Así que camina. No sabe adónde se dirige, sólo que necesita moverse, poner un pie delante del otro para evitar que los pensamientos la abrumen. Le acude a la mente el rostro de su madre, sus manos, su perfil. Pero no puede dejarse llevar por sus

recuerdos, y cada vez que aparece una imagen de Sílbhe, Cora aprieta los párpados con fuerza como las mandíbulas de un camión de basura, triturando, aplastando, hasta que deja de verla. En su lugar, piensa en Gordon. En qué hacer a continuación. No tiene llaves para entrar en la casa. Y cae en la cuenta de que ha dejado el sobre tirado en el sofá. Si hubiera olvidado todas las cartas allí, podría decir que el cartero se las dio y que vio una dirigida a ella. A él no le gustaría, pero se le pasaría. Pero cuando vea que la mitad del correo ha acabado en el buzón y una de las cartas está abierta, creerá que ha intentado engañarlo.

—Maldita sea —murmura ella mientras camina por una calle que nunca ha recorrido—. Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Es esto, más que el hecho de que él le haya ocultado el fallecimiento de su propia madre, lo que la lleva a creer que no puede volver a casa. Pero no tiene adónde ir. No se sabe de memoria el número de teléfono de Maia. No tiene dinero. La comisaría ni siquiera es una opción después de la visita que les hicieron los agentes hace tantos años. No puede ir a la biblioteca, donde Gordon suele tomar libros prestados que, a veces, los sábados por la mañana, devuelven juntos.

Así que va al único lugar que se le ocurre donde no tienen vínculos, donde espera que no conozcan a Gordon. Donde tal vez tienen algún código ético en torno a la confidencialidad. Donde puede haber personas que se preocupan por los demás.

Dentro de la consulta del veterinario, le dice a la recepcionista que su perro no se encuentra bien, que tiene los ojos en blanco, y le pregunta si puede hablar un momento con un veterinario.

—Pero ¿no tiene ficha con nosotros?

—Acabo de mudarme a este barrio.

Cora habla en voz baja, aunque no reconoce a las personas que están sentadas en las sillas grises de plástico de la sala de espera. Escudriña las caras, y vigila la puerta y el aparcamiento que hay más allá.

El veterinario de pelo rizado la llama entre paciente y paciente, con el codo apoyado en el borde del mostrador de la recepcionista. Se le mueve la nuez de Adán cuando traga saliva.

—Podríamos... podríamos...

Y Cora le señala con la cabeza la consulta de la que acaba de salir.

—Sí, por supuesto —responde él perplejo. Y se vuelve hacia la anciana que está sentada con una cesta para gatos a sus pies—. No la haremos esperar demasiado.

Se sitúan a ambos lados de una mesa de metal recubierta de goma donde normalmente sacan de su transportín a un animal para examinarlo. Lo que ella tiene que decir parece dramático, como sacado de una película o un libro sensacionalista. Pero ya está aquí y no tiene otra opción.

—Necesito ayuda —le dice, y nota cómo le cuelga el labio inferior.

Él, que está acostumbrado a lidiar con las emociones de sus clientes, coge una caja de pañuelos que hay en el alféizar de la ventana. Ella saca uno pero no lo usa. Si se detiene está perdida.

—No tengo dinero, ni teléfono, ni amigos. Y mi marido es... —tiene la sensación de estar cruzando un puente en el que no encontrará carretera al otro lado— no es amable. —Ve que el veterinario no la entiende y vuelve a intentarlo—. Quiero decir que es un hombre violento. Conmigo.

—Un momento. —Y él abre la puerta unos centímetros para dirigirse a la recepcionista—. ¿Puedes colocar a mis pacientes con Carolyn, por favor? Voy a estar ocupado.

Cora no es consciente del paso del tiempo, pero cuando se mira el reloj, éste le marca las horas y lo que Gordon podría estar haciendo a unos pocos kilómetros de distancia. Pasará por casa después de su cita con el representante. Luego, la consulta. Un descanso de quince minutos a las tres. El veterinario sale brevemente de la habitación para hacer unas llamadas y cuando vuelve la pone al corriente. Le ofrece una manta. Se disculpa, porque es una de las que usa para los animales, pero le asegura que está limpia. Cora no se ha dado cuenta de que tenía frío, pero cuando él le envuelve los hombros con la manta, y siente su peso y calor, le parece que estaba deseándola.

—Todos notamos más el frío cuando estamos en estado de shock —le explica él.

¿Está en estado de shock?, se pregunta. Sí, tal vez.

—¿Es usted de gatos o de perros? —le pregunta el veterinario mientras esperan respuesta de una organización que confía en que pueda ayudarlos.

Y ella se da cuenta de que no lo sabe. Que no tiene ni idea de lo que le gusta y lo que no, de quién es la persona que lleva dentro. Apenas es persona.

—Mi madre tenía un gato —le responde, y nota que se le llenan los ojos de lágrimas.

La recepcionista lo llama y él sale de la habitación para atender el teléfono. Cuando vuelve, tiene una pequeña gata gris en las manos.

—Ésta es *Smokey*. Lleva unos días con nosotros, pero ya está bien, y volverá a casa en cuanto su dueña acabe de trabajar esta tarde.

Se la deja en el regazo y, casi de forma refleja, la gata empieza a ronronear.

Cora baja la mano hasta su abundante pelaje y es como hundir los dedos en terciopelo.

Son casi las cinco de la tarde cuando entra en la habitación una mujer seguida del veterinario. Al principio Cora cree que es la dueña de la gata, que acude a reclamarla, pero luego se la presenta.

—Hola, Cora, soy Della, del centro de acogida para mujeres Bowen House. Ya estás a salvo.

Y siente un alivio inmenso, porque la cree, porque le parece una mujer amable y dura a la vez, una mujer cálida que pisa fuerte y sin miedo. Esto es lo que le infunde valor para atravesar la sala de espera vacía y salir hacia el coche de Della.

Sólo cuando se alejan y deja de ver la cara del veterinario, cae en la cuenta de que no le ha dado las gracias y no sabe cómo se llama. Tampoco recuerda cuándo le han quitado la gata del regazo. Baja la vista y ve que tiene la ropa forrada de pelos. Los toca y recuerda la falda del colegio, exactamente igual de llena de pelos. ¿Qué edad tendría? Catorce, el último año que llevó uniforme, antes de ir a Londres a estudiar ballet.

Maia está al final de un turno que se ha prolongado hasta entrada la noche, lo que la obliga a enviar mensajes de texto a sus amigos, primero para decirles que llegará tarde y luego que no la esperen.

Está sentada en el banco del centro del vestuario, frente a la taquilla abierta, intentando reunir fuerzas para quitarse la bata y cambiarse de ropa, cuando le suena el teléfono.

Es un número oculto y no responde hasta que se acuerda de que el fontanero quedó en llamarlas para decir a qué hora pasaría para arreglar la ducha, que pierde agua sobre el techo del pasillo de abajo, cuya mancha aumenta de tamaño cada mañana.

Pero pulsa el botón verde para aceptar la llamada y oye la voz de su madre.

—¿Maia?

—¿Mamá?

Hace años que sus padres no tienen teléfono fijo y, últimamente, cuando Maia ha llamado al móvil de su padre, el pesado tono de marcar le ha resonado en el oído y de algún modo no se ha atrevido a pedirle que le pasara con su madre. Así que es con él con quien ha hablado recientemente. Lo llamó una vez en horario laboral para pedirle consejo sobre cómo tratar a uno de sus supervisores, y él se quedó tan encantado de oírla y fue tan generoso al compartir sus conocimientos que ella casi se olvidó del monstruo que había sido cuando ella vivía en casa. No recuerda la última vez que habló con su madre. Pero ahora está al otro lado de la línea, sin haber avisado, de forma totalmente inesperada, y su voz suena distinta y temblorosa.

—¿Estás bien, mamá? No he visto el número de papá y no sabía que eras tú.

—Sí, estoy bien. ¿Puedo... puedo pasarte a Della? Será más fácil —dice ella atrabancándose, como si cada sílaba fuera una montaña que escalar y superar.

—Sí, pero ¿quién es Della?

Oye el ruido amortiguado del teléfono al cambiar de manos, seguido de una voz femenina. Estable y fiable, y llena de firmeza.

—Maia, soy Della. Te estamos llamando desde una casa de acogida para mujeres. ¿Puedes hablar en este momento?

Ella se yergue.

—Creo que sí —responde recorriendo con la mirada el vestuario vacío.

—Tu madre me ha dicho que estás al tanto de los malos tratos que recibe en casa.

Maia traga saliva como si tragara una piedra. Porque sí, en cierto modo está al tanto; no cree que acabaran cuando ella se fue de casa.

—Nos han llamado hoy porque la situación ha empeorado. Tu madre está fuera de peligro, pero tengo que darte una noticia difícil.

Maia vuelve a tragar saliva incómoda y se tapa los ojos, a pesar de que no están encendidas las luces y la habitación está sumida en la penumbra.

—Creemos que tu abuela murió hace varios meses y...

—Eso no es verdad. —Alivio. Justificación—. Hablé con ella la semana pasada...

—Lo siento, Maia, me refiero a la madre de tu madre —le aclara Della—. Tu abuela Sílbhe.

A Maia le da un vuelco el corazón al oír el nombre. Ve en él la llama —í—, y mientras asimila las palabras de la mujer nota que tiembla como si hubiera dejado entrar una ráfaga de viento. Sigue un largo silencio. Un silencio en el que casi olvida que la mujer está esperando al otro lado de la línea.

—¿Sigues ahí, Maia?

—Sí.

—Sé que no te estoy dando mucho tiempo para procesar todo esto, pero estoy a punto de irme a casa y quería informarte por si tu padre se pone en contacto contigo.

—¿Mi padre?

—Sí. Me temo que le ha ocultado esta noticia a tu madre, y creemos que ha intentado desviar la posible herencia para evitar que ella tenga cierta independencia económica.

—¿Ha hablado con él? ¿Está segura? —le pregunta Maia, consciente mientras lo dice de estar poniéndose del lado de él. Y de que esta mujer, Della, la juzgará por ello.

—Maia, voy a dejar que lo asimiles todo durante la noche. Como supongo que mañana tendrás preguntas, te llamaré en algún momento del día.

—Sí. Gracias. —Maia piensa en su agenda del día siguiente, y se sorprende al descubrir que todavía tiene una vida y unos compromisos más allá de esta llamada—. ¿Al mediodía? Así tendría un poco de tiempo antes de mi próximo turno. Soy médica —añade, sin saber muy bien lo que sabe de ella esta mujer.

—Puedo intentarlo, pero mis jornadas suelen ser impredecibles. Si no te llamo entonces, lo haré en cuanto tenga oportunidad.

—¿Podría darme un número al que llamarla si no puedo atender su llamada? —le pregunta Maia, y se aparta el teléfono de la mejilla y comprueba de nuevo que es un número oculto.

—Creo que es mejor que sea yo quien te llame por ahora. —Y Maia entiende el mensaje: Della no está segura de qué parte está.

Cuando cuelga, se queda sentada entre los escombros de una realidad que se desmorona. Le pesa no haber respondido a las expectativas de la mujer. O, peor aún, no haber demostrado que éstas eran correctas. Y mientras asimila la noticia de la muerte de Sílbhe y de la nueva situación de su padre y su madre, se da cuenta del papel que ha tenido ella en todo el asunto. Ella es una persona que cuida a sus pacientes, que se desvive por atenderlos. Sus colegas la admiran por tomarse siempre tiempo para ver el cuadro en su contexto. La respetan porque trata a la gente en su totalidad en lugar de atender sólo los síntomas que presenta. Sin embargo, en su vida personal ha fingido que lo que sabía que pasaba no era real, porque le parecía que era demasiado fuerte y duro de afrontar. A los dieciocho años y en todos los años transcurridos desde entonces.

Se abre la puerta y, cuando levanta la vista, es la cara de Kate la que ve, con su abundante melena pelirroja aún enrollada después de haberla llevado todo el día recogida.

—¿Estás bien? —le pregunta, aunque su expresión deja claro que ya ve que no lo está.

Y en ese momento Maia tiene otro shock. Uno que le recorre todo el cuerpo y le infecta cada célula de vergüenza mientras Kate, sin darse cuenta, la abraza y le da un beso con olor a nicotina en la mejilla. Porque no sólo ha ocultado a su familia su relación con Kate. También le ha ocultado a ella todo lo relacionado con su familia. Ha suprimido las partes desagradables hasta dejar una versión que no se acerca ni de lejos a la verdad.

Siete años después

2015

Bear

En noviembre Bear y Lily han comprado entradas para ir a un concierto de un grupo que a él le gusta. Ella ha escuchado en su iPhone algunos de sus temas y le ha parecido más accesible de lo que sugería el nombre. Una especie de pop-metal. Pero Bear no ha terminado del todo el trabajo de consultor que está realizando sobre unos artefactos en Egipto, y le envía un mensaje para disculparse y decirle que no podrá ir, y que ha reprogramado el vuelo para visitarla en París. Lily pasa la tarde devolviendo los libros a los estantes con una brusquedad poco habitual, furiosa por el cambio de planes de última hora, por el fin de semana vacío que le espera, por el dinero malgastado. De hecho, ni siquiera le interesaba ver a ese grupo. Pero al acabar de ordenar sus pensamientos y los libros de un carrito, se queda mirando el techo de cristal de la Biblioteca Nacional de Francia, y su grandeza hace que, a su lado, ella y su decepción parezcan muy pequeñas. Cierra los ojos, respira e intenta calmarse de alguna manera.

Ha dejado las entradas en la recepción para el hermano pequeño de una colega, pero él la busca para darle las gracias personalmente. Al llegar jadeando se lo ve tan contento —con un monopatín bajo el brazo y las mejillas coloradas por el frío—, que ella casi se alegra de que Bear y ella no hayan podido ir.

Por la noche, una amiga le envía un mensaje para preguntarle si ha cenado. Son casi las nueve y, aunque ha estado concentrada en una traducción, le rugen las tripas. Mientras el portátil se apaga, se pinta los labios, se echa un poco de perfume en el cuello y en las muñecas, se pone su largo abrigo de invierno, luego apaga las luces, deja que la puerta se cierre tras ella, y baja las escaleras enrollándose la bufanda. Un gato pardo maúlla en el vestíbulo para que le abran la puerta y salen juntos a la calle, donde toman direcciones opuestas.

—*À bientôt, minou*.

Bear está tumbado en el sofá de un piso cerca del Nilo releyendo un libro abandonado que encontró al llegar. En realidad no le interesa. Sólo necesita algo que lo distraiga del aburrimiento de la tarde. Los últimos días en un trabajo que se ha prorrogado siempre se hacen muy largos. Está deseando visitar la librería inglesa de la rue de Rivoli con Lily y escoger sus lecturas. Suspira, y Cameron, que también se marchará dentro de unos días, le propone jugar al rummy de siete cartas y va a buscar la baraja sin esperar su respuesta.

A las 21.25 h Lily le envía un mensaje de texto mientras camina por la rue Faidherbe. «He quedado para cenar con V. Ojalá estuvierais aquí tú y tu bella herramienta. Bs. L.» Así es como llaman a La Belle Équipe, un restaurante en el que han comido unas cuantas veces; a Bear le encantan las malas traducciones.

Cameron baraja. Por debajo de la novela desechada, la pantalla de Bear se enciende.

Lily se guarda el teléfono en el bolsillo del abrigo y deja la mano sobre él, para no perderse la vibración de una respuesta.

Bear mira sus cartas. Tres ases y una escalera de cuatro cartas. ¿Qué posibilidades tiene?

Lily tuerce en la rue de Charonne. Una ráfaga le sacude la bufanda, y ella coge el extremo que se ha soltado y se lo echa al hombro.

Bear toma un trago de su cerveza y enseña la mano.

Lily está a punto de llegar al restaurante. Veronique está sentada a una mesa bajo el toldo, con la cara iluminada por luces de colores y el resplandor de un calefactor exterior.

—¡Capullo con suerte! —suelta Cameron recogiendo las cartas.

Un Seat León negro gira por la rue de Charonne.

Cameron baraja.

Debajo del libro, el teléfono de Bear vuelve a encenderse en silencio.

Lily saluda a Veronique con un beso y huele la familiar fragancia del perfume de su amiga. Se abren las portezuelas del coche.

Cameron vuelve a repartir las cartas.

Un hombre grita algo. Habla otro idioma, pero es una frase que cualquiera reconocería, aunque su significado hace tiempo que ha quedado distorsionado por el mal uso. Los ojos de Veronique se abren como platos por encima del hombro de Lily.

Es demasiado tarde para cambiar algo.

Cuando Bear vuelve a coger el libro y echa un vistazo a su teléfono, que está debajo, éste muestra en la pantalla el texto de Lily y el de una noticia de última hora de la BBC, uno encima del otro, como si siempre hubieran estado destinados a ir unidos.

He quedado para cenar con V. Ojalá estuvierais aquí tú y tu bella herramienta. Bs. L.

Últimas noticias.
Múltiples atentados en París.
Al menos 18 personas muertas.

Durante los dos días siguientes se sume en un pozo de mensajes sin respuesta y un torrente de ruido. Del ajetreo de El Cairo, Bear pasa a una sala de preembarque blanca, a una multitud borrosa, a la incesante actualización tras actualización tras actualización del ciclo de noticias en el teléfono, escudriñando las mismas fotos para buscar la cara de Lily o la tela de su abrigo en segundo plano conforme aumenta el número oficial de muertos. Sigue una noche sin dormir. Una larga espera para coger un avión mientras los mensajes de texto llegan en una oleada de pitidos, sin ser nunca el que él espera. Luego, el zumbido constante del avión que retumba dentro de él. La cola en el control de pasaportes. El tumulto de París, que obstaculiza el trayecto de su taxi mientras bordea la ciudad. Deja su nombre y la descripción de Lily a los porteros de los hospitales, que a esas alturas han tratado con tanta gente desesperada que han convertido en algo rutinario su compasión.

Luego, mientras están atascados en el tráfico, llega un mensaje de texto de los padres de Lily. Frases cortas, como un telegrama parco de palabras.

La han encontrado.
En la UCI de la Salpêtrière.

Viva.

Ha recibido un disparo.

Bear da nuevas indicaciones al taxi y, recostado en el asiento trasero, desconectado por fin del resto del mundo, llora. Ella está viva. Apenas registra que está herida. Se seca la cara con la manga de la chaqueta bajo la mirada del conductor que lo observa por el retrovisor.

En los días que siguen los padres de Lily lo organizan todo desde la cabecera de su cama de hospital, insistiendo en que todo será más llevadero cuando ella esté de vuelta en Inglaterra con médicos que hablen «el idioma», aunque Lily habla francés con fluidez.

—¿Qué está diciendo? —le pregunta su madre antes de que el cirujano acabe la frase.

En conversaciones que sólo Lily puede traducir, hablan del éxito de la reconstrucción inicial de la cadera, de la posibilidad de que haya daños en el cartílago o los nervios. De una posible prótesis de cadera. Mientras tanto sus padres no paran de susurrar angustiados: «Menos mal que no ha sido la columna», y se plantean que ella vuelva a vivir con ellos, como si no pudiera ser de otra manera. No se lo consultan a Bear. Tampoco Lily. A él le sorprende, pero no deja que se le note en la cara.

Cuando tienen un momento a solas, le pregunta:

—Dime qué puedo hacer por ti. Cómo puedo ayudar.

Espera que ella responda: «Sólo quédate aquí. Estate a mi lado.» Pero ella le pregunta:

—¿Podrías recoger mis cosas del piso?

Y él vuelve a tener la extraña sensación de que nada de lo que ocurre es lo que esperaba.

Pasa por el supermercado del barrio de Lily para pedir cajas y vuelve al piso. Empieza por los libros. Luego el portátil, los papeles. Los cajones del escritorio. Aquí se detiene, tocando sus pertenencias con veneración. Algo en la forma de cada objeto le habla del amor con que ha sido escogido, como la grapadora que ella compró con él hace unas semanas en una tienda del Marais. Pero también hay austeridad. Ni tiene ni necesita mucho.

Saca sus jerséis de los cajones y los mete en una maleta vacía, y se fija en los que no tienen nada en el cuello, como si a Lily le hubiera molestado la etiqueta y la hubiera cortado. En el armario, donde cuelgan cardiganes y blusas, algunas telas le hablan de «ese café», de «aquel día»; otras en cambio pertenecen a una vida que él no reconoce. Dobla las prendas con cuidado, no sin antes inspirar el olor de ella, que parece entretejido en las fibras. Lily. Cuando pasa a los vaqueros y los pantalones impersonales, se pregunta por qué no encierran las mismas historias. ¿Por qué sólo hablan las prendas superiores?

En el suelo del armario hay dos cajas grandes y bajas. Levanta la tapa de la primera y tiene la incómoda sensación de verse reflejado en el escaparate de una tienda sin esperarlo. Está llena de sobres con el destinatario escrito de su propio puño y letra, y sellos que compró en cada nuevo país. Ha viajado más ligero de equipaje que Lily y se da cuenta de que no conserva la parte de ella en la correspondencia. No recuerda haber tirado las cartas, pero quizá las dejó en el cajón de un escritorio o entre un montón de papeles. La

certeza de que habría más palabras de ella y que se han perdido por su culpa, pues las ha tratado como si fueran una fuente inagotable, lo deja anonadado. Ha estado a punto de quedarse sin nada más que con sus propios pensamientos.

Abre la otra caja, en cuya tapa se lee la palabra «Nosotros». Ellos. Lily y él. Está más desordenada, como la capa de tierra intermedia, llena de artefactos de la vida cotidiana, objetos que cuentan una historia. Algunos son fáciles de identificar. Resguardos de entradas de museo. Tarjetas de embarque. La pulsera de un festival. Otros le hacen dudar: una pequeña bolsa de papel a rayas grises y blancas con una pluma dentro. La sostiene en la mano intentando recordar, pero no lo consigue. Estudia los objetos y los cataloga mentalmente.

«Piedra de granito en forma de corazón con vena de calcita blanca. Origen desconocido.» Preguntar a Lily.

«Servilleta de color crema doblada, con cerco de café. Logotipo: Irini's Café.» Una búsqueda en Google revela que el establecimiento se encuentra en Santorini, donde pasaron una semana juntos en septiembre de 2010: Lily estaba catalogando una colección de libros que formaba parte del patrimonio en venta de un italiano, y Bear acababa de terminar lo que dio en llamar «la excavación de la cucaracha voladora» y estaba entre trabajo y trabajo. Recuerda el *baklava* y el café que tomaban todas las mañanas en el mismo establecimiento.

«Un ala de mariposa azul grisácea. Parcialmente desintegrada. Conservada dentro de un pañuelo de papel sin usar.» ¿Una niña coridón? Tal vez él la había encontrado en Totternhoe Knolls y se la había dado a Lily a su regreso. Eso habría sido a finales de 2003, cuando tenían dieciséis años.

Examina el contenido de la caja, intentando rellenar las lagunas en su memoria. Estudia cada elemento en busca de pistas, y unas veces refresca un recuerdo con un logotipo o un código de área, y otras se topa con espacios en blanco. Son más de las dos de la madrugada cuando vuelve a llenar la caja con cuidado. Se siente como si acabara de viajar en el tiempo a través de los años que han pasado juntos. Los años que han estado separados. Se mete en la cama de Lily y se tiende de lado, de cara a la pared. Se le llena la mente de retazos de imágenes de hombres sin rostro que suben a un coche y circulan por la ciudad mientras Lily se viste, camina hacia ellos. Mientras él juega a las cartas. Analiza, presa de los remordimientos, cómo sus destinos se han movido invisiblemente, igual que sobre placas tectónicas. No una, sino dos veces. Primero él ha evitado ir al concierto en el que se han producido los atentados: se ha sentido como al borde de una falla, ha sentido la presión, la liberación. Han continuado. Y ahora es Lily la que llega a otra falla.

Se pregunta dónde estarían ahora si él hubiera llegado cuando se lo esperaba. ¿Habría sido mejor o peor ir al concierto? El hermano pequeño del colega de Lily ha salido ileso, al menos físicamente. ¿Habría sido diferente si él hubiera visto antes el mensaje de Lily y la hubiera hecho detenerse un momento en la calle para leer su respuesta? Casi seguro. Unos segundos lo habrían cambiado todo. Ve los dedos enguantados sobre un gatillo, el blanco de los huesos, una radiografía en una pantalla retroiluminada, el rostro de ella, la barricada levantada por sus padres, que parecen decirle con su presencia: «No has estado a la altura.» Cómo esperan todos que él no dé un paso al frente.

Piensa en las cajas de recuerdos de Lily y se da cuenta de que ahí están los tesoros. ¿Qué demonios ha estado haciendo, escarbando en otro continente, buscando los restos fragmentados de otra persona que vivió hace mil o diez mil años? Buscando pedazos rotos de cerámica, un trozo de arcilla, como si fueran preciosos. Como si tuvieran más valor que los cimientos de su propia vida con Lily, que ella ha ido construyendo durante todo este tiempo.

A la mañana siguiente, se queda sentado en la cama mirando lo que se ve del cuarto de baño a través de la puerta entreabierta. Es la única habitación que le queda por recoger. Ve la toalla doblada en la barra. Sus frascos de perfume y lociones colocados ordenadamente en las estanterías. Y vuelve a ser consciente de los espacios en los que él ha estado ausente. ¿Cómo serían sus vidas si su crema de afeitar y su cortaúñas se hubieran mezclado entre las cosas de ella en lugar de estar guardados en un neceser?

Desde donde está tumbada, Lily ve que la bolsa del catéter que cuelga del lado de la cama está casi llena. Llena de un líquido de color amarillento que no parece tener nada que ver con su propio cuerpo. Estudia los delgados tubos que salen de la bolsa de plástico y se pregunta qué ocurrirá si alguien no acude pronto a vaciarla. ¿Volverá el líquido a sus riñones? No llega al timbre. Se plantea golpear la mesilla de noche o llamar a alguien a gritos, pero no quiere ser esa clase de paciente. No quiere despertar a la persona que ronca débilmente en la habitación de al lado. Así que espera, y a medida que la luz del amanecer va iluminando las paredes, le afloran los temores. No quiere estar sola. No quiere oír las palabras del

cirujano: «*Vous avez failli mourir sur la table*», casi mueres en la mesa de operaciones. Sólo quiere estar con su madre. Y volver a casa.

Bear y Lily están sentados en un banco, mirando el lago donde él trabajó de barquero entre curso y curso de la universidad, con la silla de ruedas cerca en el sendero.

Tras la lobreguez del pasado noviembre, Lily ha detectado en sus padres y en Bear un deseo de pasar página, de desprenderse de lo sucedido como de un abrigo de invierno que se ha vuelto demasiado pesado. Pero ella no está segura de estar preparada. Todavía le cuesta encontrarle sentido a todo. Y puede moverse por la casa de sus padres, pero le duele la herida y aún siente un cansancio arrollador en todo el cuerpo si intenta caminar más de la cuenta.

—Ayer leí otro de esos artículos —comenta—. Sobre el agradecimiento que siente alguien por estar vivo, al punto que ni siquiera le importa que le hayan volado una pierna.

—¿Por qué los lees si te abruman?

—Porque espero encontrar a alguien que se sienta como yo —responde ella mirando al otro lado del lago, donde una madre y su hijo dan de comer a los patos mientras unos cisnes se acercan, deslizándose a toda velocidad por el agua—. Siempre había creído que las personas eran intrínsicamente buenas. Sabía que había algunas malas por ahí, pero no me parecían tan reales. Hasta ahora. Ahora me siento... *víctima*. Ese hombre me vio sonreír, me vio abrazar a Veronique. Y aun así quiso matarme.

—Esos tipos... esos terroristas, ni siquiera piensan así. Podría haber sido cualquiera. Es cierto que actúan movidos por el odio, pero no es personal.

—Lo *es*.

—Sé que las consecuencias son personales. Pero el acto en sí no lo fue. Pensar así te corroerá.

Ella se vuelve hacia él.

—No puedes evitarlo, ¿verdad?

—¿Qué?

—Racionalizar lo que ocurrió. Ya sé todo eso, pero no cambia lo que siento.

Algunos cisnes ya están en la orilla y abren las alas, y el niño se esconde detrás de su cochecito. La madre tira pan al agua para alejarlos. Bear y Lily observan cómo se desarrolla la escena en silencio. No están lo bastante cerca para oír lo que dicen, sólo para presenciar la acción: la madre engatusando al niño para que vuelva a sentarse en el cochecito, y su lenta retirada hacia la salida situada en el otro extremo del parque.

—Lo siento. Maia siempre dice que racionalizarlo todo es típico de los hombres. Pero entiendo que es molesto.

—Es típico de ti; me traen sin cuidado los demás.

—Sí. Lo siento, es típico de mí.

—Es muy irritante —murmura ella. Y se quedan ahí sentados compartiendo ese sentimiento hasta que finalmente ella pregunta—. ¿Cuándo vas a volver?

—¿Adónde?

Lily suelta un ruidito agudo y, aunque no se parecen, a Bear le recuerda a su suegra. Imagina que los padres de Lily han perdido la

paciencia con él y han estado diciéndole a la joven que la relación es imposible. Que él no se compromete. Confía en que ella lo defienda, pero le preocupa que pueda pensar lo mismo.

Pensaba esperar un poco antes de mencionarlo, pero ahora parece urgente.

—Tengo una entrevista en un museo.

—¿En cuál? —le pregunta Lily—. ¿Penn? ¿Peabody? Todavía están construyendo el de Giza, ¿no?

—No, quiero quedarme aquí, en Inglaterra.

—Ah. —Silencio. Y luego—: ¿Cuánto tiempo sería?

—Es un puesto fijo.

—Ya.

Lily ve aparecer de nuevo a la madre del cochecito, patrullando la franja de tierra de la que los han ahuyentado los cisnes hace unos minutos. Ahora ella se ha agachado, y el niño se inclina para inspeccionar lo que sea que la mujer ha cogido del suelo.

A medida que se prolonga el silencio, Bear sabe que ella no cree que él pueda aceptar un trabajo indefinido. Ni siquiera parece considerarlo. Lily está observando un camión que rodea lentamente el lago y va deteniéndose junto a cada contenedor mientras el encargado del parque lo vacía. Desde los ataques Bear ha notado que ella se fija en todo lo que ocurre a su alrededor y que sólo se concentra a medias en él y en sus conversaciones.

—¿Sabes? Cuando era pequeño, Bees solía ponerme una trampa debajo de las piernas, una trampa para osos, y yo tenía que intentar liberarme. Y cuando lo lograba, ella me enseñaba a levantar las manos y a decir que era un oso, y que era libre y salvaje. —Levanta las palmas de las manos y convierte los dedos en garras, y logra

desviar por un momento la atención de Lily del camión—. Era una tontería, pero no sé, tal vez me lo creí y siempre he pensado que estaba destinado a ser un aventurero. Una criatura salvaje. —Mira a Lily, pero es difícil escudriñarle la cara de perfil—. Desde lo de París no he dejado de pensar en que quizá esté equivocado. Que tal vez la libertad consiste simplemente en elegir la vida que quieres vivir. Aunque eso signifique estar en un solo lugar, haciendo juntos la compra. Discutiendo sobre quién se ha olvidado de comprar el papel higiénico.

Lily asiente levemente, y Bear no sabe cómo ha encajado sus palabras.

—Bien pensado, Atkin —dice como solía cuando tenían catorce años y se sentaban juntos en Matemáticas. Aunque ahora su tono es más incisivo—. Pero podrías haberte dado cuenta de ello sin que yo tuviera que estar a punto de morir.

Él le coge la mano y se la aprieta.

—Creía que los dos éramos felices. Que los dos estábamos haciendo lo que queríamos, ¿entiendes?

Es una pregunta, aunque él sabe que sólo es una verdad a medias.

Ella se ríe, con una risa débil.

—Creo que sólo puedo admitirlo ahora, cuando ya no estoy dispuesta a jugar, pero tengo la sensación de que, desde que éramos adolescentes, he estado intentando convertirme en la mujer que tú querías que fuera. Sin pedir nunca demasiado, sin obligarte a nada. Mostrándote lo independiente y mundana que podía ser. Ser tu igual. —Él trata de interrumpirla, pero ella levanta una mano—. Pero ya estoy cansada de eso. Estoy muy cansada. Y no tengo ni

idea de si lo dices en serio; si realmente aceptarás trabajar en el Reino Unido, si eres capaz de quedarte para siempre. Así que te seré sincera. Sí, quiero que tengas un trabajo que te permita volver a mi lado cada noche. Y esto puede que te coja por sorpresa, pero también quiero tener hijos. Y no de una manera vaga y lejana, sino pronto. En los próximos años. Y, no, no quiero criar a un hijo yo sola. Y no quiero pasarme el resto de mi vida disculpándome por ello, ni que se me haga sentir como un ogro que ha atrapado a una mariposa en una red, ni que Maia me juzgue por haberle pedido a su precioso hermanito que anteponga a otra persona a sí mismo...

Se detiene bruscamente. Como sorprendida por sus propias palabras —por la mención a Maia— cuando hace un momento parecía que no había hecho más que empezar.

Se quedan sentados en silencio unos minutos hasta que al final Bear se ríe. Con una risa que hace temblar el respaldo del banco. Lily lo mira, sin saber qué pensar.

—Dios mío, he sido insufrible, ¿verdad?

Se levanta, se acuclilla en el suelo frente a ella y le pone las palmas de las manos en los muslos. Le apoya la frente en las rodillas y por un momento —a los ojos de él, de ella— parece haber adoptado sin darse cuenta una postura de rezo. Arrepentido, pidiendo perdón. Por una vez se queda sin palabras.

—Gracias —le dice hablando hacia su falda—. Por esperar. Por aguantarme. —Levanta la vista—. ¿Sabes lo que me gusta de ti, Lily? ¿Lo que de verdad me gusta? —Ella niega con la cabeza—. Porque sí, es verdad que me encanta que hables tantos idiomas, que te sepas mover por las ciudades europeas, que seas mi igual. Ni siquiera mi igual; mejor que yo. Pero también me encanta que

duermas acurrucada a mí como un lirón. —E imita la postura—. Me encanta que firmes tus cartas con tu nombre y apellidos, nunca he sabido por qué, pero no te lo he preguntado por si dejabas de hacerlo. Me encanta que añadas limón a todo lo que cocinas. Me encanta que en invierno lleves esos extraños calentadores de manos en el bolso para dárselos a las personas sin hogar. Me encanta distinguirte entre la multitud, no sólo por tu pelo o tu cara, sino por la forma en que te mueves. Me encanta que los gatos te sigan a casa y que pienses que eso le pasa a todo el mundo... y les pasa, pero no todos los días. No cada vez que salen. —Ella sonríe, pero él no ha terminado—. Me encanta que, cuando te presento a alguien, sepas exactamente qué decir para que se sienta bien, aunque no os conozcáis de nada. Y aunque no sea bueno para mi ego, me encanta que les caigas mejor que yo. Me encanta cómo te sienta la ropa, no sé cómo explicarlo, pero la forma en que te asoman las muñecas por los puños de la blusa es sexy, y me encantan tus tobillos en verano, cuando llevas vaqueros, y el hueso largo que recorre la parte superior de tu pie. —Ahora Lily se ríe—. Lo digo en serio. Sé que no me estoy explicando bien, pero creo que tiene que ver con la elegancia. Me encanta lo elegante que eres. Y me encanta la elegancia que me has contagiado a mí. Aunque lamento que hayas tenido que contagiármela. Lamento que tuviera tan poca. Y haberme comportado como una especie de Indiana Jones idiota todos estos años.

Lily se agacha y le besa la frente.

—Me encanta saber estas cosas. —Toma aire—. Pero no sé si es suficiente. Necesito saber lo que significa, si es que significa algo.

Para nosotros. Para nuestro futuro. Si es que tenemos un futuro juntos.

Él se levanta, se masajea un momento las rodillas y saca la cartera del bolsillo. La abre y hurga en su interior hasta encontrar lo que busca.

—Me he apuntado a un gimnasio —dice, y le tiende una tarjeta mientras se sienta a su lado.

Lily la coge y estudia la pequeña reproducción digital de su rostro. Está sonriendo y lleva una de esas viejas y enormes camisetas de Cora.

—¿Lees lo que pone debajo de mi nombre?

Ella se queda mirando las palabras: «Suscripción anual.» Luego levanta la vista hacia él.

—Me la saqué hace unos meses. Antes de solicitar el puesto en el museo. Porque para entonces ya sabía que iba a quedarme.

—¿Y por qué no me lo has dicho? ¿Por qué te has callado que te has apuntado a un gimnasio para todo un año?

—No lo sé. Porque soy raro. ¿Porque necesitaba averiguar cómo me sentía sin involucrarte? ¿Porque la gente siempre se apunta a gimnasios y lo deja al mes? Pero te lo digo ahora, porque no ha habido un solo día en el que me haya sentido atado por ello o por lo que representa.

Ella alarga el brazo a través del banco y le coge la mano.

—No te imagino en un gimnasio. ¿Qué haces allí?

—Sobre todo pesas. Los otros tíos son armarios, pero simpáticos. Ahora incluso se prestan a vigilarme.

—Sigue —le pide Lily dejando que le explique esta nueva terminología.

—Básicamente alguien se queda ahí, listo para intervenir si no puedes hacerlo, lo que significa que puedes probar con más peso sin riesgo de lesionarte. Pero también hace que todo sea más social porque, como es lógico, acabas hablando con la gente.

—¿Y ya notas algún cambio?

Bear se ha visto en el espejo del vestuario y le parece que tiene los bíceps un poco más definidos. En la tabla rasa que siempre ha sido su pecho hay ahora dos pequeños montículos.

—Probablemente no —le responde Bear—. Todavía es pronto.

—¿Por qué lo haces?

Lily se ha vuelto para mirarlo, ya no está atenta al camión del encargado o al chico que hace ejercicios para controlar el balón junto al lago.

—No estoy muy seguro.

—¿Es para poder defenderte de posibles asaltantes?

Ella se ríe con los ojos, aunque sin ironía, y él siente que tal vez el pequeño muro que ella ha levantado a su alrededor se está desmoronando.

Se pregunta si hay algo de verdad en lo que ella ha dicho, si podría estar haciéndolo por eso. Porque a él nunca le ha llamado la atención el gimnasio. No le pega nada. Le da tanta vergüenza que ni siquiera se lo ha contado a Maia. Se desliza por el banco hacia Lily y la empuja suavemente y la besa en el pelo.

—Lo que has dicho antes. Nada de eso me asusta, ¿sabes? Creo que yo también lo quiero.

—Bueno, eso está bien.

Y ella se inclina hacia él, y hunde la cabeza en el cálido hueco con olor a galleta que tiene entre el hombro y la barbilla mientras

contemplan el lago.

A Bear siempre le ha chocado que la gente decida vivir cerca de donde nació, como si le faltara imaginación para irse a otro lugar. Pero después de siete años en el extranjero, la idea de estar cerca de Bees y de su mujer, Charlotte, en Brighton, y de tener a Cora, Mehri y Roland a sólo una hora de camino, le parece perfecto.

Lily está desplomada en el sofá, sucia de polvo, después de haber vaciado cajas.

—¡Mira eso! —exclama Bear señalando los tejados bañados por la luz rojiza del atardecer que se suceden hasta el paseo marítimo.

—Creo que me va a gustar estar en la cima de esta colina —comenta Lily acercándose para apoyar los codos en el alféizar de la ventana al lado de los de él—. Vendrán por ahí.

Y mira hacia la calle, pensando en la estación de tren a la que podrían llegar sus padres y Cora, y en la casa de Charlotte y Bees.

—Como en un castillo. Podremos verlos venir.

—No creo que haya ningún enemigo —responde Lily riendo—. Tu hermana me cae bien.

Es un torpe intento de tranquilizarlo, pues han sido los dos los que han querido mudarse a Brighton. Aun así, ésta es la ciudad de Maia.

Él se da cuenta de que ha dicho que le cae bien, no que la quiere. También que ella ha adivinado lo que él intentaba hacer. Se asoma más a la ventana, estirándose para ver la calle de al lado.

—¿Esperas que te vigile así cada noche cuando vuelvas del trabajo?

—Ya me gustaría —contesta él echándose hacia atrás para plantarle un beso lánguido en la mejilla.

En realidad espera encontrarla enfrascada en un libro.

Antes de los atentados, ella leía con voracidad y su mente era un gran archivo de autores y títulos al que consultar durante los exámenes o cuando un amigo quería una recomendación. Pero ahora le cuesta más memorizar las cosas, y se queja de que piensa de forma errática. A veces, cuando le piden que busque algo en el sistema informático de la biblioteca, las palabras tardan unos segundos en llegar a sus dedos. Los médicos dicen que es normal después de un acontecimiento traumático, pero a ella la desconcierta.

—¿Quieres acostarte? —le pregunta Bear pensando que la mudanza puede haberla agotado.

—Sí, necesito desesperadamente acostarme contigo. ¡Ahora mismo! —responde ella poniendo los ojos en blanco.

—Eso me parecía.

Y él sonríe, feliz con el malentendido.

Bear lleva seis meses en el museo. No sabe por qué supuso que este tipo de trabajo le cortaría las alas. Habla con expertos de todo el mundo y viaja siempre que se plantea adquirir una determinada pieza para la colección permanente. Pero lo que más le ha sorprendido son los chavales. Asistir a uno de los talleres de tarde fue como abrir la puerta de una habitación secreta. Los observó mientras buscaban fragmentos de cerámica rota que el personal había dejado en un cajón y escuchó sus extrañas conversaciones:

«Esto en realidad es tan antiguo como un dinosaurio»; «Sí, pisotearon todos los platos y los hicieron añicos». Cuando Bear vio que una niña se mostraba reacia a participar, se arrodilló a su lado y le enseñó a utilizar la herramienta que tenía en las manos para remover la tierra sin dañar los artefactos escondidos. Minutos más tarde ella y otra niña colocaron dos pedazos con el mismo diseño azul y blanco, uno al lado del otro, y sus compañeros ahogaron una exclamación. Volvieron al cribado, y Bear vio que un chico que hacía unos momentos había estado golpeando la tierra con una paleta, ahora usaba el borde para retirarla suavemente, capa por capa, para que no se le pasara nada. Recuerda cuánto disfrutaba él al hacerlo. Pasó de ser un niño con mucha energía descontrolada a experimentar la calma cuando aprendió a concentrarla y canalizarla en un trabajo meticuloso y esmerado. Se preguntó cómo sería él ahora si no hubiera pasado todas esas horas removiendo la tierra mientras su madre trabajaba cerca de él.

Luego le pidió a su jefe, Richard, si podía dirigir una sesión infantil todas las semanas. Él sonrió como si estuviera hablando con uno de sus asistentes. «En realidad seguimos un programa específico para los colegios. Todo ha sido cuidadosamente planificado con meses de antelación», le explicó. Aquella tarde, en el trayecto de vuelta en tren, Bear se sintió molesto, y se preguntó si trabajar inmerso en la burocracia de una gran organización era lo adecuado para él, después de todo. Pero luego pensó en la vida nómada que había llevado y concluyó que eso tampoco lo satisfacía ya. Quería —necesitaba— estar con Lily. Y con su familia.

Así continuaron, él proponiendo ideas y Richard rechazándolas, lo que lo obligaba a formalizarlas poniéndolas primero por escrito y,

más tarde, en una presentación de PowerPoint. Hasta que un día Richard se sentó en el borde del escritorio de Bear y anunció:

—Houston, tenemos un acuerdo. He movido cielo y tierra para conseguirlo, y es mi última oferta. ¿Qué te parece si organizas una sesión semanal para alumnos que estudian en casa? Podrían ser más... —E hizo un movimiento con la mano como sugiriendo algo flotante e indefinible— informales. El temario estaría sujeto a tus caprichos y al número de alumnos. Quedaría al margen de nuestro programa escolar. Un lugar de encuentro, por así decir.

Al final de la sesión más reciente, un chaval silencioso de pelo rizado, que ya era asiduo, se había quedado esperando mientras su madre lo observaba ansiosa desde el fondo del aula. Cuando Bear acabó de responder a las preguntas y de despedirse, se le acercó.

—¿A que no sabe lo que más me gusta de la arqueología? —le preguntó, y sonriendo de oreja a oreja añadió—: Que es el cuento de siempre cavar.

Bear se dio cuenta de que había estado esperando contar el chiste toda la semana. Después de chocar los cinco con él, le había sugerido terminar oficialmente la siguiente sesión dedicando unos minutos a compartir bromas sobre arqueología. Ya estaba pensando en ponerse una vieja camiseta que le había comprado Cora en la que se leía: MI VIDA ESTÁ EN RUINAS.

Lily y Charlotte están preparando la comida mientras esperan a que vuelvan Bear, Maia y Cora.

—Es un día extraño, ¿verdad? —le dice Charlotte—. La mayor parte del tiempo tengo la sensación de que estamos todos juntos en

esto, pero luego llega el aniversario y me acuerdo de que los une ese hecho atroz, y eso es algo que siempre llevarán consigo.

Lily seca las hojas de lechuga entre capas de papel de cocina. Piensa en Bear. En lo que le dijo la víspera de su cumpleaños, hace unas semanas.

—¿Sabes, Charlotte? Bear el otro día hizo un comentario que no estoy segura de que pueda repetirse delante de Cora y Bees... pero pensé que tú tal vez... —Charlotte deja de picotear el maíz del escurridor del fregadero y se vuelve hacia ella mientras la melena negra se le recoloca a la altura de su barbilla—. Bear cree, o mejor dicho, se pregunta si existe algún vínculo entre el hecho de llamarse Bear y la muerte de Vihaan. Simplemente no se imagina a su padre aceptando un nombre como el suyo. Hace unos años cayó en la cuenta de que la fecha en que se emitió su certificado de nacimiento coincide con la del aniversario.

Charlotte deja que los granos de maíz se deslicen entre sus dedos como si fueran las cuentas de un rosario y, cuando sus miradas se encuentran, Lily advierte que, con su silencio, le está preguntando si de verdad quiere saberlo y qué haría con la información. Piensa en Bear. En qué ganaría si su corazonada se convirtiera en un hecho. Si su propio nombre, su esencia, quedara indeleblemente unido a la muerte de un hombre. Por último, piensa en cómo se sentiría si decidiera no compartir con él lo que averiguara y se quedara sola con la información.

—Lo siento, olvida lo que he dicho. Tal vez sea mejor no saberlo, sea lo que sea.

—Mmm, creo que sí.

—Gracias —responde Lily, consciente de lo que significa la respuesta, pero agradecida de poder seguir fingiendo ignorancia.

Al anochecer, cuando sus hijos han vuelto a sus propias vidas, Cora se sienta con Mehri en su jardín trasero, las dos envueltas en una manta de lana para resguardarse del frío otoñal.

—Este día siempre parece ponerme en evidencia. Otro año que Vihaan lleva muerto por culpa de mis decisiones.

—Ya, bueno. ¿Quieres que te pase esa escoba? Estoy segura de que te servirá para autoflagelarte. —Mehri toma un sorbo de vino—. En serio, ¿cuándo te entrará en la cabeza que no es culpa tuya? La culpa la tiene ese monstruo que te engatusó para que te casaras con él. Admitirlo no significa que lamentes menos la muerte de Vihaan.

Cora percibe la verdad que encierran sus palabras, pero no es tan fácil pasar página. Ni siquiera está segura de querer hacerlo. Estar en deuda con Vihaan la obliga a intentar llevar una vida mejor.

—Fern llamó anoche —comenta, dispuesta al menos a cambiar de tema—. Sobre todo para decirme que nos tendría presentes hoy, pero acabamos charlando un rato.

—¿Alguna novedad?

—Nada que no te haya contado ella misma.

—Ja, como si yo supiera lo que pasa en su vida. —Mehri se ríe, más orgullosa que resentida—. Sólo soy su madre. Esa chica revolotea como una libélula. Está más comprometida con su trabajo que con ningún hombre.

—Me dijo que ha cortado con el microbiólogo.

Fern nunca les presenta a sus parejas, así que es más fácil que las conozcan por sus cargos o aficiones que por sus nombres.

—¿Qué ha sido esta vez, más organismos que orgasmos?

Aunque Fern no está allí para oírlas, Cora se siente culpable: no está segura de si deberían pensar siquiera en la vida sexual de la joven, y mucho menos comentarla. Pero sabe que Mehri hablaría tranquilamente delante de su hija y que ésta respondería sin tapujos. Mehri siempre ha tratado a sus hijos como si cocinara un plato en una gran cazuela: echa una pizca de esto, una pizca de aquello, y está segura de que saldrá bien. El enfoque de Cora ha sido más bien el de preparar un bizcocho: pesar cuidadosamente los ingredientes e intentar no estropearlo todo. Admira a Mehri por eso.

—No lo dijo —señala Cora—, sólo comentó que le había dado malas vibraciones. Hace unas noches salieron a cenar y él intentó pedir la comida por ella.

A Mehri se le escapa una carcajada.

—No demuestra conocer muy bien a Fern, la verdad. Pero hasta ahora ese chico parecía bastante prometedor. Me pregunto si no es una reacción exagerada. Si es tan sensible a estas actitudes por lo que pasó.

—¿Ya estamos otra vez? Mira, Cora, eres mi mejor amiga, así que te lo digo con cariño: no eres responsable de todo lo que ocurre en el mundo. Las personas chocamos unas con otras y salimos despedidas en diferentes direcciones. Pero así es la vida. No es algo exclusivo de ti. Cada uno tomamos nuestras propias decisiones.

—¿Crees que estoy ensimismada?

—Un poco —responde Mehri, y Cora no necesita mirarla para saber que le brillan los ojos de la risa—. Pero yo soy mandona y

como y bebo demasiado; aun así Roland y tú seguís queriéndome. —Y, dándole unas palmaditas en la mano, añade—: Todos tenemos defectos, querida.

Cariño. Corazón. Cora siempre se siente muy querida cuando la llama así.

En las calles vecinas lanzan fuegos artificiales tempranos y las dos mujeres levantan la cabeza mientras el cielo se llena de hilos de color.

Un fin de semana Bear vuelve a casa de Cora para arreglar un grifo de la cocina que goteaba.

—Le he pedido a Cian que me haga algo —comenta con la cabeza dentro del armario que hay debajo del fregadero.

Ella se sorprende. Cora y Cian hablan de vez en cuando, pero han pasado varios años desde que murió su madre y nunca han sabido muy bien qué papel desempeñó en la vida de ella. Ellos siempre se habían referido a Cian como «el amigo de la abuela», pero Sílbhe nunca había dado más detalles, sólo mencionaba su nombre con suficiente frecuencia para que su familia supiera que había algo entre ellos: «Cian y yo iremos a la ópera», o «No, me ha acompañado Cian».

En el funeral el hombre tenía los ojos enrojecidos y se aguantaba un pañuelo planchado en la cara mientras sollozaba como si ella lo hubiera sido todo para él. Antes, el enterrador le había trasladado la petición de Cian de que la enterraran con dos joyas. Cuando Cora abrió la primera caja, encontró el anillo de boda de su madre. No estaba segura de cuándo había dejado de ponérselo, tal vez al

hinchársele los nudillos por la artritis, pero había añadido una cadena fina que parecía nueva. En la segunda caja había una pulsera tan pequeña que sólo podía haberla llevado alguien con una muñeca de pajarito como su madre. Tenía grabada la inscripción: «Te llevas mi corazón. Te querré siempre, C.»

«¿Contamos con su autorización, señora?», le había preguntado el enterrador. Y Cora había asentido, sintiéndose una intrusa al ser consultada y al revisar las cosas que Cian había preparado con tanto amor.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez? —pregunta Cora pasándole a Bear la llave inglesa.

—Solemos escribirnos. Después de la muerte de la abuela, seguí enviándole correos electrónicos desde donde estuviera. Y ahora que he vuelto no he dejado de escribirle. Me cae bien. Y después de lo de París y demás ha sido de gran ayuda, ya sabes.

—¿Te contesta?

—Claro. No me limito a enviar misivas al vacío.

Bear se ríe desde el interior del armario.

Cora siente ese extraño asombro momentáneo que de vez en cuando la invade al comprobar que Bees y Bear son personas adultas e independientes que mantienen relaciones familiares al margen de ella. No sabe por qué, a los treinta y ocho de Mia y veintinueve de Bear, esto la sorprende. Y se siente mal por no haberse esforzado más en mantener su relación con Cian.

—¿Qué vas a pedirle que te haga?

—No lo sé, quizá una tobillera. O un medallón —dice él riéndose.

—¡Un anillo! —exclama Cora, captando por fin el mensaje—. Por el amor de Dios, Bear, sal de ese armario y cuéntamelo todo.

Él aprieta la rosca de compresión y sale arrastrando los pies.

—Verás, hasta que no recogí su piso no me di cuenta de que todas las pertenencias de Lily tienen una forma perfecta. Como si realmente fuera intencionado.

Cora sonríe.

—Así que pensé que querría algo especial de verdad desde un punto de vista ergonómico, ya sabes —dice sorprendiéndose al oír sus propias palabras, y su madre nota que está nervioso. Además de inusualmente torpe en su afán de hacerlo bien—. ¡Dios mío, parece que esté hablando de comprarle un triturador de ajos!

—No, no. Sé a qué te refieres. La clase de objeto al que ella daría vueltas entre los dedos sólo porque es agradable tocarlo.

—Exacto. Eso es más o menos lo que le dije a Cian por teléfono la semana pasada. Y creo que me entendió. Le pedí que lo hiciera de oro y platino.

«Una combinación de metales claramente moderna. Me gusta —le había dicho él riendo con discreción—. ¿Para cuándo lo necesitas?»

Él le había respondido que no había prisa, que era para un proyecto que tenía en mente. «Claro, muchacho, será un verdadero honor.»

Y aunque sólo era una forma de hablar, por un momento Bear se quedó casi sin aliento, inesperadamente conmovido de que se dirigiera a él de esa manera. «Muchacho.» Cuando oye hablar a Cian, siente una nostalgia extraña de algo que nunca ha tenido.

Julian

Julian recorre el supermercado de Fitzgibbon Street, del pasillo de las patatas fritas y las galletas a los congeladores de helados, con un tarro de pepinillos en la mano. Del mismo modo que los antojos de Orla parecen existir a un nivel primario, el impulso que siente él de satisfacerlos parece codificado en lo más profundo de su ser. Y como un participante de un concurso televisivo, oye el tictac del reloj mientras busca lo que necesita. En las cajas registradoras se detiene un momento para leer los titulares de los periódicos: «Francia declara el estado de emergencia.» «Masacre en París.»

—¡Ya estás aquí! —exclama Orla al verlo entrar, y se diría que es un explorador que regresa de una expedición.

Una vez le confesó que, cada vez que le pedía que fuera a comprar, le preocupaba que se metiera en el carril contrario y el futuro les fuera arrebatado por culpa de sus ansias por un helado de menta con trocitos de chocolate. Él sonríe al pensar en cómo el hambre puede más que esas preocupaciones. «¿Jules o galletas de jengibre? Galletas de jengibre.» Ella parece tener una fe subyacente en que todo irá bien. Pero a él la noticia de los atentados de París sólo le reafirma su opinión de que podemos perderlo todo en un instante. Sabe por experiencia que estas cosas les pasan a personas de carne y hueso.

Están sentados junto a la ventana, y ella le apoya los pies en el regazo mientras se come el helado directamente del envase. Él le acaricia el pálido vello de sus piernas sin afeitar, y ella pone los ojos en blanco, pero no se mueve.

—¿Has pensado en nombres? —le pregunta entre cucharada y cucharada.

Orla le ha propuesto rendir homenaje a su madre: Cora, si es niña, y Cormac, si es niño. A Julian le gusta la idea de recordarla, puesto que se le ha negado la oportunidad de ejercer no sólo de madre sino también de abuela. Tal vez sería una forma de alejar la oscuridad con una nueva esperanza. Pero él la recuerda como «mamá». Una palabra dulce, que sólo usaban Maia y él. Cora era como la llamaba *él*. Recuerda cómo se sentía al oír pronunciar su nombre de una manera particular. «¡Cora!», como una advertencia. «¡Cora!», como un timbre de alarma. Incluso ahora, se le agarrotan los hombros y se le revuelve el estómago al recordar. Se pregunta si podría recuperar el nombre para ella, para la próxima generación. Liberarlo. Al mismo tiempo —y se siente desleal al admitirlo, como si la culpa fuera de ella—, le enfurece la idea de crear un vínculo entre su bebé y alguien que murió tan trágicamente. Trágicamente. Tragedia. Trágico. Palabras que pertenecen a los telediarios. Y a su familia, aunque él las rechace.

Nunca ha querido saber nada de aquello. Mientras que su abuela busca la oportunidad de hablar de lo sucedido, para despertar conciencias, él nunca ha querido pensar en el pasado ni se ha identificado con él. Le costó mucho abrirse a Orla; la sola idea lo llevó a mantener la guardia esa noche de la riada de hace ya muchos años.

Fue Cian quien lo empujó a arreglar las cosas.

—Ya no te oigo hablar de esa chica. ¿Se llamaba Orla? —Y cuando él asintió, añadió—: Yo sigo echando de menos los años que no pasé con tu abuela. ¿sabes?

Julian levantó la mirada y vio que le brillaban los ojos, y durante las semanas que siguieron estuvo dándole vueltas a lo que le había dicho mientras trabajaba.

Al principio se planteó escribirle a Orla una carta en la que pudiera elegir las palabras adecuadas. Pero no quería plasmar sobre papel los sucesos protagonizados por sus padres.

De modo que una noche en la que ambos se quedaron hasta tarde, esperó a que la sierra de cinta que ella utilizaba dejara de oírse y llamó al cristal de su puerta abierta. Ella levantó la vista y, al verlo, puso cara de incertidumbre.

—¿Tienes un momento para hablar? —le preguntó él, y cuando ella asintió, cruzó la habitación y se apoyó en el radiador—. Quería disculparme por lo de la noche de la riada.

Ella respondió que no era necesario, y se puso a barrer las virutas con aire de eficiencia.

—Quería explicarte algo. ¿Podrías dejar la escoba un momento, Orla?

—Yo... —empezó a decir ella, pero él la interrumpió cuando normalmente se habría contenido. Ahora que estaba allí, sólo quería acabar de una vez.

—Cuando tenía cinco años, mataron a mi madre.

Ella dejó de barrer. Se quedó parada en mitad de la habitación, sin saber qué decir.

—No es algo que acostumbre a contar a la gente. Bueno, cuando digo normalmente, quiero decir nunca. Pero esa noche me pareció que no podía involucrarme en algo sin ser franco contigo, ya sabes. Y no tenía la certeza de estar preparado. No quería perder lo que teníamos. Nuestra amistad.

Ella arqueó las cejas al oírlo. No de forma desagradable, pero dando a entender que le había salido el tiro por la culata.

—Lo sé —admitió él como si le hubiera leído el pensamiento, y por un momento disminuyó la tensión y los dos se rieron—. Pero me gustaría contártelo ahora. Si quieres oírlo.

Ella se sentó en un taburete y él se fijó en cómo apoyaba las manos en el regazo, con las palmas hacia arriba. Un gesto que parecía sugerir que se disponía a escuchar lo que Julian tuviera que referirle sin juzgarlo, aunque tal vez era mucho suponer.

—Mi padre... —continuó él. Y la palabra se le quedó atascada en la garganta como un chicle. No estaba acostumbrado a usar términos de posesión, y menos con ese hombre que no merecía un nombre—. Era... Bueno, maltrataba a mi madre. Supongo que era lo que se denomina «violencia doméstica». Y un día la mató.

—Dios mío.

Ella ya no tenía las manos abiertas, sino apretadas contra la cara.

Julian se quedó de pie, sin saber muy bien la reacción que podía haber suscitado entre ambos; en su mente los segundos se convirtieron en minutos, horas, días. Al final Orla levantó la mirada.

—¿Estás bien? —le preguntó. Y al instante se llevó una mano a la boca—. Claro que no lo estás. Perdona, soy idiota. —Y luego—: No sé qué decir. Pero es horrible. Pobrecito.

Julian, que quería zanjar la conversación, rechazó sus disculpas con un gesto de la mano e intentó restar importancia a lo que la tenía.

—¿Lo entiendes ahora? No podía iniciar algo sin decírtelo antes.

—¿Porque aún no lo has superado? —le preguntó ella, titubeante.

—No. Porque me parecía justo advertirte. No quería inducirte a empezar algo, ya sabes, una relación o lo que fuera, y que luego oyeras comentarios como: «¿Sabes que el chico con el que estás saliendo tiene la mitad de los genes de un asesino?»

—Ya.

Él notó cómo la palabra «asesino» quedaba suspendida en el silencio, sucia y contaminante.

—¿Entiendes ahora por qué fue tan difícil para mí aquella noche?

Orla trazó círculos en el polvo con la punta del zapato. Cuando volvió a levantar la vista, le preguntó:

—¿De verdad te crees lo de los genes?

—Bueno, creo que no presento ningún signo. Tengo un carácter bastante tranquilo, ya sabes, pero...

—No. Ya lo sé. —Ella se quedó mirando un momento por la ventana antes de continuar—. Yo he salido con algunos chicos, pero nunca se me ocurrió decirles que mi padre tuvo una aventura con su secretaria.

—Eso es diferente.

—No estoy tan segura. Creo que a la mayoría de las parejas en potencia les gustaría ser informados del gen de la infidelidad.

—El gen de la infidelidad no matará a nadie.

—Tú tampoco lo harías, Jules. El tipo de persona que es capaz de hacerlo no confiesa toda su historia familiar a una chica antes de

besarla.

Él sonrió, o al menos se le borró el rictus que ensombrecía su rostro.

—¿Y al enterarte no te habrías sentido engañada? ¿No te habrías horrorizado?

—Sólo por todo lo que has sufrido. Porque algo así haya podido pasarle a alguien a quien conozco y me importa.

—Entonces, ¿querrías...?

Ella lo interrumpió.

—Eso es lo que iba a decirte antes. No pensé que yo te interesara. Estoy saliendo con alguien.

—Ya —respondió él, y el alivio que había sentido hacía unos momentos se desvaneció.

A partir de entonces entablaron una extraña clase de amistad. Cómoda por la confianza y el cariño, e incómoda por la atracción que había entre ellos, palpable aunque no se mencionara.

Pero algo en la conversación que mantuvieron aquella noche sobre quién era él y de qué madera estaba hecho cambió algo, y él sintió como si se hubiera abierto una puerta a través de la cual podía ver posibles relaciones, y cómo su vida crecía, aunque no fuera con Orla.

Durante dos años se mantuvieron en esa tierra de nadie que es trabajar uno al lado del otro. Compañeros, colegas, amigos. La relación de Orla no había durado mucho, pero aun así los dos siguieron mareando la perdiz. Hasta que una noche que fueron a tomar una copa rápida la salida se prolongó hasta que los echó el dueño del pub. Él recuerda el ruido de sus zapatos sobre el pavimento mojado, el eco de su conversación mientras caminaban

sin rumbo por las calles vacías, el roce de su brazo, dos bolsas de patatas fritas y el sabor salado de su beso.

Más tarde, Orla diría que siempre supo que acabarían juntos, pero que le pareció que Julian necesitaba tiempo para ser más él mismo.

—¿Como si yo fuera un renacuajo que se armaba de valor para metamorfosearse en una rana mientras tú estabas sentada al borde de un estanque esperando a besarme? —Él se rió—. ¡Sí, hombre!

—Sí, hombre, tú. ¿O no te acuerdas? «Parece que tus vaqueros ya están lo bastante secos» —dijo imitando su voz.

Julian se ríe cada vez que ella saca el tema. Ahora se siente otra persona. Ese temblor interno es más débil, más silencioso. No ha desaparecido del todo, pero es como si fuera un papel sobre un ventilador que se apagara de golpe y lo dejara flotando con su brisa.

Pero hay zonas prohibidas. Como Inglaterra. Donde no tiene ningún distribuidor, a pesar del creciente interés. A veces recibe un encargo de un cliente de Londres, Bath u otra ciudad desconocida. En estos momentos está trabajando en un anillo de compromiso que le ha pedido un hombre de Oxford llamado David que vio su trabajo estando de vacaciones en Irlanda con su novia. Mientras hablaban del diseño en un largo intercambio de correos electrónicos, salieron detalles de su vida y la de su pareja. Que su novia tiene el pelo oscuro y la piel pálida, que es profesora de Inglés de secundaria. Que, como Julian, ha visto recientemente la retrospectiva sobre Philippe Petit cruzando el vacío entre lo que eran las Torres Gemelas sobre un cable tendido. Que se llama Lily.

El fin de semana pasado vieron un halcón abejero, algo poco común en Inglaterra. David se pregunta si son más comunes en Irlanda. Julian se lo pregunta a Cian, que le responde que es

probable verlos a finales de año, desviados de su ruta por los fuertes vientos. Julian le cuenta a David que trabaja en la antigua fábrica de chocolate y que está a punto de ser padre. Se imagina que tendrían lo suficiente en común para tomar una copa con David y Lily, y se alegra de que el anillo que él ha hecho vaya a formar parte de sus vidas. Aun así, cuando se plantea hacer envíos al por mayor a través del mar de Irlanda, siempre acaba desistiendo.

Orla lo ha sugerido varias veces, sobre todo ahora que esperan un bebé. El dinero les vendría bien. Pero él no quiere que sus joyas, las cajas que llevan su nombre, estén expuestas allí como si ya no sintiera rechazo hacia ese lugar, como si estuviera en paz con él. Cuando no fue sólo su padre quien mató a su madre, sino también el país de adopción de su madre, donde las personas que podrían haberla salvado durante todos esos años de maltrato miraron para otro lado.

Como su abuela, él también culpa a Dios. Porque, si existe, él también falló a su madre. No quiere que su hijo sea bautizado cuando llegue el momento. Orla dice que sólo es un trámite necesario para entrar en el noventa por ciento de los colegios del barrio. Que no tiene por qué significar nada más para él. Pero a Julian le parece una hipocresía.

—¿Por qué sigues yendo a la iglesia? —le pregunta él mientras ella deja el envase de helado vacío en el suelo.

—Por tradición.

—¿Aunque te quejes de ello todos los domingos?

—Sólo mientras aún estoy en la cama. Pero eso no significa que no saque algo de provecho una vez que estoy allí. Ni siquiera es por el tema religioso. Simplemente es reconfortante ver caras conocidas,

sentirte parte de algo. Y luego está el incienso. Huele a hogar. A lugar seguro. Y te quedas ahí sentada en silencio, escuchando, y te pones a pensar en algo con lo que has estado batallando. Y no sé si son esos grandes techos altos que se lo llevan, o que es un espacio bendecido, pero cuando salgo, siempre me siento más ligera. Lista para empezar la semana.

—¿Y qué piensas de la confesión? ¿Por qué querrías contarle a alguien tus pecados?

—Porque así me puede perdonar —responde ella, como si fuera lo más obvio del mundo—. La alternativa es aferrarte a ellos. Dejar que crezcan dentro de ti y acabar con cara de amargada.

—¿Como la mía? —pregunta él poniendo una expresión amargada.

—A ti no te hace falta hacer muecas. Incluso cuando sonríes parece que vengas de un funeral —dice riéndose, y le clava los dedos de los pies en la barriga

Está sentada junto a la ventana que da a la callejuela, con una mano en el vientre, y la luz de sol le ilumina el pelo rubio por detrás.

—¡Mírate, pero si pareces la Virgen María! ¿Qué cosas malas haces que tengas que confesar? —le pregunta Julian.

Le resulta inconcebible que ella haga algo que merezca ser considerado pecado.

—Cosas.

—¿Como qué?

—No lo sé. Como no tener siempre buenos pensamientos. Por ejemplo, cuando el año pasado Gráinne expuso su obra en Londres, en lugar de alegrarme por ella sentí una envidia tremenda. Pensé que ni siquiera era tan buena y que ese gran cuadro amarillo que tanto había fascinado a los críticos hasta podría haberlo pintado un

niño. Y a veces pienso que lo que se le da bien es añadir significados a su obra retrospectivamente para que parezca más profunda de lo que era al principio. —Sus mejillas de piel de melocotón se sonrojan —. Puede que aún me quede algo de eso dentro —dice, y se ríe, y su aura sólo se hace más grande y radiante a los ojos de Julian.

—Pero yo estoy de acuerdo contigo. ¿Es realmente pecado si sólo lo pensamos? Le diste un abrazo e invitaste a una ronda para celebrarlo. No es que entraras en su taller y acuchillaras sus lienzos.

—¡Pero seguramente es lo que me habría gustado hacer! Y, sí, eso es parte de intentar ser un buen católico: darte cuenta de cuando los pensamientos que tienes no son sanos y procurar hacerlo mejor la próxima vez. Aunque desde un punto de vista egoísta eso también evita que te carcoma por dentro.

Su visión de la religión siempre tiene sentido para él, pero luego piensa en los sacerdotes, los niños del coro víctimas de abusos sexuales, las madres solteras obligadas a renunciar a sus bebés. O en los hombres que pegan a sus mujeres y acto seguido acuden al confesionario en busca de absolución. Y no quiere saber nada de eso.

Maia cruza el puente y, al llegar a la carretera principal, dobla hacia el sur y se dirige al pueblo, sobre el que pende un manto de nubes oscuras. Apaga la radio y dedica el resto del trayecto a pensar en los pacientes del día.

Se mira el reloj y se apresura a cruzar la calle en dirección al Doyle’s mientras empiezan a caer gruesas gotas. Cuando suena la campanilla de la puerta, Maureen levanta la vista y sonríe.

—Ojalá te tuviéramos aún detrás del mostrador... Te aseguro que esta mañana todos los clientes sin excepción han pedido un desayuno caliente. Y Lizzy ha llamado diciendo que está enferma. Otra vez. Te lo digo, esa chica será mi perdición.

—Bueno, al menos puedo prepararme yo misma un café —propone Maia yendo a la cocina.

—¡Largo! —le ordena Maureen espantándola—. Vas a mancharte el uniforme.

Maia nunca ha pensado en la ropa azul marino y blanca que lleva los días que trabaja como un uniforme, pero supone que en cierto modo lo es.

Cruza de nuevo la calle, intentando no derramarse la bebida caliente encima, y enciende las luces y la calefacción de su consulta.

Su primera paciente del día es una mujer de mediana edad. Primero acudió con dolores de cabeza persistentes, en la época en que estaba divorciándose, y un año después volvió con síntomas de menopausia. Maia le hace preguntas enfocadas a elegir el remedio adecuado para ella.

—¿Prefiere las bebidas frías o las calientes? ¿Los sabores picantes o los ácidos?

A veces estos datos complementarios no le ofrecen una imagen clara y sabe que pasará horas consultando su manoseado manual, *Lotus Materia Medica,* de Murphy. Otras veces basta un pequeño comentario para que se haga una composición de lugar.

—Creo que ya sé lo que vamos a probar esta vez —le anuncia acercándose a su botiquín.

Hay algo tranquilizador en abrir un cajón y ver todos los tapones ordenados alfabéticamente y etiquetados según sus propiedades.

Mientras Maia llena un frasco con las pequeñas pastillas y prepara una etiqueta, la mujer menciona que ha visto a su ex marido con una vieja amiga.

—¿Cómo te sientes al respecto? —le pregunta Maia.

—No lo sé. A veces es más fácil no pensar. Sería como abrir una presa.

Maia asiente. Conoce esa sensación. Aunque ha estado los últimos años haciendo terapia, ella también ha tardado en levantar las piedras más pesadas y mirar la tierra oscura que hay debajo, donde sus miedos y preocupaciones se escabullen de la luz como cochinillas. Ha hablado de su primera infancia y contado lo suficiente sobre aquel horrible día para reconocer que ocurrió. Pero se oculta los detalles incluso a sí misma.

Últimamente también ha estado lidiando con otros temas. Julian, nueve años menor que ella, está montándose la vida mucho mejor que ella: se ha casado, ha comprado una casa con una hipoteca y está esperando un hijo. La gente la anima a ir al festival anual del pueblecito de Lisdoonvarna, donde desde hace más de un siglo los solteros encuentran pareja. Bromean diciéndole que tiene que conseguir el libro de la suerte de Willie Daly para romper el encantamiento y conocer a su media naranja. Y ella sonríe y les sigue la corriente porque quiere estar de buen rollo, aunque en su interior se siente inglesa: ¿y a ellos qué les importa, y por qué ella tiene que ser graciosa todo el tiempo?

Pero no es sólo que Julian le esté sacando ventaja y que ella no encuentre al hombre adecuado. Una noche está viendo la televisión con Sílbhe y Cian, y dan un programa sobre el referéndum para legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo.

—¿No es de sentido común que hay que dejar vivir a la gente como quiera? —pregunta Cian.

—Es culpa de la Iglesia que hayamos tardado tanto —afirma Sílbhe.

Maia se siente reconfortada al oírlos expresar en voz alta lo que ella piensa.

El programa sondea la opinión pública: en una parada de autobús, en los pasillos de un supermercado. Casi todas las personas están a favor, salvo un hombre mayor con boina que responde con voz grave:

—No, no me parece bien.

Entrevistan a dos mujeres en una playa. Una rubia y la otra morena. Van con gorros de punto, una lleva piercings en las orejas y la otra un pequeño pendiente en la nariz. No se tocan, pero se nota que son pareja. Y brillan. Simplemente brillan. La pregunta del presentador se pierde en el viento, pero la respuesta es clara. Dicen que están enamoradas, que sólo quieren tener la oportunidad de pasar la vida juntas como cualquier pareja heterosexual.

Durante el resto del programa, a Maia la embarga la misma incomodidad que cada vez que ve una película con Sílbhe y Cian y hay una escena de sexo. Intenta pasar desapercibida, no dar ninguna señal de vida, que nada les recuerde su presencia. Pero al instante le entran ganas de descruzar las piernas, apartarse un pelo de la cara y respirar. Se da cuenta de que tiene un interés personal en el referéndum y se sonroja, aunque no sabe por qué, pues ellos ya han dejado clara su postura. No les importaría que ella fuera homosexual.

No es, por lo tanto, la presión familiar, la culpa o la Iglesia lo que la lleva a acudir a una psicóloga. Sino algo más difícil de afrontar: su propia opinión.

—Siempre he pensado que si no estaba con nadie era por lo que le pasó a mi madre. Pero vi entrevistar a una pareja sobre el referéndum en la televisión. Dos mujeres. Y me di cuenta de que tal vez era eso lo que yo quería. Que de alguna manera me parecía bien. Pero luego también me sentí avergonzada.

—¿Porque podrías ser homosexual?

—Porque podría ser una impostora que se sube a ese carro.

—¿Puedes ser más concreta?

Maia se mira el reloj para asegurarse de que hay tiempo para hablar de ello.

—Todo el mundo dice que la homosexualidad no se escoge, que se nace así, pero yo tengo treinta y siete años y hasta ahora no me lo había planteado.

Vuelven sobre esta idea durante varias sesiones. Y Maia tiene la sensación de que su psicóloga y ella son como dos ancianas del grupo de encajeras de su abuela, inspeccionando con sus lupas las puntadas desde todos los ángulos: «Parece una colcha», «Tiene todo el aspecto», «Seguro que tiene una capa de guata», «Pero ¿es realmente una colcha?»

—¿Y si sólo quiero tener una relación con una mujer porque me da miedo tenerla con un hombre? ¿Por si acaba siendo como él?

—¿Te importaría?

—Sí. Tomaría decisiones cruciales por miedo o para evitar el conflicto.

La psicóloga reflexiona un momento.

—Intento ponerme en tu lugar...

Maia se mira las zapatillas e imagina que la psicóloga se acerca a ella. Recuerda cuando caminaba por la sala de estar con los pies sobre los de su madre, cómo las dos movían las piernas como una sola.

—¿Qué pasaría si fueras las dos cosas? ¿Si fueras homosexual pero también tuvieras un miedo comprensible de tener una relación romántica con un hombre?

Maia parpadea para alejar el recuerdo y piensa en la pregunta.

—Entonces, ¿mi homosexualidad es a la vez natural y provocada por un hombre?

Las dos se ríen de su elección de palabras.

—Aunque sigo preguntándome por qué.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Está claro que en casa de mi padre no habría podido serlo. Pero hace muchos años que vivo con mi abuela.

—Pero aquello que no podemos admitir ante nosotras mismas en los años en que estamos formándonos, ¿se vuelve de pronto aceptable porque cambian las circunstancias o somos mayores de edad?

Maia no se pregunta cómo podría conocer a alguien, no se apunta a un sitio de citas ni se plantea contárselo a su familia. Se limita a dar vueltas a la posibilidad de ser homosexual como si fuera una piedrecita lisa en la palma de la mano, y de vez en cuando piensa en la pareja de la televisión. Y cuando el 16 de noviembre de 2015 el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo se consagra legalmente, el corazón se le llena de esperanza, como si una parte lejana de su futuro estuviera asegurada.

Gordon

Ninguno de los dos ha vuelto a casa aún. Su hijo ha quedado con Maia después del trabajo y su marido está... ¿dónde? Él nunca la avisa de que no vendrá a cenar. Así que esta noche ella prepara algo como de costumbre, y cuando las seis y media se convierten en las siete y el queso fundido sobre el pastel de espinacas con feta empieza a solidificarse, espera. Espera a oír la llave en la cerradura, espera a ver de qué humor está. Le da vueltas a la idea de que esta vez podría estar muerto. Que al cruzar la calle al ir del trabajo a casa podría haberlo atropellado un motorista y encontrarse ahora en un hospital, donde los médicos están intentando reanimarlo. Pero luego ahuyenta el pensamiento, como si temiera que él pudiera volver y saber en qué ha estado pensando.

A las ocho cubre la fuente sin tocar con papel de aluminio y la mete en la nevera. A continuación unta una rebanada de pan con mantequilla y se la come de pie, dispuesta a tirarla a la basura si es necesario.

El año que viene su marido se jubilará. Ella intenta imaginar cómo será su vida cuando él ya no ejerza y se dice que quizá las cosas cambien. La última vez que ella aceptó volver, creyó que las condiciones serían diferentes, pero no tardó en darse cuenta de que no era lo que había esperado. Al principio él había sido amable y

considerado, elogiaba sus guisos, hablaba con ella de su trabajo, de libros y de política, la sacaba a cenar. Le compró un jersey de cachemira, le regaló una joya. Incluso le había sugerido que renovaran sus votos. Se levantaba temprano todas las mañanas —«No, tú quédate aquí»— y le llevaba un té con tostadas a la cama. Y ella se lo había creído todo, como si flotara en una nube.

También se sentía cansada. Gordon lo atribuía a los altibajos emocionales, al alivio de estar de nuevo en casa después de su último episodio. Así llamaba a sus intentos de marcharse, como si fueran breves escarceos con la locura. Pero él le daba un beso en la frente, le preparaba la cena y, por la noche, ella se quedaba dormida con la cabeza apoyada en su pecho y su brazo alrededor mientras él le contaba las noticias del día: la dimisión del primer ministro y la restitución del anterior. «¿Quién necesita la televisión o la radio cuando me tienes a mí?», bromeaba. Y así habían caído en esa rutina: él cuidando y ella dejándose cuidar. Y el paso de las semanas y los meses se volvía borroso. Aturdida, cuestionaba los rencores que había alimentado en el pasado, y se preguntaba si había malinterpretado las acciones de su marido; ¿realmente no había visto el sacrificio que suponía para él hacer la compra semanal después de un día entero en la consulta? ¿No se había parado a valorar los pequeños detalles que tenía con ella, como el manojo de espárragos con que a veces se presentaba, a pesar de que a él no le gustaban?

—Me encanta la primavera —había comentado ella admirando los narcisos de un jardín vecino al descorrer las cortinas una mañana.

—Pero es muy pronto para febrero —había respondido él.

Ella habría jurado que era abril. Y se preguntó si él tenía razón, si su cansancio se debía sólo al alivio por estar en casa, por el cambio en su relación después de tantos años. Pero unas semanas más tarde, el cansancio no había desaparecido y sus pensamientos eran cada vez más confusos.

—No te preocupes —le había dicho él mientras la abrazaba—. Podría ser algún tipo de fatiga posviral. Pediré que te hagan una evaluación.

—¿Qué tipo de evaluación?

—Sólo para asegurarnos de que todo está en orden cognitivamente. No es para tanto, lo haría con cualquiera de mis pacientes. Es poco menos que un procedimiento habitual después de los sesenta; supongo que yo también debería hacérmelo.

A ella le conmovió ese inhabitual momento de vulnerabilidad. No era propio de él reconocer algún tipo de debilidad.

El día de la evaluación, ella se notó con más energía y se preguntó si era realmente necesario pasar por eso.

—Quizá sea la adrenalina —observó Gordon.

Aun así, cuando le pidieron que contara hacia atrás empezando por el diez, se le trabó la lengua con los números, y cuando dijo el nombre del primer ministro actual y el mes en que estaban, vio que el evaluador miraba de reojo a Gordon.

—Pero yo creía...

Gordon le cubrió la mano con la suya.

—No pasa nada, lo estás haciendo muy bien —le dijo, y ella supo que algo no iba nada bien, pero también se sintió extrañamente reconfortada por la atención de él.

Se había acostumbrado a que Gordon ayudara en casa. Se había acostumbrado a sentirse querida. Eso le recordaba los primeros días de su relación y le daba una excusa por haber pasado tanto tiempo con él. Pero entonces él volvió a cambiar sin previo aviso. Una noche, mientras ponía un chorro de detergente bajo el grifo y le preguntaba si prefería lavar o secar los platos, lo oyó suspirar.

—Ya estás mucho mejor. Estoy seguro de que puedes volver a cocinar y limpiar.

—Sí, claro —balbuceó ella.

Y así volvieron a sus puestos habituales: ella fregando los platos en la cocina mientras él veía las noticias de la noche en la sala de estar.

Cora no recuerda ahora qué lo hizo estallar. Sólo cómo terminó. Con las costillas magulladas y ella recogiendo sus cosas para marcharse de nuevo; no había vuelto para esto. Pero entonces Gordon le presentó el documento. Un poder notarial permanente. La prueba de que él tenía legalmente control sobre su salud y bienestar, sobre sus finanzas y propiedades.

—Vamos, Cora. ¿Realmente pensabas que te dejaría marcharte de nuevo después de la última vez? —Le tocó la mejilla con un dedo como si quisiera consolarla. Luego volvió al sofá—. Pensé que me lo pondrías más difícil, la verdad. Pero estás tan desesperada por que te quieran... —Dio una palmadita a su lado, invitándola a sentarse—. ¿En serio te creíste que habían sacado a John Major del armario para dirigir de nuevo el país?

Aun entonces el plan de Cora seguía siendo encontrar una manera de ponerse en contacto con Maia. Incluso con la policía. Sólo tenía que esperar a que él se fuera a trabajar a la mañana siguiente. Pero

nada más despertarse él anunció que iba a cubrirlo un sustituto en la consulta y que se iban de aventura. Cora sabía que él estaba jugando con ella, pero aun así se sintió desconcertada cuando entraron en el aparcamiento de una residencia de ancianos. Sin embargo, cuando le oyó decir a la recepcionista que tenían una cita para que les enseñaran las instalaciones, que estaban interesados en ver la planta dedicada a los residentes con demencia porque estaban considerando ingresar a un familiar, lo comprendió.

El ala de demencia se encontraba tres pisos más arriba: «Con protección extra para los que son propensos a deambular», les explicó Erica, la directora, mientras les hacía pasar por las dobles puertas de seguridad con un mando a distancia. Era muy profesional, pero se preocupaba de saludar cordialmente a cada residente llamándolo por su nombre entre respuesta y respuesta a las preguntas de Gordon. Sí, no hay inconveniente en seguir administrando al residente la medicación que se le ha recetado; no, ningún residente se ha escapado de los límites del edificio; sí, estamos acostumbrados a lidiar con la paranoia: las acusaciones contra el personal y los familiares son habituales en los pacientes con demencia. Y como para demostrar su punto de vista, cuando entraron en la sala de día, una señora sentada en un sillón forrado de vinilo, con un babero de plástico, empezó a graznar: «¡No, no, no! ¡Sé lo que queréis! ¡No me hagáis daño!» Tenía los ojos tan desorbitados como despeinado el pelo.

—Ésta es Elsie —les dijo la directora, como si su nombre pudiera explicar su angustia.

Durante el trayecto de regreso guardaron silencio, y sólo cuando llegaron a la entrada, Gordon apagó el motor y dijo:

—¿No es agradable estar en casa?

El motor tintineó mientras se enfriaba. No necesitó decir nada más. Ella lo entendió. Fue como si se le derrumbara la columna vertebral y desaparecieran todos los espacios entre las vértebras. Como si se hundiera en la tapicería del coche y no pudiera levantarse nunca más.

Sin embargo, el hecho de tener a su hijo de nuevo en casa ha cambiado las cosas. Cora sigue esperando que todo vuelva a ser como antes, los dos contra ella, pero el chico parece cambiado. Nota en él cierta vulnerabilidad, como la que hay en una tez clara bajo un sol abrasador o unos ojos que parpadean ante una luz demasiado brillante. Quiere atraerlo hacia ella y abrazarlo, pero nunca han tenido esa clase de relación y no sabe cómo empezar.

Rob abre el bote de cola de piel de conejo y a Gordon enseguida le llega el olor. No es desagradable cuando está fresca, pero si se seca huele a animal muerto. Rob hace una mueca mientras vuelve a cerrar la tapa.

—Esto me pasa por irme de vacaciones. ¿Te apetece preparar más mientras me cuentas cómo te ha ido?

—¿Cuál era la proporción, de ocho a uno? —le pregunta él, sabiendo la consistencia que le gusta a Rob para sellar un lienzo.

Al verlo asentir, abre el armario. Agradece estas tareas sencillas; le ayuda poder ocuparse de algo en el estudio de Rob cuando necesita salir de casa de sus padres; hace que la relación entre ambos parezca más recíproca que la de padrino-ahijado.

—¿Qué tal la semana? —le pregunta Rob encendiendo el radiador eléctrico salpicado de pintura que hay en un rincón.

—Supongo que bien.

—No suena muy prometedor. ¿Has bebido?

Rob ha estado preparando su pequeño estudio de artista, situado encima de una tienda de animales, para ponerse a trabajar, pero ahora está mirándolo atentamente, apoyado en el aparador abarrotado de pinturas y disolventes. Así es él. Tiene la habilidad de que parezca que sólo están pasando el rato, y al momento siguiente logra que Gordon se sienta el centro de toda su atención. No de la forma en que lo hace su padre, sino más bien como quien ve a su equipo de fútbol favorito lanzar un penalti sin apenas pestañear para no perdérselo. Aunque es agradable que alguien lo apoye, también resulta extrañamente agotador.

—No, no va por ahí —responde, y él se muestra relajado—. Es sólo esa cosa de mirar atrás y ver lo imbécil que has sido con distintas personas a lo largo de tu vida, ya sabes.

Rob se ríe por lo bajo.

—Sí, sé de qué hablas.

Lleva más de una década sin probar el alcohol, pero tiene los ojos permanentemente enrojecidos, como si su cuerpo hubiera decidido llevar sus remordimientos grabados como un tatuaje. Tenía una mujer y un hijo.

Cuando recuerda su propia caída, Gordon se estremece. Fue aparatosa y peliculera, no en el buen sentido sino por lo que tenía de estereotipada. Perder la compostura de ese modo en el trabajo; llegar un lunes todavía tambaleándose por la borrachera del fin de semana. Y si una vez había sido uno de ellos —«¡Eh, Gordy!»—, a

través de la bruma se dio cuenta de que estaba convirtiéndose en un paria. El clímax llegó cerca de la salida número 8 de la M25, donde volcó el Porche que conducía y tuvieron que sacar su cuerpo del metal estrujado con ayuda de una grúa hidráulica. Él recuerda que alguien le habló, le previno de que iba a oír un gran estruendo y le aseguró que se pondría bien, y recuerda que quiso morir antes que tener que soportar la bondad injustificada de esa persona.

Sin embargo, perderlo todo le ha causado un alivio sorprendente. Él, que siempre aspiró a ser alguien, ahora que no es nadie en cierta forma se siente más pleno.

—Me dio por pensar en una chica llamada Lily —le cuenta a Rob mientras nivela una medida de piel de conejo cristalizada en gránulos—. Yo... los dos teníamos catorce años. Me sentaba a su lado en Matemáticas. Ahora que lo pienso, fue una de las pocas personas del colegio que se portaron bien conmigo. Sin ningún motivo. Sólo porque quiso. Y yo...

Le habla de la noche de la fiesta en la que la inmovilizó contra un árbol y, más tarde, cómo se volvió contra ella y animó a los otros chicos a hacer lo mismo.

—No sabía lo que hacía ni cómo acabaría aquello. Pero después de eso todo cambió. Cuando los chicos se cruzaban con ella en los pasillos, incluso los que no eran de nuestro curso, se olían los dedos y hacían ruido de arcadas y cosas así.

Mientras abre una botella de agua desionizada, levanta la vista para ver la reacción de Rob. Éste se acaricia con los dedos la barba de dos días. Pero parece más pensativo que crítico, y Gordon continúa, aunque desearía poder meter todo esto en una caja y cerrarla a cal y canto.

—Y las chicas simplemente dejaron de tratarla. Ella empezó a tartamudear en clase. Yo no sabía lo que estaba pasando en ese momento, pero ahora, bueno, creo que ella comenzó a tener ataques de pánico. Después de ese curso nunca volvió. Pensé que se había mudado o algo así, pero entonces una de las chicas cuya madre debía de conocer a la de Lily se enteró de que se le había ido la olla. Recuerdo que me quedé ahí sentado riéndome con los demás y haciendo bromas sobre el manicomio más cercano... Maudine se llamaba, creo que ya no existe. Aunque en realidad estaba horrorizado.

—¿Y crees que las dos cosas estuvieron relacionadas? Me refiero a lo que pasó y a su crisis.

—Es probable. Antes de eso era una chica normal. Bueno, no normal. Especial. Inteligente. Se le daba muy bien el lenguaje y todo lo demás. Y, como ya te he dicho, era muy buena.

Es consciente de que mucho de lo que ha dicho lo ha expresado mal. «Írsele la olla.» «Manicomio.» Ojalá supiera elegir mejor las palabras. Hubo un tiempo —cuando provocaba a su madre para ganarse la aprobación de su padre o era uno más en el trabajo— en el que las palabras que empleaba eran las adecuadas. Los demás incluso las esperaban. Pero ya no las siente como propias, nada de esto lo siente como propio, o al menos no como una parte de sí mismo que quiera conservar.

Hace unas semanas llegó demasiado pronto a una reunión y se sentó en unos jardines cercanos, junto a una reproducción de *David* cubierta de líquenes: con la nariz cercenada y una extremidad amputada. Desde entonces, no ha podido quitarse de la cabeza la imagen de una estatua destrozada: no sólo le falta un brazo, sino

que es literalmente una ruina, con labios y dedos desprendidos, una amalgama de partes del cuerpo que apenas se distinguen. Gordon tiene la apabullante sensación de que lo que está haciendo ahora— en el grupo, con Rob, en todas las facetas de su vida— es intentar utilizar estas piezas fracturadas y maltrechas para construir algo nuevo. Y se da cuenta de que no es posible evitar que se vean las rajas.

Vuelve su atención hacia Rob.

—De todos modos, la busqué en internet la otra noche. —Rob hace una mueca, dando a entender que eso nunca es una buena idea, y él añade—: Sí, lo sé. Está casada, tiene dos hijos y trabaja de abogada. Al principio me alegré por ella, de que todo hubiera salido bien, ya sabes. Pero luego entré en la página web de su bufete. —Se estremece al recordar el momento en que lo comprendió—. Y es abogada especializada en derechos humanos, en particular el acceso a la justicia de las mujeres y niñas. Violaciones, agresiones... Y no pude evitar pensar que fue por mí. Lo que le hice cambió el curso de su vida y todavía lo lleva consigo. —Suspira—. Probablemente es lo que la motiva, lo que hace que sea buena en su trabajo. No pretendo atribuirme el mérito, todo lo contrario. Ella ha transformado... —y aunque Rob ya está asintiendo, él se interrumpe un momento, tratando de encontrar por una vez la palabra adecuada — mi oscuridad en algo bueno. Ha ganado, a pesar de mí.

Se da cuenta de que Rob no ha hablado en todo este tiempo y de repente le preocupa haberse excedido.

—Lo siento, ¿me he pasado?

Él niega con la cabeza, con los ojos aún más enrojecidos que de costumbre.

—Sólo estoy triste por ti. Y por ella. Pero tienes razón, ella ha logrado sacar algo bueno de todo eso. —Se quedan un rato en silencio y al final añade—: Pero no has bebido, ¿verdad?

—No, sólo he estado hecho polvo.

—Bien —responde Rob con cierta satisfacción.

—¿No puedo ir contigo, Maia? —le pregunta Kate dejando caer la ceniza de un cigarrillo en el cenicero de la mesilla de noche.

Ella se entretiene buscando algo en el bolso.

—¿Maia? —insiste incorporándose en la cama.

—Ya hemos pasado por esto —le responde ella.

Kate ni siquiera tenía que librar hoy; sólo porque el doctor Shah le preguntó si podía cambiarle el turno, se ha convertido en un problema.

—Eso fue antes del accidente. Antes de que comentaras que parece estar convirtiéndose en alguien que realmente te gusta.

—Aún es demasiado pronto.

Se imagina a Gordon en el psiquiátrico después de su accidente. Siempre ha tenido una gran presencia física. Macizo, fornido. Pero cuando ella entró aquella primera vez en la habitación y lo encontró sentado en una cama de hospital, concentrado en pinchar una rodaja de zanahoria demasiado cocida con el tenedor, lo vio disminuido. Vulnerable. Nunca se tocaban, pero ella le puso una mano en la muñeca y se sentó a su lado en la cama. Ninguno de los dos habló, pero al cabo de un rato le cayeron unos lagrimones en el plato. Ella recorrió la marca de nacimiento que él tenía en el antebrazo con la punta del dedo, haciendo círculos.

—Tiene forma de corazón —comentó—. Nunca me había fijado.

Entonces él se apartó, no bruscamente, pero de modo que sólo se le viera la parte interior del brazo.

—Es deforme —respondió con voz áspera. Ella se esforzó por entender sus palabras cuando añadió—: Debía de estar mal incluso antes de nacer.

Luego se echó a llorar, tan fuerte que la enfermera de la sala levantó la vista. Bajo su mirada, Maia se sintió obligada a inclinarse y consolarlo, y dejó que le empapara el hombro con su dolor.

—¿Demasiado pronto para quién? ¿Para él o para ti? —le está preguntando Kate ahora—. Porque después de todo por lo que ha pasado, no creo que sea un gran problema para él que seas homosexual.

—Ése nunca ha sido el problema, sino que se lo diga a nuestro padre.

—Lo cual sigo sin entender. Tienes treinta y ocho años, Maia.

—Treinta y siete.

—¿Que? Deja de desviar la conversación. Podría ir como amiga o como compañera de piso. Ni siquiera tienes que decírselo.

—No hagas esto.

—¿Que no haga qué?

—Presionarme —responde Maia mientras se mira el pelo en el espejo y se quita uno de los largos cabellos rojos de Kate, que debe de haber salido del cepillo—. No es propio de ti.

—No, no es propio de mí. Solamente lo hago contigo porque no me das ningún tipo de elección. Me he pasado siete años, ¡siete!, fingiendo en el trabajo que no estamos juntas por si alguien se lo cuenta a alguien y resulta que ese alguien conoce a tu padre y se lo

menciona, como quien no quiere la cosa. «¡Eh, por cierto, doctor A, me han dicho que su hija es homosexual!» Porque ese es precisamente el tipo de cosas que la gente todavía se molesta en mencionar en pleno 2015.

—Y nos hemos pasado siete años teniendo la misma discusión.

Kate da una calada al cigarrillo y, cuando vuelve a hablar, suena más tranquila.

—Lo único que te pido es que me dejes conocer a tu hermano. Porque te quiero y quiero conocer a tu familia, aunque no sea perfecta. —Ve que se le tensa la mandíbula y añade—: No me refiero a tu padre, sino a Gordon, y a tu madre, si es que alguna vez hay un momento seguro para eso.

Maia se sienta en el borde de la cama; dobla y vuelve a doblar la tela de su vestido. Kate se arrodilla a su lado, le aparta el pelo y le frota el cuello con la nariz.

Fuera la lluvia golpea la ventana y un contenedor recién vaciado baja con gran estrépito por el callejón.

—¿Cuánto tiempo necesitas para arreglarte? —le susurra Maia.

—Muy poco.

—De acuerdo. —Maia no está segura de a qué está accediendo, pero sabe que Kate se merece más.

Ella ya ha empezado a recogerse el pelo en un moño cuando desaparece en el cuarto de baño y, mientras se cambia ruidosamente de ropa, Maia la espera sentada, con el abrigo puesto. Se siente físicamente cansada por la discusión, pero cuando piensa en caminar hasta la estación de metro, se alegra de que Kate vaya a ir con ella. Ya se ocupará de su hermano y de la cena cuando llegue el momento.

Su hermana presenta a la mujer sólo como Kate. Y no sabe por qué, pero mientras están parados en la esquina decidiendo en qué ocupar la hora que falta hasta la cena y Maia se pelea con el paraguas para evitar que se vuelva del revés, Gordon intuye que probablemente son pareja. Su hermana nunca ha mencionado que saliera con un hombre, pero tampoco con una mujer. Se llevan nueve años y nunca ha sabido gran cosa de su vida. Sólo en los últimos meses esto ha empezado a cambiar. Ahora sabe que le gusta ver las series de hospitales para intentar diagnosticar al paciente antes de que lo hagan los médicos de la pantalla; que nunca ha tenido un descubierto en el banco, aunque ha acumulado veinte libras de multas en la biblioteca y le da vergüenza entrar a pagarlas; que va al trabajo todos los días en bicicleta, pero no puede correr porque tiene los tobillos débiles por los años que hizo ballet cuando era joven; que tiene una gata que se llama *Poppy*.

Maia lo mira a él y luego a Kate con el nerviosismo de quien acaba de presentar a dos personas y no está segura de lo que pueden estar pensando la una de la otra. Gordon decide que probablemente sea mejor suponer que son pareja y dejar que lo corrijan si se equivoca, y mientras caminan por Saint Martin's Lane hacia el museo en el que han decidido guarecerse de la lluvia, le pregunta a Kate:

—¿Cuánto tiempo lleváis juntas?

—Creo que siete años. ¿No, Maia?

Y se vuelve para mirarla y ella asiente ruborizándose.

Gordon se encoge de hombros.

—Siete años. Lo siento, creo que nunca he preguntado nada al respecto.

—No importa —dice Kate—. Mi hermano aún no conoce a Maia. Al menos en persona. Vive en Australia.

Gordon agradece que Kate intente quitarle hierro. Pero por segunda vez en el día tiene la sensación de estar enfrentándose con la persona que era en el pasado. Primero en el colegio con Lily, y después hace apenas unos meses, antes del accidente. Alguien en quien ni siquiera su propia hermana podía confiar.

Sus voces, incluso sus pasos, resuenan en las galerías del museo y él se pregunta si era el mejor lugar al que podían haber ido. Aunque Rob habla a menudo de arte con él, cuando Kate hace un comentario sobre la luz o la expresión de un rostro, a él no se le ocurre nada interesante que responder y se limita a murmurar. Maia está más callada que de costumbre, pero en un par de ocasiones ve entre las dos mujeres un pequeño gesto de intimidad —una mirada, cómo ambas se detienen ante un cuadro con los hombros rozándose — y se le cae el alma a los pies. No puede evitar sentirse excluido, justo ahora que empezaba a intimar con su hermana. Se quita de la cabeza ese pensamiento, sabiendo que no tiene derecho a sentir celos.

—Éste me gusta —dice, decidido a hacer un esfuerzo, y señala un Cézanne.

A Kate no parece importarle la sencillez de su afirmación.

—A mí también. Es uno de mis favoritos.

—Sí, transmite mucha energía —añade Gordon, y esta vez Maia se vuelve hacia él.

Sus miradas se encuentran apenas un instante, pero él capta algo indefinible, parecido al agradecimiento o la aprobación. Maia se permite relajarse por primera vez desde su encuentro.

Se detienen ante un cuadro terrorífico. Es un préstamo del Museo del Prado. Muestra a un hombre desnudo y con los ojos desorbitados que se come frenéticamente a un cuerpo pequeño, ensangrentado y sin cabeza que sostiene en las manos. Maia lo señala con un gesto.

—¿Te hace pensar en papá? —le pregunta en voz baja.

Gordon observa la obra de arte, deteniéndose en cada detalle, luego lee el rótulo que hay al lado. «*Saturno devorando a su hijo*, Francisco de Goya, 1820-1823.» Se le encoge el estómago. Se le remueven unas vísceras que no sabía que tenía y no puede seguir mirándolo.

Están en un restaurante italiano que queda cerca de la estación de metro, y los tres charlan de forma distendida mientras dan vueltas a los espaguetis con el tenedor. La atmósfera sólo cambia cuando deja de llover y Kate se disculpa para salir a fumar un cigarrillo.

—Lo siento —le dice Maia en cuanto ella se levanta de la mesa—, no debería haber dicho eso sobre ese cuadro y papá en el museo. Ha sido una estupidez.

Gordon parece sorprendido de que lo mencione y le quita importancia.

—Pero ¿es así como lo ves? ¿Crees que papá me ha devorado?

Suena tan vulnerable, tan sincero, que Maia lamenta una vez más no poder retirar sus palabras. Mira por la ventana el familiar perfil de Kate, apoyada en la pared. El extremo de su cigarrillo brilla en la oscuridad, primero cerca de su cara y luego a su lado, y el punto de luz roja rebota cuando sacude la ceniza con el índice. Maia no necesita la luz del día para rellenar huecos; conoce las uñas cortas y

limpias de Kate, cómo cierra los ojos justo antes de exhalar el humo. Nota la mirada de Gordon clavada en ella, esperando una respuesta, y se vuelve hacia él.

—No sé si «devorado» es la palabra adecuada. Pero sí te ha manipulado. De algún modo te premiaba por ser horrible con mamá, antes de que tuvieras la oportunidad de... no lo sé, de formar tu propia conciencia, supongo. —Se detiene un momento, sin saber si esto es lo que necesita oír su hermano, pero él sigue ahí sentado, como un animal atrapado en una trampa suplicando que lo deje salir, y decide continuar—: Así que te jodió. A él le traía sin cuidado que fueras tú mismo o no, sólo quería moldear a alguien que pudiera hacer daño a mamá.

Gordon baja la cabeza y los dos guardan silencio. El camarero se acerca y les pregunta si les gusta la comida. Ellos asienten y dicen que está buenísima mientras la pasta se solidifica en sus cuencos. Charlan un poco, pero es como si el cuadro siguiera con ellos, y de repente pierden el apetito por completo.

Maia ve que Kate apaga el cigarrillo con el zapato fuera y, en un intento de arreglar las cosas, dice:

—No eres sólo tú. Los dos le hemos fallado a mamá. Uno pensaría que a mi edad, con mi profesión, habría encontrado la manera de ayudarla, de resolver la situación. Pero cuando se trata de la familia es diferente. No entiendo que él tenga tanto poder sobre ella. —Ve a Kate acercarse a la mesa—. Y no entiendo por qué ella se queda, por qué vuelve siempre. Lo único que podemos hacer es estar ahí cuando nos necesite.

Kate se sienta.

—¿Va todo bien? —le pregunta, con el pelo más oscuro por donde debe de haberle caído agua del toldo.

—Sí. Estábamos hablando de papá. No hay tema mejor para aguar la fiesta.

Maia mira a Gordon en lugar de a Kate mientras habla, dándole a entender que están juntos en esto. Porque cada vez que piensa en su madre, todo su ser se estremece de remordimientos. Por no hacer lo suficiente. Por no ser una hija en la que Cora pueda confiar. Por no plantar cara a su padre ahora que es adulta, pues en cuanto está en su presencia vuelve a ser la niña de nueve años triste y asustada, y el viento sopla a través de ella. La medicina es lo único que tienen en común. El único tema seguro. Lo cual es un alivio, pero también una traición. Así que es más fácil no pensar demasiado. Vivir en la calma que sigue a los momentos de pánico absoluto, que llegan sin avisar y la dejan sin aliento, hasta que Kate la tranquiliza. Hasta que encuentra una forma de normalizar el hecho de que su madre siga en esa casa. Sin tener acceso directo a sus propios hijos, sin ni siquiera tener una llave para entrar y salir a su antojo.

Se saltan el postre y Kate pide la cuenta.

—Lo siento —le dice Gordon mientras Maia abre su cartera.

—He sido yo quien ha propuesto ir a cenar.

Sabe que hubo un tiempo en que él habría arrojado despreocupadamente una tarjeta de crédito sobre la mesa y que debe de ser doloroso no poder contribuir ahora.

Fuera, los tres se refugian en un portal del otro lado de la calle.

—Espero que esta conversación no haya sido demasiado para ti —le dice Maia a su hermano, buscando indicios en su rostro, pero

cualquier conexión que hayan podido establecer se ha perdido.

Él le rehúye la mirada, y se queda mirando a la gente a través de las ventanas del restaurante del que acaban de salir.

Seguramente le aterra volver a casa, piensa ella. Le deprime pensar en los tres en aquella casa, sentándose alrededor de esa mesa, sin rastro de alegría. Su madre ya se ha ido cuatro veces. La primera y la segunda vez, Maia pensó que era para siempre. Ha empezado a contar esos intentos, viendo que su único propósito es estar un paso más cerca del séptimo. Siete es el número mágico. Un talismán. Es el promedio de veces que una mujer intentará dejar a una pareja maltratadora antes de finalmente conseguirlo. Se lo había comentado a Kate una noche antes de dormir, y por el modo que tomó aire y le apretó la mano, sin decir nada, comprendió lo que estaba pensando: «Pero es un promedio. Habrá valores atípicos. Habrá quien nunca lo consiga o quien pierda la vida en el intento.» Y Maia sabe lo acientífica e irracional que es su forma de razonar cuando se trata de su familia.

—Bueno, adiós —se despide Gordon.

Pero Maia no está preparada para separarse. Necesita arrancarle algún tipo de garantía.

—Gordón, tú... —Lo llama por su nombre para llamar su atención —. No le contarás esto a papá, ¿verdad?

—¿Contar qué? —replica él, y ella se da cuenta de que no la está oyendo.

—Que Kate y yo...

—Ella prefiere que tu padre no sepa que es homosexual —añade Kate cansinamente.

—Sí, claro. Ni una palabra.

Gordon vuelve a fijarse en la pareja de la ventana, en la copa de vino en la mano de la mujer, cuyo líquido aterciopelado cae hacia el borde cuando la inclina para beber. Maia está diciéndole algo, y él sabe que está dándole las gracias por la agradable velada e insistiendo en que deberían verse más a menudo, pero mentalmente ya está alejándose por la calle.

Se despiden en la estación de metro de Leicester Square y Gordon continúa andando por la acera. Hay mucha gente, pero él no la ve. Tiene los ojos fijos en los rótulos de las tiendas y la mente en el rojo aterciopelado del vino de la mujer. Ya puede paladearlo, disfrutar de su aroma mientras se imagina descorchando la botella que va a comprar.

Al final encuentra una tienda en la esquina y ve la luz blanca del interior. Recorre los pasillos con la atención de un perro rastreador, esquivando a los demás clientes como si fueran obstáculos inanimados. Por fin encuentra lo que busca. Hileras de merlot, shiraz, pinot noir, malbec. Gordon elige un cabernet sauvignon barato y siente un alivio instantáneo al tener en la mano la botella, con la pulcra etiqueta, el contenido oscuro y prometedor. Quiere sumergirse en él, consumirlo y dejar que el vino lo consuma.

Cuando se acerca a la caja lo ve, justo en el estante de detrás: Gordon's. Ese vidrio verde tan familiar. Ese nombre en letra cursiva diciendo: «Es tuyo.» Y que ahora también dice: «Lily.» Y «abogada», y «agresión», y lo mal que se ha sentido hoy cuando le contaba a Rob esa noche y sus secuelas. Y más tarde, al descubrir que su propia hermana no ha confiado en él. «Oh, no», piensa, y está deseando alejarse de esa botella, de ese nombre, de su nombre, del cabernet sauvignon tinto y del error que ha estado a punto de

cometer. Vuelve a dejar el vino en un estante cercano, entre bolsas de patatas fritas gigantes. Luego da media vuelta y sale precipitadamente de la tienda.

Alguien lo llama. Levanta las manos vacías hacia quienquiera que se ha quedado mirándolo en la acera y echa a correr.

Siete años después

2022

Bear

Pearl cava en la tierra seca con una pequeña paleta, y cuando considera que el hoyo es lo bastante grande, deja la herramienta a un lado y construye un entramado con ramitas, seleccionando las que tienen la longitud exacta para cubrirlo. Lleva una pequeña regadera azul al grifo exterior que hay detrás de la casa. Le llega la voz de su madre desde la cocina, preguntándole si necesita ayuda, y ella agarra la rígida palanca metálica mientras responde:

—No hace falta. Ya puedo.

Sonríe. Orgullosa porque, como la mayoría de las cosas, ya puede hacerlo. Vuelve al hoyo del césped con la regadera y echa un chorrito de agua sobre su obra, y observa cómo la tierra se oscurece y las ramitas se colocan un poco mejor. Luego se acuclilla, ensuciándose de barro el bajo del vestido. Coge tres hojas brillantes que ha arrancado poco antes del laurel y las deja sobre las ramitas para ocultar el hoyo. Un escondrijo perfecto para bichos y cochinillas. Mañana mirará si ha llegado alguno. Mientras tanto recorre el césped comprobando las guaridas que ha creado en los días anteriores y levanta una hoja en cada una muy despacio, con cuidado de no asustar a las criaturas con una repentina ráfaga de luz.

Lily la vigila por la ventana mientras dobla la ropa limpia y la deja en la cesta. Ve muchos rasgos de Bear en ella. En su independencia, en su pasión por hurgar en la tierra, en su bondad. Durante el confinamiento, mientras ella se dedicaba a catalogar los libros electrónicos de la biblioteca, Bear se había ocupado de los estudios de Pearl, y leían sólo por encima las tareas que sus profesores le ponían por internet para centrarse en cuestiones prácticas. En la colina que había frente a su casa, levantaron los adoquines para buscar tesoros debajo de ellos. Y practicaron las sumas y las restas con dinero romano. Lily oía a Pearl intentando pronunciar los nombres en latín: *aureus*, *denarius*, *quinarius*, y riéndose con Bear de un emperador que había acuñado trece monedas diferentes con su efigie en un solo año de reinado.

—¿Hacemos monedas con nuestras caras? —preguntaba—. ¡Incluso más que Quieto!

Más tarde, cuando el trabajo de Bear en el museo se volvió online, Pearl y él transmitieron sus aventuras arqueológicas en *streaming* a la comunidad de educadores en casa y los animaron a enterrar sus propias cápsulas del tiempo.

Lily había disfrutado de aquellos días. Los tres siempre juntos y fuera de peligro. Una red protectora se extendía alrededor de su casa. Justo antes de la puesta de sol, se aventuraban a salir.

—¡Acordaos de las mascarillas! —les recordaba Pearl, con la esperanza de que pararan en la cafetería que servía helados a través de una ventana abierta.

Y en medio de la silenciosa belleza del mundo, pedaleaban por el centro de las carreteras sin coches, sintiendo la uniformidad del

asfalto bajo las ruedas de sus bicicletas. Pearl iba sentada en el manillar de Lily.

—¡Más rápido, mamá, más rápido! —gritaba mientras Bear chillaba a su lado y las gaviotas graznaban sobre sus cabezas.

Días felices. Días en los que, alrededor de los límites del miedo, brillaba una extraña sensación de novedad y libertad.

Era jueves cuando ocurrió. Un día corriente, cuya agenda estuvo marcada por el golpeteo nocturno del depósito del agua fría del desván.

—Lo arreglaré hoy mismo —dijo Bear pensando en voz alta cuando la luz del sol se filtró por fin a través de los visillos de las cortinas.

Se sentó en la cama y repasó mentalmente las soluciones que había encontrado en un foro de fontanería a principios de semana. Instalar deflectores dentro del depósito, cambiar los diafragmas o bien, y ésta era la opción que él prefería, colocar un flotador de bola más grande.

—Podríamos llamar a un operario —le había sugerido Lily.

—¿Por qué arriesgarse? Además, puedo llevarme a Pearl; le gustará deambular por ahí arriba.

La preocupación por las vigas sin fijar que había cerca del alero o el enorme agujero de la trampilla abierta del desván cruzó fugazmente la mente de Lily. Pero se había metido en la cama contenta al pensar que Pearl estaría con Bear. Charlotte, la mujer de Bees, le había contado que un día, al recorrer con una cesta los amplios pasillos del supermercado de lujo de la ciudad, se había sentido protegida, como si no pudiera ocurrirle nada malo mientras

estuviera dentro de su espaciosa arquitectura, rodeada de sus productos cuidadosamente colocados.

—Así es como me siento yo cuando estoy con Bear —le confesó Lily; las palabras se formaron antes de que tuviera la oportunidad de pensar en ellas.

Charlotte se rió.

—¡Qué suerte tienes! No se lo digas a Bees, pero yo voy a tener que seguir yendo a Waitrose para conseguir mi dosis de seguridad.

Lily se sintió avergonzada de lo estereotipada que podía parecer su visión de un hombre.

—Creo que es por todos esos años que estuvo excavando en el extranjero. Supongo que acabas haciéndolo todo por ti mismo cuando pasas tanto tiempo en medio de la nada —dijo, aunque mientras pronunciaba estas palabras se dio cuenta de que no era eso en absoluto, sino lo mucho que él había cambiado después del atentado de París.

Charlotte asintió, y el pelo oscuro le rozó la mandíbula.

—Sí, es verdad. Tenerlo cerca resulta curiosamente tranquilizador. A ti también, claro, pero ya me entiendes.

Arriba en el desván, Bear y Pearl levantan entre los dos la tapa del depósito.

—¿La tienes? —le pregunta él.

La niña se acerca para agarrarla por uno de los lados y juntos la apoyan contra las vigas, mientras las gotas de condensación empapan el polvoriento suelo de aglomerado.

—Desde aquí puedo ver el jardín de la señora Greene —comenta Pearl, poniéndose de puntillas para mirar por la pequeña ventana llena de telarañas de la pared de la fachada.

Bear sumerge las manos en el agua y aprieta la llave inglesa alrededor de una tuerca de latón.

—¿Qué tal están sus judías verdes?

—Altas. Parecen bastante altas. Su tutor es más grande que el nuestro.

—¿Qué crees, que las cañas más altas animan a las judías a trepar o las ha puesto porque se han quedado pequeñas las más cortas?

—No estoy segura —responde Pearl, con la cara pegada al cristal polvoriento—. Pero me gustaría conocer su secreto.

Bear sonríe para sus adentros: le encanta oír a su hija adoptar frases de adultos.

Mientras trabaja, la niña ordena una pila de cuentos viejos.

—No recuerdo ninguno. ¿Los guardas por si viene otro bebé? —le pregunta mientras pasa páginas de tela gruesa y se detiene a mirar un círculo en el que ve reflejada su cara.

—No. Más bien para que, cuando seamos viejos, nos acordemos de que te los leíamos —contesta Bear mientras ajusta el brazo metálico del nuevo flotador—. Ya está. ¿Me ayudas a poner de nuevo la tapa?

Ella deja el libro a un lado y se levanta.

—¿Por qué se necesita una tapa?

—Para que no se cuelen los ratones.

—¿Hay ratones aquí arriba? —La niña mira hacia el alero mientras vuelven a colocar la tapa de plástico en su sitio.

—No, pero por si acaso —responde él llevándose una mano a la cara al sentir un ligero cosquilleo en la piel—. ¡Mierda!

Pearl se tapa la boca riéndose.

—¡Cincuenta peniques!

—Creo que me ha picado algo.

Aun antes de terminar la frase, Bear nota cómo se le empieza a hinchar el pliegue entre la nariz y la mejilla.

Pearl lo examina a través de la penumbra.

—Uf, ya veo dónde te ha picado. ¿Te duele, papá?

Él se aprieta con un dedo la piel cada vez más tirante.

—Sólo un poco. Pero no es nada. Espero que no tengamos un avispero aquí arriba —comenta mirando a su alrededor—. Aunque estoy seguro de que lo habríamos oído. Puede que nos haya seguido alguna. —Se fija en el montón de cuentos que ha dejado Pearl—. Vamos a ordenarlos y a elegir algunos para llevárnoslos.

Se entretienen demasiado leyendo. Ha pasado media hora cuando Pearl coge *La pequeña oruga glotona* y declara que, si quisiera convertirse en una mariposa, empezaría sin duda por un helado. Le pregunta a Bear qué elegiría primero, y cuando él le responde que una sandía, se da cuenta de que la voz le ha sonado ronca. Que tiene algo raro en la garganta. Pasa las últimas páginas a toda velocidad y ordena el montón de cuentos.

—Vamos a bajar. Aquí tienes el ascensor de bombero —le dice a Pearl mientras se la sube al hombro y sortea los peldaños metálicos agarrándose con sólo una mano.

Ella vuelve a reírse y él se tranquiliza al ver que ella no ha notado sus prisas, que no se da cuenta de la rapidez con que la ha dejado en la alfombra y ha vuelto a colocar la escalera, ni de la destreza con que ha empujado la trampilla hasta encajarla en su sitio. Pero por dentro el corazón se le acelera, y se nota la cara más hinchada y la lengua más gruesa mientras se mueve por el rellano. Desenchufa el iPad de su despacho y le hace un gesto a Pearl para que vaya a su

habitación. Una vez allí, toca el icono de una televisión infantil y la niña se queda encantada de ver dibujos animados antes de que se haga de noche. Incluso antes de cenar.

Él se siente mareado, pero sólo tiene que disimular hasta estar lo bastante lejos de Pearl. Baja las escaleras a trompicones, agarrándose a la barandilla. ¿Dónde está Lily? ¿En el jardín? ¿En la cocina? Se asoma a la sala de estar vacía y la llama por su nombre. Pero las palabras se le pierden en la garganta y la lengua, que se le hinchan por momentos como masa fermentada. Mientras se deja caer en el sofá, golpea la mesa de centro con la mano cerrada. Una, dos veces...

Y Lily aparece en la puerta.

—¿Bear? ¿Eres tú?

Vestido blanco, pelo oscuro, labios que se mueven con palabras que él no puede descifrar. Se arrodilla junto al sofá, intenta hacerle hablar y entender lo que está viendo.

—¡Pearl! ¿Pearl? ¿Sabes lo que le pasa a papá?

Bear le agarra la muñeca y sacude la cabeza, pero es demasiado tarde. Pearl ya está en las escaleras, asomando la carita entre los balaustres de madera, demasiado asustada para acercarse más.

—Perdona, no lo he pensado —se disculpa Lily mirando a Bear.

Él le suelta el brazo y parpadea, como diciendo: «No pasa nada, ya no hay nada que hacer.»

Lily suaviza el tono y se vuelve hacia la niña.

—¿Sabes qué es lo que ha pasado? Estabas con él en el desván.

—Hemos estado leyendo cuentos —responde la niña con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿no ha pasado nada? —Se fija en la cara hinchada de Bear y se la toca con una mano—. ¿No se ha hecho daño con nada?

A Pearl le tiembla el labio inferior. Asiente.

—Una avispa.

Y Lily tiene segundos para realizar un truco de magia. Segundos para evitar lo que ya es inevitable. Aunque no tiene un sombrero de mago del que sacar un elixir salvavidas ni una varita mágica que agitar.

Pero los segundos pasan. Y sólo siguen unos minutos frenéticos de incredulidad en los que aferrarse a la esperanza como a una balsa salvavidas agujereada. Minutos en los que se insufla aire en una garganta cerrada; minutos en los que unos dedos pequeños y con hoyuelos teclean concienzudamente los dígitos 9-9-9 en el teléfono de su madre; minutos en los que se hacen tratos con un Dios desconocido; minutos en los que los paramédicos se deslizan hacia ellos bajo un pasadizo de luces azules, creyendo que todavía hay alguien a quien salvar.

Horas —o tal vez toda una vida— después, Lily y Pearl regresan a una casa sumida en la oscuridad. El ruido de la llave en la cerradura les resulta extraño. Y la luz del pasillo cuando la encienden las deslumbra.

Un silencio terrible se cuela en cada rincón de cada habitación y se queda allí durante días. Sus voces se pierden en él. Sus palabras salen como esponjas que se lanzan contra una roca, rebotan y caen al suelo sin esperanza de atravesarla. Se mueven por la casa como criaturas perdidas en el bosque. Se aferran la una a la otra sin

separarse ni para ir al cuarto de baño o buscar un vaso de agua, un pañuelo olvidado, algo que han dejado en la habitación de al lado; se mueven como una sola, sin querer perderse de vista.

Siguiendo las directrices del gobierno, sólo se reúnen con la familia al aire libre. Unos días antes del funeral se sientan en el paseo marítimo con Bees y Charlotte, y se quedan mirando al mar.

—Coge una, mamá —le dice Pearl tendiéndole el cucurucho de patatas fritas.

El picor del vinagre en la garganta hace toser a Lily y una mujer que pasa se sube la mascarilla de forma ostensible. Se quedan mirando la espalda ancha y acolchada de la mujer que se aleja tranquila en su convencimiento de que el virus es el único riesgo.

—Más le valdría fijarse en lo desigual del enlosado —dice Charlotte.

—Calla —replica Maia—, no vayas a gafarla.

Lily suelta una risita, un sonido culpable que se contagia a las demás, y se convierte en una especie de graznido, de aullido, de bramido que hace que les tiemblen los hombros y se les salten las lágrimas, y ríen hasta que no pueden más. Y esta parte, al menos, Pearl la entiende.

De nuevo en casa, se sientan en el sofá y Pearl apoya la mejilla en el cojín de debajo.

—¿Es aquí donde murió papá?

Sabe que sí, pero necesita que Lily lo diga en voz alta. Una y otra vez. Como si sólo pudiera volverse creíble al oírselo repetir.

Hacen rompecabezas, construyen torres de LEGO, leen cuentos, y con cada pieza que colocan, cada bloque que apilan, cada página que pasan, Lily siente la ausencia de Bear. Un día se dedican a hacer

bollos, y mientras cortan la gruesa masa con el molde, Lily se asombra de que Bear pueda estar muerto y ellas sigan aquí haciendo repostería. Que la tierra siga girando. Que ella siga funcionando.

—¿Papá siempre estará muerto? —le pregunta Pearl.

—Sí.

Y la palabra cae como una piedra al agua.

Pearl duerme en la gran cama de matrimonio, y Lily va al cuarto de baño con cuidado de no despertarla y se pasa toda la noche allí, llorando con la cara entre las manos, viendo cómo la luz de las farolas entra por la ventana e ilumina sus cepillos de dientes. El de Bear ya está tieso de no usarlo. Ella lo enjuaga, queriendo devolverle la vida. Pero al instante se da cuenta de que ha borrado lo que hacía que mereciera la pena conservarlo y lo tira a la papelera. De los catorce a los treinta y tres. Pero no es, no ha sido, suficiente. Quiere envejecer con él. Quiere sentir sus brazos alrededor de ella. Quiere hundir la cara en la piel caliente de su cuello con olor a galletas.

Cora ha pasado los últimos días visitando los jardines donde antes trabajaba. Los dueños le han dejado su antigua llave. Se ha arrodillado junto a las peonías y llorado sobre la tierra, y ha observado cómo el apretado nudo de sus pétalos se aflojaba un poco cada día, deseando que se abran en el momento justo. Que echen la cabeza hacia atrás y, en su máximo esplendor, canten durante la mañana en que su hijo deja este mundo. La mañana en que su hermoso cuerpo se convierte en polvo.

Ahora, al bajar del coche, la saluda el coro del amanecer. Entra en los jardines por la verja que chirría, recorre los senderos de grava y cruza el césped del huerto, cubierto de rocío. Y encuentra las peonías en su punto. Exuberantes. Incondicionales. Igual que Bear. Baja la cara y hunde la nariz en ellas, y deja que le acaricien las mejillas con los pétalos. Se le empapan los pantalones hasta las rodillas. Cuando le parece que ha estado suficiente tiempo así —¿qué es suficiente tiempo?—, se yergue. Saca del bolso sus tijeras favoritas. Está acostumbrada a las podas severas, pero nunca ha cultivado flores para cortarlas. Se detiene ante las primeras y estira el cuello para evaluar cada espécimen desde todos los ángulos. Finalmente elige una. La primera no será la mejor, piensa, pero aun así será buena. Apoya la base de la cabeza entre dos dedos y, con la otra mano, coloca las cuchillas más abajo del tallo y corta.

En el funeral se mantiene el distanciamiento social, los dolientes continúan aislados en sus burbujas y el número de asistentes es limitado.

Cora tiene a Mehri, pero no puede tocar a su nieta, no puede cruzar el vacío para abrazar a Lily. De modo que se quedan de pie en el aparcamiento, ahogando los sollozos con las mascarillas y manteniendo una separación de dos metros. Las palabras de consuelo parecen caer a medio camino.

A través de las ventanillas del coche fúnebre, alcanza a ver el ramo de peonías, hortensias y eucalipto que adorna el ataúd de Bear. Las flores están preciosas, tal como esperaba. Pero ya no queda rastro de la intimidad de los días pasó cuidándolas,

llevándolas a la floristería y, ya de mañana, sentada en la puerta de su casa, hablándoles en susurros antes de que el pueblo despertara.

Una vez dentro, se sientan separados. La capilla, las palabras, los movimientos de los asistentes van a ser retransmitidos en directo para que personas que Cora no conoce —los amigos de Bear, sus colegas del museo, contactos de todo el mundo— puedan sentarse ante la pantalla de su ordenador y mirar. Mirar su dolor. Espera que la imagen sea demasiado borrosa para captar cómo le tiembla la espalda a Bees durante la ceremonia; que la calidad del sonido sea demasiado pobre para reproducir el débil gemido animal que brota de los labios de Pearl cuando corren la cortina alrededor del ataúd. Mientras lee, Cora levanta la vista y ve el ojo intruso de la cámara. Confunde las palabras, pero no le importa que se den cuenta. En un arrebato de rabia, espera que eso haga que se sientan incómodos, que haga que miren hacia otro lado. Aunque nada de esto sea culpa de ellos.

—Es como si no tuviera nada —le explica Maia a Lily una noche por teléfono—. Él estaba allí y ya no está, y no me entra en la cabeza. La falta de... todo lo que hay entre medio.

No es lógico ni generoso, pero a veces Lily se resiste a reconocer lo que cualquier otra persona significó para Bear, por temor a que Pearl y ella se queden con aún menos de lo que tienen. No obstante, se descubre diciendo:

—¿Te contó alguna vez el sueño recurrente que tenía?

—Creo que no. ¿Qué sueño?

—Sobre ti. Lo tenía desde que se fue de casa.

—Ah.

Lily se da cuenta de que Maia no sabe de qué le habla. Se la imagina en su sala de estar, con los ojos hinchados, deseando aferrarse a algo. Y ella puede dárselo. Así que respira hondo.

—En el sueño, él se estaba muriendo...

—Lo siento... no estoy segura de poder oír esto ahora. Pensaba que sería algo bonito.

—Sé que no lo parece, pero creo que te gustará saberlo, Bees. Creo que podría ayudar.

Lily oye a Maia respirar hondo y sabe que está llorando de nuevo. Pero no vuelve a hablar y ella continúa.

—En el sueño siempre pasaba lo mismo. Él no estaba seguro de la causa, pero sabía que se moría, y estaba aterrado y solo. Y de pronto te veía allí. Empujándolo en un columpio o soplándole frases en una obra de teatro del colegio. Esa parte variaba, pero siempre acababa igual. En una carrera de velocidad en el colegio. Él estaba ganando, pero no quería. Tenía miedo de llegar a la meta, pues sabía que habría una cinta blanca, y que cuando la rompiera con el pecho, eso sería todo. Pero entonces aparecías tú entre la multitud. Decía que siempre se sentía muy feliz y aliviado al verte. Corría hacia atrás para intentar mantenerse a tu altura, pero, por más que se esforzara, se veía impulsado hacia la cinta de todos modos. Pero ya no tenía miedo. Me lo contó porque yo estaba harta de que tirara del edredón y me destapara. Yo siempre me quedaba totalmente desvelada luego, y él en cambio volvía a dormirse como un bendito. Dijo que para él siempre había sido así: que tú estabas ahí y lo hacías sentir seguro y querido.

—Ya —murmura Bees, con voz débil y temblorosa. Lily la oye respirar—. Gracias —dice por fin.

—Debería habértelo dicho antes. Pero tal vez me habría gustado ser la persona que lo consolara así. No he dejado de preguntarme si estabas ahí también cuando se murió de verdad.

Lily no sabe por qué sigue teniendo el teléfono de Bear cargado en su mesilla de noche. Tal vez por los mensajes o correos electrónicos que llegan de vez en cuando de alguien que ella no conoce y el breve momento que le permite imaginar que, en otra vida, si las cosas hubieran sido diferentes, él podría estar aquí para leerlos con sus propios ojos y teclear una respuesta con sus propios dedos. Pero un día suena, un ruido inesperado que hace que Lily y Pearl se detengan y levanten la vista de su rompecabezas. Corren escaleras arriba, desesperadas por llegar antes de que deje de sonar. Pearl se tira sobre la cama mientras Lily pulsa el botón verde para contestar.

Hay un hombre al otro lado de la línea.

—¿Puedo hablar con Bear, por favor?

Un momento de silencio, shock al oír la noticia. Cierta incomodidad cuando el hombre vuelve a hablar. Lo siente mucho. Lamenta oír la noticia. Llama con motivo del coche eléctrico que su marido encargó el año pasado. ¿Ella no lo sabía? La pandemia ha afectado la producción, pero por fin está listo para la entrega. Ya está pagado en su totalidad.

Mientras el hombre habla, Lily se imagina a Bear revisando su cuenta bancaria y apartando una cantidad para el primer coche de la familia. Vivían tan cerca de la ciudad y de la estación que no lo

necesitaban, pero ella siempre había querido uno. Quería conducir por el campo escuchando música. Ir de vacaciones sin tener que hacer el último tramo del viaje en un taxi. Visitar a sus padres y a Cora sin tener que pensar en los horarios de los trenes. Se imagina a Bear investigando en internet. Lo imagina en la sala de exposiciones del concesionario, su apuesto marido, haciendo algo bonito por ella en un día corriente, antes de que el mundo se apagara. ¿Dónde estaba ella entonces? Tal vez caminando por el paseo marítimo, o en la biblioteca. Y había continuado con su vida, ajena a este regalo especial. Ajena a lo que es tener en tu vida a una persona así, que planeará sorpresas e intentará ponerte alas.

—¡Pregúntale de qué color es, mamá! —exclama Pearl, que ha estado escuchando con la sien apoyada en la de su madre.

El hombre la oye.

—Negro.

El que Lily habría elegido.

Ya es 2022. Han pasado dos años desde que murió Bear. Y Pearl, la hija que tuvo con Lily, tiene seis años.

—Cuéntame la historia de... —le pide a su madre, y ella le contará algún cuento protagonizado por su magnífico padre.

Le preocupa estar convirtiéndolo en un dios mítico, una criatura demasiado buena para haber pisado esta tierra. Pero no puede empequeñecerlo ni restarle brillo.

—Tuvimos suerte, ¿verdad, mamá? —le dice la niña, y Lily asiente.

Pearl sale un día con Maia y se encuentran con una pareja de ancianos con un cachorro de perro. Éste se abalanza sobre las hojas que se arremolinan con el viento y cae sobre sus propias patas, se persigue la cola, y apenas puede concentrarse en algo antes de deleitarse con lo siguiente. Maia les pregunta si pueden acariciarlo y, mientras los adultos hablan por encima de su cabeza, toca las aterciopeladas orejas del perro, que le aprieta el morro en la pierna, queriendo acercarse aún más de lo que ya está. Capta fragmentos de la conversación: que los perros no necesitan vivir tanto como los humanos, simplemente tienen un don especial para disfrutar de la vida. Como si estuviéramos en la tierra para obtener cierta cantidad de felicidad y una vez concluido el trabajo pudiéramos irnos.

—¿Eso es lo que hizo papá, Bees? —le pregunta Pearl mientras se alejan.

A Maia se le corta la respiración y siente un escozor en los ojos.

—Más o menos —responde, y siente cómo los dedos de Pearl se deslizan en la palma de su mano hasta entrelazarse con los suyos.

—Me alegro de que seas tan seria —le dice la niña apretándole la mano.

Y Maia entiende lo que quiere decir: que necesita que el resto de su familia se quede más tiempo.

—No te preocupes, no voy a irme a ninguna parte.

Y sonríe pensando en su hermano pequeño. Recordando que ella siempre ha estado a la sombra de su entusiasmo, de su don para hacer que todo sea especial. Ése ha sido su privilegio. Y ahora mira lo que él les ha dejado. Una bonita y valiosa perla. Pearl.

—Cuéntame la historia de mi nombre —le pide Pearl, sentada con las piernas cruzadas encima del escurridor del fregadero mientras lavan los platos juntas.

Y Lily se la cuenta. Bear quería que pensaran en cómo encajar sus propios nombres con el de esta nueva persona que los completaría.

—¡Ya lo sé! —había exclamado, entusiasmado—. Entre animal, vegetal y mineral, tiene que ser nombre de mineral.

Lily había buscado una lista en su teléfono. Jade, Rubí, Ópalo, Esmeralda, Cristal; fue leyendo en voz alta los nombres hasta... Perla. Se llamaría Pearl.

—Pearl —repitió él probando a ver cómo sonaba.

—Pero aquí pone que una perla no es propiamente un mineral. —Y entonces Lily había leído en voz alta la explicación—. Aunque está compuesta de un mineral, su origen orgánico la excluye de ser oficialmente uno.

—Por lo mismo, un lirio tampoco es oficialmente un vegetal —respondió él riendo—. Es más bien *materia* vegetal.

Hace poco Lily y Pearl han empezado a jugar juntas a las adivinanzas. Primera pregunta: ¿es animal, vegetal o mineral? Pearl intenta acotar lo que está pensando su madre, pero cuando le toca a ella dar pistas, siempre responde de la misma forma a la primera pregunta: «animal». Lily discurre preguntas que la lleven por un camino tortuoso a la respuesta que ya conoce.

—¿Es... papá? —acaba preguntando, y ella sonríe satisfecha.

Los días de colegio son largos y Pearl sale agotada. Lejos de las puertas, le pide a su madre que la lleve a cuestas, e incluso después de un turno en la biblioteca, Lily sube la colina con el cálido cuerpo de su hija sobre la espalda y la fiambrera vacía que le golpea

ligeramente el costado. Le arde la cadera bajo el peso de ambas, pero éste hace que se sienta más viva y aleja el estupor de la pena.

Están pensando en tener un gato.

—Pero no en lugar de papá —aclara Pearl cuando se lo cuenta a su abuela.

Y ésta asiente con aprobación al enterarse de que van a volver a introducir una criatura en sus vidas para mantener la trinidad animal, vegetal y mineral. Que hay fortaleza detrás de la decisión de no tambalearse para siempre sin esa energía animal en sus vidas. Bear se sentiría muy orgulloso.

Maia tuvo noticias de él durante el primer confinamiento, antes de que Bear muriera, cuando las aceras y las ventanas todavía estaban cubiertas de arco iris dibujados a mano y todos los jueves a las ocho de la tarde se abrían las puertas de las casas para aplaudir a los profesionales de la salud que cuidaban de los enfermos. Su carta llegó entre facturas y un volante de reparto de pizzas.

No reconoció su letra, porque había adquirido el temblor propio de la edad o bien porque la había borrado de algún archivo mental del pasado. De modo que empezó a leer sin caer en la cuenta de dónde procedían las páginas manuscritas.

Querida Maia:

Espero que cuando leas estas líneas estés bien. Puede que no te acuerdes, o que ni siquiera fueras tú, pero hace

años, es posible que en 2009, nos vimos en un atasco de tráfico. Me quedé convencido de que eras tú y creo que tú también me reconociste. He pensado en ti a menudo desde entonces y he querido escribirte en muchas ocasiones, pero al final me resistía a entrometerme por respeto a la nueva vida que seguramente has construido. De alguna manera, la pandemia ha cambiado las cosas. A mis setenta y tantos años, con la muerte acechando en cada puerta, es mayor la conciencia de que el tiempo no es infinito. De que el contacto tendría que ser ahora o nunca...

Dobló la carta y volvió a meterla en el sobre como si su contenido pudiera saltar del papel a su mente si no la guardaba lo bastante rápido. La llevó en el bolso durante días, sintiendo la sombra de su padre rozándole el hombro mientras decidía qué hacer. Se preguntó cómo habría averiguado su dirección; hacía años que ella no tenía contacto con sus abuelos paternos.

Una tarde archivó los expedientes de sus pacientes antes de hora y bajó a la playa de guijarros para sentarse al abrigo de un espigón de madera. Volvió a sacar la hoja, consciente de tener entre los dedos el papel que él también había sostenido. Miró al cielo, esperando que la brisa marina la purificara de todo aquello, pero sólo notó el peso del salitre en el aire. De mala gana, bajó la vista y empezó a leer.

Cuando terminó, se apoyó en el espigón.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando Charlotte apareció en la playa y se sentó a su lado.

—He recibido una carta de mi padre —le anunció dando la vuelta a la esquina del sobre—. Fue a él a quien vi aquel día en el atasco.

Charlotte deslizaba sus largos dedos por los guijarros.

—Parece que pretende hacer las paces. Y renovar mi fe en la humanidad. En nuestra capacidad para cambiar.

Maia soltó una breve carcajada.

—¿Crees que ha cambiado?

—Es posible. Al salir de la cárcel estuvo colaborando con una organización benéfica contra la violencia doméstica. Y acabó trabajando para ellos. Seguro que se le daba bien; en realidad era un buen médico antes de lo que ocurrió, mamá siempre lo ha dicho. Mejor médico que marido.

Charlotte miraba hacia el mar, pero Maia sabía que tenía su atención puesta en ella. Tenía el don de saber cuándo debía esperar en lugar de hacer preguntas.

—Parece ser que tengo una media hermana. Resulta que él tuvo una nueva relación. Una normal, según él. Ya no. Pero sólo porque se desenamoraron, dice, y no por algo más siniestro. Aunque no parece que la hija tenga mucho contacto con él. Tiene diecisiete años.

—Dios mío. Una hermana. Nunca lo había pensado.

—Yo tampoco. —Y al cabo de un rato Maia añadió—: En la carta me pide disculpas. También a mamá y a Bear, si quiero transmitírselas.

—¿Lo harás?

—No estoy segura de que les hiciera ningún bien, aparte de remover sentimientos dolorosos.

Guardaron silencio hasta que Charlotte finalmente le preguntó:

—¿Vas a contestarle?

—No lo sé. Creo que voy a quedarme un rato más aquí sentada a ver si encuentro la respuesta.

—De acuerdo. —Charlotte se levantó y se estiró los pantalones—. Estaré en casa. ¿Te espero para cenar?

Maia alzó la vista y entornó los ojos al notar el sol bajo del atardecer.

—Sí, a las siete.

Y Charlotte le apretó el hombro y se alejó por la playa.

Maia contempló la puesta de sol. Las olas rompían cada vez más cerca, alcanzaban un tramo de guijarros y a continuación avanzaban hacia el siguiente. Cuando estaban a pocos metros de distancia, se quitó los zapatos, los dejó en un poste desgastado y se adentró en el mar de Brighton sintiendo cómo el agua helada le mordía la piel. Cuando le llegaba a la altura de los muslos y empezó a pegársele el vestido, sacó la carta de su sobre y la extendió sobre la superficie del agua, y se quedó mirando cómo la tinta se diluía hasta que en sus manos sólo quedó papel manchado y desintegrado. Le habría gustado que tardara unos minutos, pero bastaron unos pocos segundos. Hizo una bola con los restos, se dio la vuelta y regresó a la orilla clavándose los guijarros en las plantas de los pies. Cuando tiró la masa mojada en una papelera del paseo marítimo, golpeó el metal con un ruido sordo. Luego se sentó en un banco para ponerse los zapatos y volvió a su vida con Charlotte, dejando al padre que una vez tuvo con la suya.

Cora ha envejecido tras la pérdida de Bear. Por no haber podido despedirse. También por haber estado separada de Pearl y Lily en esos momentos de dolor. Pero al igual que la última vez, cuando Vihaan fue asesinado y Gordon encarcelado, es Mehri quien ha estado allí para sostenerla. Mehri, con quien ríe y llora en la oscuridad. Es Mehri quien, cuando la vida empieza a abrirse de nuevo, la conduce suavemente hacia la luz, como a una criatura que sale de la hibernación. La sangre le corre más fría y lenta por las venas, pero aun así tiene la sensación de haber sobrevivido.

Una noche, cuando llega a casa de Mehri, se quedan hablando en la cocina y Cora oye voces masculinas, y se da cuenta de que alguien está con Roland en la sala de estar, situada al final del pasillo.

—¿Quién hay?

Mehri le dice que es un amigo de Roland, Felix, que ha acudido de improviso para prestarle una aguja para su tocadiscos.

—¿Te refieres al hombre con el que salí un día?

—¿Salisteis? —repite Mehri mientras Cora la hace callar—. ¡Ah, sí! Dios mío, ¿cuánto hace de eso? ¿Veinte años? —exclama negando con la cabeza con incredulidad.

Ella sabe que han coincidido por pura casualidad, pero aun así se siente incómoda cuando asoma la cabeza por la puerta de la sala de estar para saludar.

—Cora, ¿verdad? —le dice Felix—. Me alegro de volver a verte.

Su sonrisa es instantánea y genuina, y nada en sus modales parece sugerir que guarde algún resentimiento o recuerdo contra ella por el hecho de que no quisiera llevar las cosas más lejos. Tiene un rostro amable, aunque a Cora le sorprende encontrarlo tan

mayor. Luego se recuerda que ella también ha envejecido; ambos rondan los setenta.

—Vamos a preparar la cena. ¿Comerás con nosotros, Felix? —le pregunta Mehri.

Entre los cuatro improvisan una comida con el crepitar del vinilo de fondo: Mehri y Roland trajinan por la cocina mientras Cora y Felix cortan verduras en la mesa.

Cora le habla de Pearl, de que cada semana coge el tren a Brighton para estar con ella.

—Y hacemos pan. Le gusta hundir los dedos en la masa y darle forma de animales. Gatos sobre todo. Acaban de regalarle un gatito.

—Los gatos eran mi especialidad. Ahora estoy jubilado.

—Ah, es verdad.

Cora no se acordaba de que él era veterinario.

—Me divertía enterarme de los nombres que les ponían los dueños. Siempre me hacía gracia que eligieran algo que sonara humano. Como *Derek*. O *Clive*.

—Pues Pearl lo ha llamado *Cat*, gato. —Felix sonríe y Cora se apresura a añadir—: No es tan poco imaginativo como parece. —Y se sorprende cuando sigue contándole otras cosas—. Perdimos a mi hijo, el padre de Pearl, durante el confinamiento. Se llamaba Bear, oso. Supongo que Cat es una alusión. —Deja de cortar y mira al techo, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Él era como su nombre indica. Tierno, cariñoso y delicado. Pero también valiente y fuerte.

Felix deja el cuchillo y le aprieta la mano mientras ella se repone. Mehri y Roland siguen moviéndose por la cocina; por un momento Cora se ha olvidado de que estaban allí. Mehri debe de haberse

sorprendido de oírla hablar con tanta libertad. Ella misma se ha sorprendido.

—¿Y el gato también encaja con su nombre? —le pregunta Felix.

—Sí, es igual. Vive según sus propias reglas. No sé cómo, pero ha conseguido que su casa vuelva a parecer un hogar. Durante mucho tiempo no lo fue.

Felix se queda un rato callado antes de responder.

—Sí, conozco esa sensación. Perdí a mi mujer de cáncer justo antes del confinamiento. Estar solo en casa durante estos últimos años ha sido muy duro. No habría estado mal tener un gato, aunque sólo fuera para oírlo ir y venir de la caja de arena.

Es extraño darse cuenta de todo lo que ha vivido cada uno desde la última vez que se vieron. Que los dos hayan sufrido semejantes pérdidas. Cora ha percibido en él cierta vulnerabilidad; ve que, como ella, tiene los nervios a flor de piel.

A medida que transcurre la velada los dos se van ensimismando, ansiosos por saber lo que el otro tiene que decir. Apenas se dan cuenta cuando Roland y Mehri se levantan para preparar una macedonia y hablar con Fern por teléfono. Cora teme que estén siendo maleducados, pero enseguida se dice que a sus amigos no les importará.

Los dos se muestran serios y luego desenfadados. En un momento dado Cora hace un movimiento de ballet para ilustrar una anécdota de su juventud.

—No sabría decirte cuántos años hace que no hago esto delante de alguien —le confiesa mientras vuelve a sentarse.

—¡Eso es verdad! —suelta Mehri cuando entra de nuevo—. Somos amigas desde hace treinta y cinco años y no he conseguido que me

hagas ni un plié. —Se coloca detrás de la silla de Cora y se inclina para darle un beso en la mejilla—. Nos vamos a la cama, cariño.

—¿Qué hora es?

—Más de las doce —responde Mehri.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde.

Cora toca la pantalla de su teléfono y ve que es la una y pico.

—La noche es joven —les dice Mehri dejando su copa de vino junto al fregadero—. Si aún no habéis terminado de hablar, ¿podríais lavar lo que queda antes de iros? —Le centellean los ojos. Luego se vuelve hacia Felix—. Ha sido un placer no hablar prácticamente ni una palabra contigo. No sé cuándo fue la última vez que vi a Cora divertirse tanto. Tienes que volver.

Mehri los deja a los dos con los platos. Y más tarde, cuando Felix se ofrece a acompañar a Cora a casa andando y ella acepta, los dos actúan sin pensar, absortos ya en una conversación que continuará desarrollándose lentamente a lo largo de los años que les quedan.

Julian

Cuando Julian vuelve a entrar en su taller, mira las fotos de su teléfono y le envía a Cian una imagen de un lote de cajas que apenas quince minutos antes estaban apiladas frente a él. La mesa de trabajo que hay junto a la pared está despejada por primera vez en meses. No son ni las once de la mañana, pero parece un momento que debería señalarse de alguna manera. Si fumara, se sentaría en la escalera de incendios y expulsaría el estrés de los últimos meses envuelto en una nube de nicotina y alquitrán. Piensa en las cajas con joyas suyas, envueltas en plástico de burbujas, que en ese instante están dando tumbos por la ciudad en la parte trasera de la furgoneta de un mensajero mientras se dirigen al puerto, y de ahí a un lugar llamado, irónicamente, Liberty. Unos grandes almacenes londinenses que, según le cuenta Cian, están construidos con madera de barcos antiguos y tienen una escalera de caoba que cruje cuando la subes y te crea la sensación de que todo el edificio podría estar inclinándose sobre una ola. Cian dice que allí también hay fantasmas. Julian se pregunta si se encontrarán con alguno de los suyos. Si no habrá fundido alguno en el metal mientras fabricaba este lote. Aunque no es muy dado al pensamiento mágico, le preocupa que sus propios pensamientos, recuerdos o el estrés del

momento puedan haberse amalgamado de algún modo en el interior de cada pieza. Pero Maia dice que no cree que la cosa funcione así.

Se ha apoyado mucho en ella durante la pandemia desde que Orla se fue con las niñas. Aquel primer confinamiento, cuando sus distribuidores cerraron y el desempleo sufrió el mayor aumento mensual de la historia del país, fue como una caída libre a cielo abierto con aterrizaje forzoso. No pudo hacer nada para impedirlo. Y mientras muchos parecían dedicarse a hacer masa madre y cultivar hortalizas, no hubo ayudas para los autónomos, al menos al principio, y la relación entre Julian y Orla no tardó en resentirse.

—¿Por qué has comprado más café?

—¿Qué?

—Es un lujo, no una necesidad.

—Para mí es esencial.

—¿Más que dar de comer a tus hijos?

Cualquiera de los dos podría haber dicho esas palabras, dependiendo de su estado de ánimo y de quién estuviera más preocupado en un momento dado. Y la mujer que en otro tiempo había idealizado, esa mujer que una tarde antes de la puesta de sol había vuelto hacia él su rostro de piel de melocotón teñida de dorado... se había desvanecido. Ahora era simplemente Orla. Unos vaqueros un poco demasiado ajustados, ojeras y la molesta costumbre de chasquear la lengua distraída hasta que Julian creía que el ruido iba a perforarle el cráneo.

En mayo de aquel primer confinamiento, el agua de la lavadora inundó la cocina y Julian pasó dos días entre una montaña cada vez más alta de herramientas, intentando arreglarla, con la sensación de estar siempre a un vídeo de YouTube de encontrar la solución. «Deja

que vaya a echarle un vistazo. Tendré cuidado. Puedo ir con mascarilla», se ofreció Cian. Pero Julian se negó, demasiado preocupado por contagiarle el virus, o por saltarse las normas y que algún vecino o la policía lo descubriera. Así que empezaron a lavar la ropa en la bañera, escurriendo cada prenda y tendiéndola en el viejo perchero Sheila Maid del piso de arriba. Se respiraba humedad por toda la casa, y las tablas del suelo de la cocina que no conseguían secarse empezaron a oscurecerse. Por la noche aparecieron babosas, gruesos cuerpos que se estiraban como chicles para colarse en el más pequeño hueco. Julian metió lana de alambre en las grietas bajo los zócalos y alrededor de los desagües, pero no sirvió para frenar la invasión, y cuando Orla bajó por la noche a buscar un vaso de agua, tocó con la mano una que se deslizaba por el grifo. Acabaron todos despiertos, con las luces encendidas, y los adultos se miraron mientras tranquilizaban a las niñas para que volvieran a la cama.

—¡Qué asco de casa! —gritó ella mientras volvía a meterse bajo las mantas.

—¿No has pensado que gritar así podría ser una reacción exagerada?

—No lo he pensado, idiota.

Julian se quedó tumbado en la cama, con las palmas abiertas, conteniendo su ira. La persona en quien podía convertirse si actuaba de otra manera le daba miedo.

Otro día que las niñas se pusieron a discutir, Julian le preguntó:

—¿Les dices que paren, Orla?

Estaba sentado a la mesa de la cocina, haciendo cuentas, mientras ella preparaba la cena.

—¿Que les diga qué? —replicó ella mientras aumentaba el volumen de las voces en la habitación contigua.

Julian levantó la vista de sus papeles y vio la frustración, tal vez hasta un destello de odio, en la mirada de ella.

—¿No se te ha ocurrido que para variar podrías ir tú a pegarles la bronca? Sé que eso significaría dejar de ser el papi enrollado por una vez, pero también son tus hijas, Jules. ¿Por qué tienes que ser tú siempre el divertido y simpático?

Él suspiró y levantó las manos como para defenderse.

—¡No hagas eso! ¡¿Por qué siempre haces eso?!

—No he hecho nada.

—¡Sí! ¡Esa cara! Esa cara que pretende hacerme sentir como si fuera una loca desquiciada. Puede que esté furiosa, pero lo que digo es completamente razonable. Mira, Jules, al poner límites a un niño, hacemos que se sienta seguro. ¿Lo entiendes? Seguro. En ese momento te mirarán como si fueras imbécil, pero en realidad lo haces por su bien.

—Orla —dijo Julian, e hizo una mueca de dolor ante la posibilidad de que las niñas la oyeran hablarle de ese modo.

—¿Tienes que ser siempre tan pasivo? Estoy intentando decirte algo, darte una oportunidad, y ni siquiera te das por aludido. Sólo puedes pensar en *cómo* te lo estoy diciendo.

Para entonces una de las niñas —Aoife, le pareció a Julian— estaba llorando, y por encima de los gritos de Orla se oía: «¡Devuélvemelo!»

Él entró en la sala de estar, donde las dos niñas estaban peleándose por algún juguete.

—A ver, ¿quién quiere una galleta?

Pero antes de que pudieran responder, Orla estaba allí para machacarlo de nuevo.

—¿Ésta es tu forma de solucionarlo? ¿Una galleta? ¡Es casi la hora de la cena, pero prefieres darles una galleta que armarte de valor y comportarte como un adulto! ¿Cuándo vas a madurar, Jules? ¿Cuándo vas a empezar a tomarnos en serio?

Salió de la habitación dando un portazo y él se sintió muy cansado. Porque no importaba de qué tratara la discusión, ella siempre volvía al mismo punto: que era incapaz de dejar atrás el pasado —su animadversión hacia Inglaterra— para asegurar el futuro de su familia.

Por la noche, daba vueltas a las palabras de Maia, algo que le había dicho una vez sobre que lo más corrosivo en una relación, el indicador de que un matrimonio estaba en crisis, era el desdén. Él lo notaba. El torbellino de palabras hirientes que flotaba en el aire húmedo; cuerpos hostiles que ya no se volvían el uno hacia el otro. Y no veía qué podía hacer para cambiarlo, aunque Orla se lo gritaba en casi todas las discusiones que tenían. Lo había hecho durante todos los años que llevaban juntos, como si toda su frustración se debiera a una sola causa. Pero sólo cuando Cian pronunció las palabras, Julian las oyó.

Ocurre con frecuencia: cuando la persona más callada, más reservada en sus opiniones, más reacia a imponer sus pensamientos a los demás, por fin habla, la escuchas. Y de repente te encuentras cara a cara con la verdad.

—Julian, hijo. Perderás a tu familia para siempre si te obcecas en este tonto orgullo. Vende en Inglaterra. Sólo es un lugar. No es tu padre.

Pero para entonces su familia ya se había ido con los padres de Orla. Cuando Irlanda empezó a confinarse de nuevo en octubre, Orla había dicho que por el bien de los dos —también por el de las niñas — no podían pasar otro confinamiento juntos.

—No puedo vivir contigo así, Jules. Siempre tirando de ti para intentar convertirte en la persona que quiero que seas. No me gusta la persona en que me estoy volviendo yo.

Aunque no se lo había llevado todo, la casa parecía desmantelada. Los percheros del vestíbulo estaban vacíos, en las estanterías había huecos de libros y juegos de mesa, y en los portacepillos de dientes, espacios sin llenar.

Sin Aoife ni Niamh, sin Orla esperándolo en casa por las tardes, Julian empezó a trabajar más horas. Pasaba más tiempo frente al ordenador; contactaba con distribuidores, intentaba conseguir clientes. Algunos días enviar correos electrónicos era como tirar piedras a un pozo; la única confirmación de que habían llegado a alguna parte era algún que otro mensaje de rebote: «No se ha encontrado la dirección.» Por todas partes hallaba historias inexplicadas de cierres y despidos. Deberían haberlo hecho sentirse menos solo, pero no fue así. Imaginaba a esas personas desempeñando nuevas y emocionantes funciones, abandonando su antigua vida para acometer nuevos proyectos u ocupar puestos en compañías que podían capear la pandemia. A veces imaginaba que esas personas habían encontrado una manera de fabricar joyas, pero que cuando él iba a entrar en el ascensor no había sitio para él y las puertas se cerraban en sus narices. Repasó correos electrónicos antiguos en busca de personas que alguna vez se habían puesto en

contacto con él. Le daba vergüenza ver cuántos de ellos había dejado sin respuesta. Y ahora tenía que tender las manos y suplicar.

Algunas noches dormía en la antigua fábrica de chocolate, y sólo interrumpía su trabajo para dar las buenas noches a Aoife y Niamh por Zoom. Eran llamadas frustrantes. Costaba mantener su atención a través de la pantalla y se alejaban flotando como cabezas de semillas de diente de león, sólo para reaparecer en pijama, con las mejillas encendidas, oliendo —lo sabía— a baño de burbujas y suavizante, y desvanecerse de nuevo.

—Ven a hablar con papá, Niamh —decía Orla, y seguía una conversación aparte, en la que les prometía a sus hijas contarles un cuento antes de dormir—. No, no, vamos. Papá está esperando.

Se daba cuenta de cómo Orla se esforzaba en reunirlos a todos a través de la pantalla sin conseguirlo nunca del todo.

Algunas noches las caritas se agolpaban en su portátil segundos antes de que las dejaran irse. Otras veces acababan sólo Orla y él, los dos tristes, pero sin saber muy bien cómo solucionar las cosas.

—Pareces cansado —le había dicho ella.

Él se frotó la cara y de pronto lo invadió todo el cansancio.

—No es nada, aunque no me vendría mal una visita al oftalmólogo.

Algunas noches iba en coche a visitarlos. A los padres de Orla les preocupaba que entrara en la casa —Julian se preguntaba si no era un pretexto oportuno, una excusa para excomulgar al inútil de su yerno de la familia—, de modo que iban al parque, respirando a bocanadas entrecortadas en la penumbra de última hora de la tarde mientras daban patadas en el suelo para entrar en calor y Niamh hacía un último intento de colgarse de la estructura de barras. Al

caminar de vuelta, columpiaban a las niñas entre los dos y Julian se descubría tomando instantáneas mentales, como si siempre hubiera un fotógrafo unos metros por delante de ellos. Así erais vosotros, cuando todavía erais una familia. Así erais, cuando creías que aún había esperanza de reconducir la situación.

Diciembre trajo consigo un aluvión de pedidos y Julian trabajó hasta Nochebuena. Pero fue más un parche que una solución. Seguían privados del oxígeno que antes les proporcionaba el dinero y tener lo necesario para vivir. Enero llegó con una calma que lo dejó desalentado. En la vieja fábrica de chocolate todos la sufrieron. Las tiendas habían cerrado, las ferias se anulaban, las exposiciones se posponían permanentemente. En abril, un ebanista que se había instalado unos años antes en el antiguo taller de Orla se suicidó. Lo encontraron en el bosque con una nota en el bolsillo. Eso hizo que por un tiempo se trataran unos a otros con más amabilidad y menos prisas.

«¿Cómo estás?», se preguntaban unos a otros deteniéndose, dejando espacio para algo más que un «bien».

—Tú no harías algo así, ¿verdad? —había dicho Orla cuando él se lo contó.

—¿Tú qué crees?

—Por eso lo pregunto. Quiero saberlo.

—Yo te tengo a ti y a las niñas —le respondió él, y ella asintió, pero fue un gesto tan breve y brusco que él se preguntó si realmente la tenía a ella o su relación ya era cosa del pasado.

En cualquier caso, el suicidio no era una opción que él contemplase. Si algo le había enseñado su madre era que uno hacía todo lo posible por sobrevivir. Se dio cuenta de que podía parecer

que su respuesta ocultaba una intención manipuladora, como si fuera a cambiar de opinión si Orla ponía oficialmente punto final a su relación, y por eso había añadido:

—Y aunque no os tuviera, la respuesta es no. Nunca se me ocurriría hacer una cosa así.

Esas palabras debieron de tranquilizarla, porque sonrió un poco.

Pero él siguió dándole vueltas a la conversación en su cabeza. ¿No le había enseñado también su madre que hay que hacer todo lo posible por los hijos? ¿Que hay que luchar, luchar de verdad, para procurarles la mejor vida posible, para estar a su lado? No estaba seguro de estar haciéndolo. O al menos no de la forma en que lo había hecho ella. Con uñas y dientes.

Ahora, cuando no trabajaba, volvía a casa. Pidió prestada una lijadora para decapar el suelo de la cocina, pintó de nuevo las paredes rayadas y empezó a ver la casa con los mismos ojos con los que la había visto ocho años atrás, cuando entraron por primera vez en ella. Una casa de postal de Navidad. Pequeñas chimeneas de hierro fundido y estrechas hornacinas, ventanas de guillotina victorianas con los postigos originales y asientos debajo. Todavía podía ver a Orla y a las niñas por todas partes, oír sus voces. Y se preguntó dónde estarían si no hubiera estallado la pandemia y no se hubieran quedado sin dinero. Si hubiera encontrado la manera de ser mejor, de hacer lo que se pedía de él cuando todavía estaba a tiempo. Si el amor no hubiera sido sólo una fina hebra de seda que une a dos personas corrientes y se desintegra tan fácilmente como una tela de araña.

No sólo estaba destrozado por el hecho de que ella ya no estuviera allí —su presencia cotidiana y tangible, la de las niñas—,

sino por la posibilidad de que pudiera irse para siempre. Se había permitido creer que ella era suya, y él, de ella. Pero tal vez había sido una idea demasiado bonita para ser verdad. Algunos días, era tal el shock al despertar, que tenía la sensación de que le empujaban la cabeza contra la almohada, y se preguntaba en silencio si una habitación era una habitación, si su mano era una mano, si era él quien estaba allí tumbado.

Y mientras se encontraba en la extraña situación de reconstruir su casa alrededor de los inciertos restos de su matrimonio, la muerte de su madre lo golpeó de nuevo, sin previo aviso. Como si toda su infancia hubiera sido un largo y diluido vaso de su ausencia, y de pronto se enfrentara a esa misma ausencia pero concentrada en estado puro. La nada absoluta de lo que le quedaba.

La jardinería nunca había sido su fuerte. Ni el de Orla. Pero un día, mientras se preguntaba por dónde empezar, pasó la mano por encima de un pequeño abeto y el roce desprendió un aroma muy familiar que lo transportó al jardín de la casa de Inglaterra. Desde allí, un grueso tronco le ocultaba la mayor parte de la vista, pero cuando se asomó, vio a su madre acercándose a él, inclinándose a medida que se aproximaba con sus brazos largos y gráciles extendidos. Movía los labios, pero por su expresión sabía que intentaba convencerlo, tranquilizarlo. Hasta que dijo: «Ya puedes salir.» Y la visión desapareció. Y volvió a estar solo, entre los muros de su propio jardín.

Siempre había tenido muy pocos recuerdos, tantas veces evocados que dejaron de conmoverlo, pero esa imagen estaba fresca y viva en su mente. La voz sonaba sorprendentemente real. La había olvidado.

Los días siguientes trabajó en el jardín siempre que pudo. Volvía a casa a la hora de comer con la esperanza de encontrar allí a su madre. Intentaba no perseguir los recuerdos temiendo que eso los ahuyentara, pero a veces se apoderaba de él la impaciencia y cuando olía el abeto era como si inhalara aceite de Olbas, no pasaba nada. Hundía una pala bajo las raíces enmarañadas o vaciaba macetas de terracota, fingiendo que tenía toda la atención puesta en el espacio a sus espaldas, y que en su fuero interno no gritaba: «Estoy aquí, estoy aquí. Por favor, ven a mí.»

Una tarde, después de visitar a Orla y a las niñas, rescató una linterna frontal de una caja de viejos artículos de acampada que había en el cobertizo. Bajo el haz de luz se puso a cortar en la penumbra una gran *buddleia* cuando notó un golpecito en el hombro.

Por un momento pensó irracionalmente que era su madre, pero cuando se volvió encontró a Maia.

—Lo siento, no quería asustarte. Había tantas luces encendidas en la casa que sabía que estabas.

—He intentado proyectar un poco de luz hacia fuera —dijo dejando caer las tijeras romas sobre el montón de ramas cortadas.

Eso era algo nuevo, Maia entrando sin llamar. Había empezado a hacerlo desde que Orla se había marchado. Pero a él le gustaba esa sensación de que pudiera haber alguien más en la casa.

Se sentaron en el escalón trasero con sendas tazas de té. Maia seguía llevando su abrigo de invierno aunque hacía buen tiempo para estar a mediados de abril. Y él le contó que había oído la voz de su madre.

—¡Sí, los abetos! —exclamó Maia—. Estaban al fondo del jardín. Nos mandaba allí para que no estuviéramos en medio si veía que él iba a perder el control. ¿Te acuerdas de las fiambreras?

—¿Qué fiambreras?

—La tuya era azul, y la mía, amarilla. Siempre las tenía llenas, listas para llevar. Con rodajas de manzana deshidratada, pasas y este tipo de cosas de comer que se conservan. «La hora del pícnic», añadió Maia con voz grave.

—¿Ésa era la hora del pícnic? La recuerdo. —Otro recuerdo—. Pero no sabía que ella lo hacía por eso. —Él quería recuperar esos fragmentos de su madre, pero estaban impregnados de demasiada tristeza. Incluso las partes que ella había tratado de hacer agradables para ellos—. Ella nos quería mucho, ¿verdad?

Maia miró al cielo, oscuro e impenetrable, vacío de estrellas.

—Padre del cielo.

—¿Cómo?

—Tu nombre.

—Ah, sí.

Julian no sabía cómo había averiguado ella lo que significaba, tal vez por su abuela o por un libro.

—¿Te imaginas que te hubieras llamado Gordon? Él quería ponerte este nombre, ¿lo sabías?

Él levantó la vista y dejó de enrollar el cordel de la bolsita de té alrededor del asa de la taza. No lo sabía.

—Ése era el plan. Pero el día que mamá fue a inscribirte, no se vio capaz. Después le dijo que lo de padre del cielo era en homenaje a él. Yo hasta hice una luna y una estrella de adorno para poner alrededor de su plato en la cena. Pero de homenaje no tenía nada.

Fue la forma que tuvo mamá de decir que nunca serías como él. Que te elevarías por encima de él.

Julian se limitó a soltar un suspiro largo y lento. Como si llevara reteniendo el aliento durante toda una vida. Maia le tomó la mano en la oscuridad y se quedaron allí sentados, siguiendo con la mirada las luces parpadeantes de un avión que cruzaba el cielo.

—Y yo también —añadió Maia mientras él se secaba los ojos con la mano libre.

—¿Cómo es que nunca me lo habías dicho?

—Lo había olvidado. Bueno, no. Simplemente no había pensado en ello.

—¿Recuerdas algo más?

Ella lo miró entonces, con la cara medio iluminada por la habitación que tenía a sus espaldas.

—Oh, Jules. Muchas cosas más. Tenía catorce años. Nunca he sabido si querías saberlas.

A lo largo de las semanas siguientes, Maia fue desgranando los recuerdos de su niñez cuando iba a verlo. Sin Orla y sin Meg, la novia de Maia, recuperaron el viejo ritmo de estar juntos. Mientras arrancaban la pintura descascarillada de los marcos de las ventanas o preparaban la cena, él se enteró de que su madre cultivaba hierbas aromáticas en el alféizar de la ventana de la cocina; que llevaba joyas de plata, no de oro; que inventaba historias sobre un gecko que vivía en el techo del baño para que él mantuviera la cabeza echada hacia atrás mientras le lavaba el pelo. «¿Lo ves? ¿Lo oyes chirriar?», le decía. A veces era difícil saber si las palabras de Maia le evocaban un recuerdo real o sólo se imaginaba a sí mismo en la escena que ella recreaba, pero estaba seguro de recordar el

agua tibia que le caía por la espalda mientras su madre le aclaraba el pelo con una jarra de plástico. También averiguó cosas sobre él, el hombre cuyo nombre no llevaba. Al principio le preocupó que, cuanto más supiera, más lo atormentaría el vínculo genético entre los dos al descubrir los rasgos que compartían. Pero cada recuerdo que Maia le revelaba parecía resaltar más las diferencias que existían entre ambos.

Eludían la muerte de su madre; Maia no la mencionaba y él no preguntaba. Hasta que no pudo esperar más.

—¿Puedes decirme lo que pasó esa noche?

Lloró mientras ella se lo contaba. Por su madre. Y por ellos.

—¿Me quedo? —le preguntó Maia.

—Creo que prefiero estar solo.

Se abrazaron en la puerta. Luego Julian subió las escaleras de su pequeña casa y, sin molestarse en desvestirse, se echó encima del edredón y durmió durante dos días seguidos, despertándose sólo para beber un vaso de agua o ir al baño.

Fue consciente de que sonaba el teléfono. De que Maia entraba para ver cómo estaba. Pero no recuerda haber hablado. Meses después, Maia le confesó que le había dicho a Meg que temía haberlo quebrado. Durante esas últimas semanas a ella le había parecido que estaba haciendo algo esencial, algo que debería haber hecho hacía mucho tiempo, pero luego había dudado de sí misma.

Cuando Julian se despertó al tercer día, el reloj de la mesilla de noche marcaba las 7.30 h. Como si nunca hubiera abandonado su rutina. Se sentó en el borde de la cama, confuso, sorprendido de su propio hedor y con la lengua espesa. En el baño, dejó caer al suelo la ropa sin lavar y, de pie en la ducha, con el agua caliente

aguijoneándole la piel y sin ver nada por el vaho, lo comprendió por fin. Él no era su padre. Había creído caminar por una línea muy estrecha, temiendo estar a punto de caer en cualquier momento en la semejanza. Pero la línea no era estrecha, después de todo. Había un gran abismo infranqueable. Él nunca podría ser como su padre. Aunque diera rienda suelta a su cólera o levantara la voz en una discusión, nunca sería capaz de las crueldades que había infligido su padre. Ni por asomo. Por fin lo veía con claridad. Se apoyó en la pared de la ducha y lloró hasta sacarlo todo.

Meg volvió a entrar en la vida de Maia gracias a un encuentro casual. Una amiga de la Facultad de Homeopatía había invitado a Maia a una barbacoa, pero se puso a llover y los invitados entraron en la casa. Meg se sentó a su lado en el sofá.

—Creo que ya nos conocemos. Estuve en tu consulta hace unos años, ¿recuerdas? ¿Por la fiebre del heno?

Sólo habían sido unas pocas visitas, pero a Maia le había caído bien. Vestía mucho de azul, del mismo tono que las flores de aciano —también aquel día—, y tenía una expresión franca y abierta.

—¿Meg?

—Qué buena memoria. —Ella señaló con la cabeza las puertas abiertas del patio—. La gente siempre dice que con la lluvia el polen se deposita en el suelo, cosa que nunca pude comprobar: antes, cuando llovía, casi no podía respirar. Y aquí me tienes ahora, respirando. Prueba de tu talento. —Sonrió—. De hecho, te he recomendado a varias personas a lo largo de los años. Un momento, voy a buscar algo de beber.

Cuando regresó, se quitó los zapatos y se dejó caer en los cojines del sofá, tapándose los pies con la falda. Un gesto de intimidad que daba a entender que no pensaba moverse en un buen rato, que no estaba a punto de decirle que tenía que ir al baño o a saludar a un amigo que acababa de ver en el otro extremo de la habitación.

—No sé tú, pero yo creo que no estamos en igualdad de condiciones. Tú sabes todas mis rarezas, «¿lo describirías como un goteo nasal o como si tuvieras algodón en la nariz?», y yo no sé absolutamente nada de ti.

Maia se rió de lo bien que la había imitado.

—¿Estás pensando en volver a mi consulta? Para que te trate, quiero decir —añadió, pero se arrepintió en el acto.

Meg enseguida le restó importancia.

—No. Eso jamás. —Lo dijo riéndose y poniéndole la mano en la rodilla mientras hablaba. Sólo fue la punta de los dedos y apenas un instante, pero Maia sintió algo.

—¿Veinte preguntas entonces? —sugirió Maia, sorprendida ante su impulsividad.

Pero Meg se limitó a sonreír.

—De acuerdo. Empecemos por una sencilla. Los huevos, ¿fritos o revueltos?

—Revueltos —respondió ella, adentrándose agradecida en una conversación que, por el momento, tenía una fórmula predecible y le permitía estar contenida.

—¿Irlanda o Inglaterra?

—Irlanda. Llegué cuando era adolescente y nunca he logrado coger el acento, pero mi hermano pequeño es totalmente irlandés. Él sólo tenía cinco años. Perdona, eso ha sido más que una palabra.

—Nadie ha dicho que tengas que responder con una sola palabra. ¿Las mañanas o las noches?

—Las mañanas. Me gusta la sensación de posibilidad.

—¿El campo o la ciudad?

—El campo. La casa de mi abuela en la que viví estaba en plena campiña.

Maia pensó en su piso de la ciudad, no muy lejos de donde vivía Julian. Había tardado varios años en sentirse como en casa, y la transición se había hecho más llevadera gracias a los objetos que su abuela dejaba cada vez que iba a verla, como un jarrón favorito o una bandeja de horno usada, y a Cian, que iba a arreglar cosas. «Te echamos de menos en casa, pero nos sentimos muy orgullosos», le había susurrado Sílbhe al darle un fuerte abrazo una noche antes de irse. Meg tapó la copa con una mano cuando un hombre con una camiseta del condado chocó con el sofá, pero no apartó la mirada de la cara de Maia.

—¿El verano o el invierno?

Maia sonrió.

—El verano irlandés es mi día favorito del año.

—¿El pasado o el presente?

—El presente.

Era la verdad, por dolorosa que fuera la respuesta, pues parecía implicar que había borrado a su madre. Levantó la vista, preparada para la siguiente pregunta, y advirtió que Meg se había quedado callada, como si hubiera percibido la agitación en su rostro.

—Lavar los platos: ¿antes de acostarte o a la mañana siguiente?

—Uf, antes. Menos las copas de vino, que es mejor lavarlas cuando estás sobria. —Pero queriendo ser sincera, añadió—: Aunque

en realidad no bebo mucho.

Estaba segura de que Meg era de esas personas que siempre tienen una botella de vino tinto en la encimera de la cocina.

—Lo siento, debería habértelo preguntado. ¿Te molesta? —preguntó Meg inclinando la copa.

—Para nada. No es que no beba. Sólo que... no quisiera que pensaras que acabo con el fregadero lleno de copas de vino cada fin de semana.

—Es bueno saberlo —replicó Meg, con un destello de picardía—. Pero sigamos: ¿caminas rápido o lento?

—Lento. Te da más tiempo para hablar. Sólo voy rápido cuando llego tarde.

—¿Libros de ficción o de no ficción?

—De ficción, aunque si tengo que elegir me quedo con la poesía.

Al ver a Meg arquear las cejas, se preguntó si había sonado pretenciosa. O si con ello quería darle a entender que tenían eso en común.

—¿La lógica o la intuición?

—Siempre la intuición.

—Los finales, ¿felices o los tristes?

—Me gustaría decirte los felices, pero...

—De acuerdo. ¿Previsibilidad o emoción?

—Creo que previsibilidad.

Maia se encogió ante lo seria que debía de haber sonado.

—¿Compromiso o aventura?

—Creo que ya te he contestado —señaló ella esperando aligerar las cosas con un poco de humor.

—¿Arrepentimiento o dudas?

Maia reflexionó unos momentos.

—Mmm, arrepentimiento. Probablemente es mejor equivocarse que no vivir.

—¿La guardia arriba o abajo?

Meg ladeó la cabeza y le sostuvo la mirada, sin apartarla ni siquiera cuando un grupo que estaba junto a las puertas del patio estalló en carcajadas.

—¿Ahora mismo? La estoy bajando con cada pregunta —respondió Maia intentando no sonreír.

—¿Querida o respetada?

—Querida —respondió Maia disfrutando de la sonoridad de la palabra cuando Meg la pronunció: como algo jugoso y maduro, como si una cereza le colorease los labios mientras formaban los sonidos—. De todos modos, creo que no puede haber cariño sin respeto —añadió, sin saber cómo podía seguir dando respuestas tan sensatas cuando se sentía mareada por dentro.

—¿Hetero u homo?

Un cambio de ritmo, una pausa, una inhalación.

—Homo.

—¿No tienes nada que añadir aquí? —le preguntó Meg riéndose con los ojos.

En ese momento ya no debía de llover, porque la gente estaba yendo fuera, dejando la sala más silenciosa y las palabras de Maia más expuestas.

—Salí hace pocos años del armario. En 2015, con el referéndum. Pero estoy... segura.

Meg asintió con una sonrisa.

—Entonces... —Guardó silencio unos minutos, como titubeando por primera vez, antes de añadir—: ¿Se trata de veinte preguntas en una barbacoa o podría haber algo más?

—¿Ésta es la última pregunta?

—No he llevado la cuenta, pero creo que queda al menos una.

—¿Sabes cuál será la última?

—Depende de cómo respondas ésta.

—Entonces más, por favor —dijo Maia rozándole la mano a Meg con la yema de los dedos.

—¿Vamos a mi casa?

Ésta es la primera relación seria de Maia. Y funciona, aunque Meg deje los platos para la mañana siguiente, o el campo le resulte claustrofóbico, rodeado de un cielo demasiado grande y un verde infinito.

Se sientan en la cama para leer en voz alta párrafos de sus libros respectivos. Y Meg ha adoptado a su hermano como si fuera suyo; a veces, cuando él llama, lo escucha y le da consejos, sagaces pero más sarcásticos y directos que los de Maia. Las muestras de pintura se acumulan en el pasillo junto a sus zapatos mientras prueban colores en las paredes del piso de Maia. Se deciden por un azul cálido llamado «Juniper Ash». En el armario del cuarto de baño hay una caja de tampones para compartir, y con esta nueva distribución amistosa Maia se siente extrañamente llena. Le cuenta a Meg cosas que nunca ha puesto en palabras, ni siquiera con su familia, y Meg exclama «¡Pobrecita mía!» y la abraza y, de algún modo, eso es suficiente. Y los domingos van en coche a la playa y caminan cogidas de la mano por la arena mojada, y el viento les sacude el

abrigo y les enreda el pelo mientras Meg toma entre sus manos la cara de Maia, tan querida.

Un martes de junio, Cian rodea la casa con un puñado de zanahorias recién arrancadas en las manos y ve por la ventana a Sílbhe tendida en el suelo de la sala de estar. Corre hacia ella esperando que sólo tenga un rasguño, nada serio, pero la encuentra con la boca abierta y una expresión apacible. Se arrodilla a su lado y hace lo que suele hacerse instintivamente: le acerca una oreja a los labios, le toma el pulso de la muñeca. Eso sólo confirma lo que ya sabe. Se lleva la mano aún caliente de ella a la mejilla y llora. Porque no han tenido suficiente tiempo. Porque no quiere aceptar que ha llegado el fin de su vida en común.

Se va la luz, el frío empieza a colarse por la puerta abierta y el cuerpo de ella se va enfriando, y él no se mueve. Se queda con ella toda la noche, sin estar preparado para pasar a la siguiente fase que sabe que tiene que llegar. La de las llamadas telefónicas y condolencias. Y la de su ausencia. De momento, y durante unas pocas horas, estarán los dos solos.

Julian está leyendo un correo electrónico en el que le agradecen las muestras que envió y le confirman un pedido importante cuando contesta al teléfono. Nunca había oído llorar a Cian.

Cuando llega a la casa, se miran y los dos se funden en un abrazo.

Dentro, Cian sirve dos vasos de whisky de malta generosos y brindan en silencio por la vida de Sílbhe mientras esperan a oír el

coche de Maia aproximándose por el camino.

Pasan la noche los tres juntos. Orla y Meg se ofrecen a ir, pero les dicen que estarán bien solos. Sentados a la mesa, se quedan hablando, riendo, llorando hasta altas horas de la madrugada. Cian aún no ha dormido, pero cuando piensa en irse a la cama, no puede afrontar que Sílbhe no esté a su lado. De modo que se queda en la cocina con Maia y Julian y el calor de los recuerdos compartidos. Los tres tienen la certeza de haber convivido con una persona calladamente maravillosa.

Cuando llega el informe del forense, se enteran de que Sílbhe tenía un agujero en el corazón. Ella probablemente nunca lo supo, pero, aun así, es un milagro que haya durado hasta los ochenta y ocho años.

Y vuelven a asombrarse de todo lo que les ha dado. Cómo ha vivido para ellos y por ellos. Y a pesar de todo lo sucedido.

Julian vuelve a entrar en su taller vacío tras realizar su primer envío al por mayor con destino a Inglaterra. Se sienta ante su mesa de trabajo, se pone las gafas a las que aún se está acostumbrando y, sin ninguna idea preconcebida, deja volar su imaginación. Hace siglos que no se abandona así a las posibilidades del metal. De un tiempo a esta parte, cuando se sienta a diseñar una pieza, siempre le ronda la angustiosa pregunta de qué se venderá. Pero en este momento está alisando el contorno de un corazón. Cae en la cuenta de que se parece a la marca de nacimiento que tiene en el antebrazo. Los dos son un poco deformes. Piensa en su madre, algo que suele hacer últimamente. Piensa en cómo debió de mirar —e

incluso tocar— esta parte de su piel, a pesar de que entonces era más pequeña y oscura. Se sorprende al hallar consuelo en este vínculo tangible con su pasado. Con ella.

Mientras trabaja no deja de pensar en Orla. La recuerda bajando con dificultad por las escaleras con uno de sus mosaicos gigantes envuelto en plástico de burbujas para que lo recogiera un mensajero. No recuerda el momento exacto, pero probablemente fue en los años que transcurrieron desde que le contó lo de su madre hasta que por fin se fueron a vivir juntos.

—¿Te echo una mano con eso? —se había ofrecido.

Pero ella pasó por su lado como si no le pesara nada y, cuando él siguió subiendo, miró por encima de la barandilla para ver si ella estaba aún en el piso de abajo.

—¿Crees que no me doy cuenta de que me estás mirando, Jules? No me subestimes. ¡Soy pequeña, pero matona! —gritó.

Todavía oye su voz risueña, incluso con la mejilla pegada al paquete. Así es Orla. Siempre intrépida en su afán de ser ella misma.

Les está enseñando a las niñas a ser así también. En su primer Día Mundial del Libro, Niamh había ido a la escuela disfrazada del globo aerostático gigante que sale en *Un viaje por las nubes*. Una caja de cartón marrón alrededor de la cintura y una hilera de globos largos en forma de salchicha entre dos marcos circulares suspendidos sobre la cabeza. Cuando Julian dijo preocupado que algún niño podría reventárselos, Orla había respondido: «Hará falta algo más que un globo reventado para derrumbar a esa niña.» Y Julian había pensado: «Pero hay veinticuatro. Veinticuatro globos en ese disfraz que podrían reventarse.» En realidad, la mayoría había

estallado cuando Niamh se puso a jugar al fútbol en el patio. «¡Pero dile a papá cómo habéis quedado!», exclamó Orla.

Mientras lima la pieza de plata en la que está trabajando, Julian casi puede verla sentada en el sofá —el sofá de ambos, no el de la casa de sus padres, donde probablemente esté ahora— con Aoife sobre las rodillas y Niamh a su lado: les hace cosquillas, las besa o les da un golpecito en la parte superior de la cabeza —«¿Quién quiere cubrirse del amor de mamá?»— y luego extiende los dedos —«¡Plaf!»— como si rompiera un huevo, y el amor les cayera por el pelo.

Él saca el móvil del bolsillo, mira la hora y ve que ella le ha escrito. «He pasado un momento por casa, ¿tienes tiempo para que nos veamos?» Se da cuenta de que Orla nunca ha dejado de referirse a ella como «casa».

«¿Sigues ahí? Puedo llegar en diez minutos», le contesta a medio camino de la puerta.

Mientras cierra el taller, echa un vistazo a su teléfono y ve los puntos suspensivos. Ella le está respondiendo.

«Estupendo. Te estaba esperando. Ox»

Siempre le ha gustado ver su inicial seguida de una *x*, un beso: «Ox», buey. Su buey. Una criatura fuerte e inquebrantable.

Lamenta no haberle contado lo del pedido de Liberty para que ella sepa que él está cambiando. Luego se detiene en las escaleras, saca el teléfono, se desplaza hasta la imagen del pedido y pulsa el botón de enviar, como si mandara una especie de paloma mensajera por delante de él. Una vez fuera empieza a correr por Dooley Street. Sabe que ella no se irá, pero de repente no quiere perder ni un minuto más. No entiende por qué ni cómo la rareza de ese periodo

ha desgarrado los hilos que los unían con tanta fuerza, pero está seguro de que aún están a tiempo de volver a coserlos.

Mientras corre, siente que su propia esperanza se eleva como una cometa al viento, y corre más deprisa, queriendo que vuele más alto, deseando creer en los finales felices. Esperando que todo lo grandioso y sincero que ha visto en las películas fluya en su vida con Orla, y sentirlo todo. Sentirlo de verdad. Quiere cantarle una serenata con un radiocasete portátil; esperar bajo la lluvia el momento del reencuentro, con el agua cayéndoles por la cara. Sin embargo, estos pensamientos se detienen de golpe, como una aguja sobre un disco de vinilo, y de pronto se siente ridículo. Casi puede oír las risas de Maia y Meg. Pero entonces oye la voz de Cian, que lo anima a seguir: «Ve a por ello, hijo.» Y Julian sonríe y vuelve a apretar el paso, porque, sí, quiere vivir una vida grande y sin miedo. Quiere discutir porque tienen algo que merece la pena salvar. Quiere dar una patada a un zócalo en señal de protesta y que los dos se rían de sus dedos doloridos y de su mal genio, porque ninguno de los dos tiene miedo. Porque él no se parece en nada a su padre y ninguna de esas situaciones dejará salir a un monstruo escondido en lo más profundo de su ser. En cambio, él es amor, furia, dolor y euforia, y todo aquello que hará que la historia de los dos continúe.

Pasa por delante de la tienda donde una vez entró para comprar sus antojos de embarazada. ¿Jules o galletas de jengibre? Jules, idiota, piensa, dándose cuenta de que ella siempre lo ha elegido a él. Ha sido él el que ha fallado: ¿Orla o el pasado? ¿Orla o el riesgo de que pudiera hacerle daño? Ahora lo lamenta. Nunca ha tenido que tomar ninguna decisión. Se ha vendido a Inglaterra y eso no lo ha matado. No ha cambiado nada y sólo le ha quitado un peso de

encima. Esquiva a dos trabajadores municipales vestidos con monos de protección que están sacando un avispero de la escalera que hay al lado de la tintorería, esquiva a una mujer que se ha detenido en mitad de la acera por alguna razón que sólo ella sabe, y dobla la esquina junto a la cabina telefónica, con su casa por fin a la vista.

Dentro de la casa, Orla se pasea de un lado a otro. Todos estos meses Jules debe de haber estado trabajando en esta casa, en ese encargo, superando sus miedos por ella, y ella sin saberlo. Se pregunta cuánto le ha costado abrirse mercado en Inglaterra. Si ella lo ha obligado o el cambio ha venido de él. Estudia los lomos de sus libros, mira los adornos de la repisa de la chimenea y se pregunta si siguen conservando la esencia de lo que ha sido su vida juntos. Algo que sólo conocen ellos y nadie más. Se detiene ante un pisapapeles de cristal que encierra un mundo en su interior y pasa un dedo por la superficie, dejando un rastro en el polvo.

Oye un ruido de pasos en la calle; ahora se detienen ante la puerta principal. Oye los jadeos de una respiración entrecortada. Una llave en la cerradura. Levanta la vista. Jules está de pie en el umbral como si acabara de correr una maratón, con las manos en las rodillas para recobrarse y sonriendo al ver la cara de incertidumbre de Orla. Se yergue y exhala.

—Orla, te quiero, joder. Vuelve a casa. Tu sitio está aquí conmigo.

Ella siente una punzada de sorpresa en el pecho ante sus palabras, ante esta versión más segura del Julian que ella conoce, y sonríe dejando ver sus hoyuelos.

A él le bastan tres zancadas para cruzar su pequeña sala de estar, pero para ella es como si se moviera a cámara lenta, como si con

cada paso le diera tiempo de asimilar cada detalle. Y la rodea con los brazos.

—¿Volverás conmigo? —le pregunta hundiendo los labios en su pelo.

Y Orla asiente contra su pecho. Le cae el polvo del dedo y sus partículas se dispersan por la habitación mientras ella lo agarra de la chaqueta y siente el calor de su cuello, la elasticidad de su pelo, la ardiente sensación de sentirse plenamente amada.

Gordon

En el tranquilo ambiente de la oficina, Gordon almuerza en su mesa y piensa LA PALABRA DEL DÍA entre mordisco y mordisco de su sándwich.

—¿Cuál es tu palabra inicial? —le pregunta Amy.

—«Miedo» —responde. Le sugiere una nueva palabra de cinco letras cada vez que ella le pregunta, aunque en realidad su palabra es siempre «parco»—. ¿Y la tuya?

—«Audio» —le contesta ella, sin levantar la vista de la pantalla—. Alguien ha comentado que es buena, pero ¿qué se supone que hay que hacer con todas esas vocales si sacas algo de ella?

Él tapa su fiambrera vacía.

—Espero que la descubras. Te quedan tres intentos para alcanzarme —le dice compartiendo su puntuación—. Nos vemos en un rato.

Se dirige al ala principal y, como cada día, disfruta del momento en que sale por la puerta exclusiva para el personal y cruza de un mundo a otro. Del frío eco de una escalera de hormigón al pulido y silencioso ambiente del museo, perturbado únicamente por el bullicio de un grupo escolar o un montón de turistas ruidosos. A veces coge unos auriculares y escucha una audioguía mientras recorre las salas; otras, se sienta en uno de los bancos que hay repartidos por el museo y examina el cuadro que tiene delante. Sabe que es ilógico —

ha leído *El jilguero*—, pero tiene la sensación de que nada malo puede ocurrirle mientras se encuentre en la quietud de esas salas.

Su padrino le ha conseguido este empleo. Justo cuando empezaba a sentirse capaz de volver al trabajo, pero no estaba seguro de estar preparado para la adrenalina de la City, Rob lo llamó y le habló de un museo que buscaba a alguien para gestionar el equipo digital y su sitio web. No es tan estimulante para el cerebro como los algoritmos financieros, pero disfruta formando parte de este mundo y sabiendo que, de una manera pequeña y discreta, está llevando el arte a la gente. No como Rob con sus cuadros o los comisarios, pero algo es algo. Y es suficiente.

Gordon conoció a Comfort en el verano de 2019, en un tren averiado que se quedó atascado en algún lugar de las afueras de la estación Victoria de Londres. Ella estaba sentada enfrente, abanicándose con un programa de exposiciones de la Dulwich Picture Gallery.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó, y ella dio la impresión de estar confusa por un momento, antes de responder que se lo había encontrado en el asiento.

Pero siguieron hablando, y cuando el vagón volvió a ponerse en movimiento, ella estaba como decepcionada. Mientras el tren entraba en la estación, marcó su número en el teléfono de él.

—Pareces agradable. Por favor, no seas de los que no llaman.

Es unos años mayor que Gordon y tiene una hija adolescente, Ida, de una relación anterior. Ida parece una versión en miniatura de su madre, con los mismos rizos oscuros y abundantes. Como ella, abre mucho los párpados cuando alguien habla, como si escuchara a

través del blanco de sus ojos. Lo llama «Gord», y consigue que suene a la vez ridículo y vagamente cariñoso.

—¿Estás aquí, Gord? —le dice adoptando el tono de censura que reserva para los adultos.

Al principio le molestaba que lo llamara así, porque le recordaba al chico que había sido en el colegio, pero poco a poco ha llegado a asociarlo sólo con ella y con el hombre que es ahora. Además, Ida es divertida y más interesante de lo que Gordon recuerda haber sido a los catorce años. Le gustan los cómics manga y ver en YouTube vídeos de gente haciendo cosas raras.

Un día ella le enseña cómo envuelven un coche en vinilo hasta que toda la carrocería es de un dorado reflectante. Es hipnótico y Gordon tiene la sensación de estar descubriendo el mundo de nuevo.

Cuando estalló la pandemia, Gordon llevaba menos de un año saliendo con Comfort, pero fue Ida quien planteó la posibilidad de que se instalara con ellas.

—¿Gord intentará colarse en nuestra arca para ver qué tal es? ¿O se quedará solo en casa?

Gordon sonrió porque, tal como lo dijo, parecía que había sido idea de él que ella tuviera que soportar su compañía durante el encierro. A las pocas semanas de confinamiento, ella disfrutaba entrando en una habitación y exclamando:

—¡Dios mío! ¿*Todavía* estás aquí?

—Ya veo que me he pasado, pero si pudieras aguantar unos días más, creo que Boris está a punto de levantar las restricciones —respondía él con cara apesadumbrada y un gesto de fingida impotencia.

Bromean con ello incluso ahora, casi tres años después, cuando él ha dejado su casa y paga la mitad del alquiler del piso con jardín de ellas.

—¡Dios mío! ¿Todavía estás aquí?

—Lo sé, lo sé. Sólo he pasado para tomar un té y no encuentro el momento de marcharme.

La presencia de Ida hizo que pasaran rápidamente de la excitación de las primeras citas a la rutina de una pareja que lleva muchos años casada, pero a Gordon ya le va bien. En las películas el amor parecía esconderse en los pétalos de las rosas rojas y en una vista de la Torre Eiffel, pero él se siente aliviado al encontrarlo sentado a su lado en el ambiente caldeado de un invernadero de Willesden, entre el olor húmedo del abono y los primeros frutos verdes de la parra.

Le contó a Comfort su crisis nerviosa al principio de su relación. Y ella lo escuchó, con los ojos más abiertos que de costumbre, mientras él le describía las circunstancias en las que había crecido.

—Yo era un niño horroroso. Era horrible con mi madre, pero no era consciente de cómo me manipulaban. No es excusa... pero...

—Cuando Ida era pequeña, creía en el Ratoncito Pérez y en Papá Noel. Les escribía cartas porque yo la animaba a hacerlo. ¿Crees que debería haber sabido la verdad?

—Pero Maia entendió lo que estaba pasando.

—Y uno de cada cien niños no cree en Papá Noel; Maia era uno de ellos.

Éste había sido siempre el mayor escollo —la razón por la que le había costado tanto perdonar al niño que había sido—, pero de algún modo la lógica de Comfort parecía simple. No disculpaba a la

persona que había sido en aquellos años intermedios, pero lo ayudaba a entender cómo había acabado siendo así.

Cora está sentada en la oscuridad de la Royal Opera House mientras *El lago de los cisnes* se acerca al final del segundo acto. Es «La danza de los cisnes», y cuatro mujeres se mueven como una sola con una sincronización absoluta, cogidas de la mano y con los brazos superpuestos en una equis perfecta. Ella observa, con las pantorrillas y los muslos tensos, cómo cruzan en brillantes ráfagas el escenario ejecutando *entrechats quatre* y *relevés passés*. El juego de pies es limpio, preciso. Los movimientos, ligeros. Cora siente una elevación en el pecho; es la sensación que se tiene cuando se es el artífice de la magia. Las bailarinas miran a un lado y a otro, curiosas, serenas, mientras bajo el plumaje de sus tutús mueven las piernas en el agua imaginaria. Ella reconoce la coreografía. Es un papel coral, pero con potencial para obtener mayor protagonismo. El cuarteto debe moverse de forma sincronizada para no alterar la composición. Debe compartir la misma musicalidad, el mismo *tempo*; cada paso está medido, hasta que, en el último momento, se separan e intentan volar, y acaban cayendo al suelo.

Escudriña el rostro de las bailarinas, tratando de identificar quién es la estrella entre ellas, quién tendrá la determinación necesaria para diferenciarse del resto. ¡Son tan jóvenes! A Cora le gusta imaginarlas fuera del escenario, haciendo estiramientos mientras cotillean y hablan de los bailarines masculinos. Se pregunta si todavía fuman entre los entrenamientos. Si todavía subsisten a base de cigarrillos y café, como solían hacer tantas de sus compañeras.

Los ecos de aquella época resuenan de forma espontánea en el escenario con el ruido sordo de los pies que alcanza a oír por debajo de la música. «Volarás más alto si lo haces con el corazón»; la voz de su profesora, que se eleva por encima del repiqueteo de un piano. El ritual de ablandar las zapatillas nuevas, atrapando las punteras en la bisagra de una puerta, o elevándose despacio sobre las medias puntas para que se adapte a la curvatura del arco, y luego, mirando el reloj, con los pies ya sangrando, otras seis horas por delante aguantando el dolor.

Cora se da cuenta de que su matrimonio fue como una versión más horrible y magnificada de su carrera de bailarina. Esperanzas. Sueños. Luego sufrimiento y decepción. Sacrificarse por algo inalcanzable. Ahora tiene sesenta y ocho años, y aunque sabe que la jubilación suele asociarse con lo caduco y lo inútil, para ella evoca exuberantes campos verdes llenos de ranúnculos donde vagar libremente.

Vive en una pequeña casa adosada de estilo victoriano en el oeste de Londres, no muy lejos de Maia y Gordon. Tiene maceteros en las ventanas con plantas que cambia con las estaciones y un pequeño jardín tapiado. Planta arbustos y árboles comunes en macetas, y poco a poco va aprendiendo los nombres: *Salix integra*, laurel, lila coreana enana, verónica, retama, hibisco, hipérico. Este año ha incorporado hierbas aromáticas y lechugas en viveros. Verlas asomar como pequeños brotes y crecer hasta convertirse en alimentos le produce verdadera alegría, y como siempre cosecha más de lo que necesita, deja manojos atados con cuerdas en la fachada delantera con una nota escrita a mano animando a los transeúntes a llevarse uno. La primera vez temió que nadie los quisiera, pero aún recuerda

la silenciosa oleada de amor que le llegó de la calle vacía cuando abrió la puerta y vio que ya no quedaba ninguno.

Los sábados compra pan recién hecho en la panadería del barrio y recoge dos gruesos periódicos que lee despacio a lo largo de la semana. Le gusta dejar los suplementos en una mesita auxiliar de la sala de estar o junto a la cama. Estas señales de vida, este rastro de su propio ser habitando un espacio sin necesidad de borrar las pruebas, todavía hacen que suspire de repentina satisfacción. Lo mismo le sucede con el sonido de la radio Roberts que tiene en la cocina. Son las voces femeninas las que le interesan: sus historias, su visión de la vida. Estas mujeres, con tantas experiencias diferentes entre sí, se abren paso hasta su casa y la introducen en un mundo más amplio con su humor, su perspicacia y su pasión.

Todavía se sobresalta cuando oye la portezuela de un coche que se cierra de golpe o llaman a la puerta de forma inesperada. Lleva las cicatrices y heridas de un cuerpo mal cuidado. Intenta aliviarlas con yoga y pilates, pero no hay forma de escapar a la artritis que se ha colado en unos huesos rotos que nunca se soldaron bien. Siente el peso de la preocupación de sus hijos, de la responsabilidad que sienten hacia ella. Durante el confinamiento, la visitaban desde la acera y dejaban regalos desinfectados en su puerta.

—¿Seguro que estás bien? Podrías venir y quedarte con uno de nosotros. No tienes por qué estar sola.

Aunque todos sabían que eso no podía funcionar, con Ida yendo al colegio y Maia y Kate trabajando en el hospital.

—¡Estoy bien! Tengo libros y pódcasts. ¡Todo internet para acompañarme!

Estas cosas le siguen pareciendo nuevas y atractivas, incluso ahora.

Ellos la miraron con escepticismo, como si se esforzara por sacar lo mejor de sí misma. Por alguna razón eran incapaces de comprender, aun habiendo sido testigos de la realidad cotidiana de su vida, que ella había soportado un confinamiento mucho más draconiano durante más de cuarenta años. El del covid-19, al menos para ella, sería fácil.

Y esta liberación se la debía a Gordon, el niño con el que se había esforzado en establecer un vínculo, el joven que por un tiempo le pareció un desconocido. Cuando volvió a vivir en la casa de sus padres, después del accidente de coche, mantuvo las distancias, como esperando redescubrir su lugar en ella. Pero ella recuerda la noche en que las cosas cambiaron. Él había vuelto de cenar con Maia. Cora estaba en la cocina, doblando la ropa todavía caliente de la secadora. Lo oyó en la puerta, quitándose los zapatos y colgando el abrigo. Un pie en un escalón, otro en el siguiente. Entonces apareció en la puerta de la cocina, con el pelo mojado por la lluvia.

—Esta noche, en el tren de vuelta, se me ha ocurrido que debes de echar de menos a Maia.

Cora levantó la vista, sorprendida. La cruda verdad que encerraban sus palabras la sacudió; casi nunca se permitía echar de menos a su hija.

—Oh, ya lo creo que sí —respondió alisando las arrugas de una camisa.

—Creo que ella también te echa de menos. ¿Sabías que pronto se tomará un año sabático? Pasará un mes en Australia con una amiga.

Ella había dejado caer la ropa. Porque no, no tenía ni idea; casi no sabía nada de la vida de su hija. Un torrente de preguntas se cernió sobre sus labios, pero en ese momento apareció su marido, y ella continuó doblando la ropa.

—¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, hemos ido a un museo y luego hemos cenado en un restaurante que estaba al final de Long Acre.

—Los hay con suerte. Yo me he tenido que conformar con las viandas carbonizadas de tu madre.

Y su hijo —su extraño e inescrutable hijo— había replicado:

—¿Sabes? Siempre dices lo mismo, pero no recuerdo que mamá haya quemado nunca una comida.

Ella no se había atrevido a levantar la vista, no se había atrevido a darse por enterada, pero oyó a su marido carraspear y, con el rabillo del ojo, vio que eran los zapatos de él los que daban la vuelta para salir primero de la habitación. Seguidos de los de su hijo, unos momentos después.

Una tarde, cuando su marido todavía estaba en la consulta, Gordon llegó a casa y la encontró en el comedor regando las plantas.

—He pensado que te apetecería —le dijo dejando una tableta de chocolate encima de la mesa.

Ella lo miró, sin saber si había gato encerrado. Él debió de verla titubear porque enseguida añadió:

—No pasa nada. No se lo diré.

Y entonces se sentaron uno frente al otro, con la tableta entre los dos, y cada uno cogió un par de trozos. Ella aún recordaba cómo el

primero se le había deshecho en el paladar y el sabor extendido por la lengua, como una toalla caliente después de un baño.

—Está bueno, ¿verdad? —le preguntó él—. Es de una tiendecita que han abierto en el pueblo, justo después del parque. También venden tarjetas y cosas así. Te gustará.

Ella se conmovió. Que él la imaginara disfrutando en esa tienda. En cualquier tienda.

—Tenían muestras gratuitas. Había una de almendra y caramelo salado, creo.

—Qué bueno.

Él asintió.

—Sólo me ofrecieron una al salir. Si no, te habría traído.

—No, no —respondió ella, sin querer alterar el delicado equilibrio de lo que fuera que era aquello—. Este chocolate es increíble. No puedo imaginar algo que sepa mejor. ¿Qué tal te ha ido la revisión de la vista?

—Ah, me han dicho que me comprara unas gafas de lectura de las que venden en las farmacias. —Rebuscó en la bolsa que llevaba y sacó un estuche—. ¿Qué te parecen?

Cora sonrió y le dijo que le sentaban bien, pero se dio cuenta de que su hijo —su niño— estaba envejeciendo. Muy pronto tendría treinta y cinco años, cuarenta, luego cincuenta... incluso podía empezar a perder el pelo o a encanecer.

Gordon volvió a guardar el chocolate en la bolsa y barrió la mesa con el canto de la mano mientras con la otra extendida recogía los trocitos.

—Gracias —le dijo Cora, y se preguntó si él sabía que no se refería sólo al chocolate, sino también a su preocupación por no dejar

rastro.

Durante la cena Cora estuvo nerviosa, sin saber si su hijo la delataría, pero no lo hizo. Y a partir de entonces compartir esas golosinas prohibidas se convirtió en algo habitual.

Poco a poco empezaron a hablar. Cora le preguntaba cómo le había ido el día o cómo estaba Maia. Y él le contaba algo que le había llamado la atención en el estudio de Rob o le describía un cuadro que había visto.

—¿Sabes? Miguel Ángel no era únicamente un artista. Practicó una gran cantidad de disecciones, y cuando estudias detenidamente sus cuadros, puedes ver que ocultaba imágenes anatómicas en ellos. Mira. —Sacó el móvil y se lo pasó, y ella lo sostuvo con cautela entre las manos, como si fuera a explotarle en la cara—. Tienes que hacer esto para acercar la imagen. Eso es, como si pellizcaras la pantalla.

Y ella se había reído de lo extraño que era ver cómo se agrandaba bajo sus dedos.

—Es un techo de la Capilla Sixtina. ¿Ves dónde...? —le preguntó él señalando.

—¡Oh, sí! —exclamó ella al darse cuenta de que Dios y un grupo de ángeles no emergían de una forma indistinguible sino de un riñón —. ¿No es increíble?

Guardaron silencio mientras ella alejaba la imagen y volvía a acercarla. Su asombro iba mucho más allá del cuadro.

La noche en que Gordon le dijo a su padre que había conseguido el trabajo en el museo, Cora vio como el viejo resoplaba despectivamente.

—¿Te pagan igual?

—¿Que en la banca?

—¿A qué más podría estar refiriéndome? Ése fue tu último trabajo, ¿no?

—Ya, pero es poco probable que encuentre ese sueldo o las bonificaciones en otra parte.

—¿Y crees que podrás pasar sin tu coche ostentoso y tus cenas de trescientas libras?

Cora se había estremecido al darse que cuenta de que él se negaba a reconocer que su hijo era otra persona. Pero había visto cómo Gordon, en lugar de devolverle la granada, relajaba visiblemente los hombros y levantaba las manos en señal de sumisión, como diciendo: «No lo sé. Aquí me has pillado. Tú ganas.» Había un poder sutil en el hecho de rendirse. Dejó a su padre con las manos vacías, y el palo con el que había estado a punto de golpearlo se desintegró.

Unos meses más tarde su hijo anunció que estaba listo para irse de casa. Cora lo esperaba. Gordon se había quedado más tiempo del previsto y sospechaba que tal vez había sido por ella. Intentó ocultar su decepción, pero ya estaba echando de menos tenerlo de pie a su lado mientras cocinaba, limpiándolo todo, dispuesto a asumir cualquier error o equivocación que ella pudiera cometer —«No, he sido yo quien ha roto el plato»— y aliviando con su presencia el aislamiento.

—He dejado un teléfono y algo de dinero en una caja de plástico que he enterrado bajo la hortensia —le había dicho la mañana en que tuvo que marcharse—. Para emergencias. —Y ella comprendió que eso era lo que debía de haber hecho unos días antes cuando fue al garaje a por herramientas de jardinería—. Sólo te das cuenta de que se ha removido la tierra si sabes dónde buscar.

Esto era lo más explícito que se había mostrado él al hablar de su situación, y su sensibilidad hizo que a Cora se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Gracias, pero estaré bien —lo tranquilizó, aunque se sentía como se sintió cuando de niña su madre la dejó en el colegio el primer día.

Y había vuelto a concentrarse en las puertas de los armarios que estaba limpiando mientras pensaba en su madre, en que no se habían despedido, en que no había podido ir a su funeral; todavía le dolía. Y que Gordon se fuera ya era suficiente dolor que soportar en un día.

Apenas unas horas después de que él se fuera, la tapa de la olla a presión estalló y golpeó la pared de la cocina con un pitido de vapor hirviendo. Esa semana estuvo durmiendo en el suelo junto a la cama, sin nada con que taparse. Él la despertaba tirándole del pelo. Le aplastaba la cara contra un plato de comida que él insistía en que estaba fría, aunque le quemaba las mejillas.

Una semana después, cuando sonó el timbre a la hora de comer, ella se sorprendió al ver a su hijo en la puerta.

—¡Oh, vaya! —exclamó levantando instintivamente la mano para taparse la herida del labio, que se le había vuelto a abrir al sonreír—. No te esperaba.

Estaba nerviosa, sin saber cómo disimular el cambio que había sufrido su aspecto desde que él se había ido.

—Me caí —dijo mientras lo hacía pasar—. Esta maldita alfombra. La esquina se enrosca y...

—Basta, mamá. Sé que ha sido él. Pero no pasa nada, porque a partir de ahora estarás a salvo.

Y extendió hacia ella la palma de la mano con dos llaves.

—Puedes quedártelas. ¿O te ha pedido tu padre que las devuelvas?

—No son mías. Son tuyas.

Y entonces se lo contó. Que acababa de ir a ver a su padre en su consulta y le había enseñado un vídeo subido a un servidor seguro de internet que había grabado en su casa con pequeñas cámaras ocultas que había colocado antes de marcharse.

—Quería asegurarme de que habría pruebas suficientes; siento haber tenido que dejarte toda la semana. Sé lo mal que lo has pasado.

—¿Has estado grabándonos?

Y ella posó la mirada en un marco de fotos, en una lámpara de mesa.

—Están en los detectores de humo.

—Vaya —respondió ella, y notó que se le agrandaban los ojos al mirar hacia arriba. Recordó que él había cambiado las pilas hacía poco, pero la mayor parte del tiempo parecían pasar inadvertidos entre los accesorios de la casa—. ¿Todavía nos graban? —preguntó, y se llevó una mano al pelo, repentinamente cohibida. Luego recordó—. Y le has dicho... Pero... ¿Qué ha dicho él? ¿Va a venir?

—No va a volver. Le dije que podía irse inmediatamente y evitar un escándalo público y una pena de cárcel. O me encargaría de hacer llegar las imágenes a los otros colegas de la consulta y a la policía... Así que estas llaves son tuyas ahora —añadió ofreciéndoselas—. Esta misma semana te entregará las escrituras de la casa.

Ella se sentó en el sofá, con las manos en el regazo. Recorrió con la mirada el aparador, el mueble del televisor, la mesa de centro de madera. La cocina. Más allá del pasillo, esas habitaciones que durante tantos años habían sido su mundo y ya estaban cambiando ante sus ojos. Un vacío tan peculiar. La ausencia de algo que sugiriera que podía ser un lugar al que ella llamara «hogar».

Cora todavía recuerda la mezcla de independencia y miedo que sentía cada vez que utilizaba aquellas llaves para volver a entrar en aquella casa. No se había quedado mucho tiempo, apenas unas semanas; una parte de ella siempre tenía la impresión de que él estaba a punto de aparecer a sus espaldas.

Sólo lo había visto una vez más, el día de su divorcio. Maia y Gordon se habían pedido el día libre en el trabajo y se habían quedado cerca de ella mientras entraban en el despacho del abogado y se sentaban frente a su padre. Ninguno de los dos le dirigió la palabra. Cora estaba segura de que apenas lo habían mirado.

Pero ella sí se había encontrado con su mirada. Apenas un segundo. Y él fue el primero en apartarla. Ella lo recuerda porque la sorprendió. Y porque al instante siguiente ella reparó en una pequeña mancha en su camisa. Dos puntos anaranjados, como si se hubiera salpicado con una cacerola de sopa de tomate. Piensa en ello a menudo. En lo que parece implicar: que él no se había dado cuenta, que estaba solo, que era falible. Y de alguna manera le da menos miedo.

Ya es verano. Gordon está en España con su madre, Comfort, Ida, Maia y Kate. Los demás quieren ir a un lago donde se puede pasear en bote y nadie protesta cuando él comenta que es posible que vaya a un museo cercano. Deambula por las salas anhelando la sorpresa de toparse con el cuadro que sabe que encontrará allí. El que vio por última vez hace tantos años cuando estuvo como préstamo en Londres.

Por fin llega a una sala más pequeña y oscura que las demás. Si los cuadros anteriores tenían los marcos dorados, los de éstos son de ónice. No hay casi nadie, sólo una joven pareja y una niña con su abuela. Sus pasos resuenan en medio de los susurros y el silencio. Recorre metódicamente la sala, estudiando uno a uno los cuadros. Son oscuros, pesados, macabros. La voz de los auriculares le explica que se conocen como las «pinturas negras» de Goya, y que fueron realizadas directamente en las paredes de su casa y trasladadas póstumamente a varios lienzos. Es difícil imaginar a alguien pintando estas imágenes horripilantes en las paredes de su salón.

Gordon avanza despacio, sin dejar que sus ojos se desvíen hacia delante, pero sabiendo que se está acercando. Y entonces lo ve, hacia la mitad de la pared de la izquierda. *Saturno devorando a su hijo*. Se detiene. Lo mira. Escucha.

El audio explica cómo los movimientos artísticos contemporáneos —e incluso la literatura y el cine— tienen sus raíces en esta obra que se creó de forma aislada, sin autocensura. A continuación señala que el dios mitológico Saturno puede ser visto como la personificación del pánico a perder el poder; que se dice que se comió a sus hijos por miedo a ser derrocado. Luego, casi como una ocurrencia tardía, el narrador añade que uno de los hijos de Saturno, Júpiter, escapó.

Que la madre de Júpiter protegió al niño, lo mantuvo a salvo. Y que, ya adulto, regresó y cumplió la profecía: el niño derrocó a su padre.

Estudia los rasgos de Saturno. Recuerda el terror que sintió la primera vez que vio ese rostro, el desaliento que experimentó aquella noche en el restaurante cuando habló de él con Maia. Pero ahora ve algo diferente en la figura. Donde antes veía poder y rabia, ahora ve desesperación. Miedo.

Se agacha, toca con las manos el frío suelo negro e inhala el olor a óleo y a lienzo envejecido que impregna el espacio. No está seguro de por qué le habla tanto ese cuadro, ni de por qué está tan dispuesto a establecer paralelismos entre éste y su propia vida, pero siente alivio al descubrir que la parte más reciente de su historia —esa libertad, para él y para su madre— siempre estuvo oculta en el cuadro.

Se levanta, se aleja del cuadro y vuelve a recorrer las salas del museo. Pasa por delante de los días de Sorolla en la playa y de las paredes llenas de miles de historias y finales alternativos; tal vez alguno de ellos sea el suyo. Y por fin sale a la luz del día y tuerce para cruzar el parque, listo para reunirse con su familia.

Epílogo

29 de julio de 2022

El dolor que siente en el pecho le ha venido de forma repentina, pero lo ha reconocido al instante, como una cara conocida en una multitud. Tiene los síntomas grabados en la mente, a pesar de los años que han transcurrido desde la Facultad de Medicina. Algo no muy diferente al ardor de estómago. Un dolor que se le extiende por el cuello y la mandíbula. Una sensación de fatalidad inminente.

Ahora, tumbado en el suelo de la cocina, con la manga manchada de café derramado, se mantiene firme, listo para soportar el dolor y observar los síntomas que lo conducirán al final. Pero entonces aparece el rostro de Cora. Y las manos de él, no temblorosas e inútiles como había creído que eran, sino robustas y brutales. Empujando, golpeando, provocando el mismo dolor que ahora siente en el pecho.

Intenta traer a la memoria a sus pacientes, a la gente a la que alguna vez ha ayudado, pero sólo puede verlos fugazmente antes de volver a tener delante al rostro magullado de Cora. Su hija que elude su mirada. Los berridos de su hijo pequeño. Y la verdad es ésta: a las personas a las que estaba destinado a amar sólo les hizo daño. Entonces grita, un sonido gutural. Porque está muy claro. Tenía una vida y podría haberla vivido de otra manera.

No hallará paz; la última revelación es demasiado cruda para embellecerla. Aun así, intenta agarrar un momento, arrancarlo del aire. Un momento en el que él podría haberlos lanzado por caminos separados.

Cuando deja escapar el último aliento, está paseando con Cora por los Embankment Gardens. Ella lleva una bota quirúrgica en un pie, pero él va descalzo. Casi puede sentir la hierba alrededor de los dedos de los pies. Llegan a las puertas de Villiers Street y le recorre una sensación extraña, como si el agua del mar le penetrara en la piel. Aminoran el paso. Ella le gusta, sí. Pero esta vez le suelta la mano. Se dicen unas palabras y ella sonríe, se da la vuelta y se va. Él observa cómo llega al final de la calle, la observa hasta que ya no la distingue, observa cómo dobla la esquina y desaparece de su vista.

Mientras se enfría su cuerpo, el aire se estremece de posibilidades desperdiciadas: cómo podrían haberse separado sus destinos, qué otros caminos podrían haber tomado sus vidas.

Hay una niña. Está parada frente al salón parroquial junto a su madre, que lee un tablón de anuncios colgados detrás del cristal. Hay una clase de ballet los martes por la tarde y otra de danza irlandesa los sábados por la mañana. La madre lo piensa y decide que sería muy precipitado ir al ballet directamente al salir del colegio. Mira a la niña, que está enrollándose el tallo de un diente de león alrededor de un dedo, y empieza a explicarle qué es la danza irlandesa y cómo son las zapatillas especiales que tendrán que comprar. La niña deja que su sueño de llevar zapatillas de ballet se le escape de las manos junto con la flor que ha arrancado y, unos

años después, también abandona la danza irlandesa, más interesada en trabajar con su padre cuando éste cuida su huerto.

Hay un hombre joven. Acaba de empezar su primer año como médico de cabecera titulado. Está escuchando a un vendedor hablar de un coche nuevo y reluciente con techo solar elevable, reproductor de casete y sistema de frenos antibloqueo. Pero antes de que pueda explicarle el sistema antideslizante, algo los hace levantar la vista. En ese momento el joven ve un cupé con techo plegable en una esquina de la explanada. «¿Está en venta?», pregunta, y se acerca para admirar el carácter y la elegancia de este diseño clásico y más antiguo. Seis meses después, bajo una lluvia torrencial, fallan los frenos. El padre del joven está operando en el mismo hospital cuando, dos plantas más abajo, certifican la defunción.

Hay una chica. Está a punto de cumplir catorce cuando entra un chico nuevo en su clase. Tiene el pelo largo, vaqueros acampanados. Labios como el cantante de los Rolling Stones. Desde el autobús, caminan por la misma franja de asfalto hasta sus casas, que están separadas por cuatrocientos metros. Cada día van más despacio para pasar más tiempo juntos. «Te acompaño hasta el final», ofrece él. Pero cuando llegan a la puerta de su casa, con los dedos manchados de moras, no tienen ganas de separarse y deambulan de nuevo hacia la carretera. Y en algún lugar del suave ir y venir de estos días desaparece la parafernalia de la niñez: el ballet, las volteretas, el trenzado del cabello de su mejor amiga. Casi sin que se den cuenta.

Hay un niño. Tiene diez años. Se mueve por los pasillos del hospital al lado de su padre, viendo cómo lo tratan con deferencia, cómo sus colegas parecen ansiosos por no agotar su precioso

tiempo. Más tarde, cuando lo mandan a la cantina, se imagina bañado en el resplandor de su padre, como si él también pudiera ser cirujano algún día e inspirar el mismo respeto. Hasta que, al acercarse detrás de dos batas blancas, oye por casualidad su conversación. Ve al hombre que siempre ha reverenciado con los ojos de otra persona. Se retira a un cubículo de los aseos y se encierra en él, ardiendo de vergüenza. Luego sale, decidido a no parecerse en nada a su padre.

Hay una mujer. Empuja un cochecito, con su hija de nueve años a su lado. Entran en un edificio, dejando atrás una calle azotada por el viento. Cuando la encargada del registro levanta la vista y le pregunta a la mujer cómo quiere llamar a su hijo, ella titubea. Luego se sorprende dando el nombre de su difunto padre, Hugh. No sabe de dónde le ha venido la idea. No se le había ocurrido antes. Pero en cuanto la palabra sale de su boca se siente bien.

Nombres de los personajes

(significado oficial en cursiva)

Cora	—	el corazón de la historia
Gordon	—	*gran colina*, inamovible, imponente; un duro ascenso para llegar al otro lado
Bear (oso)	—	tierno, mimoso, valiente, fuerte
Julian	—	padre del cielo; Jules, joyas, joyero
Maia	—	*madre*
Atkin (apellido)	—	*kin* en el sentido de parentesco; *be at kin* puede interpretarse como estar en paz o en guerra
Vihaan	—	*amanecer*, simbolizando el comienzo de una nueva era
Sylvia / Sílbhe	—	de pelo plateado
Cian	—	resistente
Orla	—	*princesa dorada*; todo
Lily (lirio)	—	*pureza, inocencia*; tradicionalmente, símbolo de virginidad y dolor

Pearl (perla)	—	*preciosa*
Mehri	—	*amable, risueña*; alegre, jovial
Fern	—	proveedor de cobijo y sombra
Roland	—	*famoso en toda la tierra*
Felix	—	*afortunado, dichoso*; asociado a una marca popular de comida de gato
Kate	—	*pura*
Charlotte	—	*libre*
Meg	—	*perla*
Comfort e Ida	—	juntos, un edredón
Aoife	—	*princesa guerrera*
Niamh	—	*resplandor*
Eileen	—	que se pronuncia como *I lean*, «me inclino»; nombre que sugiere dependencia, aunque da pie a una confesión similar en boca de otro

Nota

Aunque ésta es una obra de ficción, algunas de las piezas de arte que se describen en ella están inspiradas en las de creadores de la vida real.

Los enormes mosaicos de marquetería de Orla, hechos a partir de trozos de reglas recicladas, se basan en la exquisita obra de Rose Vickers, que puede encontrarse en Instagram en @rosevickers.studio.

Hace años que llevo las fascinantes joyas que diseña el orfebre alemán MANU, y son las que tuve en mente mientras escribía sobre las creaciones de Julian (@manu_schmuck).

Cuando Julian y Orla están en el pub con amigos de la antigua fábrica de chocolate, imaginé que discuten de la obra de Matthew Shlian (@matthewshlian), artista del papel. Siempre me ha cautivado su forma de jugar con las sombras.

Cuando todos se reúnen frente a la puerta de Bear después de que él se haya ido de casa, se refieren a su habitación como un *still-life*, un bodegón. Tomé la idea del poema «Empty nest», de Carol Ann Duffy, que se encuentra en su antología del mismo título. Me reconfortó mucho cuando mis propios hijos se fueron de casa.

Por último, el retrato de la cubierta es una pintura acrílica que la artista española Eva Navarro pintó como parte de una obra más

amplia titulada *Persiguiendo un sueño*. Eva prefiere no revelar el rostro de los sujetos en su obra para que el espectador se identifique con ellos e imagine su historia, lo que creo que explica por qué esta figura parece encarnar cada versión del hijo de Cora: la serena confianza de Bear, la indecisión de Julian o la arrogancia del Gordon joven. Cuando mi editor me mostró esta imagen, me pareció una bonita casualidad y me siento muy afortunada de tener la maravillosa obra de Eva (www.evanavarro.com) en la portada de mi novela.

Agradecimientos

Mi más sincero y entusiasta agradecimiento a Karolina Sutton, agente de sueños. Mientras yo guardaba mi esperanza en un pequeño tarro herméticamente cerrado, tú tenías una fe desbordante en esta novela. Y te estoy muy agradecida, tanto por tu instinto editorial como por tu calidez y tu sentido del humor, así como por ser siempre esa voz serena al otro lado del teléfono. En palabras de Bear, eres un enjambre y te adoro.

Gracias a Anna Stein, mi fabulosa agente en Estados Unidos, por estar ahí en los momentos clave, ya fuera cambiando tus vacaciones para acompañarnos en ese primer encuentro, logrando que la magia se hiciera realidad en tu país o reuniéndonos a todos para disfrutar de la mejor comida y conversación. Eres un prodigio.

Gracias a Jake Smith-Bosanquet y Zoe Willis, por asegurarse de que esta novela llegue a los lectores en tantos idiomas diferentes. Es difícil imaginar a dos agentes más encantadores y tenaces.

Y muchísimas gracias, Zoe, por vender los primeros derechos en cualquier parte del mundo (sí, incluso antes que en el Reino Unido). Siempre recordaré como mágico el momento en que me enteré de que habías encontrado una editorial para mi novela en Grecia.

Muchísimas gracias a Michelle Weiner. Parece que siempre traes buenas noticias, y te agradezco mucho todo el trabajo que haces

entre bastidores para que eso ocurra.

Por último, gracias a Izzy Redfern, por ser una presencia tan acogedora en CAA y por organizar... bueno, todo.

Ah, Francesca Main. Si leyera esto en voz alta, oirías un suspiro de felicidad, y podríamos dejarlo aquí, ya que con él te estaría diciendo todo lo que necesitas saber sobre el maravilloso privilegio que supone tenerte como editora aquí en el Reino Unido. Me han entusiasmado tanto tus exquisitas correcciones como tu comprensión de mis personajes y sus motivaciones a la hora de considerar cada cambio. Tu amabilidad, reflexión, humor y cuidado se reflejan en todo lo que haces, dentro y fuera del texto. Lo mismo puedo decir de Pamela Dorman, de Penguin US, y de Lara Hinchberger, de Penguin Canada. Gracias a las tres por poner tanto corazón en el manuscrito que llegó a vuestras mesas y por ayudarme a convertirlo en algo aún mejor. Os agradezco vuestra amabilidad y entusiasmo, así como vuestros conocimientos al animarme a hacer grandes cambios. Gracias a vuestras aportaciones ahora es una novela más rica y con más matices, y ha sido un placer trabajar con todas vosotras.

Gracias al fantástico departamento de Arte de Orion por su creatividad y no desfallecer hasta diseñar una cubierta maravillosa: Nick Shah, Steve Marking, Dan Jackson. Y gracias por partida triple a Chevonne Elbourne por salir con el concepto del «hombre de las tres sombras». No puede gustarme más la cubierta.

Y a Jason Ramirez y Elizabeth Yaffe de Penguin USA, gracias por crear una cubierta tan bonita que refleja a la perfección cada parte de esta historia. Ha superado todas mis expectativas.

Gracias a Susie Bertinshaw, Holly Kyte y Jade Craddock, por su esmero al revisar el estilo y corregir tipográficamente mi novela, y por garantizar su exactitud cotejando tantos detalles minúsculos. Gracias por rescatarme de innumerables errores y por permitir que me negara a ser salvada cuando se trataba de aferrarme a ciertas peculiaridades.

También en Orion, estoy en deuda con: Anna Valentine (un excelente nombre y una excelente mujer), Katie Espiner, Sandra Taylor, Lindsay Terrell, Jen Wilson, Virginia Woolstencroft, Cait Davies, Javerya Iqbal, Leanne Oliver, Lynsey Sutherland, Sian Baldwin, Esther Waters, Eleanor Wood, Karin Burnik, Elaine Egan, Paul Stark, Louise Richardson, Hannah Cox y Alice Graham. Y, por último y no menos importante, Sam Eades, por toda la dedicación con que cuida a los autores debutantes.

De Penguin US, me gustaría dar las gracias a Marie Michels y Natalie Grant, junto con Brian Tart, Andrea Schulz, Kate Stark, Molly Fessenden, Carolyn Coleburn, Yuleza Negron, Patrick Nolan, Mary Stone, Rebecca Marsh, Andy Dudley, Rachel Obenschain, Chelsea Cohen, Claire Vaccaro, John Francisconi, y muchos más. Vuestro entusiasmo por esta novela me ha dejado impresionada y me siento increíblemente afortunada de haber trabajado con todos vosotros.

A mis editores y traductores de todo el mundo: es el privilegio más mágico llegar a lectores en idiomas que no hablo. Gracias.

Henu Cummins, muchas gracias por tus generosos consejos y tu visión profesional. Han sido decisivos para moldear el carácter de Gordon padre y la dinámica familiar que genera a su alrededor. Te agradezco que dedicaras tu tiempo para hablar de mi novela cuando sólo era una idea y, más tarde, por incitar y animar a leer el

manuscrito terminado. El mundo es un lugar más amable y seguro porque tú estás en él.

Gracias a Peter y Guy Jenner por ser tan solícitos a la hora de responder a mis preguntas sobre orfebrería; y a Geoff O'Sullivan (a través de Anna Stein), por responder a mis preguntas sobre modismos irlandeses con tanta generosidad y buen humor. Cualquier inexactitud es mía.

Si bien ningún nombre de esta novela se ha sacado de la vida real, algunos personajes se llaman como los hijos de familiares y amigos, aunque los nombres se eligieron sólo por su significado o porque salió de forma natural. En cualquier caso, Bea, Maya, Felix y Pearl de la vida real, tenéis los mejores nombres y espero que no os importe que también los lleven mis personajes para contar esta historia.

Al Merry Women's Book Group: gracias por desafiarme a leer libros con y sin argumento, por los festines compartidos y las risas estridentes. Todas juntas sois una alegre botella de prosecco antialérgico; individualmente sois Donna, Emily, Maria y Marieke.

Y a mi otro club de lectura igual de maravilloso: Shauna, Michèle, Pippa, Sue, Audrey, Jennie, Fiona y los muchos perros que leen con nosotras. Gracias por vuestra amistad, vuestra increíble amabilidad y por compartir mi entusiasmo por todo este asunto de los libros.

A todos los amigos que generosamente me acogen de nuevo en su órbita cada vez que dejo de escribir, que me han dicho algo alentador, que han compartido mi felicidad por haber hecho por fin realidad este sueño... gracias.

Especialmente un gran abrazo y toda mi gratitud a Joanne y Jenny, por vuestros consejos en materia de biblioteconomía y sobre

la lengua francesa respectivamente (y mucho más); Shauna, por animarme a volver a coger un bolígrafo; Kathryn, por ser un cariñoso estímulo en todo lo que intento hacer; y Samson, Charlotte, Ben, Catherine, Tamsin y la familia de los magníficos Smith, por estar ahí en los momentos de conmiseración y de celebración. Hacéis que la vida sea más bella.

A Sarah, gracias por leer ese primer capítulo y ofrecerme un apoyo tan generoso, y por seguir intuyendo exactamente lo que podía ayudarme en cada etapa de la escritura. Hasta que, cuando la novela por fin estuvo lista para enviarla a los agentes, me dijiste: busca el lugar en la estantería donde pondrás tu libro. Y aquí está. Gracias, gracias, gracias, Sarah. Me has dado más de lo que puedo expresar.

A la pequeña Bea: si alguna vez lees este libro y llegas a esta página, es probable que ya estés en la adolescencia. O seas incluso adulta. Estoy deseando conocer todas estas versiones de ti y saber en quién te convertirás. Hasta entonces, todo mi cariño.

A mamá y papá, gracias por inculcarme la afición por las palabras y la lectura desde una edad temprana; por hacer que los libros formaran parte de nuestros hogares, vacaciones y conversaciones, y por vuestro entusiasmo con esta novela. Gracias también por ser mis confidentes más queridos y las mejores personas con las que celebrar algo.

A mi hermana, Laura: es el más delicioso privilegio que la solución de mis enigmas relacionados con los libros se mezcle con el día a día de nuestros mensajes, conversaciones y risas. Mi gratitud infinita (y ya me imagino los diferentes instrumentos de medición que te encantará ponerme delante después de leer esto, pero no, ninguno

de ellos es lo suficientemente grande, así que, por favor, ríndete ya) por aportar a nuestra hermandad tu brillantez como editora en la vida real, y por tu continua disposición a pulir mis palabras, hablar sobre una escena complicada u ofrecer sabios consejos. He aprendido y sigo aprendiendo mucho de ti. Con amor, agradecimiento y total veneración, siempre.

A mis hijos: esta novela ha surgido en el hervidero de vuestra creatividad y, a medida que habéis ido saliendo al mundo, me he sentido honrada y encantada de descubrir que sigue nutriéndose a distancia a través de innumerables conversaciones. La felicidad de Julian al encontrar a gente en la antigua fábrica de chocolate se inspiró, en gran parte, en la vida que tan agradecida estoy de compartir con vosotros dos y con vuestro padre. M, gracias por estar siempre dispuesta a ayudarme a dar vueltas a las palabras en una página hasta que encajan, por hacer que ese tiempo en Francia fuera tan mágico, y por tus comentarios honestos y perspicaces (esta novela tiene un 95 % menos de leche gracias a ti). Mi afecto más desmedido por ti, niña prodigio. En cuanto a ti, F, gracias por sugerirme que el cuadro de Goya podría funcionar con la historia de Gordon hijo; eso me dio el enfoque de la escena, así como del final, y no puedo imaginarme esta novela sin él. Muchísimas gracias. Gracias también por ser como eres, una persona que me llama por teléfono una mañana para decirme por qué una palabra que he utilizado funciona de verdad, y que sólo eres tú siendo tú... de verdad, eres espectacular.

A mi marido, Ian: ¿por dónde empezar a darte las gracias? A falta de un lugar mejor, gracias por ser el primero en leerme, por ser cocreador de la trama y por insistir en que «las personas de carne y

hueso no hablan así» hasta que por fin doy con la voz de un personaje. Esta novela existe gracias a tu confianza inquebrantable en mí y porque me has dado el coraje y el espacio para fracasar y volver a intentarlo. Así que gracias por esto y por mil desayunos de huevos revueltos. Eres maravilloso, y me siento increíblemente afortunada de compartir esta vida contigo.

¿Puede un nombre cambiar el destino de una vida?
Bear. Julian. Gordon.
Tres versiones de una vida



Aclamada como «la mejor ópera prima que se ha publicado en años» por *The Sunday Times* y traducida a más de veinticinco idiomas, *Los nombres* es una novela sorprendente que atrapa desde la primera página. Con una historia tan original como emotiva, Florence Knapp nos invita a seguir tres vidas posibles que nacen de una sola decisión: cómo llamar a un hijo. Un viaje inolvidable sobre identidad, destino y el poder invisible de las pequeñas elecciones que marcan toda una vida.

Estamos en 1987. Tras una gran tempestad, Cora sale con su niña de nueve años para registrar el nacimiento de su hijo. Su marido

insiste en mantener la tradición familiar y que el bebé lleve su nombre. Pero Cora duda. Ir en contra de su voluntad podría ser peligroso, y sin embargo, ¿debe el pequeño heredar el nombre de generaciones de hombres dominantes? La elección que haga en ese momento marcará el rumbo de sus vidas. Siete años después, el niño es Bear, un nombre escogido por su hermana y tan inesperado como la tormenta de la que surgió. O es Julian, el nombre que su madre le dio, convencida de que le permitiría forjar su propio camino. O es Gordon, como su padre, criado a su imagen y semejanza... aunque quizá todavía haya una posibilidad de romper ese molde.

Ésta es la historia de tres nombres, tres versiones de una vida, y las infinitas posibilidades que una sola decisión puede desencadenar. Es la historia de una familia, y de cómo el amor resiste y perdura entre sus miembros, sin importar lo que el destino les depare.

La crítica ha dicho:

«La mejor ópera prima que se ha publicado en años.»
The Sunday Times

«Me enamoré de Cora y de todas las versiones de sus hijos. Un retrato poderoso y sugestivo de las formas en que la violencia, en las familias y en el mundo, puede dejar cicatrices tanto brutales como más sutiles. Conmovedor, finamente elaborado y maravillosamente escrito.»
Helen Simonson

«*Los nombres* es una novela bella, emotiva y absolutamente original. Me acompañará durante muchos años.»
Miranda Cowley Heller

«*Los nombres* es una novela realmente hermosa y desgarradora. No podía dejarlo, y estoy agradecida de que Cora y sus hijos vivan ahora dentro de mi corazón. Qué libro tan maravilloso.»
Ann Napolitano

«Magnífico. Una novela impresionante, esperanzadora y amargamente atractiva. Los nombres es una historia de decisiones, tanto grandes como pequeñas, de cómo cada una de ellas está cosida al tapiz de lo que nos hace únicos. Y de cómo un solo cambio puede hacernos y deshacernos. Léalo. Es muy especial.»
Chris Whitaker

«Esta fantástica ópera prima [...] invita al lector a reflexionar no sólo sobre los efectos de una decisión aislada y el funcionamiento de una familia, sino también sobre un tema profundo y clásico de la ficción: cómo las cosas que podemos controlar en la vida se interrelacionan con otras que nunca podríamos haber visto venir.»
Kirkus Reviews

«Llena de matices. [...] Los lectores no podrán dejar de hablar de esta inteligente exploración de la amplia repercusión de una sola elección.»
Publishers Weekly

Florence Knapp es autora de *Los nombres*, su primera novela, que será traducida a más de veinticinco idiomas. Antes de dedicarse a la ficción, escribió un libro de no ficción sobre una antigua técnica de acolchado con siglos de historia, además de colaborar en una publicación del Victoria & Albert Museum. Reside en las afueras de Londres junto a su esposo y su perro.



Título original: *The Names*

Primera edición: enero de 2026

© 2025, Florence Knapp
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Aurora Echevarría Pérez, por la traducción

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño de © The Orion Publishing Group
Ilustración de la cubierta: © Eva Navarro Quijano

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19851-82-6

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los nombres

Prólogo

- Octubre de 1987

1987

- Bear
- Julian
- Gordon

Siete años después. 1994

- Bear
- Julian
- Gordon

Siete años después. 2001

- Bear
- Julian
- Gordon

Siete años después. 2008

- Bear
- Julian
- Gordon

Siete años después. 2015

- Bear
- Julian
- Gordon

Siete años después. 2022

- Bear
- Julian
- Gordon

Epílogo

- 29 de julio de 2022

Nombres de los personajes

Nota

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Florence Knapp
Créditos